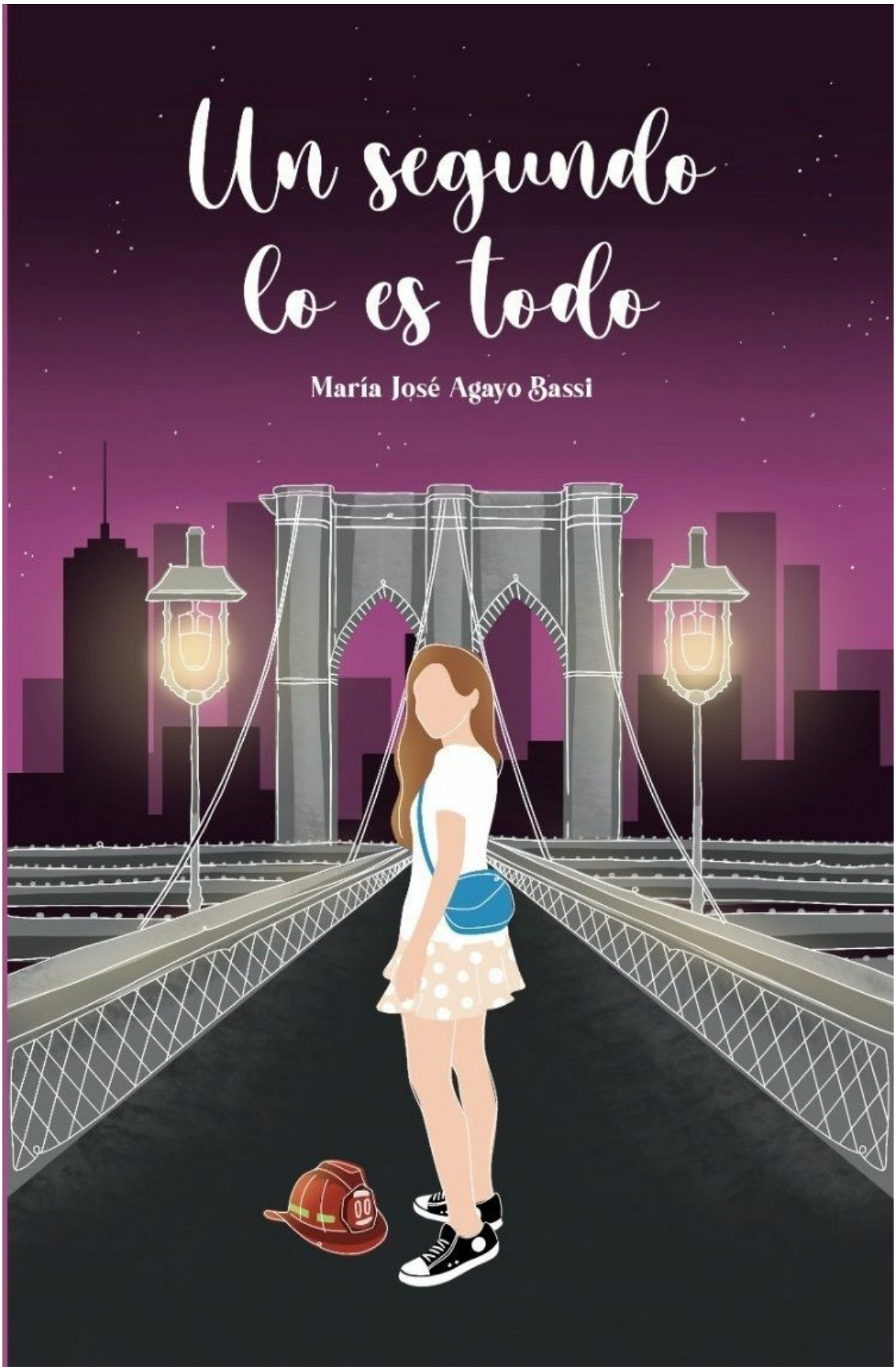
Un segundo lo es todo

María José Aguayo Bassi



Un segundo lo es todo

María José Agayo Bassi



Un segundo lo es todo

María José Aguayo Bassi

Un segundo lo es todo

kindle | direct publishing

Título original: Un segundo lo es todo
Primera edición: agosto 2022

© MARÍA JOSÉ AGUAYO BASSI, 2021
Todos los derechos reservados
Un segundo lo es todo, 2022

Edición: © Creativas Correcciones - Chile
www.creativascorrecciones.com
Cubierta original: Rachel’s Design
Instagram: @rachels.design

Esta es una novela de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella son fruto de la imaginación del autor o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo estás respaldando a los autores.

ISBN: 978-84-125767-5-7

Impreso por Amazon Kindle Direct Publishing.

Encuentra a la autora en sus redes sociales:


mj.aguayo.bassi@gmail.com


www.mjaguayobassi.com


@mjose.aguayo


@aguayobassi

Dedicado a todos los que sabemos que un segundo puede cambiarlo todo y la alegría se da de las formas menos planificadas.

A los que entendemos que la magia existe, que las canciones son señales y que la vida es un regalo.



Ashley

Junio 2017

Habíamos terminado las clases en la universidad, finalmente estábamos disfrutando de temperaturas más altas en la preciosa y caótica ciudad de Nueva York.

Por fin, un año más de estudios concluía, aunque el tiempo había transcurrido más rápido de lo que imaginé. Comprobé lo que decía mi abuela, Alice, desde que era pequeña era cierto: A medida que uno crecía, el tiempo volaba. Incluso recuerdo aquellas palabras que quedaron marcadas en mi memoria; yo tenía menos de diez años: «Mira, Ashley, un mes para mí es nada, es como un abrir y cerrar de ojos».

Muchas veces, no tomamos en serio los comentarios de nuestros mayores y cuando ya no están, comienzan a tomar sentido las sabias palabras que repetían.

¿Por qué digo esto? Debido a que jamás quise estudiar aquella profesión, si por mi fuera el arte era lo mío, estudiando toda la vida y no ingeniería comercial *business*. Pero la presión familiar era más fuerte, mis padres no tenían mucho tiempo, estaban sumidos en la empresa y en sus negocios. No los culpo, pero era una realidad: mi madre enamorada de la vida social y mi padre un gran empresario. Juntos se potenciaban y habían hecho crecer la empresa que dejó mi abuelo.

Yo no deseaba ser como ellos. Definitivamente no. Sin embargo, aquí estaba, profesionalizándome para ser uno más.

Mi abuela fue imprescindible en el camino de mi vida, según iba madurando y creciendo, notaba que cada vez llevaba más razón; siempre con palabras justas y sencillas. Tuvo sentido en tantas cosas que siempre la tenía en mente con cada uno de sus consejos. Sus canas brillantes denotaban cultura, conocimiento y pericia. Era muy inteligente, y no porque estudiase una carrera universitaria, sino por cómo miraba la vida y se movía en ella desde el agradecimiento, ese que pasaba a ser el antídoto a la crítica y al inconformismo. Era muy distinto a lo que vivía con mis padres, en especial con mamá.

Una parte de mí quería ser libre y jamás pensé que lo que me sucedería en esa noche cambiaría mi forma de ver la vida en varios sentidos. Pocos segundos podrían marcar profundamente el camino de un ser humano por este planeta y de muchas maneras.

Y es así como el periodo universitario se esfumaba, tal como decía mi abuela.

Menos mal que, al final, había aprobado todas las asignaturas; sin duda me habían ayudado mis momentos favoritos de la semana, esos que me inyectaban energía positiva y adrenalina, era como el aceite para que mi motor lograse moverse: las clases de arte. Mi delantal y el pequeño espacio en casa que, aunque estuviese todo muy apretado, me daba vida.

Mis pinturas y acuarelas eran como un oasis que me transportaba a otros mundos, esos que tan pocos lograban entender. Es más, quienes lo lograron ya no estaban aquí. Mi abuela ya se había ido y fue quien me había enseñado ese mágico mundo de las acuarelas. Los abuelos marcan la vida de cada uno.

Ese último semestre de estudio se me había hecho pesado, agotador y desafiante. Tenía asignaturas cada vez más enfocadas a casos prácticos, lo que hacía que el tiempo pasara volando. Lo bueno era que ya quedaba poco para terminar, un poco más y ya vería como convencer a mi padre de que los negocios no eran lo mío.

También había comenzado una nueva relación con Matthew, un tipo mayor que yo, casi diez años, con muchas más responsabilidades y una agenda llena de compromisos más allá del estudio, el deporte, la pintura y las… ¿fiestas? Desde que comenzamos a salir, nunca más fui a una fiesta como las que acostumbran a frecuentar los universitarios, esas informales, en las que se vive como nunca y de una forma especial.

Mi tiempo libre se redujo mucho, como mis anheladas y amadas horas dedicadas a la pintura. Matthew tenía grandes compromisos laborales. Al principio, no me incomodó para nada, es más, me pareció nuevo, diferente y me agradaba conocer personas del mundo empresarial. Pero, al cabo de un mes, me vi cómo mi madre, treinta años más joven. La ropa que me tenía que poner para los eventos eran esos típicos vestidos de cóctel y trajes de dos piezas. Recuerdo con claridad una vez que estaba lista para que él viniese a buscarme y vi a mi madre en mí, como una especie de metamorfosis. Ese día me asusté y lo hablé con mi novio. Sentía que me saltaba una etapa de la vida, crecía a pasos agigantados, enormes, como un salto largo sin disfrutar de lo que mis compañeros experimentaban de forma tan intensa.

—Matthew, siento que estamos en etapas diferentes.

—Ashley, son tonterías. Deja de pensar tanto y vive el momento conmigo —respondió sin darle importancia, ni siquiera me miraba.

—Mi momento está en otra etapa distinta a la tuya. Tú estás...

—Basta, Ashley —me interrumpió—, no empieces con esto. No lo entiendes. Los tiempos no existen cuando conocemos a la persona correcta.

—No estoy segura de que seas mi persona correcta, Matthew —contraataqué.

—Le das muchas vueltas a las cosas, Ashley. Ya te he dicho que eso es malo.

La mayoría de las veces no conseguía que entrara en razón y me entendiera, por lo que, muchas de ellas, optaba por quedarme callada sin lograr sacar lo que tenía dentro.

Siempre fui una chica reservada, de pocas palabras. Algunas veces me costaba expresarme, y mi escape eran el deporte y la acuarela.

Durante las últimas semanas no tuve una relación tan fluida con Matthew como había esperado. No lograba encajar en su mundo, siempre sentía que me faltaba algo. La relación perdía su encanto de los primeros días, se marchitaba con cada mes que pasaba… diez meses

exactamente. Mientras más lo conocía, más perdía esa conexión que todos esperamos en una relación de pareja. Podría volver loca a cualquiera: exitoso, guapo, un buen hombre, un poco competitivo a veces y un poco cerrado, pero un buen tipo. Y me daba rabia ser así de complicada y no valorarlo.

Sin embargo, olvidé todo eso cuando me avisaron que había aprobado el último semestre. Mi felicidad fue máxima, ya que estuve casi por repetirlo y esa hubiese sido mi perdición.

Estaba tan inmersa en terminar a tiempo que, a veces, parecía un caballo de carreras que solo mira hacia adelante sin fijarme en qué pasaba a mi lado. Solo quedaba un año más en la Universidad de Nueva York y, por fin, terminaría esa carrera tan importante para mi familia, para seguir los pasos del legado que había construido mi abuelo.

Al menos, ya había conseguido mi independencia y es que, únicamente, quería vivir sola y salir de casa de mis padres, algo que me costó mucho tiempo. Al conseguirlo, me fui al otro extremo del país, al menos, por un tiempo.

Por fortuna, la experiencia de pasar de casa de mis padres a la mía propia, lejos de ellos, fue muy buena. Disfrutaba de mi tiempo a solas, de la independencia y del manejo de los horarios a mi antojo. Me gustaba tener una conexión conmigo misma, esa que lograba a través de la acuarela en mi pequeño espacio; no necesitaba más.

Tenía suerte de estudiar junto a mi amiga Adri. Era tan buena alumna, brillante, amable, siempre de prestar su ayuda… Tenía suerte de haberla conocido, en todos los sentidos, no solo por la parte académica.

Adriana era mi compañera de estudios y se había convertido en mi amiga de la ciudad; ella también venía de fuera, y, desde el comienzo, nos juntamos para estudiar y demás entretenimientos. Compartimos los fines de semana, quedamos varias veces para ir a algunos museos, como el de Historia Natural, el Memorial de las Torres Gemelas, subimos al Empire State, hasta hicimos un *tour* a la Estatua de la Libertad en barco. Con ella era muy divertido recorrer la ciudad, ya que, entre parada y parada, nos tomábamos un tiempo para tomar café, reírnos a carcajadas, mirar a la gente e inventarnos historias.

Yo no tuve nunca antes la oportunidad de visitar la ciudad, pero me llamaba la atención conocerla y no concebía la posibilidad de vivir aquí sin, al menos, ver algunas de sus atracciones más importantes. Adriana era fanática de la escritura y, como una niña, llevaba una especie de diario donde contaba la experiencia de los lugares que había conocido, sus impresiones y demás. Detallaba los episodios con pasión, llegando a sumergirse durante horas entre escritos y algunos dibujos en sus cuadernos y agendas. Era la típica chica que siempre llevaba consigo un lápiz, como una señal de fuerza, de que podía con su mundo, porque, en el, dejaba expresado cada sentimiento que vivía tan intensamente para nunca jamás olvidarlo.

Al comienzo, me causaba algo de risa lo de sus apuntes emocionales, aunque lo encontraba tierno. Más que risa, lo consideraba para chicas más adolescentes, pero no para una adulta. Tras unos meses, me contagió la idea de anotar al menos las impresiones más relevantes para no olvidarlas, ya que la memoria se ponía cada vez más frágil. Aunque no lo creas, esos escritos eran fuentes de inspiración en mis acuarelas.

Fueron varias cosas buenas las que Adriana me enseñó. Como vivir y ver el lado positivo de las cosas. En el fondo, era un ejemplo de todo. Ella, con una situación familiar mucho más precaria que la mía, había salido adelante y tenía una unión familiar que me llamaba tanto la atención; en mi casa éramos más desapegados y fríos, sin embargo, en la de Adriana, eran de besos y de abrazos, de apretarse y disfrutar entre risas, daba lo mismo lo que se comiera, la idea

era compartir.

Varias veces la acompañé a Texas, a la casa de sus padres. A menudo, prefería irme a la suya que a la mía. Mis padres eran muy sobreprotectores, querían saber todo de mí, que estuviese bien, pero no les importaba que no fuera a pasar unos días por irme a casa de mi amiga o a otro lugar, siempre y cuando les informase en todo momento; así, de alguna forma, tenían el control.

Ya más madura logré entender que vivían para ellos mismos y tal vez estaban en lo correcto, porque, como tantas veces escuché a mi madre decir: al final los hijos son prestados y serían ellos quienes quedarían solos.

No creo que yo fuese así. Decidí ser madre algún día, mi novio me lo planteó, claro que, para un futuro, algo a largo —muy largo— plazo. Me encantaban los niños, pero no era aún el momento y tampoco estaba segura de sí sería con él.

A veces, Matthew era un poco avasallador y hablaba de nosotros como si fuésemos a convertirnos en padres pronto, diferente a como lo veía yo. Él tomaba las piezas y las encajaba a su gusto, sin preguntarme, y yo era una parte fundamental del puzle completo. En varias ocasiones, se lo dije y discutí con él, pero ya estaba cansada y prefería cerrar la boca para ahorrarme un mal rato.

Mi amiga y yo quedamos en salir con nuestros compañeros y amigos de la universidad. En ese último tiempo había desaparecido un poco de ese grupo con el que lo pasaba tan bien: risas, peleas, borracheras, miedos, anhelos y más. Siempre me escribían, y me daba una pena espantosa dejarlos de lado. Ellos eran algo que de verdad me hacía falta. Yo también los echaba de menos.

Si lo miraba todo en retrospectiva, no sabía en qué minuto mi vida se había vuelto aburrida y con falta de emoción. Eso era lo que mejor me describía, esa falta de adrenalina. Todo era demasiado plano. ¿Era yo la que no vibraba con las cosas que sucedían en mi vida? A veces uno no se da cuenta hasta que todo te explota en la cara de una forma que jamás podrías imaginar.

Nos solíamos juntar en un bar del barrio, de esos universitarios donde la decoración no era de lujo, la comida no era la más *gourmet* del mundo, pero el ambiente era el mejor. Estaba lejos de las etiquetas y el protocolo, donde no había que seguir una forma determinada de comportamiento, donde se aceptaba todo tipo de vestimenta, ya que no llegaba una invitación formal con el famoso *dress code.*

—Vamos, Adri. ¡Vamos a llegar tarde! —insistí.

—¿Estás segura de que esto me queda bien? —preguntó mi amiga, mirándose desde cada ángulo—. ¿Te gusta la mini falda, aunque mis piernas no estén muy morenas? Necesito con urgencia unos días de sol para ponerme guapa.

—Venga, Adri, estás estupenda. Deja de mirarte al espejo, eres una mujer que tendría que dar gracias a los genes de sus padres. Tienes una belleza que ya quisiéramos muchas —la halagué.

Adri era delgadita, no muy alta, con una belleza angelical, una mirada celeste profunda y un cabello largo rubio en degradé. De facciones muy finas, una especie de muñequita de porcelana. Nunca entendí que diera tantas vueltas a la hora de tomar decisiones para vestirse.

—No entiendo, Ashley. Con todas las cosas que te regala tu madre de marcas preciosas, siempre te pones lo mismo —se quejó.

—Adri, qué más da lo que me ponga. Me gusta no pensar en eso. Además, vamos a salir con amigos, no voy a una de esas cenas estiradas y elegantes a las que me toca ir…

—¿Cómo se ha tomado que salgas? —me interrumpió.

—Fatal, pero esta vez no le daré el gusto. Voy a salir, aunque no deje de insistir por

teléfono.

—Me parece bien. El amor es dar y recibir y ese es...

—Vamos, que no quiero hablar de él ahora —la corté.

Realmente no deseaba hablar de eso ahora, pero detener a mi amiga era casi imposible.

—Ya sabes lo que pienso, mi querida Ashley: «Solo se vive una vez».

Hizo mención a la canción de la cantante cubana Celia Cruz. Ya me había hablado de esa canción y de su importancia. Insistía en que lo que transmitía era un mensaje profundo. Ella estaba convencida por completo de que era así, que, en realidad, la canción tenía un trasfondo que no había que permitirse omitir.

—Lo sé, Adri —admití.

—Lo dices con una pena... —rodeé los ojos.

—¡Vamos! Deja el tema de la pena.

—¿Lo quieres?

No quería que me preguntara eso, era el tema que siempre evitaba, como si enfrentarme a aquello cambiaría lo que soy. Hoy quería salir y divertirme, no tener este tipo de conversaciones. Cuando lo hacía, una bomba se depositaba en mi interior.

—Vamos, Ash, contesta. Es una pregunta cerrada, hay dos opciones; no es complicado —insistió.

—En este momento tu pregunta es complicada. Solo te puedo decir que, a veces, sí y otras, no.

—No lo quieres —sentenció—. Pierdes el tiempo, Ashley. Un año perdido, tirado a la basura...

—No sigas, no estoy de ánimo. Y no es un año, son unos pocos meses.

—Vaya diferencia, Ashley —replicó con ironía—, a casi dos meses de cumplir un año. Es prácticamente lo mismo. —Adri estaba enfadada, el tema de Matthew la sacaba de sus casillas.

—Un día puede ser mucha diferencia —contesté—. Es más, Adri, hasta unas horas pueden marcar la diferencia. Hoy solo bailaré y disfrutaré con ustedes. —No le dejé que siguiera, ya que sabía cómo continuaría—. Que nunca salgo por darle el gusto. Mañana será otro día. No quiero pensar en eso ahora, ¿te parece bien?

Estaba completamente segura de que en esa fiesta quería pasarlo bien, como en los viejos tiempos, recordar el primer año en Nueva York, cuando nos divertimos tanto. Hoy era mi noche para olvidar y ser yo por una vez en la vida.

—Me parece —respondió—, a ver si ocurre un milagro y llega un príncipe azul a rescatarte de ese insoportable. —Dejé salir una carcajada.

—Vamos, Adri, no seas exagerada. No es tan pesado.

—Tú lo has dicho, no tanto, pero pesado, al fin y al cabo.

Antes de salir, dejé todo bastante presentable, no perfecto, pero bastante bien. Mi manía por el orden hacía que no soportase llegar y ver mi pequeño refugio transformado en una zona de guerra, como si el huracán *Wilma* hubiese pasado por ahí. Cerramos la puerta y nos fuimos al encuentro con nuestros amigos.

Siempre me gustó vivir a las afueras de Greenwich Village. El epicentro de calles arboladas del movimiento rebelde de la década de los 60 era, en esos momentos, un centro de bares y restaurantes populares. En medio de las casas de piedra rojiza y de los edificios de la Universidad de Nueva York, se pueden encontrar clubes de jazz y teatros no relacionados con las producciones de Broadway. Nunca sentí miedo, estaba acostumbraba a caminar por las calles

con sensación de seguridad.

Nueva York no era peligroso como en décadas pasadas. La tolerancia cero había sido la clave. La política comenzó a aplicarse en 1994; la delincuencia comenzó a descender, los delitos tuvieron una contracción del 40 % en un lapso de seis años y las mejoras se habían mantenido en el tiempo. Así que ver a mis amigos con tranquilidad en las calles, me permitió gritar de alegría llamando su atención y permitirnos ser libres por esa noche. Realmente lo necesitaba.

Bailé, celebré, bebí mucho y me sentí libre. Esa sensación que me gustaba tanto experimentar y que había perdido, ya que siempre me controlaban. Sentir el agotamiento en cada músculo de mi cuerpo, me hacía sonreír y descubrir que seguía viva. Que todavía era joven y podía ser libre sin pensar en hombres diez años mayor que intentaban controlarme a cada segundo.

Una relación con un hombre mayor me hacía perder tantas cosas que mis compañeras de curso y mis amigas podían vivir… Y más que eso, comenzaba a perder las ilusiones. Estaba inmersa en reuniones sociales con empresarios, donde los temas de conversación eran de política y economía; iba por mi novio, ya que, cuando crees estar enamorada, accedes a muchas cosas, dejando de hacer otras tantas.

Me detuve en medio de la pista de baile admirando a las demás personas. Una gran sonrisa se apoderó de mi rostro haciéndome soltar un chillido que alertó a mi amiga.

—¿Qué te pasa, Ashley? —me preguntó Adriana entre gritos para hacerse escuchar por la música alta.

—Debería hacer esto más a menudo —contesté sincera—, lo estoy pasado tan bien… ¡Bailar es liberador!

—Tienes razón, pero es que Matthew es tan...

—Insoportablemente celoso —terminé su frase. Ambas nos reímos.

Nos salimos de la pista para ir por un trago. Estaba sedienta después de pasar toda la noche bailando. Ya sentadas, seguimos conversando.

—Te gusta llevar una vida avejentada, mi viejita linda, que te pareces cada día más a tu madre.

—No es eso, es que...

—¿Sabes que querer significa respetar los espacios del otro? ¿Conoces esa palabra? —Suspiré luego de beber un trago de mi bebida.

—No sigas. Ya te dije. —Fui tajante. No pensé en mi respuesta, salió sola, como un torpedo en pleno conflicto bélico, lleno de fuerza.

—No entiendo cómo cambiaste a Andrew: joven, divertido, espontáneo… por ese viejo que solo habla de negocios y de lo exitoso que es, o que cree ser. Eres como una planta a su lado, un bonito adorno: «Mi bonita, Ashley. Con esos ojos marrones, castaña, delgada, estatura media, sonrisa blanca tras años con aparato dental, buen cuerpo por el atletismo» —dijo imitándolo.

Me sorprendía su sinceridad, si es que se le podía denominar así. Dejó salir todo eso como desesperada por que yo pudiese verme de otro modo, pero no lo logré.

—A veces eres muy dura. Menos mal que ha llegado tu chico para que me dejes en paz y te dediques a otra cosa en vez de molestarme.

Al verlo entrar, Adri saltó del asiento y se fundieron en un abrazo de esos que generan electricidad con solo con mirarlos, que dan rabia, porque muestran que si existe una conexión loca y de otro mundo entre dos seres humanos y tú no la tienes.

Esa química era envidiable, no existía la vergüenza entre ellos. Adriana era completamente

libre junto a su chico. Podría decir lo que quisiese y podría montarse sobre él a horcajadas, si le pareciera necesario, solo para darle un pequeño beso en la frente. Y él no se espantaría de nada, ya que no sería un espectáculo, sino, más bien, un encuentro cariñoso.

El nivel de conexión entre ellos era tan distinto a lo que tenía con mi novio…

Matthew era el tipo que le gustaría a cualquier chica, el yerno ideal, atento, caballeroso, incluso a pesar de la distancia con mi familia. Me daba cuenta de que, cuando llegaba con él a algún lugar, las chicas le miraban, se susurraban algo al oído y reían.

Andrew, mi exnovio, era todo lo contrario: un alma *hippie*, sin tiempos, sin muchas aspiraciones ni muchos compromisos. Era un genio en la universidad, inteligente y tan libre a la vez. Estuvimos más de un año juntos, pero terminamos cuando conocí a Matthew.

Debo reconocer que le había hecho sufrir y eso no me hizo estar orgullosa. A veces me asaltaban las dudas, «¿habría sido la mejor decisión?». Podría ser el efecto de la euforia del momento, pero estaba con mi cabeza llena de pensamientos, posibles conclusiones y pregunta tras pregunta.

Para mi sorpresa, esa noche estaba Andrew en el local con su nuevo grupo. Desde que lo había dejado por Matthew, se había abierto a conocer a otras chicas y, con su alegría y facilidad para caerle bien a toda la gente, no le costó nada. Rehízo su vida y se le veía feliz, contento con la novia que había encontrado.

Me llevó a recordar lo que hacíamos juntos, todo lleno de risas, bromas y ese jugueteo cariñoso. No sé por qué lo dejé.

Lo vi de lejos y, como siempre, me tendió una cálida sonrisa y un saludo con la mano. Desde que había superado lo nuestro, nunca dejó de saludarme. Era tan caballeroso que, a veces, me daba rabia que no me odiara por haberlo cambiado, de un momento a otro, por otro chico.

Con él viví la adrenalina de la juventud y de los buenos momentos, pero algo no funcionaba en el puzle, algunas de las piezas no encajaban. A pesar de la falta de encajar esa pieza, solo puedo tener buenos recuerdos de él y una extraña sensación de haber perdido una especie de luz y de alegría en mi vida. Qué raro se sentía todo esto, pero verlo contento me hacía alegrarme por él y por esa chica que solo reía a su lado, lo abrazaba y besaba con cariño. Se notaba desde el otro lado del *pub* la complicidad que emanaban.

Había pasado del tipo que vivía el día a día, al que tenía todo planificado en una planilla Excel de aquí a diez años. Y no solo eso, además de esa hoja de planificación, una hoja a su lado con opciones de planes de repuesto por si algo no resultaba como esperaba. Quería controlar cada una de sus variables, y yo era una de esas tantas que formaban su plan de vida.

Eran antítesis: Andrew tan libre que, seguramente, al salir de la universidad se iría de viaje al sureste asiático, tomaría el sol, bailaría por los bares, se bañaría desnudo, follaría en la playa, dormiría al aire libre… no planificaría nada y disfrutaría de todo como viniese; Matthew iría, solo si fuese posible hacerlo, con todas y cada una de las comodidades: un *champagne* fino, comidas excéntricas, hoteles de lujo, jacuzzi privado, avión en primera y más.

Ninguno de los dos era lo que buscaba. No sabía lo que quería, pero Andrew siempre fue más cariñoso, mejor en la cama, sin ningún plan de nada. No trabajaría en algo formal, lo más probable era que terminara dedicándose a la música, ya que era DJ. Lo había perdido, me había dejado llevar por estupideces que me llevaron a sentirme más sola que nunca. Los buenos restaurantes, las noches en hoteles lujosos *boutique* o de cinco estrellas, no me dejaron nada.

Tantas conversaciones como la que habíamos tenido esa tarde, Adri insistía en mi toma de decisiones con respecto a los hombres.

—Es que, con uno o con el otro, no tienes todos los ingredientes para hacer el pastel que quieres o necesitas.

—Tú y tus similitudes, Adri.

—Es que, con uno, te sobran los huevos y con el otro, te faltan —dijo simulando una balanza con sus manos.

—Ya sabes qué tipo de huevos me estoy imaginando —dije risueña.

—Es que los huevos son una parte, pero ¿los polvos de hornear? ¿Qué me dices de eso? ¡Es muy importante, Ashley!

—Tú no cambias, Adri, siempre con tu...

—No te hagas la tonta conmigo —me cortó—. Como si no te importara cuánto debe llegar a crecer.

—No sigas —pedí entre risas.

—Salud, amiga. —Llevó la copa al frente para brindar—. Para que encuentres la receta precisa.

—Salud, Adri. —Choqué nuestras copas—. Me haces reír demasiado.

Adriana se fue con su chico para tener privacidad, ya que se comían en el *pub* y necesitaban dejar de dar espectáculo. La tuve que empujar a que salieran, puesto que, con sus toqueteos y besos llenos de delirio, parecían empezar una película erótica. Él ya le metía la mano bajo la falda como si no existiese nada a su alrededor; no quería que mi amiga llegase a salir en algún video que fuese exhibido por las redes.

No eran novios oficiales, pero tenían una intensidad y una llama que quemaba con solo verlos. Eran libres, tan libres que solo fluían. Ellos se fundían en una relación sin nombres, tiempos, planes ni limitaciones. Era justo lo opuesto a lo que yo tenía con Matthew. Pero, para mí, todo estaba bien; la vida era así: los planes, la vida en pareja, los negocios, el casarse, tener hijos y quién sabe qué más. Esas eran mis visiones del futuro junto a él. Ya había pasado el tiempo de sentir la libertad de las sensaciones. Las tuve, pero no las necesité más en mi vida. No era posible tener las dos cosas a la vez, siempre hay que ceder en algo.

Ya casi al amanecer, los tres sentados en la barra con la última copa que pedimos acordamos que era momento de partir.

—Creo que hemos bebido demasiado —comentó Liam, el chico de mi amiga. Yo asentí.

—Sí, todos hemos bebido mucho y ahora a mí me ha dado por pensar y evaluar la vida. A Andrew se le ve feliz y me alegro por él; qué pena que no me haya enamorado de él. En cambio, Mathew…

—Ya sabes lo que pienso. ¡Déjalo! No eres feliz —soltó Adri sin pensar.

—Ese tal Mathew es como un abuelito. Venga, Ash, eres joven. Te voy a presentar a un amigo que te haga sentir emociones —exclamó Liam.

—Vale, creo que lo necesito —contesté sincera.

—El próximo viernes te lo presentaré; es un buen chico —dijo Liam.



Ashley

Me despedí y salí del lugar. Lo había pasado muy bien, me había reído con ganas, a carcajadas y sin control, algo que no me sucedía junto a mi novio y sus formales reuniones. Hasta mi cuerpo estaba tranquilo, no tenía la mandíbula apretada y no sentía los hombros duros y rígidos. Era totalmente diferente a cuando salía de esas reuniones de negocios con Matthew, donde siempre debía ser muy recatada, controlada, cuidar los gestos, la vestimenta… No me podía reír y nunca debía hablar más de la cuenta.

En una ocasión, me hizo hincapié en que por algo teníamos dos orejas y solo una boca, para hablar la mitad de lo que escuchamos. Acordarme de esas cosas me hacía apretar mis puños con una sensación de rabia e ira. No dejaba de pensar en esa conversación que, una vez más, había tenido con Adri, una de las razones por la que nunca conectaron y, al final, prefería no mezclarlos.

Era como si viviera dos mundos totalmente diferentes: mi mundo universitario y mi mundo con él; o, más bien, su mundo y yo a su lado. Matthew no cambiaría ni un ápice sus planes por mí. No cambiaría ni una milésima de un plan por mí. Era acaparador y egoísta; estaba enfadada con todo lo que había pensado esa noche.

Me despedí de todos con un beso y un abrazo asegurando que podía llegar por mi cuenta a casa. Fui en busca de un taxi, siempre había alguno disponible por todas partes en Nueva York. La vida en esta ciudad era de las más variadas y de distintas maneras imaginables, durante todo el día, por lo que nunca dejaba de moverse.

Miré hacia ambos lados, varios autos pasaban, pero ninguno amarillo al cual detener. Vi a un lado un asiento donde pensé en esperar, aproveché de ver la hora en mi celular donde me encontré una gran cantidad de llamadas perdidas y mensajes en WhatsApp. Ni siquiera tenía que preguntarme de quien eran.

Estaba agotada de tener que adaptarme a él, a su forma de vida y a sus prioridades. Matthew

nunca hizo ni el intento de acompañarme a algún lugar con mis compañeros. Justo cuando iba a guardar el aparato, entró una nueva llamada. Ese pequeño gesto de dejarme llevar me hizo recordar antiguos tiempos donde era dueña de mi vida.

Volví a mirar alrededor para buscar un taxi, pero mágicamente hoy no estaban pasando. La llamada cesó y siguieron las vibraciones que indicaban algún mensaje; bufé sacando nuevamente el celular para ver. ¿Quién podría llamar dieciséis veces a mi móvil? Me parecía excesivo. Además, no era que me hubiese marchado a otro mundo, sino que estaba en la misma ciudad, bajo el mismo cielo y las mismas luces. Qué mierda que todo lo bien que lo había pasado se fuera a la porra por los mensajes, las llamadas y la puta presión. Abrí la aplicación.

De: Matthew
Ya ni siquiera contestas a las llamadas, Ash. ¿Dónde estás? ¿Lo pasas bien con tus compañeritos infantiles?

Al leerlo me enfadé tanto. Era tan pesado cuando quería y tan sarcástico e hiriente. Mi cara de rabia seguro que se percibió con claridad, aunque no creo que la gente que estaba en la calle hubiese estado pendiente de mí. Cada uno en su propio mundo, en su forma de disfrutar la vida.

De: Matthew
No puedo creer que te dé igual mi opinión.
¿Hasta qué hora pretendes estar por la calle? ¡Siempre con tus cosas! Eso no es lo que espero de ti. Lo que te dije la última vez que me contestaste el teléfono es verdad: necesito a una mujer a mi lado y no a una niña que actúa como tal. O vienes donde estoy ahora o terminamos. Estoy en una cena en el Hotel W. Te espero.

No era una niña, y, por eso mismo, no le seguiría el juego. Esto ya era la guinda del pastel. No iba a seguir en un *loop* que no me aportaba nada.

Decidí contestar, como si una bomba saliese de mi alma, una necesidad imperiosa de responder, de soltar todo lo que tenía dentro. Le escribí: «Sabrás por la hora que no apareceré por ninguna parte, voy camino a mi casa, ya luego hablaremos… creo».

Venía con la sensación de alegría, de haberlo pasado tan bien, de haber disfrutado una noche distinta, llena de risas y anécdotas, donde había participado y no solo era una especie de adorno, de mueble o algo sin vida en los brazos de mi novio y él me lo iba a fastidiar. Miré la hora: pasadas las dos de la madrugada y él seguía despierto molestando.

No quería recibir llamadas de nadie, no quería presiones. Matthew nunca perdía, era un ganador por excelencia y siempre tendría la última palabra; como buen abogado que era, siempre tendría un argumento bajo la manga. Pero esa noche, yo estaba al límite de todo. No quería nada más. Estaba cansada. Apagué el celular, ya nada ni nadie podría molestar.

Observé a mi alrededor, quedando embelesada con el encanto de la ciudad. Todo me parecía impactante y mágico, pero en el día a día no me fijaba en ello por la gran cantidad de actividades y responsabilidades que había que cumplir. Esa noche contemplé los rascacielos, suspiré y comencé mi rumbo a casa. No hacía ni frío ni calor, era la noche ideal para caminar y comenzar a imaginar una nueva vida, decidida a que fuera sin Matthew.



Mauro

—Mauro, no insistas, yo jamás he visto en un futuro contigo. Simplemente, esto es… esto, ni más ni menos.

—Martha, ya llevamos unas semanas y…

—Eso no implica nada, Mauro —me cortó—. El tiempo es solo el andar de un reloj, no es más que eso. —Tenía seguridad, no titubeaba al hablar, era una mujer de piedra.

—Martha, formalicemos lo nuestro. ¡Yo te quiero! —hablé con toda la sinceridad del mundo. Lo que más deseaba era estar con ella.

—Nunca te he hablado de querer, Mauro. No me podría enamorar de un hombre como tú, que vive en una habitación alquilada y que no aspira a más en la vida. Perdona, pero la verdad es así, dolorosa. Y tú sabes que yo no me callo nada, soy así. Y esto termina aquí. No hay futuro posible.

Ese fue un golpe tan bajo que me dañó el corazón como nadie lo había hecho. Me quemó como esas secuelas que no son fáciles de borrar. Sentí que me quitaban toda ilusión, arrojándola al abismo… y nadie peor para eso, que la persona que amas.

Después de esa conversación, nunca más la vi. Fue mi último intento y sabía que, aunque siguiera conmigo, seguiría encontrando fallos que nos distanciarían. El dolor crecía cada vez más cuando me acordaba de esa última conversación con ella. Qué ganas de haber podido borrarla de mi mente, como cuando en un notebook tocas la tecla *deshacer* y, simplemente, se borra la historia.

La vida lamentablemente era mucho más complicada que eso. Estaba más conectado que nunca con mis emociones, mi diario era testigo de eso. No había escrito tanto como en las últimas semanas.

Cuando hablamos de sentimientos no se puede planificar nada; no se puede saber con claridad cuántas hojas se escribirían en ese cuaderno personal que recopilaba mi vida, experiencias y amores.



No era lo ideal estar de guardia en el cuartel de bomberos un viernes por la noche en verano, y menos cuando muchos estaban de vacaciones, te hacía rememorar cosas que no deseabas. Sacudí la cabeza y pasé las manos por mi rostro para despejarme.

Guardias nocturnas… ¿A quién le gustaría? ¡A nadie! O tal vez sí. Como a los que llevaban unos años de matrimonio y les gustaba escapar un rato de sus mujeres para descansar, disponer del mando a distancia y de la paz mientras se pudiese, y no hubiese alguna emergencia.

Me tocaba trabajar y no había nada que hacer, solo pensar lo entretenida que era esa ciudad para todas las edades. Era probable que, unos meses atrás, se me hubiese removido el estómago al tener que quedarme a dormir allí y perderme toda la movida juvenil de las calles de Nueva York. Pero era una gran responsabilidad y a todos nos tocaba, aunque los viernes y sábados por la noche siempre sería más complicados que cualquier día de la semana.

Unas semanas atrás, hubiese estado desesperado, pero no era el caso de esa noche: no estaba con ánimos para salir y bailar hasta que amaneciera. Estaba tranquilo y sin muchas ganas de la búsqueda de fiesta y aventuras. Mi cuerpo aún la recordaba y el corazón herido impedía sentir alegría en las calles de aquella ciudad.

Con más de ocho años de experiencia en el cuerpo, me tocaron muchísimas situaciones; algunas, con buenos finales y otras, que no quisiera recordar. Fotografías mentales que no siempre son posibles de olvidar, por más que trates, ya que nunca tenemos el control completo de nuestros recuerdos e imágenes.

Una de las cosas más fuertes que he vivido fue un rescate a un tipo que quedó atrapado dentro de su vehículo. Al llegar al lugar de los hechos, la imagen no era nada alentadora, y solo ver la gravedad del impacto hizo que se me erizaran los vellos uno a uno. Había un par de coches en la acera. Lo más terrible fue ver uno de ellos volcado por completo. Era un vehículo de carga mayor, estaba aplastado y requería de herramientas de corte y expansión.

Me acerqué a evaluar la situación y a tratar de dar tranquilidad al conductor. Me agaché al nivel del asfalto y solo alcancé a ver una parte entre todas las latas y el deplorable panorama de destrucción completa. Desde fuera, no era posible pensar que ahí dentro había una persona.

—Me llamo Justin, tengo un hijo de ocho años ¡y no quiero morir! —Así, de una, sin anestesia, al fondo de mi corazón.

La situación era horrible y me nublaba. Mis piernas temblaban a la vez que mi voz, pero debía mantener la calma o, al menos, tratar de hacerlo. Cuando me habló, supe que no podía fallarle.

—Justin, hoy no vas a morir. Volverás a ver a tu hijo que te espera en casa. Te pido que aguantes un poco más y no pierdas la tranquilidad. Estoy contigo y estaré a tu lado hasta que salgas.

Fue un arduo trabajo, lleno de presión y palabras de aliento entre el equipo y la víctima. Cuando ya estaba en la camilla listo para subir a la ambulancia, Justin pidió un gran aplauso para nosotros, los bomberos. El corazón se me encogió al sentir a toda esa gente que aplaudía con agradecimiento y lograba inundar todo el espacio. Fue uno de los momentos más gratificantes de mi profesión y los que más atesoraba en mi diario.

Son este tipo de situaciones las que te hacen pensar que todo vale la pena.

Contamos con una titulación especial, ya que somos expertos en Atención de Incendios en Edificaciones de Gran Altura. Disponemos de formaciones constantes con las últimas técnicas de evacuación, funcionamiento de equipos de intervención rápida y articulación con otros equipos de atención, protocolos de búsqueda y rescate, manejo de ascensores y técnicas de extinción, entre otros. Esta ciudad nos ha dado grandes desafíos debido a su estructura, sus altos rascacielos y su gran densidad de población en solo algunos barrios.

No solo son los incendios, es muchísimo más. Se trata de estar listo para partir cuando hay desastres naturales, apoyar en accidentes y tantas otras cosas. Es una profesión que se aprende con la práctica, en la calle, en la adversidad, en la misma adrenalina de lograr trabajar en equipo para llegar a un resultado final positivo.

Tiene mucha teoría, pero es en la emergencia cuando realmente te pones a prueba. Nunca es igual a una simulación. Vivirlo en carne y hueso es otra cosa. No pienses que no da miedo, que no asusta.

Me siento muy orgulloso de lo que hago. El Departamento de Bomberos de Nueva York es el más grande de los Estados Unidos y es reconocido a nivel mundial como el organismo de respuesta a emergencias más activo y cualificado del mundo. Desde su creación en 1865, ha contribuido a liderar los esfuerzos para hacer de esta ciudad la más segura del país. Hemos jurado servir y proteger la vida y la propiedad.

Aunque suene increíble, respondemos a más de un millón de emergencias al año y parte de nuestras funciones consisten en esforzarnos para prevenirlas, educando continuamente al público en materia de incendios, seguridad de la vida y preparación para las catástrofes, además de hacer cumplir los códigos de seguridad pública.

Las vivencias de amistad y camaradería tan positivas que tenía en el cuartel jamás me pasaron en mi otro trabajo. A pesar de llevar un buen tiempo, no sabía nada de la vida de los que trabajaban allí. Todo era muy impersonal, cada uno en lo suyo para lograr los objetivos y, con ello, llegar a un mejor bono de reconocimiento. Un ambiente mucho más frío, distante y menos empático.

Si lo piensas, es probable que lo hayas vivido tú también, pero lo que nos sucede es que la máquina de la vida va tan rápido, tan veloz… que no nos da tiempo para poder conocernos un poco más.

En el cuartel de bomberos, a pesar de la diferencia de edad entre nosotros, teníamos un grupo muy entretenido y lo pasábamos muy bien. Teníamos una gran meta en común, no económica, sino social y eso te llena mucho. No era que alguno destacara más que otro, sino que cada uno tenía una misión que, en conjunto, se traducía en salvar vidas.

Siempre reinaba un ambiente grato, entre risas y bromas. Miles de vivencias nos unían como equipo; nos necesitábamos los unos a los otros.

Si no lográbamos trabajar en equipo, no podríamos apagar incendios. Es así de simple, es una cadena y debe funcionar a la perfección para que las cosas vayan bien.

Me emociona pensar en lo que hacemos, a lo que dedicamos parte importante de nuestras

vidas y me hace sentir bien, vivo. Sentir que, aunque sea un pequeño aporte, entrego algo a este mundo.

Volviendo a la guardia, todo pintaba tranquilo. Esperaba que esa noche no tuviésemos mayores emergencias. Nunca querríamos eso, ya que siempre había vidas involucradas. Las guardias del bombero son así, va todo normal hasta que las cosas cambian de manera drástica, sorprendente y fulminante. En casos de incendio, accidentes o catástrofes naturales, corres como loco para llegar al lugar de los hechos, el destino final y las consecuencias. No da tiempo a pensar, solo se puede actuar, moverse, correr en contra de las manecillas del reloj… ¡cada segundo cuenta!

La guardia comenzó a las siete de la tarde y finalizaba a las siete de la mañana del día siguiente.

A las nueve de la noche me llamó mi compañero, Peter, para pedirme un cambio de turno. Algo que, en los últimos tiempos, ya había hecho más veces y me tenía bastante enfadado.

En los dos meses anteriores, me había pedido, en más de seis ocasiones, cambios de guardia o ajustes de días, todo por sus temas personales. De hecho, comenzaba a dudar si seguiría en la estación, ya que estaba en una especie de relación *siamesa* con su novia. Estaban pegados día y noche, como si no fuesen capaces de respirar uno sin el otro.

Desde que la conoció, había pasado de la libertad absoluta a la restricción completa. Esta chica sí que era autoritaria y el idiota le aguantaba todo. Menudo capullo. ¿Cómo se puede llegar a perder la cabeza de esa forma?

—¿Y ahora me dices que necesitas cambiar de turno? ¿Estás de broma? ¡Pero si ya estoy aquí! Tú siempre tan desorganizado... ¿Qué mierda te pasa? ¿No conoces la palabra planificación o vida, por ejemplo? No es que no lo sepas porque eres nuevo, sino que llevas años aquí. No entiendo el desastre en el que te has convertido. —Estaba muy enfadado, debo reconocerlo.

—Es que me ha pedido mi chica que la acompañe mañana fuera de la ciudad. No puedo fallarle, no soy capaz, para ella es muy importante. Tengo que ir con ella. Debo apoyarla en...

—¿No eres capaz de fallarle o de no follarla? —le corté—. ¿Cómo no son capaces de planificarse a tiempo? ¡Otra vez! Ya estoy aburrido de cubrirte siempre.

—Vamos, Mauro. Te lo pido, por favor —pidió entre risas nerviosas.

—¡Llama a otro! —exclamé cabreado—. Me tienes mareado con tus cambios. Vamos, pídeselo a otro, *next* en tu lista. Yo ya estoy instalado y me he mentalizado que tengo que quedarme un viernes por la noche y no he hecho ningún plan. Si te cambio ahora, me fastidiarás.

—Los otros tienen familia y ya están planificados. Vamos, te lo devolveré. Te daré unos dólares para que te vayas de juerga esta noche. Por favor, vamos, Mauro. Además, estás en Nueva York, hay planes para todos a cualquier hora, ¡déjate llevar! Ni que viviéramos en un pueblo escondido lleno de ancianos. ¡Vamos, la noche es joven! —Suspiré lentamente, tomando el puente de mi nariz.

—Eres un fastidio —murmuré sin importarme si escuchaba o no—. Te espero y hacemos el relevo. Desde que estás con esta chica te tiene comiendo de su mano, te has vuelto un completo demente y dejas todo por ella. Cómo has cambiado, Peter, verte ahora es no reconocerte.

—Así es el amor.

—¿El amor o la calentura?

—Lo mejor es cuando tienes ambos a la vez y con el mismo vigor —explicó más que satisfecho. Sonaba medio convincente. Estallé en risas y él me siguió—. Es verdad, puedes tener todo en igual intensidad.

—Vale, te cubro. Eso sí, es la última vez. ¡Dan asco! —respondí con otra risotada. Se lo dije para irritarlo.

Al colgar la llamada, pensé en todo lo que hacía por esa chica. Desde que estaba con ella aseguraba que había alcanzado el tope en todos los ámbitos de la relación. Bien por él, pero mal por mí, ya que no había vivido una experiencia de amor completa, romántica e inesperada, en realidad, desde… nunca. Siempre había faltado algo más. Mucho sexo y pocos sentimientos, ¡qué mierda! En algún momento se lo cobraría. «Hoy por ti y mañana por mí», pensé.

Peter llegó corriendo, como siempre, más tarde de lo pactado. Traía un aspecto desaliñado y llegaba media hora tarde.

—Has llegado tarde.

—Tenía que hacer tareas antes de salir, ¿me entiendes? —dijo con una sonrisa y brillo en sus ojos al recordar la tarea de la que hablaba.

Ni siquiera respondí, negué poniendo los ojos en blanco mientras me alejaba, no sin antes pegarle un manotazo más fuerte de lo normal, entre cabreo y juego.

—Gracias, Mauro. Eres mi mejor amigo.

—Seguro que a todos los que te salvan les dices lo mismo.

Luego pensé que, seguro que el único que siempre le decía que sí a sus cambios era yo, ¡qué estúpido! Aunque tampoco era que tuviese grandes eventos o cosas tan importantes que hacer. No tenía ningún plan para el fin de semana.

Las últimas semanas mi vida era aburrida, sin emociones y sin... ¡Ella! Estaba triste. Una mierda con todas sus letras.



Mauro

Salí sin planes. Andaba cabizbajo y cansado, la semana en el trabajo había sido frustrante, llena de problemas y no me refería al cuartel de bomberos. Todo el día solucionaba dificultades a contrarreloj, de toda índole administrativa en bufete de abogados donde trabajaba.

Los socios eran muy exigentes, unos tipos estirados y, muchas veces, demasiado soberbios. Como habían estudiado en Nueva York, en la prestigiosa y cara Universidad de Columbia, se creían el centro del universo. Eran jóvenes exitosos que estaban en pleno apogeo profesional, adinerados y viviendo en algún apartamento de lujo en el centro de Manhattan, a unos pocos pasos de donde estaba la oficina.

Una vida totalmente diferente a la mía. Yo no pude estudiar, ni siquiera fue una posibilidad que barajar, empecé a trabajar nada más terminar el colegio. No reprochaba a nadie por ello, mi vida me encantaba, más desde que ingresé como bombero, pero me molestaba el comportamiento de esos chicos.

Mi trabajo en el estudio lo comencé como *junior* y, poco a poco, me dieron más responsabilidades. Estaba agradecido por haber pasado a estar a cargo de mi reemplazo —el nuevo *junior*— y de las chicas del servicio de la limpieza de la oficina. Unos cuantos dólares más que me vinieron bien.

Esa noche caminé por las calles sin rumbo, sin planificación. El clima era agradable, Nueva York estaba lleno de gente, aunque la masificación en esta enorme ciudad es típica, haga sol o nieve. Los transeúntes inundaban las aceras junto a los rascacielos.

Ya hacía un tiempo que en mi vida no existía nada más que la estación de bomberos y el trabajo, a pesar de vivir en un lugar donde hay diversión para todos los gustos. Podía ver y hacer lo que quisiera, los planes eran múltiples y diversos, pero yo solo estaba centrado en mis responsabilidades. No tenía ganas de hacer nada, incluso había abandonado parte de mis pasiones por quedarme dormido en algún rincón de la habitación que alquilaba en las afueras de Queens. Un buen sector para vivir, pero el dinero no me daba más que para una habitación.

Descarté la idea de llegar a casa para encerrarme y pensar en Martha. No quería darle vueltas a mi cabeza con las posibles opciones para estar junto a ella mientras tomaba unas cuantas copas de más. Quedaría igual o peor de cómo había entrado: hecho mierda. Ya llevaba varios días sumergido en la tristeza. A veces, me costaba reconocerme, sentía que tocaba fondo.

Mejor tomaría el consejo de Peter y me quedaría en alguna fiesta, aunque fuese un rato para tomar algo, luego irme a dormir y descansar. Esperaba no soñar con ella y con los recuerdos que me aniquilaban la mente y el corazón.

El poder de la memoria es un puto desastre. Te lleva a sentir, escuchar, oler y casi tocar lo que ya no existe; es una especie de ilusión que se enciende como una bombilla, que te transporta a esos instantes que ya pasaron y que, al volver, te deja más vacío que antes, más solo y no logras salir de esa mierda, del círculo que mata porque no ves la salida. Luego te das cuenta de que cada día estás más lejos de esos recuerdos y es imposible poder recuperarlos. El tiempo no siempre es un buen amigo y menos cuando anhelas tener algo de vuelta, algo que te perteneció o quizá nunca tuviste en realidad. Pero, de cualquier forma, en su totalidad o a medias, ya no está.

Fuese lo que fuese, es pasado y no presente, aunque solo quieres que sea futuro. Sueñas que esté en el futuro, al menos, eso es lo que dicen cada vez que te cuentan una buena historia, digna de una serie de Netflix, un libro o qué sé yo.

Me enamoré de ella al instante o, al menos, eso pensaba. Al verla, me llamó la atención con ese cuerpo; me deslumbró inmediatamente. Recuerdo con claridad cómo me quedé contemplándola, sin saber de dónde sería ni qué hacía en este mundo. La seguí con la mirada desde que entró a la casa de la novia de mi amigo, quien celebraba sus treinta años en un evento sorpresa.

Llevaba una minifalda de cuero negra, que hacía que fuese imposible dejar de admirar la belleza de sus piernas y dejaba a la imaginación lo que no estaba a la vista. Esos pocos centímetros cubiertos me llevaron a inventarme varias películas en mi cabeza, algunas más eróticas que otras.

Me quedé anonadado. Quizá fui un descarado, la desnudaba con la mirada, embobado, la seguía con los ojos mientras bailaba o se tomaba algo, pero no le importó. En ese momento, solo quería llegar a ella y estaba convencido de que lo conseguiría, podría hacerlo, no me permitiría no salir de ese lugar sin haber intercambiado, al menos, un par de palabras y su teléfono. Esa sería mi misión de aquella noche.

A ella le gustaba que la miraran y siempre supo las reacciones que podía provocar en un hombre. Lo tenía clarísimo, sabía que era despampanante y que conseguía evidencias que podrían ser un tanto incómodas entre los pantalones.

Me dejaba en éxtasis, podía contemplarla durante horas. Mis ojos eran incansables y podía pasar hasta más tiempo de lo normal sin parpadear. Recuerdo sus pechos que se le traslucían por no llevar sujetador, sus pezones marcados, escondidos bajo una delgada y ajustada camiseta blanca de tirantes.

Caminaba con una gracia que jamás había visto antes en una chica. Era segura de sí misma y estaba más que agradecida de los atributos que Dios le había regalado, porque, al final, es un regalo.

La novia de Peter me presentó a aquella chica, aunque tuve que convencerla para que lo hiciera. Era mi primera opción. Si no me la hubiese presentado, ya había tomado la decisión de ir yo mismo a por ella.

Conversamos un rato, pero no fue mucho, ya que la atracción fue más allá. Mientras estaba

con ella, me miraba la boca cuando hablaba, pestañeaba lo mínimo y sus ojos se clavaban en mí. Cuando ella hablaba, se mordía los labios al terminar una frase y era increíblemente *sexy*. Era igual de descarada que yo y llegué a pensar que era mi alma gemela.

Siempre se lo había escuchado decir a mis amigas y me causaba tanta risa… Pero, en ese momento, las entendí. Tenía pajaritos en la cabeza, igual que ellas. Aunque a mí me sobrevolaran unos años después. Yo nunca me había sentido tan perdido por una chica. Había tenido algunas relaciones, algunas más importantes que otras, pero nada que ver.

Nos enrollamos esa misma noche. No me costó nada atraparla, los dos queríamos y no había mucho más que hablar ni tiempo que perder. Era fantástica, segura de sí misma, tan bella y sorprendente… Sabía que, con su altura y su cabello rizado y rojizo, tenía a todos locos y que, cuando miraba a los ojos, destellaban los suyos de un esmeralda intenso, que deslumbraban y contrastaban con el color de su cabello.

Esa noche, nos limitamos a conversar de temas superfluos y debido a la fuerte y loca atracción física que teníamos, terminé en su cama, en su apartamento. Nos fuimos rápido del cumpleaños, tras unas cuantas copas, unos pocos bailes y un par de besos que me mostraron que solo quería explorar ese cuerpo perfecto y alocado. Había follado a varias en distintas circunstancias, pero ella… era la mejor en la cama: suelta, sin complejos, sin vergüenza, sin límites.

Tuvimos más encuentros, en los que nos fundíamos como unos locos deseosos para sentir más emociones; sentirnos vivos. Me hacía perder la cabeza, nuestros cuerpos se unían majestuosamente. Era una atracción sexual que no me había pasado antes. Era mandona en todos sus aspectos, en ocasiones, en la cama, aunque eso no me gustaba tanto, pero le aguantaba todo.

Todo iba… ¿excelente? Iba a verla a su apartamento casi a diario, su preciosa casa ubicada en pleno *Manhattan*, en el piso cuarenta, con una vista memorable a la bahía. Estaba decorado con unos muebles caros y ese estilo que solo podía llegar a tener gente adinerada y de *status* de la ciudad de Nueva York. Me quedaba con ella, despertábamos con las piernas entrelazadas, abrazados, juntos, muy juntos, tras explorar casi todas las posiciones del *Kama Sutra*. Sabía que, tarde o temprano, todo acabaría, aunque no quería pensarlo y cuando llegaba esa posibilidad a mi cabeza, la apagaba con agua, como lo he hecho siempre con los fuegos que destruyen todo.

Fueron semanas juntos. Al comienzo era solo sexo. No hablábamos, solo actuábamos. El silencio era placentero, como la unión de los cuerpos. Había más adrenalina de lo normal, llegaba a su casa, ya tenía una copa de vino en su mano y, al verme, se abalanzaba sobre mí, comenzaban los toqueteos y el quitarnos rápido la ropa para terminar en su cama y comenzar, por fin, lo que había pensado todo el día. Era intoxicante y loco.

Nunca me contó detalles de su vida, solo dijo que trabajaba en la empresa de su padre. Solía decir que para qué hablar de eso, que solo estábamos ahí para estar juntos, nada más. Como si el mundo se fuese a acabar al día siguiente y solo hubiese que complacer todos sus deseos. Quería hacerle sentir placer siempre, como si fuese la última noche de su vida. No había estado jamás con una chica así de intensa y con las hormonas tan revolucionadas.

Cuando supo mi realidad, quise pensar que haría un esfuerzo por conocerme, pero éramos de mundos distintos y yo no cumplía con los requisitos para estar con la hija de un prestigioso empresario. Comprobé lo que siempre pensé: aunque fui un poco ciego o, más bien, no quise ver la realidad y traté de convencerme de cosas que, en definitiva, no iban a pasar. La esperanza, la puta esperanza, siempre estaba ahí.

No había podido olvidarla. Jamás sería suficiente para ella. Me dejó y, a pesar de mis

intentos por tratar de recuperarla, no pude. Hice locuras por volver a sentirla, pero nada resultó. Me gasté parte importante de mi sueldo en flores; y es que no podían ser cualesquiera, debían ser ramos sofisticados con especies que ni conocía. Pero Martha era así y debía tratar de impresionarla.

Hice todo lo que pude, desde flores caras hasta mensajes de amor, esperarla en la puerta del edificio con un *muffin* de arándanos —que era su favorito—, hasta rogarle ebrio por teléfono que me diera una oportunidad, que estábamos empezando cuando me dejó. Solo llevábamos seis semanas, esas que fueron las más intensas de mi vida, sexualmente hablando.

Estaba acabado. Recordaba cada marca de su cuerpo, sus pechos, sus largas piernas, las noches de pasión, la química, la ausencia de vergüenza que teníamos físicamente. En la cama no teníamos restricciones, nunca tuvimos ningún tipo de tapujos en la comunicación sexual, que, en realidad, fue la única que tuvimos, porque no llegamos a hablar de nada trascendental.

No demostró interés en saber de mi vida, mi historia o de lo que esperaba del futuro. Solo preguntó lo típico: qué hacía, el trabajo y estudios. Saqué en conclusión que era una especie de muerto de hambre que jamás le podría comprar los bolsos Chanel o Fendi que tanto le gustaban. ¡Yo ni sabía que existía la marca Fendi! Estábamos destinados al fracaso. Yo nunca podría llevarla de vacaciones más allá de la bahía de Nueva York y en metro.

Siempre supe que jugaba con fuego. A pesar de ser bombero, sabía que me podría dejar más malherido que un gran incendio.

Cuando Martha me dijo que sería el último polvo, comprendí que las heridas no serían físicas, no tendrían grados de quemaduras, pero serían internas, desgarradoras y paralizadoras. Un antes y un después de Martha. Seguro que me había enamorado de ella. Me había dejado hecho una mierda. ¿Cómo podría olvidarla?

Recuerdo los días posteriores, donde me encerré en mis recuerdos redactándolos en mi diario de vida, deseando no olvidar ningún detalle, dispuesto a mantener su presencia de la manera que fuera. Definitivamente estaba obsesionado.

Pasé las manos por el cabello para quitar esos pensamientos, tenía que dejarla atrás. Entré a un bar, solo para quitármela de la cabeza.

Estaba repleto de gente, la música a todo volumen y con los dólares que me había pasado Peter, como una especie de recompensa por el cambio de turno, me tomé unas cuantas cervezas en la barra.

Bailaban, bebían… era un ambiente de completa juventud. Se escuchaban risas, alegría y optimismo; eran jóvenes invencibles que disfrutaban de la vida. Las parejas se besaban y tocaban, enamorados o no, sin importarles dar una escena de película para adultos.

Chicas guapas, arregladas, listas para pasarlo bien, para relajarse al terminar la semana de trabajo o estudios. Chicos que disfrutaban de esas bellezas. Y yo, que no disfrutaba de nada, solo me limitaba a beber y mirar cómo el mundo, en un mismo lugar, en una misma ciudad, bajo las mismas luces, podía llegar a ser tan distinto para uno.

Ese día no quería hablar con nadie. Desde que me había abandonado Martha, había dejado de interesarme… ¿la vida? No, eso no, porque siempre estaría ahí para salvar de un incendio o un accidente a quienes lo necesitasen. Era una extraña contradicción, ¡literal! La vida del resto era más importante que la mía; sobrevivía y no vivía, no disfrutaba y tenía un dolor punzante que me hacía pensar una y otra vez en que no valía la pena para Martha. Me había hecho sentir inferior, partes de una conversación que solo quería borrar del recuerdo. Esa conversación vino a mi mente; era capaz de revivir palabra por palabra y lo que sentí al escucharlas.

Nueva York siempre fue una ciudad que deslumbra, como en las típicas postales del Puente de Brooklyn en su esplendor o al ver el edifico The One justo al lado de donde estaban las Torres Gemelas. Eso fue un triste episodio y, a pesar de que aún no estaba en la estación de bomberos cuando sucedió el atentado, conocía las historias de varios que murieron, dejando a muchas familias incompletas y desoladas.

Fue lo más horrible que había vivido Nueva York. En la estación teníamos un cuadro de honor a nuestros héroes que habían muerto ese día en servicio por la patria, a la gente, por los demás. Nueva York quedó cubierto de cenizas.

Algo parecido me pasó esa noche por las calles iluminadas y movidas de mi ciudad. Otra historia, otros protagonistas, menos masivo, más mundano, más real. Quizás no digno de una película, pero sí sorprendente. Podría haber sido terrible o no, no lo sabía. No lo había buscado, pero se presentó sin previo aviso.



Ashley

Las calles estaban silenciosas mientras más me alejaba del centro. Disfrutaba de no sentir ese frío y desgarrador invierno de la ciudad, propio de los meses de diciembre a febrero. Amaba el verano, me daba libertad, me gustaba estar ligera de ropa, sin tener que ir tapada hasta las pestañas.

Lo bonito de esta ciudad era que si un turista venía en verano era una experiencia totalmente distinta al invierno. Ambas con una belleza especial en cada época. Cada una tenía su toque especial.

En invierno había nieve, pista de hielo en el Rockefeller Center, decoración navideña —de esas que impactan— por todas sus calles, ambiente de amor, unión… La Navidad siempre es eso y el frío es como si nos llevaran a pegarnos a otra persona para pasar juntos de mejor manera el clima.

En verano, tal vez el calor fuese aplastante, pero podían conocer más y con calma, ya que una botella de agua bien helada puede solucionarlo todo para seguir avanzando. Hacer un *tour* en bicicleta por el parque y sentarse bajo la sombra de los árboles a disfrutar de la belleza del paisaje y disfrutar de algún cantante callejero que esté tocando algo de los Beatles con su guitarra en la mano y sus emociones y anhelos bajo sus vestimentas.

No sé qué época era mejor. Son diferentes, y esa noche de verano me llevaba a pensar más de la cuenta y a tomar decisiones que no había planificado en absoluto.

Cuando descubrí que no lograría tomar un taxi, comencé a caminar y saqué mi celular, lo puse en modo avión para evitar ser molestada y me sumergí en la música, recodando lo bien que lo pasé en la celebración. Pensé en las vacaciones, descansar, dormir más y sumergirme en un libro que no fuese de la escuela.

Iba tan inmersa en mi mundo que me sobresalté cuando algo se movió cerca. Sentí miedo, una energía negativa que me indicaba que las cosas se salían de lo planificado; algo malo tenía

esa situación.

Un tipo se abalanzó sobre mí por detrás, me tapó la boca y, por más que quise, no pude defenderme ni soltarme. No fue posible pegarle una buena patada donde correspondía para que me dejara ir. No pude hacer nada. Aunque tuviera la mente fría, la posición en la que me tenía, con ambos brazos en la espalda, me imposibilitaba hacer cualquier maniobra.

Me llevó a un callejón oscuro. Los auriculares volaron y mi bolso cayó al suelo con todo lo que llevaba. Así como también cayeron mis cosas, me caía yo al vacío, me iba a la mierda en manos de un desconocido.

El miedo se apoderó de mí, me recorrió un frío por la espalda, una sensación de vulnerabilidad y pequeñez que jamás imaginé que podría sentir. Mi espacio personal era invadido, manoseado, usado. El tipo era fuerte, mucho más grande que yo. Con facilidad me movía a donde quería, aunque yo me sacudiera para escapar. Sin embargo, quedé petrificada al percatarme que no solo violaban mi espacio, sino que sería literalmente con mi cuerpo, al ver a otro individuo apoyado en una pared con la sonrisa más horrible de mi vida: arrogancia.

No sabía si era la mejor o peor decisión, pero mi cuerpo automáticamente me obligó a cerrar los ojos, como si de esa manera pudiera bloquear esa vivencia. Unas manos —no quería saber cuántas— recorrían mi cuerpo, desde mi cuello, los brazos, costado, bajando hasta las piernas.

No podría explicar lo vulnerable que una se siente cuando un extraño te trata de esa manera, mete las manos entre tus piernas, te levanta la falda, te toca sin piedad con una necesidad asquerosa, como si fueses un objeto, como si no tuvieras alma o corazón, si no respiraras, no tuvieses una vida y sentimientos y solo quisiese matar tus sueños. Un enajenado al que no le importa nada más que satisfacerse a sí mismo de la peor manera, arrastrando a otra persona y tirándola al abismo.

Mientras me tocaba, cerré los ojos y pedí piedad, pero sabía que esas bestias no conocían esa palabra; estaban enfermos.

Sería el fin… estaba liquidada.

Lo comprobé cuando el tipo me dijo: «No te muevas más o te lo entierro», y es que llevaba un cuchillo en el bolsillo. Si era verdad o no, para mí este era el fin, estaba muerta, no tenía escapatoria alguna, había perdido la capacidad de reacción. Me pasaría lo más desgarrador y doloroso que puede vivir una mujer, una persona, en realidad: la vulneración de tus elecciones y de tu espacio.

Eso deja huellas por siempre, para el resto de la vida, implacables, son las grietas de un terremoto o de un cataclismo, hacen que edificios se caigan al suelo, solo queden escombros y una destrucción masiva de todo lo que alguna vez fue. Un caso así mata los sentimientos, anhelos y esperanzas de la víctima. Y no solo de ella, sino también de su familia, de su entorno. No es llegar y cambiar por algo nuevo o mejor... te mata, solo que puede que sigas respirando y sin saber hasta cuándo.

Es lo que más podemos llegar a temer en la vida, lo que aterra con solo pensarlo, imaginarlo y hasta verlo en una película o al ver una triste noticia de alguien que tuvo la mala suerte de vivir una agresión así. Me pasaba a mí; esa noche, era su presa. Cerré los ojos con más fuerza, no podía defenderme.

En ese instante, pensé que lo mejor sería que me mataran. No podía respirar, estaba ahogada en el terror, en la miseria. En ese momento, estaba en un túnel oscuro y sin retorno. Me puso detrás de un basurero enorme. No me moví. Me levantó la falda, yo seguía paralizada, el miedo me tenía sin capacidad de reacción. Ese pequeño atisbo de esperanza, que creía que podía

salvarme, me hizo escuchar su conversación.

—Empieza tú...

No podía ver nada, estaba de espaldas a ellos, con mi boca tapada. El mundo comenzó a darme vueltas sin destino, sin conexión… nada. Era insignificante, no era nadie, solo era... una víctima; una más.

No sé qué más sucedió, porque sentí un zumbido, un pitido infinito mientras solo quería zafarme de un imposible.



Todo parecía pasar demasiado rápido, eran luces fugaces que pasaban frente a mí, sin sentido.

Recuerdo un golpe muy violento. Un golpe en el costado, un gruñido, mi cuerpo aprisionado que me hizo creer que estaba perdida. Caí con fuerza contra el basurero, maloliente y repleto de escombros. Me golpeó fuerte, dejándome mareada, casi inconsciente. Sentí que me aferraban del brazo, luego un bofetón y ya no estaba ahí.

Pueden haber sido segundos u horas, pero cuando logré pestañar, distinguí al violador y otro tipo que no había visto en la vida. Comenzaron a forcejear, hasta que se metió el otro delincuente.

Ahí descubrí como el cuerpo humano era mágico, donde ese deje de esperanza se convirtió en adrenalina y viéndome libre, no lo pensé. Con una energía desconocida que se apoderó de mí, corrí y grité. Tenía la falda arremangada, pero eso me permitió correr con más soltura y a pasos agigantados. Nunca fui tan rápida, ni siquiera en la práctica de atletismo del colegio; jamás corrí así.

Estaba confusa, adolorida, desorientada, no obstante, ahí estaba yo, con una fuerza que no sabía que existía. De mis ojos brotaban lágrimas de decepción y miedo, pero, en ese instante, mientras corría con algo de esperanza, vi una pequeña luz al final del túnel, la que todo ser humano merece y que nadie tiene el derecho de arrebatar. ¿Quién sería ese ángel del cielo que me había salvado de la agresión más horrible de mi vida?

Al correr, pasar a través de los coches y llegar al centro de la calle, vi que venía una patrulla de policía. Hice gestos desesperados con las manos, pedí auxilio entre gritos, aunque no sabía si algo tenía coherencia.

—¡Por favor… aquí! Urgente… —mis manos se movían con toda la fuerza, rapidez y desesperación del mundo, a pesar de tener las piernas como lanas—. Por favor, se lo ruego, vengan aquí. —Era una súplica desde las entrañas, desde el centro del alma. Estaba aterrada.

Caí al suelo, ya no podía más.

Todo volvía a ser destellos, ruidos, movimientos pausados, como si estuviera en cámara lenta. La policía se acercó rápidamente a donde estaba. Debía parecer una loca, posiblemente drogada, por lo que murmuré intentando hacerme entender: violador, malos, escapar, hombre salvándome…

Recordé al chico, mi salvador. No sabía en qué situación se encontraría, todo fue tan rápido,

desde el momento en que logré huir, que no tengo absoluta claridad de lo que pasaba a mi alrededor. Cuando escuché a uno de los policías decir «estás segura», me permití cerrar los ojos.

Al abrirlos nuevamente estaba desorientada. Ya no estaba en medio de la calle, me encontraba en un auto… ¿una patrulla? Intenté incorporarme, me dolía todo el cuerpo, pero necesitaba saber qué estaba pasando.

Fuera, las luces parpadeantes de otras dos patrullas alumbraban la escena, aunque ya comenzaba a amanecer. Un hombre estaba acostado en el suelo con las manos esposadas a la espalda y un policía sobre este para evitar que escapara. Grité, grité fuerte alertando a una policía que se acercó para tranquilizarme, asegurándome que estaba segura y nada pasaría.

Creo haber preguntado qué había pasado y dónde estaba mi salvador, ya que, muy amable, la policía me contó que, después de alertarlos, llegaron al lugar de donde los dos delincuentes corrieron por el callejón. La mujer trataba de no dar demasiados detalles, pero me aseguró que ya tenían a uno y estaban en busca del segundo involucrado. Cerré los ojos un momento, toda la libertad que había sentido al salir de ese *pub* había estado a punto de convertirse, en unos segundos, en la prisión más terrible de mi vida.

La chica policía se acercó a mí, abrazándome al ver mi estado de desesperación y nerviosismo. Solo dijo dos palabras: «Ya pasó». No dijo más y yo lloré en sus brazos, desconsolada, como si fuese alguien cercana a ella, una amiga.

Al cabo de unos segundos, seguía sin soltarme. Me tenía en sus brazos como a una hija. Pensé que, si no hubiese ido a esa celebración y hubiese estado con Matthew, este susto no hubiese pasado.

—¿Llegó a hacerte daño? —Su mirada denotaba preocupación y empatía. Mientras me hablaba, tocó mi hombro en un acto de apoyo y cariño. Lo agradecí.

—Por una milésima de segundo, no. Estuvo a punto. —No me salían las palabras con fluidez. Tomé aire—. Me subió la falda, hasta que llegó alguien. Si no, estaría… —no pude seguir, solo con pensarlo hacía que me cayese en una especie de abismo.

En ese momento, vi a un chico levantarse del suelo. Estaba despeinado y confundido por lo que había pasado, sus ojos lo delataban. ¡Él me había salvado! Me salvó de vivir el infierno en la Tierra. Una violación es eso, vivir un infierno.

La policía se acercó al chico mientras se llevaban al tipo asqueroso —que resultó ser un niño— a una esquina. Lo dejaron todo el rato contra la pared, hasta que llegó otra patrulla y se lo llevaron. No quise mirarlo y agradezco no haberle visto la cara, porque, si se la hubiese visto, no la habría olvidado jamás y estoy segura de que aparecería en mis sueños para provocar las peores sensaciones del mundo.

Nunca había sentido esa sensación de repulsión, asco y rabia, tanto que me sentí como superada, solo quería… ¿vomitar? Sacar toda la mierda de esos segundos, que podrían haber llegado a cambiar mi vida como un rayo fugaz que cae y destruye todo.

La mujer policía siguió a mi lado. Era una persona muy empática, denotaba una preocupación más allá de lo que pensé. Me hizo sentir protegida. Mientras, el policía comenzó a hablarle al chico que me había ayudado. Su tono, su aspecto y su forma de hablarle eran mucho más duras de cómo había sido la chica conmigo.

—Por favor, señor, su identificación.

El chico sacó su cartera y mostró la tarjeta. Él estaba igual de impactado que yo, tenía la mirada perdida, pero era bonita y sensible. A pesar de que su ropa estaba sucia, me pareció alguien honesto, bueno, de buen corazón.

En realidad, no era que me lo pareciera, ¡lo era! Lo había dado todo por salvarme, me había alejado de esos tipos que no quiero recordar más en mi vida. ¿Cuánta gente se arriesgaría así por la vida de otro? ¿Cuándo el precio podría llegar a ser tan alto que podría haber pasado cualquier cosa? Y todo por una desconocida. Seguro que podríamos contarlos con los dedos de una mano.

El mundo se había vuelto individualista, lleno de gente con poca empatía, con pocas ganas de hacer algo por alguien, solo reaccionamos o tomamos acciones cuando uno tiene alguna posibilidad de ser beneficiado. Casi todos los movimientos que hacíamos eran premeditados, donde pudiésemos encontrar algo a cambio, por nuestros intereses, sobre todo. Este chico no era de esos. Su acto me lo demostró esa noche.

¿Quién sería él? ¿Cómo podría agradecerle? Era como si mi ángel de la guarda se hubiera encarnado en él.

—¡Él me ha salvado! —exclamé mientras las lágrimas caían por mis mejillas—. ¡No me ha hecho nada! ¡Al contrario!

El policía que le interrogaba no me hizo caso ninguno, aunque la mujer a mi lado me reconfortaba. El chico tampoco dijo nada.

—¿Mauro De Michellis? —preguntó el policía con la identificación del chico en sus manos.

—Sí —contestó el chico.

Su voz era ronca y apenas podía hablar. Estaba como si recién despertase de una pesadilla, aún impactado.

—Vamos a revisar sus antecedentes. —El policía llamó por su radio para que lo comprobaran.

—Yo no he hecho nada —aclaró—, solo intenté ayudarla.

En ese momento me hubiese gustado abrazarlo para agradecerle por lo que hizo, pero no era posible y mis pies seguían paralizados, aún me daba vuelta todo. Era una sensación de mareo intenso y punzante, no podía controlar mi estabilidad.

Las luces se movían a mi lado, mi corazón no latía, sino que saltaba, rasgado, como si lo hubiesen apuñalado.

—¡Está limpio! —informó el policía al escuchar el mensaje de la radio que decía que todo estaba bien con él.

En ese momento, el policía pidió al chico que le dijese qué había ocurrido. Antes de contarle lo que había pasado, me miró y habló con un poco más de fuerza.

—¿Estás bien? ¿Ha sido a tiempo? ¿Te ha hecho daño?

—Estoy bien —dije con un hilo de voz—, no alcanzó a llegar a lo peor; no sé qué hubiese hecho si no hubieses llegado. ¡Gracias!

Me largué a llorar con más fuerza y mi pecho, a pesar de seguir apretado, estaba agradecido por cómo había acabado todo. No me dolía, solo sentía que, si no ponía una de mis manos sobre el, se podría arrancar el corazón de mi cuerpo.

—Yo venía caminando cuando vi lo que sucedía. Corrí para tratar de hacer algo por ella. Intenté agarrarla de la espalda, entre el forcejeo del hombre cayó al suelo, pero eso logró que se separara de ella y poder salir de ese lugar. Soy bombero de la Brigada 99. —El chico mostró su identificación—. Fue todo muy rápido, pero llegué a tiempo.

—Señor De Michellis, muchas gracias por su ayuda. La ha salvado. Si usted no hubiese estado por aquí, la historia no habría sido la misma.

—¡Gracias! —grité entre llantos—. No sé qué habría pasado si hubieses aparecido unos segundos más tarde. —Se me retorció el estómago, tanto que tuve que doblarme porque una

sensación de dolor intenso me consumió.

—Señorita, lamento mucho lo sucedido. Necesito que me muestre su identificación, por favor; es parte del procedimiento. Le pido que no se sienta mal, ya sé que ha tenido más que suficiente en estos momentos —intervino la policía a mi lado.

—Lo sé, no se preocupe. Entiendo que tienen que identificarme. —Me giré instintivamente, percatándome de la ausencia de mi bolso—. Mis cosas… mi bolso… —recordé mis pertenencias esparcidas por el callejón.

—Deben estar en el callejón. —comentó el chico apuntando en esa dirección.

Ambos, él y el policía se dirigieron allá, volviendo un tiempo después. Me pasaron mi bolso, murmuré un gracias mientras buscaba entre las cosas. No importaba si estaba todo ahí, en ese momento solo necesitaba mi identificación. Saqué la tarjeta con las manos temblorosas y se lo entregué.

—Señorita McKay, sabemos que es un momento duro, pero necesito que venga con nosotros para dejar constancia. La llevaremos en el coche policial y luego la podemos dejar en su domicilio. O, si lo prefiere, puede llamar a algún familiar.

No alcancé a pensar qué decir, cuando escuché una voz tajante y segura. El chico que me había salvado ya se había recuperado y estaba más tranquilo.

—¡Yo la acompaño! ¡Voy con ella! —Me sorprendió.

—Si usted quiere... Le íbamos a llamar a declarar durante la próxima semana, pero, si puede hacerlo hoy, mejor; así el proceso avanza más rápido.

—Prefiero hacerlo hoy y librarme de esto. Los acompaño.

No pensé en llamar a Matthew, no se me pasó por la cabeza en ese momento, y, además, seguro que, si lo hacía, me echaría en cara el hecho de haber salido sola a celebrar las vacaciones de verano y solo le daría más poder sobre mí.

Me pasó por la mente que, si no hubiese salido sola y en contra de su voluntad, esto no habría sucedido. Jamás hubiese caminado sola por la calle y lo más probable era que estaría cenando en un lujoso restaurante. Las vueltas de la vida, los misterios y las decisiones que tomamos, aunque nos parezcan pequeñas, pueden llegar a tener un impacto grande en los sucesos, generando nuevos caminos y nuevas vivencias.

Volví a cerrar los ojos con fuerza, necesitaba quitar cualquier pensamiento de *si hubiese*; no me llevaría a nada.

Así, sin más, estábamos en el coche de la policía. No llamé a nadie, ni lo pensé. Solo me fui con ellos a declarar.

Me fui con el chico en la parte de atrás del coche. Estaba muda y llorosa, lagrimeaba. Este me pasó un pañuelo para que me limpiara la cara y así hice luego del intento de sonrisa para agradecer. No hablamos nada, pero sentí su apoyo una vez más.

Al llegar a la comisaría, nos pidieron esperar un tiempo en la sala, la mujer me preguntó si necesitaba que se quedara conmigo, pero nuevamente el chico a mi lado, insistió en cuidarme y avisar cualquier cosa. Como me vio confirmar, ella asintió asegurándome que estaría atenta y vendría por mí.

Era extraño, debería odiar a todo hombre en ese momento, pero con él no podía tener aquel sentimiento. Era mi salvador y le estaría eternamente agradecida.

Lloré. Por momentos, me sentí desbordada y me faltaba aire para respirar. Pero Mauro, mi salvador, ahora con nombre, estuvo todo el tiempo a mi lado.

¿Era posible sentir a una persona como si fuese capaz de sostenerte cuando, en realidad, no

la conoces? No sé qué me pasó, pero le di la mano para sentirnos acompañados, protegidos. En ese momento, había sido mi pilar, mi apoyo y una especie de héroe caído del cielo. Jamás me olvidaría de ese chico que, sin pensarlo, arriesgó su integridad, su vida, por una desconocida; sin medir las consecuencias de los actos, por mí. Solo le debía agradecimiento, pero creo que, aunque le mandase un *obsequio* todos los días para darle las gracias, no sería suficiente.

Poco después me llamaron a declarar, empecé a temblar, no quería ir sola, aunque la policía me aseguraba que no se iría jamás de la sala. Miré a Mauro, quien asintió dándole un apretón a mi mano. Asentí, adentrando en por pasillo que me indicaron.

Luego declaró él.

Noté que tampoco fue fácil revivir la historia. Al sentarse a mi lado noté su respiración acelerada y sus dedos, en ocasiones, apretaban los míos cuando volvimos a tomarnos de la mano.

Estuvimos un rato en silencio.

Tras esperar y que la policía asegurara que nuestra declaración era correcta, se acercaron para decirnos que éramos libres de irnos. Solo sentí un inmenso agradecimiento y comprobé que nunca en la vida había sentido algo de esa magnitud.

—Gracias por sus declaraciones. Me alegra que esté bien, señorita McKay y que no haya daños que constatar. Bueno, no físicos. Si necesita asesoría psicológica, se la podemos dar —dijo la mujer policía.

—Gracias, estaré bien —contesté tajante. ¿Lo estaría? No tenía ni idea, pero fue todo lo que se me ocurrió decir en ese momento.

—Podemos llevarla a su casa —me informó.

—Me iré en taxi y... —Lo miré y un impulso desconocido pero embriagador me hizo seguir hablando—. Mauro, ¿me puedes acompañar? Aunque ya te he robado algunas horas de tu tiempo.

—Yo te acompaño —respondió, seguro, sin titubeos y al instante.

Eso me gustó, ya que lo único que tenía claro era que no quería estar sola.

—Le comento, señorita McKay, que el tipo ya tenía antecedentes de microtráfico de drogas, robos, abusos y agresiones. De hecho, estaba en búsqueda y captura y no se salvará esta vez —comentó el policía—. También estamos en búsqueda del otro sujeto, si quiere podemos informarle…

—¡Que se pudra! —contesté con rabia y odio—. No quiero saber nada de ese sujeto.



Ashley

Salimos de la comisaría y, desde ese mismo lugar, nos pidieron un taxi para que nos llevara. En el trayecto, solo podía rememorar las pocas imágenes que seguían rondando en mi cabeza, recuerdos destellantes de lo que acababa de vivir.

El trayecto ocurrió en completo silencio, a veces me daba cuenta que me aferraba muy fuerte a mi bolso e intentaba calmarme, pero poco después mi instinto me hacía abrazarlo con mayor intensidad.

De vez en cuando miraba de reojo a mi acompañante… Mauro, era guapo por lo poco que había visto, atento y preocupado de mi bienestar. Era un desconocido, tanto como los delincuentes que me acorralaron, pero aquí me sentía… bien, a salvo. Suspiré con fuerza, intentando llenar mis pulmones de oxígeno y calma.

—La voy a dejar en su apartamento. ¿Me espera? —preguntó al taxista.

Me sorprendí, al ver por la ventana, que ya nos encontrábamos en mi edificio. Miré primero a Mauro y luego al taxista que asentía; algo dentro de mí me hizo exclamar.

—¡Váyase! No se preocupe —dije.

Me miró sorprendido, su cara era un completo signo de interrogación, pero en serio no quería estar sola en ese momento. Y confiaba en él. Agradecí que no refutara en mi decisión, así que comenté.

—Lo mínimo que puedo hacer es invitarte a un café o algo más fuerte, para agradecerte todo lo que has hecho por mí, ¿no crees?

—Me bajo contigo. Te acompaño —dijo seguro y yo sonreí.

Le dimos las gracias al chófer y nos bajamos del taxi. Subimos las escaleras en el mismo silencio en que viajamos en el coche y llegamos a la puerta del apartamento. Estaba tan nerviosa que no podía abrir la puerta, no paraba de temblar. Me sobresalté, echándome hacia atrás cuando sentí su tacto. Balbuceé una disculpa mientras él hacía movimientos lentos para mostrarme que no me haría nada, solo quería ayudar a abrir la puerta. Dejé caer las llaves en su mano y di un

paso atrás.

Creo que nunca había valorado tanto poner un pie en mi hogar. A veces, damos por sentadas las cosas, y la vida no es así. No controlamos nada.

Ese día, mi casa me abrazó como lo hubiesen hecho los brazos de una madre a un hijo pequeño. Jamás me había sentido tan cómoda en mi propio apartamento. Los colores de los cojines, en tonos verdosos, me daban tranquilidad y las plantas me producían lo mismo; todo era perfecto, era mi lugar.

Llegar en ese estado de vulnerabilidad solo hizo que quisiera más a cada rincón de mi casa, mi hogar, de mi espacio. Al menos, aquí me sentiría segura, no me hallaba en peligro… menos si tenía la compañía de mi salvador.

Me giré en su dirección, seguía en el mismo lugar junto a la entrada. Imaginé que mantenía la distancia luego de mi comportamiento al entrar, estaba avergonzada, aunque debía ser normal, ¿no? No era fácil procesar lo que acaba de pasar.

—Mauro, ¿quieres beber algo? Tengo *whisky* y…

—Vale —me cortó—, dame uno doble, por favor. Y sin agua, solo hielo. Esta noche ha sido demasiado fuerte —contestó sincero, aunque su cara hizo un gesto de vergüenza por haber metido la pata, o haberla cagado con ese comentario. Me pareció auténtico, sin filtros, y no me incomodé por sus palabras.

Le di la bebida y me preparé una igual. Si hubiese tenido la opción de poder inyectármela a la vena, lo habría hecho. Seguía atormentada y asustada.

Él estaba sentado en el único sillón que tenía en casa. Dudé si sentar ahí, pero lo hice luego de poner unos cacahuetes para picar. Yo tenía el estómago cerrado, por lo menos, para ingerir alimentos sólidos, algo común cuando estaba con ansiedad o nerviosa.

—¡Gracias, Mauro! Me faltarán años para agradecer lo que has hecho por mí esta noche —dije llorosa. Me temblaba el pulso.

—No es nada, Ashley. Lo volvería a hacer sin pensarlo —soltó sincero y sonrió.

Tenía en mi casa, con un *whisky* y un nudo de nervios, a un chico sincero y transparente. Su mirada era pura, no movía los ojos, no mentía. Su aspecto era desordenado, la pelea lo había dejado con el pelo enmarañado. Lo llevaba rubio con las puntas un poco más claras y sus ojos, de color miel, con unas pestañas espesas.

Era muy guapo, ahora que tenía la luz y la atención para observarlo. Parecía un alma libre, más relajado. Pensé que tal vez era deportista, tenía los músculos de los brazos bien marcados, se notaban en la camiseta gris que llevaba, de un grupo de música.

Con movimientos lentos y sus ojos en los míos, se acercó, sin palabras, diciéndome que deseaba acercarse y tomar mi mano. Se lo permití.

—¡Estarás bien! En serio —enfatizó—. Lo importante es que no pasó nada y estás bien, solo hay que agradecer que llegó la policía. Fuiste fuerte, corriste, hiciste todo lo que podías y ahora todo será mejor, lo prometo.

—¡No me quiero imaginar la escena! —solté como una bomba.

—No la imagines. No te atormentes pensando qué hubiese pasado, si no, tu cabeza te jugará una mala pasada.

—A veces, doy demasiadas vueltas a las cosas. No tengo esa capacidad de control, ¿tú sí?

—Bueno, digamos que es algo que manejo muy bien en algunos aspectos y en otros, no tanto. Pero no pienso en las cosas malas, más bien, en las buenas que pudieron haber prosperado.

¿Qué sería a lo que se refería este chico? Sus pestañas me intimidaron, eran muy bonitas,

sus ojos tan expresivos... Me hacían desear acercarme tanto como pudiera, sin temor.

—¿Cómo que no en las cosas malas? No entiendo, creo que estoy más lenta de lo habitual. Ten paciencia conmigo, perdona.

—Ahora, tú piensas en qué hubiese pasado si no hubiese llegado la policía. Quizá, estaríamos los dos liquidados o… ¿quién sabe? Pero ¿qué importa saberlo? ¡Si estamos aquí y bien!

—¿Y las cosas buenas? —pregunté.

—Eso sí que es más complejo. —Volvió a sonreír y se le marcó un hoyuelo en la mejilla, lo que me pareció adorable—. Ahí, los pensamientos pueden jugarnos una mala pasada. Podríamos soñar con qué sería lo perfecto para uno, pero, en realidad, jamás sabríamos si sería lo mejor. Nos podríamos quedar meses pensando en mil y una posibilidades. —Su tono de voz se volvió melancólico y sus ojos perdieron el brillo.

—¿Bombero, cierto? —Él asintió y yo sonreí—. Seguro tienes un título de psicólogo. —Fue el turno de reírnos por mi comentario.

—No. De hecho, nunca fui a la universidad. Me ha tocado aprender a escuchar, y me viene bien. Me siento cómodo y me gusta hacerlo.

—¿Dónde has aprendido eso? ¿Con amigos? Es difícil encontrar a un hombre que sea todo oídos o, al menos, a mí no me ha tocado.

—Algo parecido. En la vida, en mi trabajo.

—¿Cómo bombero? —Mauro negó—. ¿Dónde trabajas?

—Estoy a cargo del área de servicio de una oficina, las chicas del servicio de limpieza y los trámites administrativos.

—Y aparte bombero… ese tipo de hombres no se encuentra a diario —comenté haciéndole sonrojar.

Bombero. Nunca me había topado con ninguno. Fue algo totalmente ajeno a mi vida. Me comenzaba a dar cuenta de que, por instantes, estaba sumergida en una burbuja.

Me llamó mucho la atención, me entró curiosidad respecto a ese mundo y se lo dije. No fue un cumplido para quedar bien, sino que de verdad los admiraba, sabía que eran muy comprometidos y daban todo por el resto. Desde los seis años, cuando fuimos con el colegio de excursión a una estación de mi ciudad, me llamaron la atención. Siempre fueron vistos como una especie de héroes silenciosos.

Por suerte, ya estaba más tranquila. Trataba de controlarme a través de mi respiración, me mentalizaba que, de alguna manera, era una especie de antídoto ante situaciones complejas y desbordantes. Me esforcé por enfocarme en lo que había pasado y no en lo que hubiese podido pasar. Suspiré y, en señal de agradecimiento, lancé una mirada al cielo. En ese momento, se me bajaron los hombros tensos que tenía y me comenzó a entrar hambre. Ya nos habíamos tomado el *whisky*.

—¿Cuántos años llevas como bombero?

—Ocho años ya.

—Vaya, mucho tiempo. ¿Cuántos años tienes entonces, Mauro...? Perdona, no recuerdo tu apellido.

—Mi apellido es De Michellis y tengo veintiséis. ¿Y tú, Ashley McKay, cuántos años tienes?

—Yo, veintidós. ¿Eres italiano? —Seguro que lo era. Además, altamente guapo, como con esos genes que tienen los italianos tan atractivos.

—Mi madre lo era. Vino aquí a trabajar, es su apellido.

Al momento, me rugieron las tripas. Mi cuerpo se manifestaba; me avergoncé.

—¡Veo que tienes hambre! —exclamó risueño. Los ojos se le achinaron un poco y el hoyuelo de su mejilla volvió a aparecer. Ya me enfocaba en su cara más de lo que debía—. ¿Quieres que salgamos a comer algo? Conozco un lugar muy cerca.

El tiempo había hecho lo suyo y ya eran cerca de las tres de la madrugada. Accedí, tomé mi bolso, una chaqueta y nos fuimos.

Parecía conocer muy bien el barrio, como si ya hubiese estado por allí varias veces, de fiesta. Se movía por las calles que ni siquiera yo conocía, eso que llevaba un buen tiempo viviendo ahí.

Llegamos a un local que se utilizaba de after, cuando venías de una gran fiesta y necesitabas algo para comer; no lo conocía. Pidió unas pizzas de champiñones, queso y tomate y unas cervezas. Me percaté que la chica que atendía ya lo conocía. Me pregunté si tal vez tendrían algún tipo de… relación.

Mauro me preguntó si podía ir a buscar un lugar, mientras él esperaba la comida. Asentí, teniendo en consideración la cantidad de personas en el lugar. Poco después, llegó con las pizzas y las bebidas.

—¿De dónde has sacado este lugar escondido? ¡Está lleno de gente! —Miraba impresionada a todos lados, ni cuenta me di que estaba sonriendo.

—Escondido no está. Además, es la hora del hambre tras la fiesta. ¿No lo conoces? No pensé que alguien que va a la Universidad en Nueva York jamás hubiera estado aquí. ¿En qué mundo vives? —comentó con una linda sonrisa.

—Me estoy dando cuenta de que en uno completamente distinto a este. —Bajé la mirada avergonzada. «Sigo en la burbuja que mis padres y Matthew me han creado».

—Bueno, nunca es tarde —interrumpió tomándome la mano sobre la mesa y regalándome una sonrisa que correspondo—. Espero que disfrutes del bullicio mientras comemos. Después, nos largamos, que hay demasiado ruido y poco espacio. La comida es genial, pero siempre está lleno. De hecho, hemos tenido suerte de pillar una mesa.

—¿A dónde iremos? —pregunté sorprendida, pero con entusiasmo.

—No sé, ya veremos qué nos regala la noche. Estás en una de las ciudades más divertidas y locas del mundo, seguro que sale algo entretenido. —Me sonrío. Un calor me llenó el cuerpo; señaló la pizza y yo obedecí con gusto.



Mauro

Caminaba por las calles llenas de gente y de jóvenes, sobre todo. Se notaba ese ambiente de fiesta, risas, gente que bebía en las calles, grupos de chicos que esperaban para entrar a algún *pub*, unos fumaban, otros se besaban.

Esa noche, lo pude ver todo, ya que estaba más abierto a observar mi alrededor. Esas cervezas me llevaron a pensar más de la cuenta, pero, en esta ocasión, no solo en mí y en ella, sino en cómo veía a la gente, cómo se seguía moviendo todo en su majestuosidad a pesar de lo que me hubiese pasado a mí. Siempre había sido sentimental, pero esta vez era demasiado. Debería haber pedido cita a un especialista en penas de amor.

En ese momento, pensaba que lo había perdido todo. Me había dejado más vulnerable de lo que jamás predecí. ¿Qué estaría haciendo Martha en ese momento? En esa misma ciudad, bajo el mismo cielo de estrellas y bajo las mismas luces que iluminaban las ajetreadas calles de Nueva York. Citas de amor, encuentros, desencuentros, sexo y otras cosas en las que no quise pensar.

Ya me dijeron que la clave estaba en que pasase el tiempo. El tiempo pasó a ser una variable que no tenía relevancia en mi vida. Tampoco era tan idiota, era capaz de darme cuenta de que ese algo que tuvimos juntos no era lo que esperaba de una relación, pero esa mujer me nublaba y me hizo perder el juicio. Soñaba despierto, la necesitaba, la buscaba en mi mente, pero también trataba de alejarla.

De golpe ¡desperté! No podía seguir así, no en ese momento. Aunque no fue mi sensatez quien me trajo de vuelta, sino un ruido a la distancia.

Ahora me encontraba ahí, saliendo del local de pizza observando cómo el amanecer iba tomando fuerza entre la oscuridad, luego de una experiencia traumática. Jamás pensé que esa noche, que me tocaba estar de guardia, terminaría en una emergencia. Pero en una distinta, lejos de lo que mi cabeza podría imaginar. Sin casco, sin traje de protección y sin camión de bomberos.

El cambio de guardia me había hecho una especie de *sustitución de urgencia*, no por una

más o menos importante, solo por una distinta, igual de peligrosa y desgarradora.

Mientras caminábamos sin rumbo, la observé. Pobre, ¿qué pasaría por su cabeza? ¿Cuáles serían los miedos a los que tendría que combatir después de esto? ¿Cómo lo llevaría?

La chica, Ashley, de vez en cuando tiritaba, se aferraba a su bolso o miraba hacia otro lado admirando el paisaje, cuando realmente intentaba evitar que yo viera su angustia. Era imposible no notarlo, aunque hubiera logrado hacerla sonreír en varias oportunidades, el temor y los recuerdos recientes no se irían porque yo la invitara a comer o la acompañara para que no estuviera sola; nada era tan simple.

Con movimientos pausados hice que me notara, sin desear asustarla; logré que me mirara. No dijo nada, solo me miró y vi el agradecimiento, sus ojos brillosos se veían más claros, de color miel, que cambiaban con el estado de ánimo. Tenía los ojos grandes y la cara delgada, con finas facciones, lo que hacía que se le marcaran mucho más. Sus pestañas estaban mojadas y su maquillaje corrido a pesar de haberlo limpiado antes de salir. Me daba tanta pena que le hubiese tocado pasar por tan desagradable y dolorosa experiencia.

Cuando sentí el roce de su mano, me estremecí. Me consumió un deseo inexplicable, quería cuidarla para que nunca más pasara un susto como el de esa noche. Seguramente lo hacía por agradecimiento, si bien yo lo veía más allá, como si su alma quisiera hablar con la mía.

Al acordarme de esa imagen, me daba rabia, ira. Tenía deseos de venganza contra ese tipo asqueroso que había querido hacerle todas aquellas atrocidades. Para sacar esos recuerdos molestos y horribles, me enfocaba en ella, en sus palabras, en sus movimientos. Comencé a contemplarla. Ya no era solo una mirada de aquí para allá, concentrarme en ella me producía paz y me gustaba.

—¿Hacia dónde vamos? —dijo, interrumpiendo mis pensamientos.

—No lo sé, lo estoy evaluando —le informé, sonriente y nervioso.

—¿Siempre caminas sin rumbo? —me preguntó asombrada.

—A veces, hace bien —comenté mientras sacaba el móvil de mi bolsillo trasero.

Entré en la aplicación de mensajería buscando el contacto, escribí un corto mensaje, sin descuidar la conversación con Ashley. Su comentario me hizo olvidar la idea que tenía en mente.

—A veces, es peligroso, como hoy...

—Shh, no hablemos de eso —le corté, girándome para quedar de frente—, no quiero que vuelvas a ese lugar y no me refiero solo físicamente, sino mentalmente.

—Entonces, llévame a otro.

Justo en ese momento vibró el móvil con la respuesta que estaba esperando. Sonreí con entusiasmo, como no lo hacía hace mucho. No solo por la noticia, sino porque ella quisiera seguir pasando su tiempo conmigo.

—Ya sé dónde te llevaré. ¡Vamos! Me acaban de confirmar que está abierto.

Para no perder tiempo, optamos por un taxi, a pesar de no ser un trayecto tan largo. Llegamos al edificio donde nos recibió el portero que me conocía bien. Nos dimos un apretón de manos y luego un abrazo con un leve golpe en la espalda.

—Hola, Brian. ¿Cómo va todo?

—Puedes pasar, Mauro. La señora Jackson siempre me dice que puedes usar su apartamento y todos los beneficios de este lugar, que es tu casa.

Al girarme hacia Ashley pude ver la duda en su rostro. Seguramente pensaba que este era el lugar donde vivía y… No, no quería darle la mala impresión de que quería aprovecharme de ella. Le sonreí tendiéndole la mano, era su decisión si quería acompañarme, si no, daríamos media

vuelta y la llevaría a su casa.

Agradecí en silencio que tomara mi mano entrelazando los dedos. La llevé por el ascensor.

Nunca había usado el apartamento de mi amiga para una situación así. Nunca quise abusar, por lo que siempre fui solo. Esta vez no lo pensé, quería sorprenderla, sacarle de encima el mal recuerdo. No sabía si lo lograría, pero esa noche estaba empeñado en que, al menos, hubiese avances y me empeñé en tratar de alejarla de ese momento que había vivido.

Salimos del ascensor, saqué las llaves y abrí la puerta del apartamento. No era el más bonito, pero la vista era impresionante. Era una decoración antigua, pero acogedora y delicada. Muchos muebles de anticuarios y varias fotografías en blanco y negro decoraban algunos marcos de peltre, dando una especie de ambiente familiar.

—¡Este lugar es precioso! ¡Qué vista! Más impresionante incluso que el Top of the Rock del Rockefeller Center o el Empire State —exclamó Ashley acercándose a la ventana.

—Esos son mucho más altos, pero siempre están llenos de turistas y gente sacando fotos como locos para compartirlas en sus redes —respondí acercándome lentamente—, tienen que mostrar la vida que todos quieren tener. Esta es la mía: sin redes y en las alturas; es mi lugar favorito. ¡Ven, vamos fuera! —Sin dudarlo, me tomó de la mano.

—¿Cómo has llegado aquí? ¿Quién es la señora Jackson? —Podía distinguir curiosidad en su voz y yo no la dejaría con la duda.

—Es una señora mayor que salvamos de un incendio en un restaurante hace tres años. Entré a sacarla, ya que tenía problemas de movilidad y no pudo reaccionar como el resto de los que estaban dentro. Ella estaba sola. Recuerdo su cara de pánico entre lágrimas de miedo cuando el restaurante ya se consumía. Desde entonces, siempre me invita a venir e, incluso, me ha dado llaves para que use su apartamento cuando quiera. Hemos compartido mucho; es una gran persona, una gran amiga. Fue un incendio horrible, no sé cómo lo logramos. Mejor no hablemos de eso.

—¿Cómo tendré que agradecerte yo? —preguntó sincera.

Ella no tenía nada que agradecerme, era mi deber, como buen ciudadano, evitar esas situaciones ofensivas y peligrosas.

—¡Ven aquí!

Tomó mi mano; me gustaba su tacto, era suave. Ya lo noté cuando estábamos en la comisaría de policía, pero, en ese momento, era mejor, mucho mejor. Creo que se debía a que la conocía un poco más y me comenzó a sorprender.

Nos sentamos en la terraza, desde donde se veía gran parte del sur de Nueva York. Nos sentamos a contemplar la belleza de esa ciudad, las luces —que parecían volverla loca—, el ruido, los colores, la magia de verlo todo desde otra perspectiva.

—Me imagino que has estado en algún lugar parecido, así, con vistas o mejor. Pero vamos a vivirlo de otra forma, vamos a hacerlo diferente —le dije poniéndome a su lado.

Saqué el teléfono y puse música. Empezó a sonar Alicia Keys con *Empire State of mind*. Nuestras manos se rozaron solo un poco, como un acercamiento vergonzoso y adolescente. Me sentí tan bien cuando no la apartó, que me dejé llevar por los acordes de la música moviendo los dedos como si tocara un instrumento.

Siguió la música con REM y su canción *Leaving New York*. Era una *playlist* muy buena que había hecho hacía unos meses con algunas de mis canciones favoritas, de distintas épocas y estilos. Era fanático de los Beatles. Siempre pensé que la música era parte fundamental de mi vida, un medio de transporte, la mejor compañera para los recuerdos; esas canciones que tantas

veces escuché llegaban a ser una especie de nutrición necesaria y adictiva. Compartirlas con esta chica me hizo feliz.

Había ido muchas veces antes a ese lugar, pero nunca acompañado, ni siquiera de Martha… ¿Martha? Esta chica había sacado de mi cabeza al fantasma que llevaba, ese recuerdo que se me venía encima como si fuesen kilos de cemento, como la ciudad, cuando la ves y la enfrentas con miedo, no prosperas, pierdes las ganas de vivir, cuando caes en la droga y pierdes la sonrisa.

Ella seguía pensativa y con su mirada algo perdida en las luces de los rascacielos. No sabía qué pasaba por su cabeza, pero no lo dudé. El roce de las manos ya no era suficiente. Necesitaba cada vez más.

Le tomé la mano en un movimiento rápido, antes de que me arrepintiese. Ella respondió y me la apretó tras entrelazar sus pequeños dedos con los míos. Me hizo una caricia suave con los suyos, esta vez secos, sin nervios. Sus manos eran cálidas, finas y suaves, muy suaves, como ella.

La miré, seguía perdida en la ciudad. Tal vez, recorría las calles una a una en su mente o quizás, solo estaba perdida, con la mente en blanco, intentando olvidar la pesadilla vivida. Puede que estuviese agradeciendo que no le hubiese pasado nada o pensaba en la chica que, en ese instante, no tendría la suerte que tuvo ella, que tuvimos. La miraba fijamente hasta que, por fin, nuestros ojos se cruzaron. Era preciosa, dulce, angelical, muy bonita.

—Cierra los ojos, Ashley —le susurré al oído.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó temerosa; me reprendí mentalmente.

—¡Nada que no quieras! —dije tajante y seguro.

Me alejé un paso a regañadientes, no quería estar separado de ella, pero también entendía que debía darle su espacio. Comprender que no todos los nombres la dañarían, ya que ese debía ser su pensamiento ahora, hasta que lograra recomponerse. Porque yo le ayudaría, haría que volviera a sonreír sin temor.

—Nunca había estado en una azotea así, observando de verdad —comentó en un murmullo.

—¿Observando de verdad?

—Sí, mirando más allá de lo que los ojos ven, ponerle una especie de música a una historia. Es bonito verlo y sentirlo como nunca antes.

—Siempre hay alguna manera nueva de observar. Piensa en todas las historias que pueden pasar, en este momento, por las calles de esta ciudad —dije volviendo a dar el paso que nos separaba, observando que no estaba mal.

—Las posibilidades son infinitas —contestó—, desde las más grandes alegrías a los más grandes miedos. —Nuestras manos se volvieron a juntar.

—Piensa en las películas que en este precioso monstruo de cemento se han rodado, las que más te han gustado.

—Las tengo —me contestó rápido y de forma risueña.

—¿Cuál quieres que sea tu película, Ashley? Tú eres la protagonista. ¿Con quién querrías estar? ¿En qué lugar? ¿Cuál sería la trama? ¿Qué emociones le pondrías? ¿Qué es lo que más querrías?

Confió en mí, cerró los ojos y nos quedamos en silencio, escuchando los ruidos de provenían de la calle o los edificios cercanos. Yo no podía dejar de contemplarla.

Se movió un poco inquieta y temí tener que separarme nuevamente, cuando lo que más deseaba era abrazarla.

—¿Puedo abrir los ojos?

—Ábrelos despacio, sigue mirando las luces, sus colores infinitos, los destellos. ¿Encontraste a tu personaje y el lugar?

—No, no lo encontré. Pero descubrí algo, Mauro. —Su voz llevaba emoción.

—¿Qué descubriste? —pregunté ansioso.

—Ahora sé quién no es el protagonista que quiero y estoy segura. Antes tenía dudas, pero ya no y se siente muy bien.

—Ya tienes parte del camino —contesté con una sonrisa que ella correspondió.

—Sería una película distinta a la que tantas veces imaginé. Muy diferente.

—¡Exacto! En ocasiones, lo que tantas veces imaginamos no es lo que querríamos en realidad —exclamé con seguridad.

—Gracias, ya sé lo que tengo que hacer —dijo segura.

—Me tiene intrigado, ¿puedo saber? —Me regaló una hermosa sonrisa.

—Todo a su tiempo, Mauro, solo puedo confesarte que, a pesar de todo lo que ha pasado hoy, me siento mejor. El que me hayas traído aquí ha sido una buena idea. Me ha encantado lo de la película, verme como una protagonista distinta por completo de la que había imaginado durante tantos años.

Me dio la sensación de una persona que tenía dolores profundos y tal vez cicatrices no cerradas, más allá de lo ocurrido esa noche.



Mauro

Estaba más tranquila. Esos minutos contemplando la ciudad le habían ayudado mucho. Su cuerpo estaba más relajado, sus hombros sueltos y no se mordía tan frecuentemente su labio inferior; aunque debo reconocer que ese gesto de nerviosismo o de ansiedad era altamente *sexy*.

Creo que su relajación se debió al hecho de mirar las cosas desde otra perspectiva, darle una nueva mirada, hacer una especie de cambio. A veces, se necesita cambiar el foco de cómo vemos y vivimos las cosas, de modo que podamos encontrar un engranaje, una nueva conexión o una nueva pieza para el puzle.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí. Hacía calor para mí, pero no para ella, ya que, por el viento, había decidido ponerse una chaqueta que llevaba en su mochila. Se sentía el viento en la cara, con la vista alucinante que permitía ver en su majestuosidad la costa de Manhattan y Brooklyn en frente.

—¿Qué miras tanto, Ashley?

—¡Todo! Además, se está tan bien aquí..., tranquilo, sin gente alrededor, sin música fuerte por alguna fiesta, sin turistas que suben, bajan y paran en cada esquina para sacar fotos. Esto es distinto, es pacífico y agradable.

—Lo es. Por esa razón vengo siempre que puedo. Me encanta. A veces paso horas aquí, me he quedado hasta dormido incluso. Menos mal que en las alturas no hay mosquitos —dije sonriendo.

—Yo no tengo ningún lugar favorito de desconexión —murmuró volviendo la vista; me atreví y la tomé del mentón para que volviera a mirarme.

—No es necesario que sea un lugar. A mí me funciona, pero hay múltiples opciones.

—No se me ocurriría ninguna.

—La pintura, escritura, lectura, deporte, música, manualidades… ¿Qué sé yo? Algo debes tener que te ayude a desconectar. —Sus ojos brillaron, lo que demostró que sí había algo y moría por saberlo.

—¿Sabes, Mauro? Me estás haciendo ver que no sé quién soy. Cada vez tengo más dejadas mis acuarelas. Me encanta, pero la falta de tiempo es terrible y no llego. Me gustaría dedicarme por completo, pero no siempre se puede hacer lo que uno quiere.

—Pero me acabas de decir que no sabes lo que quieres, eso sí es saber. Me lo comentaste cuando te hice cerrar los ojos e imaginar.

—Puede ser, el tiempo lo dirá. Lo que sí tengo claro es lo que no quiero tener, lo que no me apetece y lo que no me ha hecho ni me hará feliz —dijo con seguridad.

—Como te dije, es el comienzo. Lo bueno es que, al menos, tienes la primera línea del libro para seguir con tu historia. O tienes elegido el primer color de la acuarela para comenzar tu obra de arte, Ashley.

Nos quedamos en silencio, dejé que procesara la conversación, deseaba que sacara su seguridad, olvidara la pesadilla y comenzara a cumplir sus sueños. Lo que sí, no esperaba esa pregunta.

—¿Tú lo tienes claro, Mauro?

—No lo sé —confesé; ella me miró—. A veces, pienso que alguna señal me llevará a algo distinto.

—¿Como qué?

—Como esto. Nunca había estado aquí acompañado de una amiga.

—¿Ya somos amigos?

—Puede que no nos conozcamos hace meses, pero la charla de hoy ha sido genial.

La miré con cariño y algo más; en realidad, es probable que mucho más. No estaba seguro de qué me pasaba, pero esa chica me producía algo. Pensaba que por la situación que había pasado, la había conocido. Las emociones se apoderaban de mí. Algo me sucedía, aparte de que no había pensado en Martha.

Me sorprendió en el momento que me abrazó y me sentí tan bien…. tan familiar, cercano, como si la hubiese conocido desde hacía tiempo, como si pudiese leer su cuerpo, sus movimientos, la respiración, como si hubiese logrado mirarla por completo por dentro, sin distracciones. Esto era algo totalmente extraño para mí, nunca me había ocurrido antes. Alzó la mirada regalándome esa maravillosa sonrisa y yo la correspondí.

Cuando el sol ya estaba saliendo entre los edificios, salimos y pedí un Uber, sin decirle a donde iríamos. No pensaba cada movimiento, todo fluía de una manera diferente, inesperada y especial. Esas tres palabras eran las que mejor definían lo que llevábamos juntos.

—Ahora, ¿dónde vamos? —preguntó al darse cuenta que no volvíamos a su departamento.

—¿Confías en mí? —pregunté decidido.

Debo reconocer que estaba algo nervioso, ya que no sabía si deseaba ir a otro lugar y qué le parecería la próxima parada, pero me arriesgué. Dicen que quien no está dispuesto a mojarse, no cruza el río y algo de eso había en la próxima parada.

—Pero ¿qué pregunta es esa? ¿Crees que habríamos salido a todos esos sitios si no lo hiciera? —Tenía un punto a su favor—. Vamos, me has salvado. Eso no lo olvidaré nunca y esta noche tampoco. Ha sido de emociones contrastadas, del miedo profundo a la alegría.

Llegamos al Puente de Brooklyn. Nos bajamos del auto; pensé que sería bueno sellarla con un paseo por la zona. La miré con duda, pero su sonrisa lo decía todo.

—¡Me encanta este lugar!

—Es muy bonito. Te propongo que vayamos a pasear, sentarnos un rato y luego cruzamos a Brooklyn y vemos la ciudad desde el otro lado. ¿Te parece?

—Claro que sí. Eres un super guía turístico —dijo risueña.

No lo dudé, la tomé de la mano y comenzamos el recorrido. Una nueva mirada a mi loca y amada ciudad de Nueva York.

Los rayos del sol reflejándose en los edificios, de la mano, con los dedos entrelazados y los deseos era impagable. El puente estaba precioso, pero no solo eso, sino que llevaba impregnada una gran historia. Fue el primer puente que unió Brooklyn con Manhattan. Me encantaba saber la historia especial de esta ciudad y conocía varias. Siempre me había apasionado la cultura y era de los que disfrutaba de los museos de la ciudad. Esta era otra de las herencias de mi madre, el gusto por la sabiduría y quise compartirlo con Ashley.

—¿Qué sabes de este puente?

—Que es el primero que unió estos lugares. —Hizo un gesto con su mano mostrando ambos lados.

—¿Qué más?

—Que es uno de los lugares favoritos para el rodaje de películas de todo tipo.

—Correcto, de varias. Además, es un ícono del progreso científico humano. Nueva York es la capital del mundo y su obra cumbre tecnológica es el puente, dado que hoy día los rascacielos que, además, nacieron en Chicago, están presentes en multitud de ciudades. Sin embargo, puentes colgantes del siglo XIX, de la magnitud del de Brooklyn, solo hay uno: el que estás pisando.

—Creo que soy muy inculta —dijo Ashley entre risas y con vergüenza.

—Qué bien que al menos te haya enseñado algo.

—Me has enseñado mucho, Mauro, en pocas horas —sonreí en agradecimiento.

—A finales del siglo XIX, tomar un *ferry* era la única forma de cruzar el río entre Nueva York y Brooklyn. Por entonces, eran dos ciudades independientes. Las heladas, las fuertes lluvias y otros muchos problemas hacían que esta ruta se cancelase con frecuencia. Hasta que construyeron este puente. Para mí, es el lugar más icónico de la ciudad. Y sé más, pero no te aburriré con eso. Respecto al romanticismo de las películas…

—Yo no dije que fuesen románticas —interrumpió asustada. Me causó mucha simpatía.

—Bueno, pero mira aquí. —La detuve en una zona donde había candados—. Mira este gesto de amor que hacen algunas parejas para sellar su relación. El más emblemático es el Puente de las Artes en París, pero nosotros también tenemos lo nuestro. ¿Te das cuenta, Ashley, de que Nueva York nunca se queda atrás?

—¿Cuál será el ritual? ¿Lo dejarán, se besarán como unos locos y se irán?

—Atan un candado al puente para jurarse amor eterno. Una vez que este se cierra, arrojan la llave al agua como símbolo de lo indestructible de sus sentimientos —expliqué mientras quedábamos de frente.

—¿Lo has hecho alguna vez? —me preguntó ansiosa.

—No, nunca.

—Dicen que en París tuvieron que quitarlos porque eran demasiadas toneladas de peso y debilitaban la estructura del puente.

—Así es, fue el 2015.

—¿Te has enamorado alguna vez, Mauro?

El que desviara la mirada y sus ojos se volvieran nostálgicos, me dio a entender que algo más había en su interior, aparte de la vivencia de aquella noche. No supe qué sentir, pero algo se estaba moviendo en mi interior y no era la misma sensación que sus sonrisas.

—No lo sé con claridad. Pensé que sí, pero ahora no estoy seguro —respondí con sinceridad, sin dejar de mirarla, aunque ella no lo hacía.

—¿Ella es la protagonista que quieres para tu película?

—No, ya no. ¿Y tú, Ashley, te has enamorado?

—No, no lo he estado.

—¿Compañero de curso? —Sabía que me estaba metiendo donde no debía, pero necesitaba esa información.

—No, un ejecutivo, mucho mayor que yo.

—¿Qué pasó?

—Dejé de ser feliz —contestó simplemente, mirándome con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—¿Cómo te diste cuenta?

—No me dejaba ser yo misma, me coartaba y estaba en un mundo que no era el mío, con reuniones sociales que no me gustaban, trajes de lujo y bolsos de marca... No es lo que quiero. —Cuando me dio esa explicación, fue como ver a Martha y a mí.

—¿Qué es lo que quieres?

—Cosas sencillas, Mauro. Así, como esta noche: conversar, reír, soñar, recorrer las calles, que las suelas de las zapatillas se nos desgasten juntos, salir de *camping*, hacer una buena foto, soñar despiertos, proyectarse en cosas simples, bailar... Eso.

—Bueno, lo de las zapatillas, claramente, podemos solucionarlo. —Ambos reímos con mi comentario.

—Ha sido mágico, desde que me sacaste de esa situación horrorosa. ¿Sabes qué? Si pongo en una balanza lo malo vivido hoy y lo bueno, valió la pena para conocerte, para comer pizza en un *after*, ver la ciudad y sus locuras desde las alturas, caminar por aquí... Lo he pasado genial.

En ese segundo deseé poder cumplir todas las cosas de su lista. Puse música desde mi teléfono y lo dejé en una superficie cercana.

—Ahora vamos a bailar. —Le tendí la mano.

Miró de la mano a mi cara un par de veces, hasta que sonrió, accediendo. Se acercó y aproveché de tomarla por la cintura y la espalda, atrayéndola a mí.

No era una música común, noté que no reconocía la melodía. Pensé que no la había escuchado nunca, pero no me importó y comencé a moverme al ritmo de la canción.

Solo quería besarla. Bailábamos abrazados en el Puente de Brooklyn, bajo el amanecer, en una cálida mañana de verano neoyorquina. Quería tenerla por completo, descubrir su cuerpo, estar con ella, abrazarla, hacerle sentir.

Esa chica me había cambiado en una noche, me había llevado a sentir emociones, calor, sensaciones, que no quería que se acabaran nunca. Quería que se hicieran infinitas, porque era alegría, era la canción y había sido un asalto de felicidad tal como lo describía la letra de esta preciosa melodía. La vida loca, la magia de creer o la locura de encontrar el sentido de las situaciones que vivíamos como si fuesen señales, como si mostrasen que sería algo correcto.

No quería que terminara jamás, quería retroceder para poder volver a vivirla de nuevo. Aunque todo fuera demasiado bueno para ser verdad. Esa chica que no conocía hacía veinticuatro horas y yo bailábamos en el puente, a punto de besarnos, acompañados por los candados que sellaban el amor eterno de las parejas. Ya no había vuelta atrás. Definitivamente, ya no era el mismo Mauro de unas horas atrás.

Seguimos abrazados mucho tiempo, sin hablar. Estábamos tan metidos en el momento que

ninguno de los dos quería arruinarlo… que durara por siempre.



Ashley

Mauro me sorprendía poco a poco. Pequeños detalles que hacían que aquella experiencia pareciera ser olvidada con demasiada facilidad. ¿Podría empezar a enamorarme de una persona en una noche? Y si no era enamoramiento, ¿a sentir algo por él? ¿Sería posible? Quizá no estaba claro, pero lo que sí sabía era que sería un misterio.

Me había impresionado en todos los sentidos con sus pensamientos y actitudes, de forma sutil, sin ser avasallador. Era sabio, culto, maduro e inteligente. Me parecía una persona muy brillante y, a la vez, práctico, aunque práctico no era la palabra más adecuada, pero sí demostraba lo que más me había atrapado de él: era sencillo.

Como me había explicado con las emociones, a veces, las combinaciones podrían lograr algo nuevo por completo, no era necesario cuantificar cuál pesaba más o menos, ya que estaban entrelazadas y la importancia no era relevante, eran un algo o un todo.

Eso era lo que me pasaba con Mauro. Era distinto a los chicos con los que me había relacionado. Y a él lo había llegado a descubrir en unas pocas horas, esas que me aportaron mucho más de lo que jamás hubiese podido imaginar, a pesar de las duras circunstancias que nos llevaron a conocernos.

Durante esas horas, cada vez que me veía caer, con tranquilidad, me contenía de alguna manera. Me sacaba risas, bailes, me hizo contemplar la ciudad desde lo alto para que entendiera que, con una mirada desde arriba, podía ver de forma distinta ese callejón. Nadie se hubiese tomado esa molestia con una extraña… ni siquiera Matthew lo haría.

Mi cabeza se preguntaba cómo era posible que una magia así se pudiese dar entre dos desconocidos, en una ciudad enorme donde era imposible encontrarse y conectar tanto, digno de una película de las que se grabaron en Nueva York, tipo *Tienes un e-mail*. Era como soñar. ¿El príncipe azul me había rescatado?

Quería estar más con él, complementarnos y no quise perder la oportunidad de preguntárselo. Mientras los abrazos se daban con naturalidad y se sentían tan bien, calentitos,

sabios y protectores. Estábamos sentados en el puente, observando sus cadenas y el amanecer de la ciudad.

El sol se reflejaba en algunos edificios. El río bajo nosotros, las imágenes de la bahía y el inicio de un nuevo día; todo era maravilloso.

—Tus abrazos son muy acogedores —le dije sin pensar, dejando salir sin filtro lo que tenía dentro.

—Me alegra que te gusten —habló risueño para mostrar su hoyuelo.

—Me hacen sentir bien. No solo los abrazos, Mauro, todo lo de esta noche.

—Esa era la idea. Y, respecto a los abrazos, yo siento que tienen magia, hacen que nos disminuya la tristeza y que aumenten los latidos. Una vez leí que abrazar es estrechar, pero sin ahogar y eso me encantó. Creo que lo define a la perfección. Y hay una cita que me encanta, es de Paulo Coelho: «Dice la tradición que cada vez que abrazamos de verdad a alguien, ganamos un día de vida».

—Me gusta Coelho. He leído sus libros y es un tipo especial. —Me apego más a su cuerpo, a su calor y él parece disfrutarlo tanto como yo—. Lo que has dicho de los abrazos es muy cierto, pero hay que saber si son de verdad o ficticios, porque puede que no sean reales, pero sí muy bien actuados.

—Al menos, los míos son reales. Siempre fui muy mal actor, de hecho, me pidieron que saliera del taller de teatro en el colegio, porque la profesora aseguró que tenía otras aptitudes.

—¡Mentira! —No pude evitar estallar en risas.

—Verdad —replicó y me acompañó con la risa.

Logré imaginarlo de pequeño, con sus ojos bien abiertos para escuchar a la profesora cuando le dijo que buscara otros horizontes.

—¿Cómo llegaste a ser bombero? —Me fui por otro lado, quería conocer un poco más de él.

—Te lo contaré, pero tú me tendrás que contar cómo tomaste la decisión de qué estudiar en la universidad.

—Te puedo contestar a eso sin problemas: por descarte, no muy convencida, y aquí estoy. Casi terminando Business. Después, tendré que trabajar en la empresa de mi padre, es como si me hubiesen criado para eso.

—¿Te gusta?

—Hablábamos de ti —contesté, cambiando rápidamente de tema—. Esta noche, ya hemos hablado demasiado de mí. Contéstame la pregunta que te hice.

—¡Qué mandona la niña! —Reímos los dos—. Desde pequeño me gustaron los bomberos. Mi madre me decía que me quedaba horas asomado a la ventana para ver si pasaban. Menos mal que vivíamos cerca de una estación. Y, cuando no los veía, me acostaba triste. Aunque mi madre me repetía una y otra vez que era muy bueno que no los hubiera visto pasar, ya que significaba que no había gente en riesgo.

—O sea que desde niño; y qué bonita tu madre con su explicación.

—Sí, además, en ese cuartel cerca de casa, me acogieron y me ayudaban a hacer las tareas, jugábamos futbol, veíamos la televisión... Mi madre se partía el lomo en el trabajo y, cuando llegaba del colegio, me iba con ellos para no estar solo. —Sus palabras me causaron melancolía.

¡Qué lindo era Mauro! Muy distinto a mi niñez, yo llegaba con el chófer y la nana, mi madre siempre me esperaba con un abrazo.

—¿Cuánto tiempo estuviste por las tardes con ellos? —pregunté.

—Años, Ashley, por eso siento que les debo mucho a los bomberos, en general. Fueron de gran ayuda para no ir por el mal camino. Mi barrio no era tranquilo y vi a varios perderse; algunos nunca volvieron, es muy triste.

—¿Qué dijo tu madre cuando le dijiste qué querías ser?

—Lo suponía, vio esa conexión con ellos toda mi vida. No puedo definir en una palabra lo que sintió, porque los sentimientos se le entremezclaban.

—Era un sentimiento nuevo que no se puede definir con claridad —dije para demostrar que había aprendido la lección.

—Exacto. Veo que eres muy buena alumna. Era el miedo, por un lado y la alegría de ver qué quería hacer algo por los demás, por el otro.

—¿Vives con ella?

—No, mi madre murió hace unos meses. Cuando venía del trabajo, la atropellaron.

—Perdóname, Mauro. Me siento… Perdón, por favor. —Me sentí tan mal de haber preguntado por su madre con tanta naturalidad. Daba por hecho que estaba bien.

—Tranquila, no tenías por qué saberlo —respondió con una sonrisa acogedora—. Y, volviendo a la estación, fue una de las cosas más estables de mi vida, me encanta. No me imagino mi vida sin ser bombero, es una parte importante del ADN.

—¿Te da miedo?

—La vida no tendría gracia si no sintiéramos miedo, Ashley. Claro que me da. Cada vez que salimos a una emergencia, no sabemos con qué nos vamos a encontrar y eso genera miedo. No solo es por uno mismo, sino también por el resto, por las familias involucradas, por los compañeros. Es imposible que no le temamos a algo.

—Me da nervios, Mauro. Es peligroso, aunque sé que, si todos nos moviéramos por el miedo, no existiríais y no podemos vivir sin ustedes.

En ese momento, se me vino a la mente la imagen del policía. Es lo mismo que ellos, riesgo constante por otros; lo valoré mucho más de lo que jamás pensé. Realmente habían estado para ayudarme esa noche y, a pesar de escuchar algunas historias de estos héroes poco reconocidos, una cosa era escuchar que a alguien le ha sucedido y otra, totalmente distinta, era haberlo vivido.

Una cosa era que me llamaran la atención, pero otra era valorar todo lo que hacen y más aún justo cuando me habían salvado de lo que podría haberme pasado. Fue como si esa noche las piezas de un gran rompecabezas se hubiesen alineado de manera perfecta para lograr armar una parte del gran puzle.

—Además, este trabajo me ayuda a encontrarle un sentido a la vida. Estoy seguro de que los seres humanos, a diferencia de otras especies, necesitamos encontrar este sentido como una condición para sobrevivir.

—Sí que pareces un psicólogo. —Me regaló una sonrisa.

Estaba segura de que, si hubiese estudiado eso, le hubiese ido bien, porque era muy sabio en sus observaciones y su mirada era amplia, como si lograse ver más allá del horizonte.

—Te dije que se me da bien escuchar, me gusta.

—Respecto al sentido, tienes razón. Muchas veces he hablado con amigas y amigos respecto a la búsqueda del sentido de las cosas. Mucha gente que conozco vive con psiquiatra, tomando pastillas a corta edad por depresiones y por temas complicados de la cabeza. Es más complejo de lo que imaginamos. Esas enfermedades avanzan muchas veces a pasos agigantados.

—Es todo muy rápido. No sé si podemos reaccionar a todo, nos abruman. Antes, cuando un empleado salía de vacaciones, se desconectaba por completo, no había *e-mail*, nada que

entretuviese. Las cosas se solucionaban en su ausencia. Ahora llegan notificaciones instantáneas, lo que no nos permite desconectar. —Nuestra conversación me dejó pensativa. Está todo al alcance de la mano y cuando no tenemos algo de inmediato, nos frustramos.

—Me has hecho pensar más de la cuenta esta noche, Mauro, pero me ha gustado lo que hemos filosofado y me queda claro que la estación de bomberos ha sido y es el gran amor de tu vida.

—Y tú a mí, Ashley, me has hecho conectarme con algunos rincones que habían estado abandonados en los últimos meses. Respecto a la estación, sí, es uno de los amores que tendré en la vida, pero no el más importante, de eso estoy seguro.

Mauro me pareció, además de todo lo que ya he contado, un tipo inteligente, profundo y apasionado y eso hizo que me cayera mejor. Me llevó a admirar algunas de sus visiones y teorías frente a la vida. No paraba de sorprenderme.

El ruido comenzaba a tener protagonista en esa parte de la ciudad, el tráfico aumentaba, las personas queriendo llegar a su trabajo o apresurados por ser los primeros en llegar a la atracción turística.

No me quería ir a casa, deseaba quedarme con él.

Hubiese dado lo que fuera por tener el poder sobre el tiempo. Me sentía tan bien y me daba miedo enfrentarme a estar sola, descubrirme en una realidad que no quería enfrentar; que los recuerdos volvieran. No, definitivamente no quería eso.

Podría haber llamado a alguna de mis amigas, pero no lo hice; es más, mientras estábamos juntos, ni siquiera me acordé del teléfono móvil y eso que era bastante adicta a este. Era de las que no pasaban ni diez minutos sin mirar el móvil, revisar las redes sociales y mirar cómo vivía el resto del mundo. Con Mauro, ni me acordé de que existiera. Estaba tan sumergida en lo que vivíamos que no había nada paralelo, era como si estuviésemos solo los dos.

Contemplábamos la vista, la fuerza de los rayos de sol, el río, la gente, los rascacielos, la bahía de Nueva York.

Recuerdo que, cuando llegué a Nueva York con Adri, lo recorrimos en bicicleta y nos encantó. Quedamos impresionadas, pero no ahondamos en la historia. Al parecer, a Mauro le atraía, no solo ver la belleza, sino ir más allá y entender su pasado.

—¿Te ha gustado el puente? —me preguntó como si pudiera leerme la mente.

—Claro que sí. Siempre admiré su perfección, pero no sabía nada de su historia, solo que había sido el primero en unir ambas partes: Manhattan y Brooklyn. He aprendido mucho. ¡El profesor está muy bueno!

Al hacer la última afirmación, me sonrojé. Sentí que mis mejillas pasaron al rojo intenso y me tapé la boca en señal de vergüenza por haberla cagado. Mi lenguaje corporal me jugó también una mala pasada al sentir los brazos de Mauro moverse por mi cintura. Luego quise arreglarlo, pero fue mucho peor.

—Bueno, me refiero a…

—A que estoy bueno —contestó, seguro y risueño.

—Sí, bueno en las clases. Deberías enseñar historia. —La carcajada se escuchó en todo el sector. Dejé caer la cabeza en su pecho.

—Pensé que me encontrabas guapo. —No dejaba de reír.

—Lo eres y…

—Y podría ser un buen profesor.

—Eso mismo. —Seguía muy roja.

—Para seguir mi clase con mi alumna favorita, mira las torres del puente. ¿De qué estilo son?

—Ummm —Miré en la dirección que apuntaba.

Podía amar el arte, disfrutar con las acuarelas y las obras de arte en una exposición, pero en este momento mi mente estaba en blanco. Todos mis pensamientos rodeaban al chico junto a mí y las sensaciones que me producía. Volví a sonrojarme cuando rio entre dientes.

—Estilo gótico, que no se te olvide o dejarás de ser mi alumna favorita.

—No se me va a olvidar —dije con una sonrisa que él correspondió.

—¿Cuál crees que es el puente colgante más fotografiado del mundo?

—¿Este?

—¡Error! Es el Golden Gate de San Francisco. Nos gana. —respondió con entusiasmo que también me transmitió—. ¿Cuántos vehículos supones que pasan al día por aquí?

—Profesor, parece que quieres que deje de ser tu alumna favorita. Tus preguntas me hacen perder todo el encanto.

—Pasan 145.000 coches al día, y en esto sí que le ganamos al Golden Gate, por donde pasan 100.000. Y jamás perderías el encanto para mí.

—Interesante, es bueno saberlo —dije coqueta.

—¿Qué es interesante? ¿Que para mí no perderías el encanto o el flujo de coches por los puentes?

—¡No me pongas nerviosa! Las dos cosas. —Estallamos en risas. Era un tipo juguetón y eso me gustaba.

Ya no podíamos alargar más la noche, por más que tratásemos de mover el puntero del reloj en dirección inversa. No fue posible, el día ya estaba ahí con su gente y actividades.

Creo que nunca me había enamorado realmente como para tener esa sensación de querer vivir pegada a otro y querer, al acercarse una despedida, congelar el tiempo, como quería hacer en esos momentos. Nos fuimos del puente; desde esa noche, cada vez que lo mirara, vería una parte de ese chico que se lanzó en mi defensa sin ni siquiera conocerme.

No sabría cómo describir esa noche: miedo, de terror, una noche de aventuras, sorpresas, desde lo oscuro hasta lo más transparente y bueno. Las combinaciones eran brutales. Fue todo tan extraño y bonito a la vez, aunque con una parte horrible, pero sin la cual, jamás hubiese llegado a vivir todo lo de esa misteriosa ciudad.

Estuvimos muy cerca y lejos. Me hubiese muerto por besarlo, aunque ninguno de los dos nos atrevimos. A pesar de eso, hubo caricias, manos entrelazadas y abrazos, esos que me había enseñado que jamás sobrarían.

Llegamos a mi casa y nos bajamos del taxi. Me dijo que me dejaría arriba, en la puerta. No quería que se fuera. Se me vino a la cabeza un impulso y, sin pensar, lo dije:

—¿Te parece si compramos algo para el desayuno? En mi casa no tengo nada y lo mínimo para agradecer es un buen café y algo dulce. O un rico sándwich, ¿te apetece?

—Claro que sí. Me parece una buena idea —dijo sonriente.

—En el barrio hay una cafetería que abre a las siete. Ya debe estar con público, espero no muy llena.

Llegamos a la cafetería que atendía Alan, a quien ya conocía por ser mi parada segura de casi todas las mañanas desde que vivía en el barrio.

—Hola, Ashley. ¿Qué tal tu noche?

—Hola, Alan. Muy intensa, pero bien. Te presento a Mauro, un amigo. —Ambos se saludaron y se estrecharon las manos.

—¿Lo mismo de siempre?

—Yo sí, por favor. Mauro, ¿qué quieres tú?

—Un *latte,* un sandwich en *croissant* y un *carrot cake.*

—¡Veo que se conocen muy bien! —dijo Alan—. Tienen el mismo gusto. Al parecer es verdad eso que dicen, que, al final, hasta se terminan pareciendo entre las parejas, se comienzan a mimetizar. —Mauro y yo nos miramos y reímos.

—¿Por el *croissant* o el *carrot cake*? —preguntó Mauro.

—A ver, ¿qué crees que es lo que ella compra todas las mañanas? Si aciertas...

—El *carrot cake*. —No llegó a terminar de hablar cuando Mauro respondió sin pensar.

—¡Acierto! El *latte* va de regalo.

Nos reímos de nuevo. Nos descolocó a los dos el comentario de Alan. Lo conocía muy bien, siempre se había caracterizado por ser un chico bromista, simpático, lo que le daba vida a su trabajo.

Tomamos lo que nos sirvió. Tuvimos una pequeña pelea para pagar; ambos queríamos hacerlo. Yo estaba con mi tarjeta de crédito y él con efectivo. Mientras, Alan nos miraba callado.

—Esto también es común, la pelea de quién paga —dijo entre risas. Me quedó claro que le sacaba la película a todo el mundo.

Al final pagué yo. Tuve que amenazar a Alan con que, si no aceptaba mi tarjeta, no desayunaría más ahí. Me puse dura y lo logré.

Nos despedimos entre bromas y asegurando que volveríamos al día siguiente… por lo menos yo. Llegamos a mi casa y nos sentamos en el sofá.

—¿Tele o música? —pregunté; él echó la cabeza hacia atrás.

—No me puedes hacer esa pregunta, pequeña Ashley; siempre elegiría música.

—Puedes poner lo que quieras. —Le pasé mi móvil con Spotify abierto para que eligiera, tras avisar de que ya estaba conectado al altavoz.

—Creo que esto te va a gustar.

Empezó a sonar Coldplay. Me gustaba mucho ese grupo, había escuchado un par de canciones que tenía guardadas en mi lista de favoritos.

Teníamos hambre, tanta que, por un buen rato, comimos sin hablar. Al vernos tan concentrados en el desayuno, nos reímos a carcajadas.

—¡Parece que estábamos muertos de hambre!

—Así es, Mauro. Para mí, el desayuno es la mejor comida del día. Me puedo saltar todas las otras, pero el desayuno no. Despierto con ganas de comer, es lo primero que se me viene a la mente cuando abro los ojos.

—Bueno, a estas horas no has cerrado ninguno todavía.

—A pesar de eso, soy muy estructurada y, cuando amanece, hay que acompañarlo con algo rico.

—Si te gusta tanto, ¿por qué lo compras en la cafetería? ¿Te comes el desayuno por el camino?

—No, me tomo mi tiempo. Me siento y como en la cafetería. Luego sigo rumbo a la universidad o a lo que tenga que hacer.

—Veo que eres muy planificada —dice, confirmando mi aseveración.

—Sí, me gusta programarlo todo.

—Aunque la noche fue todo menos planificación.

—Sí, pero me ha gustado, casi todo. —Por un momento recordé y reviví lo pasado y sentí dolor en mi interior.

—No pienses en eso. No pasó a mayores, estás bien y me preocuparé que siga así, lo prometo —dijo tomando una de mis manos, acariciando el dorso con el dedo pulgar.

—¿Cómo sabes en qué pensaba?

—Las emociones arrastran al cuerpo.

—Insisto, pareces psicólogo. Me has leído corporalmente.

—Soy un excelente lector —dijo entre risas.

Conversamos sobre varios temas. Me preguntó por qué vivía en un apartamento sola y no en las casas universitarias. Le conté que había sido unas de las condiciones de mis padres para venir a la ciudad, ya que ellos consideraban que estaría mejor y podría estudiar más, que no confiaban en los *doorms* porque pensaban que sería una completa fiesta a todas horas.

—Creo que deben de pensar que beben todo el día y que hay movimientos entre habitaciones —comenté rodando los ojos.

—Y los hay, seguro —respondió con mucha seguridad.

—Pero eso no marcaría la diferencia. Yo tenía tantas ganas de irme de la casa que acepté esa condición. Ya sé qué batallas luchar contra mis padres y cuáles no.

—Pero ¿te dejaron venirte sola a un apartamento?, ¿no es más peligroso vivir sola?

—Mis papás no son como todos, no me dejan de sorprender nunca. Son demasiado especiales —contesté rodando los ojos.

—¿No te llevas bien con ellos?

—No tanto como quisiera. Están muy metidos en sus negocios; somos diferentes.

—Te diré algo, pero no te molestes, *bambina*. Aprovecha que los tienes; uno nunca sabe hasta cuándo están aquellos a los que queremos. Además, todos somos seres imperfectos. Puede que tengan sus cosas, pero son tus padres. —Me sentí muy mal. Hacía poco tiempo él había perdido a su madre y seguro que acarreaba una pena incalculable.

—Perdona, Mauro. No quise…

—No, tranquila, podemos hablar de ello. No pasa nada.

—Ahora yo soy la que ha leído tus gestos: Aunque digas que no pasa nada, puedo ver tristeza en tus ojos.

—Sí, la hay y creo que no habrá día en que no la extrañe, pero hay que enfrentarlo y no quedarse en el recuerdo. La vida sigue.

Me tomó la mano y me abrazó. Nos quedamos tendidos en mi sofá. Por suerte, era muy cómodo y no tan pequeño. Mi teléfono comenzó a sonar: eran mensajes. Cuando llegamos, al acordarme de que tenía el móvil y que estábamos en el año 2017, que existían los *smartphones* y que me podría llamar mi madre para saber cómo estaba o para controlarme, quité el modo avión y puse el sonido.

Me levanté y comencé a leer los WhatsApp que me habían entrado: uno de mamá y el resto de Matthew. Ni siquiera abrí la aplicación, rápidamente apagué el aparato. Lo dejé caer sobre la encimera de la cocina, molesta.

—¿Qué pasa? —preguntó Mauro acercándose lentamente.

—Nada.

—Es evidente que algo pasa —insistió—. ¿Quién era? ¿Pasa algo?

—Era mi exnovio —solté.

—¿Lo dejaron hace mucho?

—Bueno… —bajo la mirada avergonzada—. Puede que haya terminado con él hace unas horas y él aún no lo sepa.

Me sentía mal, jamás le especifiqué a Mauro que estaba en una relación a poco de besarnos. Ni siquiera sabía si tenía una novia o algo. Lo miré, dándome cuenta que no estaba molesto o enfadado con mi revelación, parecía igual de tranquilo que siempre.

—Bueno, pero podrían solucionarlo. A veces es complicado dejar de golpe las cosas. —Se apartó de mí, se alejó y me sentí helada, no quise que se alejara.

—No es el caso. Ya estábamos mal. ¿Te ha costado olvidar una relación? ¿A ella?

—Sí, hemos terminado y vuelto algunas veces. La costumbre, las peleas tontas, los celos, la desconfianza nos pueden jugar malas pasadas.

—¿Estás con alguien? —pregunté temerosa.

—No, hace unas semanas que no. —Siento el alivio en mis hombros, aunque no puedo evitar seguir preguntando.

—¿Cómo es ella? ¿Aún la quieres?

—Es muy bonita, pero no es posible que tengamos una relación, porque somos muy diferentes y de mundos distintos —contestó sin mirarme.

La situación se puso incómoda, deseaba decirle que era mucho más importante para mí que Matthew, habiendo pasado solo unas horas juntos. Si bien, no sabía cómo se sentía al respecto, seguramente aún amaba a la chica y conmigo solo estaba siendo cordial.

Si resumía la noche, solo podría agradecerle a él, a ese chico de mirada dulce, ojos profundos y de pelo desordenado. Había sido todo tan rápido y había vivido tantas cosas que no pensé, en ningún momento, en Matthew y en que podría llegar a casa enfadado. Solo deseaba que Mauro no se fuera, que se quedara ahí para siempre.



Mauro

Mi mente estaba confundida. Habíamos pasado una madrugada maravillosa, perfecta, tanto que estuve a poco de besarla. Compartimos abrazamos, nuestras manos entrelazadas y risas. Sin embargo, cuando mencionó a su novio… exnovio, mi mundo se vino abajo.

Cuando le dije lo de mundos distintos, me sentí horrible y pensé que quizá ella sentiría lo mismo. Era estudiante, hija de un empresario y yo estaba bastante lejos de eso. No obstante, pareció no importarle. Solo el estar con ella esas horas me confirmó que no era como Martha.

Pero el silencio se apoderó de nosotros, sin saber cómo interpretar nuestras antiguas relaciones con lo que nos estaba pasando.

—¿Qué importan los mundos si, cuando estás con alguien, inventas un mundo nuevo? No es que ella te lleve al suyo o tú la lleves al tuyo, es una vida nueva que se construye. Si ambos ceden, perfecto; el tema es que den ambas partes. —Me sorprendió su comentario.

—No es tan sencillo —contesté.

—Es querer, Mauro. En mi caso, mi novio era diez años mayor que yo y cedí a acompañarlo a varias cosas, pero él a las mías no. Y al final, me di cuenta de que no estaba enamorada, que algo faltaba. Podría haber sido distinto si ambos hubiésemos querido.

—Puede que tengas razón, pero a mí no me funcionó.

Cuando hablé de Martha, no me dolió. Esa noche fue diferente, lo había pasado bien, me reí y emocioné; tenía sentimientos contradictorios, pero fue especial.

No llegué a continuar la conversación cuando comenzó a sonar la puerta. Ya eran pasadas las diez de la mañana, no habíamos dormido nada, aunque no estábamos cansados. La miré interrogante, pero no me devolvió la mirada, seguramente sabiendo de quien se trataba.

Se levantó rápidamente y fue a abrir. Miró por la mirilla. Con cara de frustración, abrió.

Me quedé sentado sin entender nada, aunque lo deduje cuando entró un hombre furioso e incluso agresivo

—¿Cómo es posible que no contestes? Ashley, estoy muy molesto contigo.

El tono del tipo era un poco alto para tratar a una chica como ella. Me incomodó por completo. ¿Por qué la trataba de esa manera, por muy enfadado que estuviese? Me cabreé, si él estaba enfadado, yo lo estaba más, pero no dije nada, no me podía meter. Ashley podía decir que era su ex, pero también dejó claro que él no estaba enterado de ese defecto.

—Matthew, ¿qué haces aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí? Estoy preocupado por ti. ¿Quién es este?

Me estaba sacando de mis casillas. «¿Cómo que este, maleducado?» Por más que estuviese vestido con ropa de marca, era un pedante. Me mordí la lengua y apreté los puños de rabia.

—Matthew, no seas maleducado. Él es Mauro, un amigo. No tienes derecho a venir de esta forma y en este estado. ¿Quién te crees que eres?

—Tu novio. ¿Bebiste tanto anoche que no lo recuerdas? —Este tipo iba a hacer que cometiera un delito si no se callaba.

—Exnovio —le cortó—. Hemos terminado, no quiero verte.

Me sentía en el momento y lugar equivocado, pero tampoco la dejaría sola. No sabía qué hacer, ¿debería haberme ido para que hablaran? ¿O quedarme por si le hacía daño? Me puse a su lado sin emitir palabra alguna, pero alerta, por cualquier cosa.

—No hemos terminado, Ashley.

—Para mí, está claro que sí. Por favor, te voy a pedir que te vayas, Matthew. Respeta mi decisión, ahora no quiero que estes aquí.

—No me iré. Y no me has dicho quién es este, ¿es de tus compañeritos de universidad?

—Eso a ti no te importa. Vamos, vete. —Desviaba la mirada de ella a mí.

—Yo a ti te conozco. No sé de dónde, pero te he visto.

Callé. Sabía a la perfección de dónde me conocía. Tipos así de descarados y con mala leche no son fáciles de olvidar. Estaba claro que yo pasaría desapercibido para él, pero no al contrario.

Intenté no demostrar algún gesto que me delatara, debía seguir ajeno de dónde podía reconocerme, pero no permitiría que siguiera insultándola.

—Ya te ha pedido Ashley que te vayas. No es de buena educación no acceder a lo que pide una señorita.

—Tú no te metas. —Todavía me miraba de pies a cabeza. Qué sensación más desagradable.

—Vamos, Matthew, debes irte. —Ashley tenía la puerta abierta.

Estaba el aire denso, pesado, insoportable. El chico, definitivamente, no entendía las indirectas ni directas. Respiré otra vez cuando dejó de mirarme para centrarse en Ashley.

—Me iré, pero tendremos que hablar, Ash. Esto no ha acabado.

Era lo más probable, solo verlo esos pocos minutos sabía que era muy posesivo y celoso. Esto me hacía sentir más protector con ella, no podría dejarla sola sabiendo que él podría volver en cualquier momento.

Nos quedamos en silencio por un momento, hasta que Ashley suspiró, girando en mi dirección.

—Perdona, Mauro, Matthew es demasiado especial.

—No te preocupes. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien… no quiero volver, no soy feliz con él. —Sin poder contenerme abrí los brazos para recibirla; sonreí cuando ella se acercó.

—Se altera mucho, no me cae bien.

—Lo es. Es complicado, muy celoso —respondió aferrándome por la cintura—. ¿De dónde te conoce? —Pensé que no lo notaría; suspiro.

—Es un poco complejo… ¿Qué importa? Da lo mismo.

—Sí importa, dime de dónde —insistió.

—Es primo de uno de los socios del bufete de abogados donde trabajo. —La sorpresa en su rostro dio a entender que sabía de lo que hablaba.

—¿Trabajas en el bufete de Brian Clark?

—Sí. Imagino que lo conoces.

—Claro que lo conozco. Es un petulante, engreído y narcisista —contestó con el ceño fruncido.

—Es uno de mis jefes del estudio de abogados, no puedo hablar mal de él —respondí mientras acariciaba su espalda de arriba a abajo.

—Eres muy correcto, Mauro. Ese tipo es un soberbio. Matthew sabe que no lo aguanto.

Nos mantuvimos en silencio, abrazados. Se sentía bien, reconfortante. Estaba dispuesto a no soltarla nunca más.

—Ese estudio es gigante, debes de tener mucho trabajo —dijo alzando la cabeza para mirarme.

—Tengo mucho que hacer, se me pasan las horas volando.

—¿Y las chicas? ¿Cómo las tratan?

—Yo estoy a cargo de ellas y, en general, no les hablan —aseguré, calmándola.

—No puedo creer que justo trabajes ahí, con ese imbécil. Es un descarado con Paula, su novia; sé que se porta mal, le es infiel y ella es tan dulce e ingenua… ¡Pobre chica! ¿No lo has visto?

—Ashley, es mi jefe, no puedo meterme en su vida personal. Conozco a su novia y es una chica muy educada y amable. Ahora, si tiene una vida paralela o no, no es de mi incumbencia en el trabajo. Además, estoy muy lejos de los despachos de los socios. —La llevo de vuelta al sofá donde nos sentamos.

—Lo entiendo, Mauro. Además, ya no volveré a ver más a Brian ni a Mathew. —Suspiro con pesadumbre.

—No me queda tan claro, Ashley. Ese tipo venía con la decisión firme de recuperarte.

—Si cree que esa es la forma de reconquistar a una chica, está perdido —sentenció muy decidida, cosa que me hizo sonreír.

—Sí, claramente. Yo no usaría esa estrategia.

—Es que no eres como él —dijo con una hermosa sonrisa.

Nos quedamos conversando un poco más, ya era mediodía, llevábamos horas sin dormir y podía ver en sus ojos que la adrenalina se estaba yendo y necesitaba descansar. Dije que era momento de irme, pero sus manos agarraron las mías y en su mirada podía ver ansiedad.

—No quiero que te vayas. ¿Te puedes quedar? No quiero estar sola. ¿Qué pasa si vuelve? —Llevé una mano a su mejilla.

—¿Te da miedo quedarte sola, Ashley?

—Sí, es que han pasado tantas cosas hoy... Es como si...

—Me quedo contigo —le corté—, pero deberíamos dormir un rato. Después te invito a almorzar… o a cenar, dependiendo de cuán cansados estemos —dije, recibiendo una sonrisa a cambio.

—Me parece un plan perfecto. Cerraremos las persianas.

—Y fingiremos que aún es de noche. Dame esa manta, que me quedó en el sofá. Tú sube a tu cama y descansa.

Sonreí satisfecho al verla contenta, como si fuera lo más natural del mundo tenerme ahí y no verme con el desconocido que era. No importaba que hubiéramos compartidos las últimas doce horas juntos, yo seguía siendo un extraño. Pero ahí estábamos.

Antes de tomar una sienta también, mandé un mensaje a Peter.

> Dijiste que me las pagarías con intereses.
>
> Resumen: he conocido a una chica, una noche loca... No hay otra explicación. Me quedo con ella. Habla con Justin para que me cubra, dile que cuento con él, y que se olvide de los cien dólares que me debe.
>
> No me queda batería, solo haz lo que te digo. No voy a la estación a menos que se esté quemando todo Nueva York.

Justin me debía ese dinero hacía meses, y sabía que, si lo llamaba, no me contestaría y si le mandaba un mensaje por WhatsApp no lo vería, porque estaba muerto de vergüenza y me dejaría en no leído para que no viera ese puto doble *check* azul. Por eso, para no complicarlo, mejor mandaba al intermediario, quien me debía varias por salvarlo por irse con su chica. Listo. Apagué el móvil y fin.

Ashley cerró las persianas, fue al baño, se puso un pijama gris con pequeños corazones rojos de manga corta. Su apartamento tenía aire acondicionado; lo bajó de temperatura para que se estuviese fresquito. Me quité mis *jeans* y me quedé en bóxer, con la camiseta encima.

Se desmaquilló y fue a su cama. Subió las escaleras, apagó desde su cama la luz de todo el apartamento y nos quedamos dormidos.

Me hubiese ido a acompañarla. Habíamos estado tan cerca… pero no era el momento. La intensidad de la noche nos llevó a abrazarnos… ¿más de lo necesario? No, los abrazos nunca serían suficientes. Eso ya lo había aprendido.

—Buenas noches-días, Ashley —dije sin saber si escucharía.

—Buenas noches-días, Mauro —sonreí ante la respuesta.

No llegó a pasar ni un segundo cuando me quedé completamente dormido. Habían sido más de veintiocho horas sin dormir. Cuando vi el reloj y lo comprobé, entendí que con ella no tenía noción del tiempo; no era solo que pasara rápido, era mucho más que eso, era rápido e intenso. Nos habíamos reído, pero también habíamos llegado a tocar la punta más alta de otras emociones.

No recuerdo si soñé, al menos, no con Martha. Estaba dormido cuando escuché un estruendo de angustia. Ashley lloraba y sollozaba. No sé cómo subí la escalera hasta llegar a su cama, pero la abracé dándole palabras de consuelo. Mi corazón se apretó, se arrugó de pena, fue un momento desgarrador, como cuando una pequeña niña llora de noche y sus padres la consuelan.

—Ashley. Es un mal sueño, no estás sola, aquí estoy —susurré en voz baja, aunque aumentando la intensidad.

Se sentó asustada, con la respiración agitada y con su mirada perdida. Debió de ser fuerte, porque cuando me vio, me abrazó pegada a mi pecho, llorosa. Mientras la abrazaba y sentía su olor a vainilla, pensé que podía ni se acordase de quién era yo, ya que estaba muy dormida. Tal vez pensaría que era otra persona a la que la abrazaba, a quien se aferró con todas sus fuerzas.

—¡Mauro! —Su mirada estaba triste.

—Tranquila, Ashley, ya pasó. Solo ha sido un mal sueño.

—Sí, horrible. Gracias, Mauro, no acostumbro a despertar así por las noches.

—Has pasado por una situación traumática, lo entiendo.

—Solo lo sentí… —se quedó sin voz, reemplazado por un sollozo.

—¿Recuerdas qué soñabas?

—No, no sé qué me pasó, pero sentí las manos…

—No pienses más, sigue descansando, que solo han pasado dos horas. ¿Quieres un vaso de agua? Te lo puedo traer.

—Sí, por favor. —Salté abajo y fui a la cocina a buscar agua.

Ella estaba sentada en la cama. Me asomé desde la escalera con mis pies en el penúltimo escalón.

—Aquí tienes.

—-Mauro, ¿puedes dormir conmigo? No quiero estar sola. Cabemos los dos.

—¿Estás con miedo aún?

—No es eso, solo quiero estar contigo.

No lo pensé, subí y me acosté a su lado, junto a su olor a vainilla.

Me dormí junto a ella, mirándola y sintiendo una paz que hacía mucho que no experimentaba. Con Martha, era todo menos paz. Pasión, sexo, fuego… pero de tranquilidad y armonía, nada. Al mirarla mientras trataba de conciliar el sueño, me di cuenta de que no se podría vivir en un constante huracán.



Estuve un rato esperando a que despertara, pero lo mejor era que descansara.

Se levantó de la cama sin dejar de estirarse con sus brazos a los lados. Luego, me pidió que bajara primero.

Bajé de un salto y llegué al suelo. Luego bajó ella y, al hacerlo de espaldas, no pude dejar de mirarle el culo. Se veía a través del delgado pantalón del pijama: lo tenía bien puesto, perfecto. Al darse la vuelta, vi que se le marcaban los pezones; seguro que era por el frío, porque ese apartamento era un témpano de hielo, ya que le gustaba dormir tapada y sentir el plumón sobre ella.

—¡Qué frío! Voy a apagarlo un rato.

—Me parece bien. ¿No has pensado irte a vivir a la Antártida o a Alaska?

—Es la manía de dormir con el peso encima de mí —dijo pasando las manos por los brazos para entrar en calor. Yo quería reemplazarlas.

—¿Por qué?

—Me siento calentita dentro, como…

—Como si aún estuvieses en un cascarón.

—Puede ser, es una manía que tengo desde niña. ¿Quieres unos huevos? —preguntó, posiblemente para evitar seguir con el tema.

—Ashley, son las cinco y media de la tarde. ¿Por qué no salimos por ahí?

—Pero antes me daré una ducha.

—Te espero, aunque me gustaría darme una yo también. No es lo ideal ponerse la misma

ropa, pero un baño me vendría de maravilla.

—Creo que en eso no te puedo ayudar, Mauro. Mis camisetas te quedarían...

—Por encima del ombligo —dije terminando la frase. Ambos sonreímos.

No estuvo mucho rato en la ducha. Salió con unos *jeans* blancos, tipo *shorts* y una camiseta de un grupo de *rock*. Me asombró, ya que comenzaba a entender que teníamos algunos gustos en común, como Pink Floyd.

Nunca pensé que a una chica tan joven le gustara la música de la época de sus padres. Además, dejó una estela de olor, no sé si era perfume o champú, pero olía a ella, a femenino y delicado: vainilla.

Su pelo estaba mojado y se le veían las facciones mejor aún. Era bonita, no de esas que matan a cualquiera, sino que su belleza era más sencilla, normal, pura o, al menos, así me pareció. ¡Qué bonita era esta chica que se había cruzado con mi mirada!

—Es todo tuyo el baño, Mauro. Te he dejado una toalla y justo tenía un cepillo de dientes nuevo, así que te lo he dejado en el lavabo. Además, hay champú y acondicionador. Lo de la camiseta… He encontrado una de un amigo, no te puedo ayudar más. —Me tendió la camiseta que tenía en sus manos.

—¿No es de tu ex? Mira que, si se aparece de nuevo y me ve así, me mata.

—No, es de un amigo de la infancia que estuvo unos días hace unas semanas. Es como un hermano. Y Matthew jamás usaría una camiseta de este tipo, no es su estilo. —Me la puso encima, como midiéndola—. Pero sí tuyo.

—Gracias a tu amigo de la infancia. ¿No se le ha quedado algún bóxer?

—No, ahí sí que estamos mal.

—No hay problema, les daré la vuelta. —Ambos estallamos en risas.



Ashley

¿Para qué estar tan preocupados por las apariencias, las marcas y la ropa de diseñadores? Tras las risas del comentario de tener que dar la vuelta a la ropa interior, se metió en el baño risueño, alegre y eso me gustó. Hasta lo escuché cantar en la ducha. ¡Me encantó!

No me acuerdo qué canción era, pero cantaba bajito y, en algunas partes, silbaba. Me levanté para escucharlo más cerca, me dio tanta risa... Se notaba contento.

Esperé sentada en el sofá. No tardó mucho y salió con su pelo despeinado, mojado, con la camiseta de mi amigo. Se veía relajado, su mirada lo delataba, disfrutaba de la aventura poco planeada.

Salimos de mi casa y caminamos después de comprarnos un café en mi local de siempre. No nos salvamos de las bromas, esta vez del viejo Alan, el padre de Alan Jr., que nos había atendido algunas horas atrás.

—Veo que sigue la fiesta, qué bien.

—¿Fiesta? No precisamente —contesté algo dura. Se comenzaba a meter más de lo necesario.

—Me refiero a que siguen juntos. Ya me ha contado Alan Jr. que vinieron muy temprano.

—Veo que las noticias vuelan. —Qué chismosos eran.

—Es que como has cambiado a ese chico tan pesado, estamos contentos. No era para ti ese tipo tan desagradable.

Lo que escuchaba era verdad. Nunca nos quedamos a tomar un café en esa cafetería. Matthew era tan especial que no le gustaban los sitios así. Nunca nos quedamos en ese acogedor café, sin embargo, yo me levantaba antes para pasar más tiempo en ese lugar.

Estaba decorado con mucho cariño. Las mesas eran de madera, en tonos celeste claro y granito. Todas las máquinas estaban muy ordenadas, bien puesto, con una limpieza sorprendente, incluso se veía el brillo. Tenía un mural de colores en la pared que formaba la frase: *Odd Meter Loves Me*, con dos ositos en tonos rosas, cada uno con un café. Amaba ese lugar.

—Veo que te conocen bien —me comentó Mauro, risueño.

—Al parecer o al que tenían más identificado es a mi ex. A veces, era un poco grosero con la gente, aunque con sus padres y seres queridos era todo un caballero. —Traté de justificarlo. ¿Por qué hacía eso?

Mauro me sonrió con cariño.

—¿Seguirá siendo tu ex? Siempre al comienzo de las rupturas, existe una alta posibilidad de volver a estar juntos. —Su mirada me intimidó.

—¿Te ha pasado con tu ex? —El estómago se me revolvió, quería y al a vez no, saber sobre ella.

—No, con la última chica...

—Listos los *latte* —anunció el dueño a la vez que nos interrumpía.

—¿Nos sentamos? —preguntó Mauro.

—Sí, y luego ¿qué hacemos?

—Nunca falta algo que hacer, Ashley. Las opciones son miles.

—¿Qué pasó con tu ex? —Fui directa al tema, no pude detener en la conversación.

—Estuvimos unos cuatro meses junto, pero no funcionó.

—¿Qué pasó?

—Supongo que no me quería como yo a ella. —En ese momento, me partió el alma, me dio mucha pena, pero me encantó su honestidad.

—¿La quisiste mucho?

—¿Tú quisiste o quieres mucho a Matthew? —contratacó con una artillería de primera, precisa, concisa y directo al blanco.

—No sé si lo quise mucho, tampoco estuvimos tanto tiempo juntos, y no me has contestado, Mauro, ¿la quisiste mucho?

—Nunca tuvimos una relación normal. Supongo que no éramos la pareja convencional. ¿Me entiendes, Ashley?

—¿Qué hacen las parejas convencionales?

—Supongo que disfrutan de lo sencillo, compartir series de Netflix, reírse, ver puestas de sol, preparar el desayuno juntos, besarse antes de dormir…

—¿No te pasaba eso?

—No, nada de desayunos ni puestas de sol; era todo muy diferente, solo estábamos metidos en su apartamento, pero no hacíamos nada juntos fuera. —Su cara lo delataba, transparente, era una relación de… ¿dependencia sexual?

—Ya entiendo. Era complicado donde estabas metido.

No quería dar más detalles, pero muchas veces las palabras sobraban y con unas pocas referencias queda clara la situación. Su sincera sonrisa hizo que me estremeciera.

—Me alegra que lo entiendas. Eres muy inteligente, Ashley.

—¿Era pura atracción sexual?

—Algo así. Yo pensé que sería otra cosa, pero no —contestó mirando su café, como si se avergonzara; lo saco de sus pensamientos.

—¿Qué te parece que vayamos a pasear un poco? —Ver otra vez su sonrisa me hizo sentir feliz.

—Me parece bien. De hecho, me gustaría que fuéramos a Central Park. ¿Puedes creer que no lo piso hace más de seis meses? ¡Uno de los pulmones más grandes de la ciudad!

—Aprovechemos que es verano y oscurece sobre las ocho y media. Tomemos un Uber y

nos vamos para allá, así llegamos antes y aprovechamos más tiempo.

Caminamos en silencio. Podría incluso asegurar que, Ambos pensábamos en todo lo ocurrido las últimas horas, al menos, yo.

Llegamos a Central Park. El clima era muy agradable, una tarde de calor, pero corría el viento por la cara, ese viento placentero que llegaba a ser refrescante para una tarde de verano.

Se reía de cómo actuaba. Tenía un fanatismo desmedido por los perros, era de esas personas que hablaba a los animales. Me acercaba sin importarme nada, sin vergüenza aparente y de forma espontánea. Adoraba acariciarlos, besarles la cabeza y hablarles como si me entendieran y yo a ellos.

—No sabía que hablaras el idioma de los perros —dijo Mauro sin poder disimular su admiración. Me sonrojé.

—Los amo desde niña. Son tan cariñosos… —respondí sin dejar de acariciar al animal.

Me observaba mientras hablaba a un *bulldog* francés, un *frenchy*, como le llamaba. El perro se dejaba mimar y yo adoraba que me dejara acariciarlo con todo el amor que podría entregarle. El dueño del perro intercedió cuando cruzamos mirada.

—No es normal que reaccione así. A veces, es un poco hosco. Se nota que le has gustado.

Después de unos cuantos mimos más, nos despedimos del perro y su dueño; yo del perro y Mauro del dueño.

No alcanzamos a caminar casi nada cuando paré junto a otro canino divertido y Mauro se reía solo porque este, en especial, era parecido a su dueña. Eran bien elegantes, con sus llamativas decoraciones en el cabello.

—¿Tienes perro en casa de tus padres? —me preguntó.

—No, nunca he tenido. Mi madre es demasiado complicada y nunca le han gustado los perros. Ya sabes que donde manda capitán, no manda marinero. Me hubiese encantado tener un perro, pero nunca pude. Y he pensado en traer uno al apartamento —expliqué.

—¿En serio?

—He estado a punto.

Seguimos el paseo un poco más. Central Park es enorme y podrías estar horas ahí dentro. Veía a las familias o amigos avanzar en bicicletas rentadas o algunos en carrozas tiradas por caballos; era un buen panorama para pasar un día… o con alguien que te hiciera feliz; lo miré de reojo.

—Es precioso, hacía tanto tiempo que no venía por aquí… —dije melancólica.

—¿Te parece que subamos a una bicicleta carroza que nos lleve? Esos chicos son unos genios, además son guías y conocen cada uno de los rincones —comentó indicándome lo que yo ya había visto. Sonreí.

—Sí, me parece bien.

—¿Sabes qué extensión tiene este parque?

—Grandísimo —dije entre risas—, tan grande que tendremos que recorrerlo en una especie de carruaje del siglo XXI.

—Sí, es rectangular y tiene unas dimensiones aproximadas de cuatro mil por ochocientos metros. Para que tengas una referencia, es el doble de grande que Mónaco y casi ocho veces la Ciudad del Vaticano. ¿Conoces el Vaticano?

—He estado en Italia, fui con mis padres, pero no he estado en Roma, solo en Venecia y Florencia. Aún no conozco la capital italiana y me encantaría ir, ver el Coliseo y comer pasta. Me está dando hambre...

—Demos una vuelta y vamos a comer pasta o las mejores pizzas de Nueva York, ¿qué prefieres? —Su entusiasmo era contagioso.

—Las mejores pizzas. ¡Genial!

Paramos en varias partes, el parque es muy grande y tenía maravillas por donde se mirara. Era muy agradable ver a la gente pasar un buen rato, correr, trotar, ir en bicicleta o, simplemente, sentados para descansar la mente.

Seguimos con el paseo y vimos el monumento de *Alice in Wonderland* —Alicia en el País de las Maravillas—. Una obra que le regaló un adinerado hombre de la ciudad a su esposa, porque ella solía leer este libro.

Alicia, la protagonista, sentada encima de una seta gigante, era rodeada por otros personajes del libro, como el conejo blanco, el sombrerero loco y el gato de Cheshire. Por otro lado, se supone que el sombrerero loco es una caricatura del propio George Delacorte.

Bajamos el camino desde la calle, justo al lado de uno de los estanques del parque. Nos reímos mientras pedimos a un turista que nos hiciera la foto.

—¿Leíste *Alicia en el País de las Maravillas*, Ashley?

—Claro que sí y no sabes lo feliz que estoy de estar aquí. Es mi libro favorito. Para mí, tiene un valor sentimental incalculable —contesté con una sonrisa llena de nostalgia—. Me lo regaló mi abuela a los siete años, cuando empezaba a leer. De hecho, aún lo guardo. Es uno de mis mayores tesoros y me conecta a ella.

—Te enseña mucho y eso es genial. Lo realmente importante…

—Esos valores son fundamentales y, muchas veces, quedan olvidados, como la vitalidad, la amistad, el valor de ser uno mismo… Nos enseña a encontrarnos a nosotros mismos y no renunciar a la magia. Alicia aterriza y se embarca en una aventura en la que no existen las reglas convencionales, algo que le hará ser decidida y sin miedo a equivocarse, lo que nos enseña que no debemos temer a lo desconocido y seguir viviendo nuestra propia aventura de la vida cada día.

»Mi abuela me decía que debía ser una Alicia, que no hay que tener miedo, que es una emoción horrible que solo paraliza a la gente, que no tenemos por qué ser todos iguales, cada uno es de una forma.

Ni cuenta me di como las lágrimas corrían por mis mejillas; hablar sobre mi abuela siempre me emocionaba.

Me sorprendió y, a la vez, me gustó que me abrazara para reconfortarme. Me pasó el paquete de *clínex*, pero cambió de idea, sacando un pañuelito para secarme, con delicadeza. Estuvimos un rato en silencio, mientras el tipo de la bicicleta nos esperaba y los minutos pasaban. No me importaba, solo no quería que ese momento acabase. Me apoyé en su hombro y nos sentamos un rato. Lo abracé más fuerte.

—Mi abuela era tan importante… siempre estuvo para mí; aún la extraño. Ella me aseguró que este libro tenía ciertas enseñanzas que descubriría con el tiempo.

—¿Las descubriste, *bambina*?

—Supongo que algunas sí y, al final, siempre estamos aprendiendo.

—A mí, lo que más me marcó fue una de las conversaciones que tiene Alicia con el conejo blanco, cuando ella le pregunta: «¿Cuánto es para siempre?», y el conejo blanco le responde: «A veces, solo un segundo».

Ni tiempo me dio para responderle, tomó mi mentón con delicadeza y me acercó. Sus labios sobre los míos era un torbellino de emociones, así como lo hizo Alicia en el cuento: entrando sin

miedo en una nueva aventura, para vivir la magia, sin temores, en un mundo desconocido que ambos inventaríamos día a día.

Sus labios eran firmes y carnosos, un oasis, una sensación de relajación. Seguí el beso, dejándome llevar por el momento que vivíamos. Nuestras lenguas se juntaron, sentí su calor y su suavidad me llevó a sentir un tirón en la espalda, remolinos en el vientre y en mi corazón.

¡Cómo besaba este chico! Pasé de la nostalgia de los recuerdos al beso más rico que me habían dado en mi vida. Fue lento, sin prisas, apasionado y refrescante. Cada milésima de segundo que pasaba, el beso era mejor; su lengua bailaba con la mía. La conexión fue inmediata.

No sé cómo terminamos en ese lugar, rodeados de naturaleza, viviendo una de las experiencias más bonitas de mi vida. Fue perfecto y me dio la sensación de que mi abuela me lo había mandado del cielo. Podría existir una comunicación mágica entre este mundo y el otro, la magia estaba ahí. No sé quién paró el beso, solo sé que fue eterno, pero corto a la vez.

—Mauro, no dejes de besarme.

—Te prometo que seguiremos en nuestro carruaje.

Nos reímos como tontos, esos que viven cada instante y para quienes la sonrisa pasa a ser el mejor regalo de la vida, el más sincero, completo y más profundo. Subimos la pequeña colina de la mano a nuestro carruaje y seguimos el paseo. En ese momento, me abrazó y le dijo al chófer que nos dejara en Strawberry Fields.

No vimos el paisaje, nuestro beso, cada vez con más ganas, era mucho más llamativo… hasta que llegamos al lugar que Mauro había indicado.



Mauro

Nos bajamos de la mano. Caminamos hasta el lugar donde ponía en el suelo *Imagine,* de John Lennon, quien vivió hasta el año 1980 en el edificio justo frente a ese lugar, donde fue asesinado. Su viuda aún debe llorar por su ausencia.

Dicen que él se acercaba a este parque para inspirarse y relajarse. Cinco años después, su viuda, Yoko Ono, celebró una ceremonia en su nombre con la asistencia de diplomáticos internacionales. Nápoles envió un mosaico blanco y negro en cuyo centro estaba inscrita la palabra *Imagine*.

Vimos unas flores en el mosaico, dicen que siempre hay flores, así como también una persona con una guitarra tocando algo de los Beatles. Nos sentamos en un banco cercano, de la mano, juntos.

Mis dedos le acariciaban en círculos, comprendíamos qué era tener una conexión así con alguien, mientras se escuchaba *And I love her.*

A love like ours
Could never die
As long as I
Have you near me

«Un amor como el nuestro nunca tendrá fin mientras estés a mi lado».

Sentí que podría llegar a enamorarme de ella. En ocasiones, nos dejamos llevar por las vivencias, los sentimientos, la energía, la magia, constelaciones, las vibras, por lo que nos eriza la piel y ella me erizaba por completo. Solo quería estar a su lado.

Sabía que era algo alocado, venía recién conociéndola y saliendo de una… relación extraña con otra chica, pero acá sentía algo más intenso, con tanta fuerza que me hacía levitar. Sí, lo sé,

soy un romántico empedernido, pero con esta chica no quería controlarlo.

Le hice una foto junto al *Imagine* cubierto de flores rosa y blancas. Justo en el círculo, donde está la palabra en mosaico gris bajo con un fondo blanco, había un círculo más grande, al que llegaban una especie de rayos, que parecía un sol. Ella sonreía y llevaba las gafas de sol sobre su cabeza. Se veía perfecta ese día. A pesar de todo lo pasado, era capaz de mostrarse positiva, incluso tras vivir el miedo, disfrutó de esa tarde deliciosa de verano en Central Park.

Nos quedamos un buen rato en el lugar; el cantante siguió con varias interpretaciones de este grupo de la época de nuestros padres. El ambiente era encantador. Padres con carritos, miles de perros, ella feliz por poder mirarlos y comentarme los que más le llamaban la atención, como si fuesen un actor famoso de alguna película de moda.

Hacía mucho tiempo que no pasaba un momento así de relajado, de conexión con la naturaleza, de mirar ardillas en el parque, observar gente contenta, aunque fuese en su mundo.

No acostumbraba a ir en taxi por la ciudad, pero, en esa ocasión, no me importó nada y, por suerte, justo me habían pagado hacía unos días. Un hombre que guarda siempre tiene.

Ya conocía la pizzería, había ido con unos amigos hacía unos años. Era acogedor y muy bonito, más aún solo porque estaba con ella. Los dos teníamos hambre, pero nos interesaba más estar cerca, aunque yo sabía que comer sería la única forma de dejar mi tripa tranquila para que no me causara distracciones.

Nos tomamos unas cervezas y las pizzas estaban espectaculares. Esa misteriosa receta tenía algo especial que hacía pensar que en la vida habías comido nada más rico. Nos besamos varias veces mientras esperábamos la comida. Ella me contó historias de su niñez, de su pasión por la acuarela y el teatro, que siempre participó en los papeles protagonistas del colegio. Si hubiese sido por ella, habría estudiado arte o teatro, pero sus padres eran tan rígidos en ese aspecto que tenía que seguir con la empresa.

—Entonces, cuando termines, ¿tendrás que volver a casa de tus padres?

—Se supone que sí —dijo con amargura.

—¿No quieres?

—No, lo único que quería era irme de casa y venir aquí a estudiar o a otra universidad; lo importante es que fuera lejos de ellos. —Tomó aire, estaba triste, le dolía el tema.

—No hablamos de ello si no quieres, no te preocupes. No te pongas triste.

—No puedo evitar decirte que es un tema que no tengo superado. Les dije tantas veces lo del teatro, pero ellos no me entendieron. El día que sea madre, mi mayor preocupación será que mis hijos sean felices y no vivir mis sueños no cumplidos a través de ellos.

—¿Eso es lo que sientes?

—Por mi madre, sí. Ella es la más interesada en que siga los pasos de la familia de mi padre, aunque debería ser él. Él es tranquilo y siempre nos hemos llevado muy bien.

—Me alegra que te lleves bien con tu padre. No dudes en hablar, en plantearlo cuando corresponda y ver cómo se dan las cosas. Al final, todo puede pasar —dije para reconfortarla.

—¿Cómo era tu madre? Cuéntame más de ella.

—Era una mujer excepcional. Todo lo que me faltó por parte de padre lo tuve gracias a mi madre —dije con una sonrisa, más que nada para evitar que siguiera pensando en sus padres—. Era muy fuerte y siempre les daba la vuelta a las cosas. No se quedaba con lo malo, buscaba lo bueno, aunque, a veces, le costaba y sé que le dolía, pero intentaba encontrar soluciones. Muy pocas veces la vi realmente preocupada.

—Qué pena lo del accidente.

—Nunca hubiese estado preparado para algo así. Ese día, salió como cualquier otro. Jamás pensé…

—Perdona por preguntarte, no quiero causarte dolor —me interrumpió, posiblemente al ver mi expresión; intenté sonreír.

—No te preocupes, es parte de mi vida, de mi historia. Sin duda, el peor terremoto de todos, el que me dejó con varias grietas.

—Mientras no sean fallos de estructura, estarás bien. —Me reí y ella siguió. Logró sacarme una buena risotada y tenía mucha razón.

—Tan graves no. Ella misma siempre me preparó, sabía que, como estábamos solos aquí, en Estados Unidos, si ella se iba, tendría que salir adelante.

—¿Tienes familia en Italia?

—Algunos tíos, hermanos de mi madre, pero no los veo hace mucho. Mis abuelos ya fallecieron. Solíamos ir a veces a Italia, cada tres o cuatro años —le expliqué.

—¿Por qué vino a Estados Unidos? —preguntó con curiosidad.

—Por mi padre, imagino. Él no era italiano, lo conoció allí, pero vino aquí y después no quiso volver.

—Por amor, entonces.

—Así es, por amor… y por orgullo no volvió, supongo.

—¿Era orgullosa?

—Orgullosa de su hijo —dije entre risas.

Ella se unió con las suyas, me abrazó y me besó como si experimentase ese orgullo.

Después de la cena, donde tratamos desde los temas más sensibles hasta los más divertidos, fuimos a pasear.

—Me gusta este lado de la vista. Estamos a los pies del río y me gusta mucho, nunca había estado aquí.

—¿En qué ciudad vives, Ashley? No puedo creer que no hayas disfrutado de este barrio antes —dije poniendo cara de asombro, aunque también de broma.

—Vivo en una ciudad menos entretenida que la tuya. —Estallamos en risas.

—Haremos que sea más entretenida, pero con un poco de cultura.

—¿Me harás un examen de lo que aprendí ayer del puente? —preguntó acercándose muy coqueta y yo solo quería comerme su boca.

—No, solo quiero que sepas que estos edificios de ladrillo que vemos antes eran fábricas, pero el crecimiento de Nueva York en el siglo XX hizo que ahora sean lo que son. Los que se establecieron en DUMBO fueron, en su mayoría, artistas y bohemios que terminaron por cambiar del todo el barrio. Lo que vemos, hoy en día, es la combinación de esa arquitectura industrial con los últimos movimientos culturales y de diseño, con locales modernos y un ambiente algo presuntuoso. ¿Sabías eso?

—Algo así. No tan exacto como el profesor, pero tenía una idea.

—Sigues siendo mi alumna favorita. —La besé, disfrutando de tenerla cerca.

No sé cuánto tiempo estuvimos junto al río, entre los puentes de Brooklyn y Manhattan. Ambos iluminados en su máximo esplendor. Era una maravilla ante nuestros ojos, pero, acompañado de ella, tenía un gusto distinto, un sabor que podría llegar a ser peligroso, adictivo e intoxicante.

Estuvimos de la mano hablando de lo bonito del lugar, de lo bien que lo habíamos pasado juntos. Caminamos por una pequeña playa que se creaba y nos sentamos en la arena. La vista

hacia Manhattan era preciosa, distinta de noche. Las luces bailaban en su esplendor y los puentes, imponentes por su belleza y majestuosidad, hacían pensar que estabas en medio de una película.

—Y pensar que si ayer no hubiese salido y no... Bueno, eso, no nos conoceríamos —murmuró observando el paisaje; yo la contemplaba a ella.

—Creo que es algo a lo que no hemos parado de darle vueltas.

—Es que es extraño y...

—¿Grandioso? —pregunté sin titubear.

—Sí, pero es extraño que de lo que ocurrió, te haya encontrado a ti.

—La vida tiene algunos misterios que nunca podremos entender, solo llegan. Ahora bien, en este caso, solo hay que agradecer, ya que todo ha salido bien.

—Mauro, creo que las personas somos misteriosas, conocernos pasó a ser parte de ello y quiero seguir conociéndote.

—Yo también quiero seguir conociéndote. —Fui enfático, definitivamente no quería dejarla ir.

No hubo más palabras. La besé bajo esa noche de verano en Nueva York, con nuestros pies tocando la arena del río. Me parecía que había cambiado, de alguna forma, nuestra manera de mirar la vida. Y lo más extraño era que lo pasaba bien disfrutando de las cosas simples.

Capítulo 13

Ashley

Quise volver a ese lugar especial, a contemplar las cosas de una forma distinta. Le pedí que camináramos por el Puente de Brooklyn. Desde hacía unas horas era nuestro lugar, mi lugar en el mundo con él. La persona que podría ser a su lado sería mucho mejor que yo sola. Comenzaba a caer en la locura, en la incongruencia y en las tonterías.

—¡Vamos! —Me miraba a los ojos contento.

En ese momento, me llevó hacia su pecho, me apretó entre sus brazos y me besó. Se notaba que no era suficiente para ninguno de los dos, lo hubiese besado por semanas; su cuerpo era paz, era sentir su alma, quién era realmente.

Llegamos al puente y comenzamos a caminar en sentido contrario a la noche anterior. Se veía Manhattan y era alucinante, desbordante e impactante. Mostraba lo pequeños que somos frente a un mundo enorme y voraz. A pesar de ser pequeños e indefensos, en esos momentos me sentí feliz. Fue de los momentos más bonitos que tuve en la vida y lo sentí tan fuerte que tuve que hablarle:

—Mauro, necesito parar.

—¿Qué sucede? —preguntó sorprendido.

—Necesito parar unos segundos, por favor. Sentémonos en este banco. —La cara de Mauro notaba que estaba descolocado, aunque se dejó guiar.

—¿Qué pasa, Ashley? —insistió con su pregunta.

—No sé cómo explicar esto, pero estoy feliz, me siento completa. No sé si es prudente que, en solo unas horas, pueda pasar de una forma de ver la vida a otra totalmente distinta, como si antes solo viese algunas fotografías en blanco y negro y ahora pudiera ver una película completa en colores y, además, en movimiento lo que lleva a un completo disfrute, ese que nace en el estómago y sale por la respiración. —Toqué esa parte del cuerpo donde nacía esa sensación.

—Eres una alumna ejemplar. Entendiste lo de ayer de la película que podemos hacer, de darle sentido a las cosas.

—No es la película que yo me he imaginado, es lo que tú me has dado —insistí, deseando que entendiera.

—Ashley, las mejores películas y la magia son de dos, nada tiene sentido cuando estamos solos. Tú me has dado demasiado en estas horas.

—¡Mauro, te quiero por lo que has hecho por mí! No sé cómo has logrado que pueda...

No logré terminar, porque se abalanzó sobre mí, con exigencia, impaciencia, con ganas y deseo... Sin ocultar nada. Me besó con demasiadas ganas y yo lo hice con la misma desesperación. Nos besamos como locos, se notaba que necesitábamos intimidad.

Lo que nos quedaba de trayecto, lo recorrimos de la mano y llenándolo de risas y de nosotros mismos. Sentí que vivía un amor fugaz e intenso, como esa sensación que debían de sentir las enamoradas de los tipos que se iban a la guerra. Era una necesidad imperiosa de poder disfrutar el momento.

Este chico me comenzó a mostrar todo desde otra perspectiva y yo me vi como si fuese una persona nueva y que no tenía mucho en común con la anterior. La observación que hacía de mí misma era distinta, como si hubiese cambiado algo en mí. Me gustaba mucho más, me dejaba ser, sentir y liberar. Había pasado casi mi vida entera sin dejarme llevar nunca por los sentimientos.

Mientras corría, recordé a mi abuela y su libro, los nuevos mundos, los momentos perfectos e imperfectos, la magia de creer y la bendición de poder sentir.

—No pares de besarme, Mauro, no pares.

—Estaría horas haciendo esto —dijo risueño.

—No me digas eso, que no respondo de mis actos.

—No respondas —me dijo entre gemidos, mientras su voz perdía el aliento y sus manos se colaban en mi camiseta.

Se había abierto paso entre las imperfecciones de mi piel, de mis sentimientos, mis miedos y ansiedades: alegrías, tristezas, esperanzas. Se había metido en mi mundo, sin permiso; me había salvado sin que nadie se lo pidiera y, en ese instante, solo queríamos estar juntos. No sabíamos qué nos depararía la vida, sus caminos, locuras e incongruencias.

—No podemos seguir aquí. Me he reído demasiado de mi amiga Adri por dar espectáculos y ahora lo doy yo.

—No es un espectáculo, solo quiero seguir besándote, con eso me conformo; no pido más que estar contigo de la forma que sea. —Me sentí halagada por sus palabras, pero necesitaba tenerlo a solas, sin público.

—Quiero que nos vayamos a mi casa.

—Agarra bien mi mano, que vamos a correr lo que nos queda de puente hasta llegar a Manhattan. No me sueltes.

Corrimos de la mano. Sentía el viento en mi cara, me despeinaba el pelo y, entre risas, corrimos como si el mundo se fuese a acabar, como si hubiésemos sido los protagonistas de la película *Superman* o *Godzilla*, donde se destruye todo a nuestro paso y solo queda correr sin un destino específico.

Corrimos hasta salir del puente, bajo la noche de Nueva York de ese verano que cambió una parte de mi vida. Esos días junto a él me enseñaron a sentir de manera diferente en ritmo y profundidad.

No era lo que había esperado de ese fin de semana. Todo había terminado diferente, inesperado. No hubiese cambiado ni un ápice de lo sucedido hasta ese momento, a pesar de la

experiencia vivida; si eso me llevaba a Mauro nuevamente, podría soportarlo.

No negaré que estaba nerviosa, que hacía demasiado tiempo que no tenía un encuentro así. Había estado sumergida en dos relaciones más o menos largas, por lo que no había experimentado, desde hacía años, el pasar una noche con un chico que acababa de conocer. Aunque esto no era del todo así, porque sí lo conocía.

Nos habíamos enseñado nuestras vidas, gustos y miedos... Y era distinto. No me iba a follar a un desconocido solo por deporte o por llegar a tener placer carnal. Esto no se sentía así, era diferente.

Subí, le pedí que aguardara unos segundos y lo esperé en la cama. Sentada, con los pies hacia el lado, y mirándolo mientras comenzaba a subir. No podía esperarlo acostada, no me parecía apropiado. Me comencé a reír en silencio, pero se dio cuenta.

—¿De qué te ríes, *bambina*? ¿De mi bóxer al revés? —Ambos estallamos en risas.

Cuando lo vi subir con dos copas en una mano y una botella de vino blanco en la otra y acostarse en la cama con su cabeza sobre uno de sus brazos, me fue imposible evitarlo: vi el bóxer del revés. Era divertido, totalmente fuera de lo esperado.

—Sé que es cero glamuroso, pero no te rías de mí, *bambina* malandrina. Es lo que hay ¿o esperabas que fuera un modelo de Calvin Klein? De hecho, no sé de qué marca son.

—No me hagas reír más, Mauro. La etiqueta está ahí, podemos ver la marca. Ven, que quiero leerla.

—Vamos, Ashley, no es el momento para ver la marca del puto bóxer. Además, no sé si tiene marca. No me hagas reír más.

—Vamos, Mauro, por nosotros, por nuestro encuentro.

En ese momento, sirvió las copas con vino blanco, que estaba helado y delicioso. Hicimos un brindis, chocamos ambas copas y nos miramos a los ojos.

—Por nosotros, Ashley.

—Aún no me has enseñado la marca de tu ropa interior.

—¡Ven!

Me empujó a su lado y para que no se cayera el vino me lo bebí del tirón, aunque se desparramó un poco, pero no nos importó en absoluto. Se giró para que pudiera ver la etiqueta, sonreí inclinándome hacia Mauro.

—Son Hugo Boss.

—No es *glamour*, se llama descuento. —Ambos nos reímos.

Me besó, sus labios sabían a vino blanco; era delicioso y solo quería seguir besándolo todo el rato.

Ya estaba bien de preámbulos, de risas y vino. Quería estar con él, sentir cada una de sus caricias, sus abrazos, su piel y su olor. Él era una necesidad. ¡Tenía ganas de follármelo por completo! Cuando con Matthew siempre inventaba excusas porque no quería llegar a ese momento. Siempre me costaba sentirme plena con él, de hecho, casi nunca llegaba o tenía que hacerlo con mi mano, con mis dedos.

Con él, fue todo distinto. No le importó cómo era mi ropa interior, ni me pidió que le modelara antes de quitarme la ropa. No me miró de arriba abajo, solo me abrazó con fuerza, para luego ponerse encima con cuidado.

Su cara quedó muy cerca de la mía. Sus ojos vivaces se estacionaron en los míos. Estaba abrazada por él, en una especie de puerto seguro, donde las olas no me pegarían directamente. Nunca había tenido una sensación así al estar abrazada a una persona, era completa contención,

seguridad, protección. Desde que me había topado con él, eso era lo que me había entregado, protección, esa que no había sentido jamás.

Mientras me besaba, jugaba con sus yemas en mi cabello, me acariciaba detrás de mis orejas, jugaba con mi pelo en círculos. Fue como si la sinfonía hubiese estado afinada y los astros alineados.

Su cuerpo era impresionante: fuerte, decidido y sabía usar su fortaleza. Cuando le quité la camiseta, me quedé embobada mirando sus músculos y sus brazos, esos que protegían vidas, que habían estado en medio del caos ayudando a quienes lo necesitaban. Estaba loca de deseo. Si no hubiese sido por él, la historia sería diferente.

—¿Estás bien, Ashley? Dime qué te gusta y lo haré. —Era muy tierno, preocupado.

—¿Tienes preservativo?

No solo él le desconcertó mi pregunta, también a mí. No sabía qué contestar. No tenía muy claro qué me gustaba. Sonaba extraño, pero en las relaciones que había tenido, jamás me habían preguntado qué quería. Estaba acostumbrada a que las cosas marcharan al ritmo de ellos y yo no me lo había ni siquiera cuestionado.

—Sí, lo tengo aquí. —Le indicó la mesa de noche—. ¿No me vas a decir lo que te gusta? Vamos, no seas vergonzosa.

—Nunca me lo habían preguntado —dije sincera; sentí mis mejillas calientes a punto de estallar en millones de pedazos.

—Pero yo te lo estoy preguntando, Ashley, porque quiero que lo pases bien y que lo disfrutes… lo disfrutemos.

Oírlo hablar así me llevó a conocerlo un poco más, y lo que me pasaba era que cuanto más accedía a él, más loca me volvía, me dejaba más atrapada en su mundo, en sus misterios, en él.

—Eres muy dulce. Nunca me lo habían preguntado y lo peor, es que no lo sé —confesé.

—Hacer el amor es confianza, ese es el secreto de poder llegar a sentir una conexión especial, de que valga la pena —murmuró acariciando mi mejilla; mis ojos se cristalizaron—. Llámalo como quieras, sexo o hacer el amor. No pienses que no estoy impaciente por estar contigo, pero considero que es importante que lo conversemos.

—No sé qué me gusta. Nunca hablé de esto —dije complicada, no sabía cómo seguir, pero Mauro leyó con claridad lo que trataba de dar a entender.

—Tranquila, Ashley, lo descubriremos juntos. Lo importante es que conectemos y lo vivamos. Si hay algo que no quieras, no lo haremos.

¿De dónde había salido este chico? Podría llevar siglos con una persona, pero el tiempo no decía mucho. Al final del día, lo que importaba era la intensidad del momento. Si no había confianza, no había comunicación. Él demostraba que quería saber más de mí, indagaba en lo que quería, se preocupaba por entenderme, conocerme para que estuviese bien.

—Me da vergüenza —dije ruborizada.

—Dame tu móvil, vamos a poner un poco de música. La música es un maravilloso instrumento emocional y te ayudará a relajarte.

Tomó mi móvil, lo conectó por *bluetooth* al altavoz; comenzó a sonar mi *playlist* de relajación.

Mauro metió sus manos entre mis braguitas. Empezó a tocarme por debajo, suavemente, en círculos, conociéndome, mientras su mirada se alojaba en la mía, suave, perfecto; me daban temblores por todo el cuerpo.

No quería que terminara nunca. No podría aguantar mucho, nunca me habían dedicado

tiempo para que yo disfrutara primero.

—¿Estás bien, Ashley? ¿Subo la intensidad? ¿La bajo?

—Sigue así. No pares nunca, por favor. —Mi frase le provocó una risa que me mató más aún.

—Me alegra que te guste. Solo dime si sigo bien, si no, cambio de planes y retomamos.

—¿Quieres que te toque yo? —pregunté un poco insegura.

—Claro que quiero, pero el momento es tuyo. No hay prisa, tenemos tiempo. —Cuando terminó esa frase, pensé en cómo hacer de ese tiempo un número con decimal periódico infinito.

No sé cuánto tiempo estuvo dándome placer, con ternura, dedicación, concentrado en su tarea de hacerme sentir viva y llevarme de viaje a las estrellas. Me fundí en sus besos, abrazos, caricias, por debajo y por encima de la ropa.

Sentí uno de sus dedos dentro de mí y me estremeció. Me gustó, fue con calma, era capaz de controlar sus impulsos para que yo estuviese bien. Se leía en sus formas de acariciar y de mover sus manos, sus dedos; eso era lo que quería, que yo sintiera, que yo fuese la protagonista.

Me besó por todas partes, dejando un camino de besos por todo mi cuerpo hasta terminar en mi boca con deseo, ganas y desesperación, aunque siempre dentro de un control bastante determinado. Ya se evidenciaba por su respiración agitada.

—Puedes seguir, Mauro, estoy bien. Sé que estás preocupado por lo de…

Puso una de mis manos en su cuerpo para que lo tocara y comenzara a descubrirlo. La otra en su entrepierna y me besó con ímpetu. Seguí el beso mientras lo acariciaba. Era suave, de alto impacto; mi corazón latía desenfrenado.

—Sigue así, Ashley, no pares, por favor.

Lo tocaba con dedicación, como él había hecho conmigo. Estaba muy bien dotado, en todos los sentidos. Quedé muy impresionada al verlo en detalle cuando me dediqué a acariciarlo. No dejé de preguntarme si siempre sería así o si lo era por todo lo que había acontecido.

—Pásame el condón —le pedí. Me lo entregó abierto y se lo puse. Siempre quise sentir la experiencia de ponerlo, pero nunca me lo habían permitido. Cumplí uno de mis sueños eróticos.

—¡Tienes experiencia! —exclamó.

—Mauro, no me vas a creer, pero es la primera vez que hago esto. Te lo prometo.

—Entonces naciste sabiendo, Ashley. No necesitas sorprenderme —dijo risueño

Me agarró con fuerza, me puso bajo él y se apoyó en sus firmes manos y antebrazos. No me di cuenta cuando tenía sus ojos en los míos. Su mirada vivía en la mía y la mía en la de él. Me volvía loca. Ni en el mejor de los cuentos imaginé encontrar una persona así de honesta, de carne y hueso.

Me había contado su historia, la había compartido conmigo, bailamos en un puente de Nueva York, contemplamos las luces de la ciudad, me dio protección por mi pesadilla nocturna, caminamos por el barrio DUMBO, a orillas del río Este, compartimos pizza, un buen *latte*...

—¿Qué dices, Mauro?

—Que me gustas tal y como eres. —En ese instante, entró en mi cuerpo. No había prisa, no había que acelerar nada, pero estaba un poco ansiosa de, por fin, sentirlo. Tenerlo cerca pero aún lejos no era fácil.

—Tú también me gustas mucho —le dije mientras sentía su cuerpo con más fuerza.

Sus caderas iban un poco más rápido y yo comenzaba a perder la mirada para empezar a ver destellos de colores. Aunque cerrara los ojos, veía luces. A veces, me habían contado que sucedía esto, pero a mí no me había pasado nunca.



Mauro

El estúpido de Peter me aseguraba que el sexo y el amor eran posibles juntos, pero siempre me reí de él, luego de que todo se destruyera con Martha. Me parecía imposible, no podía ser.

Sin embargo, esa noche, en la cama de Ashley, me di cuenta de que era muy posible esa conexión y de que mi amigo no estaba tan demente con su teoría.

Esa noche fue completa, en todos los sentidos. Lo pasamos muy bien juntos, habíamos conectado. Ella era cariñosa, delicada, femenina e inmensamente bella. No era una belleza despampanante, pero a medida que la conocía, que le sacaba las capas, la veía cada vez más bonita. Esa conexión entre su forma de ser y su cuerpo me hacía sentir que estaba todo en su lugar, donde debía estar. Era la sincronía perfecta.

Había estado con chicas despampanantes pero pesadas, firmes con sus ideas, como Martha. A veces me sentía evaluado por ellas, cada centímetro y eso no me dejaba fluir. No podía hacer nada en libertad porque cuestionaban cada movimiento o caricia.

La contemplé con una sonrisa cuando nuestras miradas se unieron.

—Quiero saber cómo te has sentido.

—Me he sentido muy bien, Mauro. —Al terminar de hablarme, me besó. Se quedó sobre mí. Sus labios estaban igual de suaves que ella—. ¿Y tú? ¿Qué has sentido?

—Ha sido increíble, Ashley. Estaba tan preocupado de no hacerte daño...

—Nunca me habían tratado así —soltó sin más.

—¿Es eso un piropo o una queja?

No me contestó con palabras, pero me besó suavemente. Nuestras lenguas se sumergieron en un baile, al son de los acordes de la música de relajación que sonaba detrás de nosotros.

En ocasiones, no se necesitan palabras. Hay veces que no se necesita nada más, ya que todo

lo que tienes en ese instante es suficiente, es perfecto; no es para siempre, pero, mientras dura, es lo mejor de la vida.

—¿Entiendes, Mauro? Ahora quiero saber qué te ha pasado a ti.

—*Bambina* bella, solo te puedo decir que me gustaría que se repitiese por mucho tiempo más —dije, aferrándola fuerte entre mis brazos y volviendo a unir nuestros labios.

No sé cuánto tiempo estuvieron nuestras piernas entrelazadas, mezcladas y ella sobre mi pecho. Hablábamos, me acariciaba con sus suaves y largos dedos, los mismos que me tocaron por primera vez fríos y transpirados y que pedían apoyo, porque se derrumbaba al revivir lo ocurrido. Ashley me había robado el corazón y el alma en solo unas horas.

—Mauro, no te vayas, no me dejes sola, por favor.

—*Bambina*, me quedaré contigo, al menos, hasta mañana. —Hice el ademán de levantarme, pero ella se aferró con fuerza.

—Quédate conmigo.

—Lo haré, preciosa, pero debo cargar mi móvil. ¿Me prestas un cargador? Estoy incomunicado desde ayer. No creo que mucha gente me busque, pero no puedo estar desaparecido de la estación.

Ashley me pasó el cable y lo dejé enchufado en la cocina. Me sorprendí al verla abajo, diciendo que deseaba tomar agua; había temido que estuviera asustada de quedarse sola, cosa normal después del accidente, pero su sonrisa demostraba que no.

Me gustó mucho su *look* con su pijama. Estaba reluciente, con su pelo desordenado y su olor a vainilla altamente cautivante. Su pijama, sus piernas… No sabía cuánto tiempo más podría aguantar sin tocarla.

Cuando comenzó a cargar el móvil, me empezaron a llegar varios mensajes por las horas sin comunicación. Vi un mensaje de Peter.

> **De:** Peter
>
> Te he salvado la vida y el pellejo. Te hemos cubierto entre Justin y yo. De hecho, está feliz porque le perdonaste los cien dólares, así que le puedes pedir un favor más, aún tienes saldo a favor por ahí. Por mi lado, no podré cubrirte otra vez: mi novia no me dejará, porque me necesita cada vez más.
>
> Vamos, idiota, cuéntame, ¿quién es ella?

Me reía del mensaje. No lo pude evitar y me imaginaba la cara de furia de su novia; era una chica complicada y lo tenía comiendo de su mano.

—¿De qué te ríes? —Le sonreí, acercándome a ella y acariciando sus piernas al subirla a la encimera.

—Uno de mis compañeros de la estación de bomberos, el del cambio de guardia; tras varios favores que yo le he hecho, hoy hizo algo por mí y me da risa. Solo quiere saber cómo es la chica.

—¿Cómo sabe que estás con alguien? ¿Se lo has contado?

—No, ¿cómo se te ocurre, *bambina*? Claro que no. Ayer le mandé un mensaje antes de quedarme sin batería, le dije que me cubriera, que hablara con un amigo, porque yo no aparecería a menos que se estuviese quemando todo Nueva York. No quería dejarte.

Nos abrazamos un buen rato, la besé con fuerza hasta que comenzó a sonar mi móvil. Quise volver a apagarlo, ya comenzaba a interrumpir de nuevo.

—¿No vas a contestar?

—Es un número desconocido y el único que me puede llamar a esta hora para molestarme es Peter. Seguro que le ha pedido el móvil a su novia para que no lo pille y caiga en su trampa, es un imbécil.

—Dale el gusto y cuéntale que estás conmigo y que has tenido el mejor fin de semana en meses.

—Es cierto, es el mejor fin de semana en meses, sin duda. —La besé.

Ashley se bajó de la mesa y subió a la cama tras susurrarme al oído que me esperaría. La vi subir la escalera mientras contestaba el teléfono. Me gustaba mirarla, era tan guapa... Recuerdo que esa noche me perdí entre sus piernas mientras subía la escalera.

—Vamos, Peter, no es hora de llamar. ¿Cómo es posible que llames a esta hora? ¿Tanta curiosidad tienes para no aguantar hasta una hora decente?

Sin embargo, no era él quien estaba al otro lado de la línea.



Ashley

Cuando lo escuché hablar con su amigo, me dio mucha risa. Comprobaba que los chicos son iguales de chismosos que nosotras y seguro que a su amigo lo habría matado la curiosidad de saber con quién estaba. Pero al oí hablar con otro tono de voz, llamó mi curiosidad.

Era otra llamada la que había atendido. Se notó su preocupación y se movió un poco del campo visual. Bajó la voz y se apartó unos cuantos centímetros, mientras se tocaba el pelo y su rostro mostraba asombro. No había mucho espacio, era imposible que no lo oyera. A pesar de que se acercó al baño, lo escuché:

—No son horas de llamar. ¿Qué te pasa, Martha? ¿Estás borracha?

Silencio. Podía oír murmullos a lo lejos, pero no podía entender nada desde mi cama, aunque quería, pero no tenía un oído tan desarrollado.

—No tenemos nada. Nunca lo tuvimos… Martha, termina con el teatro. —Silencio. Se oían gritos por la llamada—. ¿Me estás montando una escena de celos? ¿Qué te pasa?

Silencio.

—Sí, estoy con una chica y no te debo ninguna explicación… Vamos, Martha, ve a acostarte y dejémoslo aquí. No quiero ser maleducado, pero no podemos seguir hablando… Estás muy borracha ¿o qué te has metido? —Me asomé sin importar si me veía; se tocaba el pelo mientras daba vueltas—. No te daré explicaciones y no es asunto tuyo. Tú misma me dijiste que nunca sería algo formal.

Definitivamente era la chica de la que hablamos la otra noche. Sentí celos, ¿por qué justo venía a molestar ahora?

—Sí, me quedaré con ella. No insistas. No tenemos nada que hablar… No soy de los que compara a las chicas. No me conociste si piensas eso. —Mauro suspiró y volvió a enredarse el cabello—. Voy a colgar. Cuídate. No bebas más. Adiós, Martha.

Apagó el teléfono y lo dejó cargando.

Subió a la cama. Yo estaba acurrucada y cerré los ojos para intentar dormir. Se metió en la

cama conmigo, me abrazó por la espalda, me movió el cabello detrás de la oreja y habló:

—Sé que no duermes, *bambina*. Hace menos de diez minutos nos besábamos bien despiertos en la mesa. Vamos, *bambina*, puedo explicártelo. —Me di vuelta y nos miramos cara a cara. Las luces seguían encendidas. No podía esconder la rabia de la llamada de Martha—. Vamos, Ashley, podemos hablar de ello.

—¿Era ella? ¿La chica con la que estuviste hace unas semanas?

—Sí, era ella —contestó sincero.

—Le ha dado un ataque de celos. ¿Cómo corren tan rápido los rumores?

—Es amiga de la novia de Peter. Seguro que él le contó a su novia lo del mensaje que le mandé.

—Ella te querrá a su lado. No podrá perderte y debe de estar muriendo al pensar que estás en la cama con otra —comenté desanimada.

—¿Te molesta lo que piense ella?

—No, no sé quién es. Me da miedo lo que pienses tú. ¿Qué has sentido con esa llamada? ¿Quieres volver a verla? —Era una pregunta peligrosa y me tiraba al abismo sin paracaídas; él suspiró—. Vamos, Mauro, un suspiro no es una respuesta.

—No, Ashley, no quiero volver con ella. No niego que estuve muy triste, pero después de conocerte...

—Las circunstancias podrían cambiar las cosas; quizá estuvimos con las emociones tan a flor de piel que nos confundimos.

—No quiero pensar eso, *bambina*. —Había seguridad en sus palabras, pero no quería hacerme ilusiones.

—Una cosa es no querer pensar algo y otra es que las cosas sean de una manera determinada y haya confusión.

—Ayer, cuando vino tu exnovio, podría haber sentido lo mismo.

—Cuando llegó Matthew no había pasado nada entre nosotros, es distinto —dije con desilusión—, y le pedí que se fuera.

—Y yo he cortado la llamada. La he atendido porque no soy maleducado, pero lo he dejado apagado, no quiero estar con ella. Si la quisiera, hubiese ido a buscarla y no es lo que quiero hacer.

—Eres un caballero. No sé si lo harías —dije con firmeza.

—Ashley, no voy a caer en este juego, no contigo. Solo lo diré una vez más: no quiero estar con ella. Me quedaré aquí contigo, es lo que quiero.

—¿Y mañana?

No sé qué me pasó. Me dolía, pero, a la vez, era algo irracional. ¿Cómo podía sentir tanto por él?

No me contestó, al menos no con palabras. Se puso sobre mí, sosteniéndose con sus fuertes brazos. No me besó, solo me miró y se mordió el labio. Levanté una ceja para preguntar qué pretendía, luego abrí más los ojos. Mauro hizo lo mismo. Hice un gesto de no entender qué pasaba. Él me copió, subiendo los hombros. No pude más y me reí de la situación, de nosotros, de lo loco de la vida, de lo bueno y de lo que no me había gustado tanto.

Me besó, un beso corto, pequeño, para decirme que no hay tiempo que perder y que, después de haberme conocido, había cambiado su vida. No necesitaba palabras, sus gestos eran más que suficientes.

Volvimos a reír y me puse sobre él. Le peiné su pelo desordenado y le besé con más

intensidad.

Yo tenía el control de la situación y eso me encantó. Comencé a marcar el ritmo, llevando la melodía del encuentro. Sin dudarlo, me quitó la parte de arriba del pijama. Me miraba con devoción, mis pechos, los que ya habían pasado por sus manos y dedos, por su boca... Y no pasó mucho tiempo hasta que nos desnudamos por completo.

No aguantó más, me sacó de encima, tomó su pantalón y buscó otro condón. Se lo puso, ya que estaba en estado de intoxicación grandiosa y no podía esperar más y volvió a ponerme sobre él.

El resto es historia, de esas historias que no se olvidan con facilidad, de esas que te marcan hasta la eternidad.

Dormimos abrazados, no cabía ni un suspiro entre nosotros. Era una necesidad estar juntos, pegados. Me despertó más de una vez solo para besarme, para hacerme alguna caricia. Me atrevería a decir que fue una de las mejores noches de mi vida, de las que se quedan clavadas en el alma.

Al día siguiente ya era domingo. Fue el fin de semana más fuerte de mi vida, todo lo vivido era digno de una historia.

Por la mañana abrí un ojo y me reí. Era como despertar en paz y en calma, en un cuento, tal vez en ese de Alicia y el mundo nuevo. Ver que aún estábamos abrazados me causó mucha ternura. Al vernos, nos sonreímos. Los dos estábamos relajados, felices, vivíamos el momento, el presente, sin pensar más allá. Recuerdo ese instante como si fuese ayer.

Nos levantamos con hambre. Dicen que después de una noche de sexo, se necesita recargar energía y vaya si era cierto. Recuerdo haber dormido pocas horas, pero profundamente, haberme reído a carcajadas, habernos hecho cosquillas… Recuerdo sus besos por todo mi cuerpo.

Decidimos salir a comer algo. Me metí en la ducha; no quería perder el tiempo. La ducha no es buena compañera cuando la mente comienza a dar vueltas.

Todo iba bien hasta que estaba bajo el agua, ahí, los pensamientos comenzaron a abrumarme. Me lavé el pelo rápido y salí del baño… Mauro no estaba en mi apartamento. No estaba y su móvil tampoco. No había rastro de él.

Me senté en mi sofá, ya vestida, con el pelo mojado. ¿Qué había pasado? Me abracé a mis piernas mientras tiritaba. Luego, caí en la cuenta de que no tenía nada de él, no sabía dónde vivía, no tenía su número y solo sabía que trabajaba en el bufete de abogados, donde también estaba el primo Matthew.

No entendía nada de lo sucedido. Era como si se lo hubiese tragado la tierra o lo hubiesen raptado de alguna galaxia lejana. Qué sensación de vértigo sentí en ese momento, me recorría por completo, era como si mirara desde un edificio de más de cuarenta pisos de altura. Me dolía.

¿Cómo era posible que una persona con la que había tenido esa conexión hacía unos minutos ya no estuviese conmigo y no hubiese dejado ni huella? ¿Qué habría hecho en mi vida pasada para recibir el castigo de no saber, de no entender qué había pasado? Era de las peores cosas que me podían suceder, el no tener las razones, el no poder cerrar el capítulo… ¿Habría que cerrarlo?

Pensé que quizás volvería, pero comenzaron a pasar los minutos, que se me hicieron eternos y no tuve respuesta a mis interrogantes. Me hice un café, me comí unos frutos secos y ordené todo.

¿Cómo era posible pasar del estado que sentía estando juntos, que éramos más completos, a estar lejos como si nunca nos hubiésemos conocido? Nunca entendería su razón para irse de esa

forma, escondido, dejándome llena de ilusiones bajo la ducha. Esa mañana soñaba con salir de la ducha y darle el abrazo más grande de la vida y el beso más intenso. Quería que comenzáramos a crear una vida juntos, ambos lo merecíamos.

No salí. No comí. Nunca perdí la esperanza de que el timbre sonara, pero no pasó. Lloré y grité de rabia. ¿Por qué no me había avisado de que se iba? Si era una emergencia, podría haber entrado al baño y haberlo dicho. Ya me conocía desnuda y no parecía ser un chico pudoroso. ¿Habría ido a la estación de bomberos? Podría haber avisado.

Miré mi móvil, esperando que sonara. Llegaron las doce de la noche y no hubo ninguna puta señal de nada. Resignada, me acosté. Traté de conciliar el sueño y solo logré dormitar algunos minutos. Me despertaba buscando una especie de respuesta en mi cama vacía.

Nada llegó.



Ashley

En la noche del domingo, me llamó Adri. Siempre solíamos hablar los domingos de noche, ya que los lunes no teníamos el mismo horario y muchas veces no nos topábamos en el campus y este no sería la excepción.

—Hola, amiga. ¿Cómo estuvo tu fin de semana?

—Si supieras... —murmuro mirando a mi alrededor, como si algo fuese a cambiar.

—Imagino que el imbécil de Matthew está ahí, ¿cierto? Por eso tu respuesta.

—No, estoy sola.

—¿Han terminado? Yo estaba haciendo hora para llamarte, pensando que podría estar contigo, como siempre se va tarde y no se queda en tu casa, porque es muy incómodo...

—Terminamos el viernes… o el sábado y no voy a volver con él.

—Me alegro de que lo hayas decidido. ¿No se ha enfadado?

—Sí, un poco, apareció el sábado por la mañana, pero ya está todo bien.

—No te noto muy convencida. ¿Estás bien, Ashley? —No deseaba contarle aun lo que me tenía así; suspiré.

—Sí, creo. Bueno, es parte del proceso, imagino.

Recordé que ella no sabía nada desde que nos despedimos en la disco. Decidí que tampoco quería contarle toda la historia: decirle que casi me violan, que me salvó un chico y me acompañó a la policía, que luego fuimos a ver la ciudad de noche, bailamos en el Puente de Brooklyn, se quedó a dormir en el sofá, terminó en mi cama, fuimos a Central Park, estuvimos en la estatua de Alicia, nos hicimos fotos, nos besamos, cantamos canciones de los Beatles, comimos las mejores pizzas, caminamos por DUMBO, pasamos por el puente, vinimos a casa, follamos como locos y después ¡desapareció!

No podía contarle todo eso, era una locura. Supe que esa historia tendría que guardarla bajo la piel y no contarla, porque abrir una parte de ella me llevaría a desmoronarme por completo.

—Acabamos de terminar y no me gustó que viniese el sábado a pedir explicaciones. —Sé

que es una mala justificación, ambas sabemos que eso no tiene nada que ver y ella me lo confirma.

—Pero, Ashley, hablas de él como si no lo conocieras. Siempre ha sido complicado y absorbente.

—Tienes razón. Lo bueno es que estoy decidida y no volveré atrás —hablé muy convencida esta vez.

—Qué bien, Ashley, es como si un ángel del cielo se te hubiese aparecido en sueños y te hubiese mandado por el buen camino, lejos de ese imbécil —dijo mi amiga.

—Siempre creí en los ángeles.

—Entonces, aunque no te acuerdes del sueño, vino a sacarte de esas garras. Gracias a ese ángel. —Suspiré profundamente.

—¿Por qué no me cuentas qué has hecho con Liam? —pregunto para cambiar de tema.

—Bueno, amiga, estoy feliz, estamos muy bien juntos y seguimos...

—… fluyendo —completé su frase.

—¡Sí!

—¿Qué es exactamente fluir para ti, Adri?

—Vivir juntos un día, entendiendo que hay que disfrutarlo al máximo en todos sus ámbitos.

—Nunca he fluido, entonces —dije sincera.

—Qué mal que nunca lo hayas hecho, Ashley. Al menos, ya tienes una parte del camino avanzado al terminar con Matthew. Además, te quería contar que hemos decidido irnos de viaje juntos cuando terminemos las prácticas.

—¡Qué bien! ¿A dónde? — pregunté con curiosidad.

—Iremos a Italia, *bambina*. —Se me paró el corazón. ¿Era una broma de mal gusto?—. Nos iremos con unos amigos de Liam.

—¿Qué amigos? ¿Los conozco?

—No, son unos amigos del colegio. De hecho, quiero pedirte algunos vestidos de esos que te regaló tu madre.

—Puedes llevarte lo que quieras, Adri —aseguro con la primera sonrisa del día… o algo parecido.

—Aún no entiendo cómo usas tan poco esas maravillas que tienes tiradas por casa.

—Las usé con Matthew.

—No me refiero a eso, me refiero al día a día, Ashley.

—No quiero volver a discutir ese tema.

—Me los llevaré todos, entonces —dijo con entusiasmo.

—Hazlo, pero tráeme un regalo.

—Un italiano guapo y bueno para la cama. Eso te traeré —dijo entre risas.

Mi cuerpo se tensó y la mirada va directo a la cama en lo alto, recordando que sí hubo un italiano guapo en mi cama. Trago en seco, no puedo seguir hablando. Como puedo le digo que debo hacer un llamado, nada de lo que pueda creerme, pero no importa.

El corazón duele, tal vez lo que dice Adri es real, Mauro solo era un ángel que vino a hacer un cambio en mi vida, pero ahora debo seguir mi propio camino… ¡Pero pudo habérmelo dicho! ¿Cierto?

El resto del día lo paso encerrada, vagando por cada rincón del departamento, como si fuera a encontrar algo que dijera que aquel chico fue real.

El lunes por la mañana, pensé en ir a comprar mi café donde siempre, pero no quise

exponerme a que me preguntasen por el chico del fin de semana. No quería dar explicaciones, no quería que me dolieran los recuerdos. Fui a un Starbucks, me compré un *latte* y caminé por las calles hasta llegar a mi lugar de las prácticas. Sería un nuevo comienzo.

Era mi primer día oficial de vacaciones de verano. No había querido ir a casa de mis padres. Decidí quedarme en Nueva York.

Tenía intención de hacer unas prácticas para la universidad. Me quedaba el último año de carrera y no quería dejarlo todo para el final. Me aceptaron en un *family office*. El contacto lo había hecho mi padre. Nunca me gustó pedirle favores, pero acepté su ayuda.

Llegaba al edificio cuando lo vi con un inmenso ramo de flores en tonos pastel. Ahí estaba Matthew. «¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!». ¿Cómo se enteró dónde haría mis prácticas?

—Ashley, linda, que tengas un bonito día.

—Matthew, ¿qué haces aquí? —Estaba descolocada con su presencia.

—He venido a desearte suerte. —Mientras me hablaba y me entregaba las flores, me besó en la frente. No pude apartarlo.

—No era necesario —dije honesta e hiriente—. No entiendo por qué estás aquí, Matthew. Ya hablamos el sábado, cuando apareciste sin avisar.

—¿Cuándo estabas acompañada del tipo ese?

¿Había sido real? Cerré los ojos un segundo, claro que fue real, solo que desapareció sin avisar y ya no volvería a verlo. Lo miré molesta.

—Tiene nombre. Y lo de la ruptura no tiene nada que ver con ese chico. No te refieras de esa forma despectiva a él. —Estaba furiosa y solo quería tirarle las flores a la cabeza, pero eso no lo haría jamás por más que quisiera; hay que ser una señorita hasta el final.

—No sé de dónde lo conozco, pero lo he visto. Lo voy a averiguar —hablaba convencido. No se quedaría con la duda.

—Gracias por las flores, pero esto no cambia nada, hemos terminado y es algo que pensaba hace tiempo.

—¿Vas a terminar conmigo por no haberte apoyado en lo de ir con tus amigos de la universidad? —Suspiré cansada, ni siquiera se había parado a pensar si algo malo me había pasado, aunque tampoco tenía porque saberlo.

—No es por eso. Es una suma de cosas. Ya lo hablamos en más de una ocasión.

—¿Vas a seguir con el disco rayado con eso de que te saltas etapas?

—No se trata de eso. Si nos fuera bien, no me importaría renunciar a algunas cosas por la relación, pero me he dado cuenta de que no es así.

—Ashley, si necesitas que quede con tus amigos y comparta más con ellos, puedo hacerlo. —Se escuchaba sincero, pero no podía caer otra vez.

Traté de ser conciliadora, de que me entendiera. Nunca es fácil terminar una relación, siempre duele. Las relaciones no son fáciles.

—Yo te amo, Ashley.

—Matthew, yo no estoy enamorada de ti. Perdóname.

—Pero te he dado todo. Si quieres, no necesitarás trabajar, yo te daré todo lo que necesites: una casa grande, hijos, viajes... Todo. Te amo, Ash. No me dejes.

Matthew se había comenzado a desmoronar, sus hombros se le vinieron para adelante, su voz se transformó en un hilo y no pudo contenerse, sus ojos se llenaron de lágrimas. Tuve que desviar la mirada para no caer en ese juego, debía ser fuerte y seguir mi decisión; eso que me ofrecía no era lo que deseaba ni necesitaba.

—Por favor, Matthew, no hagas esto más difícil. A mí también me duele, pero necesito hacerlo. Tengo que irme o llegaré tarde.

—¿Qué pasó la noche del viernes? ¿De qué conoces a ese tipo, Ashley? ¿Qué te ha metido en la cabeza?

—No me ha metido nada en la cabeza. —¿Cómo iba a decirle que se había metido literalmente en mis pensamientos, en mi cuerpo y me había hecho sentir lo que no había sentido con él en casi un año? No podía—. Matthew, sabes que nunca estuve segura. Lo hablamos varias veces.

—Lo sé, pero muchas mujeres quisieran estar conmigo. Soy…

No le dejé terminar. Matthew tenía su ego muy elevado, era ególatra y narcisista, no podía escuchar otra vez el mismo discurso de siempre. No es que piense que no esté bien que uno se valore y se quiera, pero, a veces, era demasiado complicado. Era guapo, inteligente, tenía excelente situación.

—Sé que hay chicas que se morirían por estar contigo y espero que encuentres a la indicada. Me voy, Matthew.

—Te arrepentirás, Ashley, no vas a encontrar a alguien que te dé la tranquilidad que te doy yo.

—Ahí está el tema, Matthew. Para mí, la tranquilidad tiene un significado distinto a lo que es para ti. Puedes odiarme, no te lo voy a criticar. Siempre fui honesta contigo y te prometo que lo intenté, solo que hay cosas que no se pueden forzar.

Entré en el edificio y le regalé las flores a la conserje. Le dije que era mi primer día de trabajo y que no sabía ni dónde tenía que ir. No podía dejar de pensar en Mauro.

Respecto a las prácticas, tendría que estar un mes sumergida en una empresa, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, el típico horario de oficina. Me recibieron bien, había diez personas y eran dos socios, ambos mayores, con mucha experiencia y muy distantes. La mayoría eran chicos y varios me sacaban una buena cantidad de años.

El ritmo era bastante rápido, por lo que no me dedicaron mucha atención, a excepción de Katherine, una chica de veintiséis años que trabajaba allí desde hacía dos años. Ella fue quien me recibió y la idea era que la apoyara; sería mi jefa.

—Bienvenida, Ashley. Te voy a pedir que me ayudes en algunas cosas, ya que justo se ha ido la chica que trabajaba conmigo. La idea es que me ayudes a preparar las presentaciones para los socios y que tengas un informe diario de la bolsa. Este trabajo será de mucha investigación, análisis y planificación en Excel. Al finalizar el mes que estés con nosotros, serás una experta. Debes esforzarte y estar pendiente de las aperturas y los distintos horarios.

—Gracias, Katherine.

—Vamos, llámame Kathy, que solo tengo unos años más que tú —dijo entre risas.

—Bueno, vale, Kathy. Entonces, ¿este será mi trabajo?

—Sí, un seguimiento de la bolsa, los índices Dow Jones, índice bursátil constituido por las treinta empresas con mayor capitalización bursátil de la Bolsa de valores de Nueva York.

—Ok. ¿A qué hora necesitas el informe? —pregunté interesada. Podía no gustarme mi futura profesión, pero no dejaría de ser profesional.

—Ese es el tema. Como sabes, tenemos que monitorear las aperturas y los cierres con las diferencias horarias. —Mientras la escuchaba, pensaba que no iba a tener vida, mis manos se mojaron y mi mente se volvió nebulosa—. Lo más complicado es Tokio, que tiene trece horas más que nosotros, pero la idea es que trabajes desde casa. No es necesario que estés aquí todo el

tiempo. Eso sí, es fundamental que, por las mañanas, vengas y leas todos los diarios financieros, como *The Wall Street Journal*, *Financial Times*, *The Economist.*…

—Está bien —dije algo nerviosa.

—No te asustes, lo haremos juntas —dijo con una sonrisa tranquilizadora.

—¿Solo es trabajo de análisis?

—Así es. Estarás como un ratón de biblioteca.

En mi primer día, solo tuve contacto con Katherine, en su oficina. Me había dado cuenta de que la dinámica sería así. Solo sería una proveedora de información para ella y ella para los jefes en la toma de decisiones. Serían cuatro semanas y después vería qué hacer.

Llegué a casa cansada de tanta información. El ajetreo de las salas de bolsas, las subidas y bajadas de precios, la presión externa, los tiempos o las ventas, son algunas de las tareas que terminan por afectar a la salud de quienes están en esos puestos y yo siempre pensé en la calidad de vida y de hacer lo que a uno le haga feliz.

Me tiré en mi sofá y me agarré la cabeza. No lograba entender qué había sucedido. Sabía dónde podría encontrarlo, en la oficina de Brian, con quien nunca me llevé bien, pero ¿cómo iba a ir para allá? Si me cruzaba con Matthew ataría cables y sabría de donde reconocía a Mauro.

No estaba hecha para vivir con la duda, no me dejaba en paz. Tenía una sensación de ansiedad, presión, aumento del ritmo cardíaco en las pulsaciones y daba vueltas a todas las posibles opciones. ¿Y si estaba enfermo? ¿Y si había tenido una emergencia? ¿Qué había pasado? Él tampoco tenía un contacto donde ubicarme, aunque sabía dónde vivía… Ya no podía con eso.

Me puse el pijama y me tiré en el sofá a ver Netflix para ver si era posible desconectar. Si se lo contaba a Adri, ¿me entendería? ¿Cómo era posible que Mauro se me hubiese quedado más grabado en mis pensamientos que lo que casi había pasado?

Me había importado tanto que me acordaba más de él y de la pena de no entender que del trauma que podría haber tenido en mi vida. Exploté. Tenía una bomba contenida dentro de mí, estaba rota por dentro. Mis lágrimas caían con desesperación, era una cascada que caía con fuerza, con rabia y miedo.

Me levanté e hice una tila para descansar, conciliar el sueño y relajarme. Esperaba que me salvara, al menos, para dormir bien esa noche. Me estaba tomando el té cuando sonó el timbre. Abrí sin pensar en quién sería.

—Hola, Ashley —suspiré audiblemente, mirando el techo.

—¿Qué haces aquí, Matthew?

—Quiero saber cómo te ha ido en tu primer día. —Me echó un vistazo de pies a cabeza con expresión de desilusión—. Qué maleducada, Ash, un fin de semana sin mí y pierdes la decencia. Vengo a buscarte para que vayamos a comer.

—No lo entendiste, Matthew, hemos terminado. No te preocupes por mí, estoy bien.

—Mentirosa. Tienes los ojos hinchados, has llorado. ¿Tanto me extrañas?

—No te extraño, Matthew. No quiero ser descortés, pero, por favor, no vuelvas. —Iba a cerrar la puerta en su cara, pero me lo impidió.

—No te hagas la dura conmigo, sé que me quieres y lloras por mí. Ven, mi amor.

Me tiró hacia su pecho, me zafé y me moví hacia atrás. No quería que me tocara, estaba incómoda, no quería nada de él.

—¿No me entiendes? Por favor, lárgate, en serio. Empiezo a perder la paciencia. Vamos, Matthew, no me acoses, ¡vete! —grité como jamás le había gritado en la vida.

Siempre fui muy comprensiva, pero esa vez no pude más y lo empujé para que se fuera. Cerré la puerta. Me sentí como si me hubiese obligado a salir con él. Llegaron esos recuerdos del viernes por la noche y lloré más y más.

Me sentí sucia. Corrí al baño entre lágrimas, dejé que el agua corriera por mi cuerpo, aun con ropa, intentando que se llevara los malos recuerdos y el llanto. Un poco más calmada, me quité la ropa y terminé el baño.

Esa noche busqué su nombre en Google: Mauro De Michellis. Al escribirlo, me tiritaban los dedos, estaba nerviosa y no lograba entender si era por los encuentros con Matthew o por él y su ausencia. Había muchos con ese nombre, en Italia, principalmente, varias cuentas de Facebook e Instagram.

Busqué hasta que lo encontré. La foto de un bombero. Ahí estaba él, con su traje de color negro con las franjas verdes fluorescente, su arnés por la cintura, sonriendo. Sentí una especie de espasmo. Qué extraño era buscarlo en las redes tras haber dormido con él. Sus redes estaban cerradas, y tenía la misma foto en todas. Solté el portátil con rabia y me alejé. Lo miré enfadada, como si tuviese la culpa.

Desde ese día todo me afectaba, era como un alud que comenzó a caer. Dormía mal, me despertaba llorando, mojada en sudor y asustada. Los recuerdos de esa noche comenzaron a aparecer con más nitidez, los malos recuerdos, el tipo aquel, la conversación entre ellos… «tú primero, después yo».

Si no tomaba las riendas, terminaría en el suelo. Trataba de controlar mi mente de esos recuerdos espantosos. Incluso me comenzó a dar miedo cerrar los ojos para conciliar el sueño.

Ya estábamos a miércoles y las cosas no habían cambiado. Estaba inmersa en los índices bursátiles y tenía algunas alarmas puestas para recordar revisar movimientos de las bolsas de los distintos continentes. Ya estaba familiarizada con los diarios financieros, como si la bolsa y sus fluctuaciones fuesen parte de mi ADN. Al menos, en tres días, estaba convencida de a lo que no quería dedicarme al salir de la universidad.

El ambiente era un poco hostil, frío, estaban muy metidos en el día a día de su trabajo. Por suerte, pude estar con Katherine, quien ponía energía positiva al trabajo. Su oficina parecía una pecera, toda de vidrio. Tenía piedras para la energía, cuarzos, el blanco para asegurar la paz y la calma, el transparente para la atracción de las energías positivas y varias piedras más que no logré memorizar.

Todo era un mundo nuevo para mí, pero quería confiar en esas buenas energías, me llevaran de vuelta a esos momentos que pasamos juntos. Me quedé con ganas de conocerlo más, de entrar a su vida. El no saber era doloroso, era imposible, nunca encontraría la razón.

—¿Cómo llegaste a este mundo? —dije mientras me movía mirando en detalle sus amuletos.

—Se llama espiritualidad, Ashley, ya te lo he dicho. Siempre hay un camino interior y cada uno lo maneja de forma distinta; para mí fue una necesidad cuando viví algunas cosas en mi adolescencia y me ayudó mucho.

—¿Cosas de qué tipo? Si no me lo quieres decir, no hay problema. —Ella sonrió ante mi comentario.

—Mi mejor amiga, que era como mi hermana, falleció en unas condiciones muy tristes. Para entender algunas cosas, he llegado hasta aquí.

—¿Y te ha servido?

—No sé si lo he entendido del todo, pero he comprendido que cada uno tiene sus tiempos y

que, al final, es lo único que tenemos, que nos iremos algún día. He aprendido a sentirla cerca, pero de una forma distinta. Cambiemos de tema, Ashley, ¿qué haces el fin de semana?

—No tengo nada planeado, quizá verme con una amiga, pero no lo sé —comenté desanimada, ella pareció sorprendida.

—Pensé que tendrías una agenda llena de eventos. A tu edad yo era así, aunque no lo creas. Recuerdo esos momentos con tanta nostalgia... —Hasta llegó a suspirar, como si su cabeza la hubiese llevado a un lugar que solo ella debía de conocer.

—Hablas como si fueras una anciana —dije sonriente y en tono de broma.

Pensé que, tal vez, en unos años más estaría igual que Katherine, suspirando por algún bello recuerdo vivido, incluso en medio del caos y la locura de una noche. Quizá el suspiro me llevaría al Puente de Brooklyn, porque, aunque a ratos lo odiaba por haber desaparecido de esa manera, no podía dejar de pensar que tuvimos momentos que no olvidaría jamás.

—Es que aún no tienes mayores responsabilidades. Mi consejo es que aproveches: los años pasan demasiado rápido y después lo que más falta es tiempo.

—Ahora sí que me hablas como si fueses vieja.

—No me entiendes ahora, Ashley, pero ya lo harás —dijo, volviendo la mirada a los documentos de trabajo.

—Pero aún queda mucho —dije, aunque no muy convencida y ella lo notó.

—El tiempo vuela, pásalo bien. Es mi único consejo.

Pasé el resto de la semana mirando el móvil. Sabía que no me llamaría, ni siquiera tenía mi teléfono, pero pensaba que, tal vez, enviaría una invitación por alguna red social. Cambié mis fotos de perfil y puse una mía, nítida y clara. Quería que, si me buscaba, no tuviese ni la más mínima duda de que era yo.

No pasó nada. Seguía durmiendo mal y ya comenzaba a tener que ir a pedir ayuda para que me dieran algo para dormir, porque la tila no me hacía ni cosquillas. Me compré melatonina, pero tampoco funcionaba.

Me llamó mi madre, estuve hablando con ella un buen rato de temas superficiales. Siempre me había preguntado cómo serían las relaciones madre e hija donde existiese la confianza, donde se pudiese contar todo sin miedo, lo que nos sucede como hijas: dolores, alegrías y desafíos.

Con mi madre no ocurría nada de eso. Me contó que otra vez se había puesto a dieta, porque quería ir escuálida al viaje con mi padre por la Riviera Francesa y que se había comprado varios atuendos maravillosos para estar allí. Eso me hizo pensar en lo enamorado que estaba mi padre de ella; a él poco le importaba si estaba con unos kilos más o menos y la ropa no era importante para él. ¿Cómo dos personas tan diferentes podrían llevar más de veinticinco años juntas?

La conversación iba bien, bastante *light*, como siempre, hasta que me comenzó a interrogar:

—Ashley, ¿qué harás con Matthew una vez termines las prácticas? ¿Se irán algunos días de vacaciones?

—Mamá, lo hemos dejado. Ya no estamos juntos —respondí rápidamente, sabiendo que me contestaría.

—¿Te has vuelto loca, hija? ¿Ha sido él quien te ha dejado? —A veces, pensaba que mi madre estaba más enganchada a Matthew que yo.

—Eso no importa. Lo que sí es relevante es que estoy tranquila. Ya lo habíamos conversado y…

—Ashley, ¿vas a dejar a ese partidazo? —No me dejó terminar—. ¿Tienes idea de cuántas chicas se morirían por estar con él? Es uno de los tipos más codiciados de Nueva York. Exitoso,

guapo, adinerado… Es que lo tiene todo.

—Si tanto te gusta, creo que deberías haber nacido unos años más tarde. No estoy con ánimo para hablar de mis decisiones, porque sé que jamás me entenderías. Cuando quieras saber cómo estoy y qué me pasa y respetes mis decisiones, me llamas.

Colgué furiosa. Lo único que ella quería era que siguiera sus pasos, que me casara con un tipo de la élite, y yo ya estaba convencida de que era más entretenido contar las luces de los rascacielos e imaginarse historias urbanas entre risas y abrazos que estar en una cena en un exclusivo restaurante comiendo caviar.

Era viernes por la noche y después de la conversación con mi madre, me di una ducha y me puse el pijama. Miré el móvil y ¡nada! Ninguna invitación por Facebook o por Instagram. Se lo había tragado la Tierra.

Al final, ese chico era demasiado perfecto para ser verdad. Ya estaba convencida de que lo más probable era que hubiese vuelto con su exnovia, que se hubiera despertado aquella mañana con ganas de verla y de no darle explicaciones a nadie.

Traté de dormir, pero, de nuevo, vinieron las pesadillas. Quería irme con todo a la mierda, lejos, muy lejos, para poder tener la mente en blanco y sin preocupaciones. Durante la noche, miré el móvil y tenía algunos WhatsApp que pensé que podrían ser de… ¡No! ¡Si no tenía mi número!

Los mensajes eran de Matthew. Me había escrito más de cinco mensajes para decirme que me quería, que me amaba y que quería volver, hacer lo que fuera para recuperarme... Le costaba entender que la relación no iría a ninguna parte. No hice caso, miré mi lucecita quitamiedos y me dio una sensación de tristeza.



Fueron unos días extraños.

A veces lo odiaba, ¿por qué mierda había aparecido en mi vida? Luego, le encontraba todo el significado y le daba las gracias por todo lo que había hecho. Sonreía por eso y terminaba llorando, furiosa y resentida.

Lo extrañaba, su sonrisa perfecta, su amor por la estación de bomberos. ¿Cómo puedes extrañar a alguien que acabas de conocer?

Salí a correr por las mañanas, ya que no lograba dormir. Antes de las cinco, ya estaba con los ojos abiertos, atormentada, con demasiadas cosas que me habían sucedido y no quería hablarlas con nadie; sentía que no podía abrir mi corazón de esa forma y la desilusión respecto a Mauro no ayudaba en nada, me atravesaba el alma. Solo el detenerse a pensar en todo lo que había sucedido esa noche era como para no creerlo, recordándolo una y otra vez.

Me dolía el cuerpo, se me cortaba la respiración, el miedo me tomaba, reviviendo la experiencia buena y mala a cada instante. Lo odiaba por irse así. Lloraba por él porque, en pocas horas, me había mostrado un mundo tan real, tan palpable, simple e imperfecto, pero, a la vez, hermoso; lejos de los lujos, gustos excéntricos y caros. Lejos de todo eso y tan cerca de la vida misma, del día a día, con sus dificultades y cosas buenas, con sus puestas de sol y sus tormentas.

Había sido como habitar en un arcoíris. Vimos el mal tiempo, fuerte y duro, y el sol resplandeciente. Por más que lo intentara, sabía que su sonrisa la llevaría grabada hasta mi próxima vida, porque cuando dicen que hay gente que te marca, no es posible sacarla de nuestra alma, aunque no sean perfectos o nos hayan causado daño y dolor. Él fue así: un ser imperfecto y difícil de sacar de mi alma.

¿Qué era el alma? Esas horas que estuvimos juntos, me enseñó a distinguirla, leerla, entenderla un poco más. Era la conexión con el interior de cada uno. La forma de ser, el cómo era la persona, cómo había sido Mauro esas horas que me había llevado a conectarme con su alma. No sé cuál sería el significado según la Real Academia Española, pero, para mí, estaba en lo correcto.



Ashley

Ya llevaba casi dos semanas de prácticas, el tiempo había pasado no sé si lento o rápido, pero podría definirlo como *D&D*: distinto y doloroso. Fue un tiempo de dar vueltas y vueltas a las posibles opciones de lo que le podría haber sucedido a Mauro. Pedí a mi jefa salir antes, porque necesitaba comprobar los alrededores. Sé que soy débil, pero lo necesitaba, tenía que entender qué sucedía y me fui a la búsqueda de posibles respuestas.

No fue algo que programase, es más, en el caso de haberlo programado, no lo hubiese llevado a cabo jamás. Algunas veces, cuestioné a Adri por ir tras un chico y ahora era yo la que lo hacía. Necesitaba con urgencia comprender para poder pasar página, no quería seguir en ese capítulo sin un final.

Me senté en un banco frente al edificio de la oficina de Brian Clark y miré durante horas para ver si salía. Estuve ahí oculta bajo unas grandes gafas de sol negras con una coleta alta, escondida tras un periódico. No salió. Desde las tres de la tarde a las cinco, nunca salió del edificio. Llegué a casa con una sensación de entre estúpida y arrastrada, vulnerable total. ¡Qué desagradable! No solucioné nada.

No había logrado establecer contacto. Sabía que él se movía a pie por la ciudad, que no manejaba un BMW, es más, era probable que, aunque tuviese todo el dinero del mundo, no optaría por un coche así. Me lo imaginaba en algo un poco más *vintage*, tal vez un coche más antiguo. Tuve que darle al *stop* a mi mente. «¿Qué te pasa, Ashley?».

Esa noche, me acosté convencida de que era el último esfuerzo que realizaba por saber de él, ya no podía hacer más y parte de la dignidad de una mujer consistía en asumir que no era tan importante para otro como quisiera serlo. ¿Doloroso? Era más que eso: desgarrador, me dolía desde dentro hacia fuera. Esa noche lo lloré todo, no comí nada y me acosté como una novia abandonada en el altar, simplemente destrozada.

Estaba furiosa con mis sentimientos, de sentir este dolor punzante en el corazón. Al llegar a casa, me senté en mi escritorio, bajo mi cama, tomé la frente con mis manos en señal de «ya no

puedo más». ¿Dónde estaría ese chico? ¿Por qué se fue? ¿Qué hice mal? ¿Lo asusté? Fuimos muy rápido. Había canciones que al escucharlas se convertían en él, eso me mataba, demostraba concretamente mis sentimientos hacía él.

Agarré todo lo que había en el escritorio, tan ordenado como de costumbre —frascos con lápices de colores y de tinta, una plantita, cuadernos, fotografías de mis padres, una lámpara de estudio, agenda...—, y todo, ¡todo! se fue al suelo con un estruendo que me dejó igual de vacía que como estaba antes.



Un día, por la mañana, desperté demasiado temprano —una vez más—, no llegaba ni al 40 por ciento de lo que solía dormir habitualmente. A las seis de la mañana, ya estaba en pie; no podía quedarme más tiempo en la cama, ¡no me cundía!

Regué mis plantas, me puse a leer para ver si me daba sueño, pero nada de nada. Tenía unas ojeras horribles. Puse la televisión para que me acompañara mientras ordenaba. Esa manía me servía para hacerlo más rápido y mejor, todo tendría que quedar reluciente. Estaba en casa, en pijama, cuando, a las nueve y media de la mañana, tocaron a la puerta.

—Ashley, ábreme.

Era Matthew. Este chico no me dejaría tranquila nunca. «¿Por qué mierda salí con él, si nunca estuve convencida?».

—Vamos, ábreme, Ash. Ya está bien de tanto *teatro*, sé que me extrañas. —Estaba pegado al timbre, que no paraba de sonar, pero yo no quería abrir.

—Matthew, vete, estoy ocupada. Por favor, ¡vete!

—¿Estás con alguien? Contéstame. ¡Contéstame! —Cada vez hablaba más alto, estaba borracho—. ¡Ábreme o derribo la puerta!

Ya gritaba como un demente. Me puse a rezar. Era capaz de tirar la puerta abajo y es que, cuando se le metía algo entre ceja y ceja, era complicado hacerle cambiar de idea.

Estaba muerta de miedo y sin saber qué hacer. Corrí a buscar mi móvil cuando oí unas voces fuertes y claras. «¡Déjela en paz! ¡No le va a abrir la puerta! Por favor, venga conmigo». Escuchaba que Matthew se defendía, pero estaba tan borracho que no lograba entender bien qué decía. Después, el ruido se fue apagando poco a poco. ¿Qué pasaba ahí fuera? Pasaron unos minutos y llamaron al timbre. No abrí, estaba aterrada.

—Señorita Ashley, por favor, ábrame la puerta, soy de la Policía de Nueva York. No le va a pasar nada. Por favor.

Fui a buscar algo que ponerme encima para estar presentable y abrí la puerta.

—Buenos días —dije seria y asustada—. ¿Está seguro de que soy yo a quien busca? —pregunté sin entender nada de lo que estaba sucediendo.

—Sí, señorita Ashley, completamente. ¿Puedo pasar? —Mientras me hablaba, me mostraba su placa de policía.

—Pase, por favor. Me está poniendo nerviosa. —El policía no dijo nada y se sentó.

—La verdad, señorita, es que la hemos vigilado desde hace unos días —dijo con voz seria.

No era una broma, un policía no se prestaría a eso.

—¿A mí? ¡Yo no he hecho nada malo! —exclamé, desesperada, asustada y con un hilo de voz.

—Lo sabemos. Tengo su expediente. Hace unas semanas, por la noche, sufrió un incidente en el que, afortunadamente, no le pasó nada. Sabemos las intenciones que tenían esos tipos de sobrepasarse con usted.

—Sí, menos mal que un chico me ayudó, justo pasó la policía y...

—Lo sabemos todo. La vigilamos hace días porque pensamos que puede existir una relación entre lo que sufrió usted y lo que le sucedió al señor Mauro De Michellis la mañana del domingo pasado fuera de su domicilio.

Al escuchar al policía, sentí que mis piernas temblaban, sin fuerza. Estaba en la cocina, sirviendo agua y tuve que sujetarme a la mesa para no caer al suelo. Me comenzó a doler el cuerpo entero. ¿Qué le había pasado a Mauro? ¿Qué relación podría tener lo que había vivido ese viernes cuando me salvó con lo que le había pasado a él?

—¿Qué le ha pasado? —Apenas pude hablar, mi voz se perdió tal como me perdía yo misma. Empecé a sentir un pitido en el oído y pensé que me caería al suelo.

Nada más hablarme el policía, le pedí que me llevara hasta Mauro. Fue muy amable y me dio su dirección, la de la casa donde tenía alquilada una habitación en Queens.

Sin dudarlo, me marché como una loca a buscarlo, a abrazarlo para estar con él, a buscar a ese chico que me hizo ver la vida de una forma distinta. Corrí hasta que llegué a la dirección. Habían pasado más de dos semanas desde que desapareció dejándome destrozada sin entender nada.

El edificio era antiguo, algo descuidado, pero en ese momento nada importaba. Subí las escaleras encontrándome con un chico de frente.

—Hola, soy Ashley McKay, busco a Mauro De Michellis, ¿tú eres su amigo? —pregunté con una ansiedad que me consumía por dentro.

—Hola, yo soy James, amigo de Mauro —me contestó tranquilo.

Se escuchó un grito de una chica preguntando quién era yo. Esta se acercó y me miró desconcertada.

—Hola, soy Ashley McKay.

—Pasa, Ashley, yo soy Greta, amiga de Mauro desde que éramos pequeños. James es mi novio.

—¿Está Mauro? Necesito hablar con él, por favor. —Ambos se miraron y supe que algo no iba bien—. Por favor, necesito verlo. ¿No se dan cuenta de que estoy muy angustiada? —Estaba desesperada.

—Ashley, Mauro tuvo que irse de Nueva York. Estaba muy afectado por todo lo que pasó. Se quedó sin trabajo y hay otras cosas que pasaron en el camino que lo llevaron a irse. No nos dio más detalles, pero nunca lo había visto así de perdido.

—¿Dónde está? —Apenas me salía la voz, de un momento a otro la perdí, se me secó la garganta.

—Se fue y no nos dijo a dónde, pero pensamos que está con algún tema muy complicado. Todo es demasiado extraño. Creemos que hizo algo inadecuado, no lo entendemos.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Yo no debería decirte esto, él me pidió que no nos preocupáramos, me juraba que no hizo

nada malo, pero que se tenía que ir lo más rápido posible. —Greta parecía indecisa de si seguir hablando o guardar silencio—. Estaba muy triste, nunca lo vi tan mal. No sé en detalle lo que pasó, pero está claro que lo metieron en un entuerto de esos que son complicados. Mauro siempre fue super luchador, debió de haber sido algo grande para no pelear por quedarse aquí.

Estaba completamente vacía. Todo volvía a ser como hace unas horas atrás, un hombre desaparecido por arte de magia, sin dar explicaciones. Sentí que iba a desplomarme en el suelo, pero unas manos lo impidieron.

—Ten, Ashley, toma esta infusión que te he preparado.

Mi estado de *shock* era tal que ni siquiera me di cuenta de que me había quedado sentada en su sillón marrón con las manos en la cabeza y con la mente, el alma y el corazón confundidos. Seguramente James me había llevado ahí.

—Gracias —murmuré, perdida.

—Es melisa, para que estés un poco más tranquila.

—No sé si habrá algo que me pueda dar calma en este momento. ¿Por qué se fue?

En ese instante ya estaba llena de lágrimas, había explotado y mi cara estaba bañada de tristeza, rabia, toda una mezcla de sentimientos, pero de esos que son emociones fuertes e imposibles de controlar.

—Ashley, te prometo que, si tuvo que partir, fue porque no tuvo otra opción. Mauro es un buen chico. Me cuesta creer que haya actuado tan mal como para tener que irse.

—¿Y su móvil? —pregunté confundida.

—No sé qué pasó, pero no está en línea.

La chica fue a una cómoda pequeña y antigua que estaba en la entrada de su casa y sacó un papel. Me lo entregó y se sentó a mi lado mientras esperaba a que lo leyera.

> Greta y James:
>
> Amigos de los de verdad, no puedo explicar qué sucede, pero es grave y me veo en la obligación de partir; de no hacerlo, pongo en riesgo a las personas que más quiero y no puedo permitir que eso suceda. Gracias por todo; cuando pueda dar señales de vida, les avisaré.

—No entiendo, Greta, ¿qué riesgo? ¿Qué sucedió?

—Yo fui a hablar con la policía —dijo James—, no me contaron mucho, están aún en investigaciones, pero todo apunta a que estaba en problemas. Hay algo relacionado con el secuestro y con la paliza que le dieron. No sé nada más. ¿Pero la policía no le ha contado nada a Ashley?

—¿Cómo pudo pasar esto? —Solté la pregunta y me quedé pensativa—. Tenía una vida normal, ayudaba al país con los bomberos, trabajaba bien y luego lo perdió todo.

—Nosotros tampoco entendemos nada. Nos llamaron para decir que lo habían dejado en el hospital, tirado como un perro, casi muerto. Luego se recuperó y nos juró que no estaba metido en nada malo.

—¿Lo dejaron tirado así en la puerta del hospital?

No solo le pegaron, lo habían tirado como si hubiese sido un pedazo de basura. ¿Qué habría sido aquello tan terrible que había sucedido? ¿Qué error pudo haber cometido Mauro para llegar a esa situación? ¿Quién le habría hecho eso? ¿Qué tan grave error había cometido?

—A Peter, el compañero y amigo de la estación, le pedimos que nos contara, pero no tuvimos respuesta. Nos prometió que no estaba metido en nada extraño. Mauro no es un tipo que

mienta, nunca le gustó la mentira, pero ya no sabemos qué pensar, porque para salir de la ciudad así... —Greta negó mirando a su novio y luego a mí—. Seguro que algo grave hay y la policía no da más información. He insistido, pero no quieren darme detalles, me dicen que todo está investigándose.

—Esto es demasiado extraño y se ha tenido que ir de la ciudad, eso ya es muy triste. No me lo puedo creer, me duele tanto —dije mientras acariciaba mi pecho, justo donde estaba mi corazón.

—Sí, nos contó que se conocieron por coincidencia y que tuvieron una conexión especial. —Qué bonito escuchar a su amigo decirlo. Me di cuenta de que no había dado detalles del intento de violación. Y lo de la conexión especial me marcó.

Nos quedamos en silencio un momento, cada uno en sus pensamientos. Creí ya no tener nada más que hacer ahí. Me decidí a salir, con los ojos llenos de lágrimas y sin entender nada. Vacía.

—Ashley espera un segundo —dijo Greta; salió y volvió al momento.

Mientras, me quedé con James en completo silencio. Solo me miraba las manos, como si el contar los dedos me calmase o me aclarara las dudas, algo que necesitaba tanto. Mi corazón estaba revoltoso y desesperado, mi cuerpo tomaba acciones por sí mismo, los latidos movían mi respiración agitada y perdida en las preguntas.

—¿Qué es eso? —preguntó James; su novia venía con un papel en las manos.

—Lo encontré entre las cosas que dejó en su mesita de noche. No entiendo a qué se refiere, pero te lo entrego para que lo leas. Tal vez sepas de qué se trata.

Me entregó la hoja doblada en cuatro partes; no la abrí. Solo les agradecí por haberme recibido sin conocerme y a ella, en especial, por tener esa empatía hacia mí.

Ya en el metro, me senté y abrí el papel. Ni siquiera conocía su letra, no sabría si era de él o no, pero, al leerlo, entendí que sí se trataba de él. Era Mauro a través de las palabras.

Eres parte de su libro favorito. Y ahora me acordaré de ella y de esas pocas, pero intensas, horas que pasamos juntos cada vez que escuche su nombre o vea a sus personajes en alguna juguetería o, tal vez, haciendo zapping en la televisión.

Alicia: ¿Cuánto tiempo es para siempre?
Conejo blanco: A veces, solo un segundo.

Y ahora entiendo que no hay valor en el tiempo y que lo que nos faltó fue eso, tiempo.

Alicia: ¿Y cuánto tiempo es un segundo?
Conejo blanco: Cuando amas, una eternidad.

Pienso que sí existen los momentos eternos. Con ella todo fue perfecto, aunque, por motivos que ni siquiera tenga claro, no pueden durar en el tiempo. Sin embargo, a pesar de todo, siempre estará en mis recuerdos, en mi corazón. Será la pieza favorita de la colección de mis momentos mágicos. Tal vez, con los años, los perciba claramente con vivacidad y con profundidad y con esa canción tan especial de fondo.

No lo podía creer, ¡estaba escrito para mí!

No lograba contener el llanto, fue desde dentro, desde las entrañas, desde lo más profundo de mi ser. Nunca había llorado así. Estaba rota y cada lágrima era una grieta de mi interior.

Me había salvado, luego conectamos y después todo se apagó. En ese momento, todo era oscuridad y no entender el porqué de las cosas era lo peor que podía pasar. Me llevaba a la desesperación, la rabia, la ira, a enfadarme con la vida, con el mundo y querer pelear con cada

situación que se me pusiera por delante. No podía dar un cierre a un capítulo, una historia, una vida.

No sé cómo viví. Hay momentos que los tengo bloqueados y otros en los que me avergüenzo de mi reacción. Fueron semanas complicadas y estaba enfadada con la vida, con cada criatura que se me cruzaba, hasta me desagradaba escuchar los ruidos de la naturaleza, cosa con la que siempre había disfrutado.

Creo que se debía a que vivir en una ciudad tan loca, llena de gente y de prisas, me hacía valorar mucho el canto de un pájaro por la mañana o de un grillo por las noches. Si tenía la suerte de escucharlo, todo se perdía en el inmenso bloque de cemento que, por instantes, pasaba a ser terrible.

Asumo mi responsabilidad, ya que hice varias cosas mal y aprendí a golpes. A veces, ni yo misma me reconocía. Una rabia subía y se apoderaba de mí. Era muy desagradable, penoso y me molestaba tanto... Sabía que estaba mal, no era yo.

Recuerdo una vez que caminaba cerca de Central Park. Me trajo tantos recuerdos y tanta rabia, enfados... No entender era horrible. Era como si aquella noche hubiese conocido a la persona ideal y luego de eso, se hubiera desvanecido para siempre.

Fui a la policía, pedí que me explicaran y hasta lloré con ellos. Pasé de un berrinche de una niña malcriada al llanto, estaba agobiada. Las respuestas eran las de siempre.

—No podemos darle información, estamos en proceso de investigación. Es confidencial. Lo lamentamos, señorita McKay.

Lo único que me aclaró un policía fue que Mauro no podía estar en el estado de Nueva York, pero que no era posible que me dijeran nada más. Era muy extraño, porque tampoco me decían que fuese un delincuente.

¿Debía rendirme?

Capítulo 18

Ashley

Terminé las prácticas.

Por fortuna, eran cortas y, después de saber que Mauro se tuvo que ir, solo me quedaban unos días. Hice lo que pude. Kathy, mi jefa, entendió que algo me pasaba, pero le dije que había terminado con mi novio y que por eso andaba un poco desanimada. Eso no significaba que haría mal mi trabajo.

Por suerte, Matthew no apareció más y mis padres se fueron a sus vacaciones en un crucero lujoso lleno de actividades, por lo que mi madre estuvo más entretenida con otro tipo de preocupaciones, esas que tanto le gustaban. Los amigos que me quedaban desaparecieron de Nueva York tras sus prácticas y yo decidí quedarme.

Me dediqué a pintar, eso fue lo único que no perdí. Era curioso, pero el enfado me llevó a hacer cuadros diferentes y eso le encantó a mi profesora.

En la acuarela encontré una ayuda que, de hecho, no buscaba. Estuve leyendo y comprobaba lo que se decía respecto a las manualidades en general: que lograban bajar los niveles de estrés y que era bueno para la gente con depresión; tal vez tendrían razón. Creo que estuve al borde de caer a un abismo. Vivir sin entender algunas situaciones se hace demasiado complicado y desesperante.

Todo era demasiado raro, Mauro debió de haber estado metido en algo muy turbio, algo complicado. A nadie lo toman de esa manera y le dan una paliza por nada. Era posible que estuviese envuelto en algo muy delicado y la razón era clara, ya que no tenía los fundamentos para defenderlo porque no lo conocía. Lloraba sin parar, no entendía nada. No lograba hilar las posibles ideas.

Una noche, analicé lo complejos que somos los seres humanos. Me enfoqué en una curva emocional de relaciones. El inicio pasa a una meseta de conexión, la que, a veces, fluye de forma tan maravillosa que es como si subiésemos un cerro empinado y difícil, casi sin sentirlo y al estar arriba, miras para atrás y ves todo lo que lograste sin mayor esfuerzo y sin caídas.

Eso fue para mí conocer a Mauro, eso es lo que me había pasado, porque llegamos a un nivel de conexión completo: emocional y físico. Todo iba tan bien… pero el cierre había sido tan abrupto, malo e incompresible que, a medida que pasaban los días, cada vez se dañaba más el recuerdo de esa subida a la cima, lo que hizo que comenzara a perjudicar lo que había vivido.

Me frustraba que había sido tan especial, mágico, pero comenzaba a olvidarlo por la rabia y por más que intentaba no hacerlo, hubo momentos en que llegué a odiarlo. ¿Cómo pudo irse de esa manera? Era una conversación interna que me acompañaba hasta que por fin lograba desconectar a través de los colores de la acuarela y en los varios tipos de flores que hacía en esos momentos.

Pasé todo el verano pintando y con ello, el estrés bajó poco a poco, despacio, pasando a ser una forma de terapia para el dolor. Mi casa se convirtió en un taller por completo y cada vez pasé a tener más y más pinturas.

No fue algo que planificase, nunca me había dado tiempo para dedicarme en exclusividad a lo que tanto me gustaba desde niña. Ese verano, no tuve horarios y pasé a ser una artista en todas sus formas, esa que se quedaba hasta la madrugada para no perder la inspiración y que pasó a vivir entre pinturas.

A pesar de que en un comienzo no estaba bien, al cabo de unos meses, ya había mejorado. A los tres meses estaba segura de que lo que realmente me gustaba era el arte, las horas no se notaban y me habían hecho volver a ser la misma de antes. Los momentos de rabia y de ira contra el mundo comenzaron a disminuir.

Hablaba con Adri, que tuvo unas vacaciones de ensueño por la bota italiana. Cada vez que mandaba un mensaje y me decía lo espectacular que era Italia, se me removía mi interior, no lo negaré. Pero, en esos instantes, comencé a ponerme más fría y a usar la cabeza, ya que tanta emoción me había jugado una mala pasada.

A veces, los dolores y golpes hacen que te protejas, porque no quieres volver a pasar por lo mismo. Eso sí, siempre estuve agradecida de su valentía absoluta al rescatarme. También entendí que, cuando estamos con las emociones tan a flor de piel, tan latentes y llegan a ser tan fuertes, podemos pensar que era por algo más, que tal vez nos conocíamos desde otra vida, que el destino nos había juntado para solo compartir paseos por Central Park, bailes en el Puente de Brooklyn o imaginar películas desde una bonita vista de la ciudad.

Era mucho más que eso para mí y no podía admitirlo porque de alguna forma peleaba con mi interior para no sentirlo porque no podía ser. Porque no estaba, se había esfumado. Ese fin de semana se encargaba de marcar su espacio, en una canción mientras compraba en una tienda cualquiera, en la sirena del carro de bomberos y con cada una de las luces de la gran ciudad de Nueva York.

Caminar por las calles como siempre lo había hecho y cruzarme con un cuartel o con alguien que llevara ese uniforme era acordarme de Mauro, del mundo que me había mostrado en las pocas horas junto él. Esa vocación de ayudar a otro o más bien, de vivir para otros. Nadie que es así pasa por la vida sin dejar huella. Me había faltado conocerlo y no solo eso… descubrir más de él, de su mundo, de historia y procesar que él se había abalanzado sobre los tipos solo porque me vio en peligro sin saber quién era. Fuerte, varonil y admirable, tan distinto a lo que había visto solo hacía un tiempo atrás, cuando le habían robado a una señora y nadie de los que ahí estábamos habíamos hecho nada al respecto. Es que ni siquiera me lo había cuestionado; me quedaba en el agradecimiento porque no me había tocado a mí, ese suspiro fuerte que sale desde el alma frente al terror que podría haber sido, pero que no lo fue.

Quizás cuantas huellas tenía marcadas en su cuerpo, tal vez no las vi todas y más aún cuantas tendría marcadas más allá de lo físico, porque hay cicatrices que no son visibles y que cargan una emocionalidad enorme, las que no son fáciles de llevar.



Volví a mi último año y, por suerte, los meses de pinturas hicieron de terapia; gracias a ello, estaba más tranquila y con más optimismo. Aprendí que el positivismo era algo que se debía aprender y cultivar y me enfoqué en eso. Me sentí un poco más liberada y ya no era la esclava que estaba metida en esa mierda de sensación de resentimiento que solo me nublaba y que me dejaba tan mal de verme y no reconocerme.

Retomé la juventud o lo que quedaba de ella. Adri y yo volvimos a ser las que éramos antes de que mi exnovio apareciese en mi vida. Junto a su novio, salimos con los compañeros de la facultad a fiestas, bares y tantas partes donde lo pasé maravillosamente bien. En diciembre, comencé a salir con uno de los amigos del novio de mi amiga, con ese chico que tantas veces me dijeron que me presentarían porque pensaban que podríamos conectar bien y así fue.

Nos llevábamos bien, éramos buenos amigos. Liam insistió en que debía conocerlo, que estaba seguro de que Brandon y yo haríamos una buena pareja. Siempre él y Adri fueron preocupados por mí sin saber lo que realmente estaba viviendo porque como algunas otras cosas que me habían sucedido nunca las conté, en ocasiones era mejor cerrar para olvidar o arrancar como lo había hecho cuando opté por irme a estudiar a otro Estado, logrando la distancia que necesitaba de mis padres.

Había pasado por mucho en solo un par de meses.

—¿Te gusta, Ashley? Él se ve que está interesado —me hablaba Adri levantando una ceja.

—Nos llevamos bien. Es un buen tipo. —Fui sincera.

—¿Por qué no te abres a una oportunidad?

—No lo sé —murmuré desviando la mirada.

—No todos los tipos son como Matthew. Créeme, hay chicos menos egoístas.

Adri debe haber pensado que había quedado traumada después de esa relación, pero no era eso. Sin embargo, no podía hablar de lo que me había pasado ni con ella que era una amiga excepcional. Eso me molestaba, pero algunas veces no se puede controlar.

—Sé que hay buenos chicos por ahí —respondí con una leve sonrisa.

—Claro y Brandon puede ser uno de ellos. Si no pruebas, jamás lo sabrás, Ashley.

—Me lo dices como si fuera una mercadería —dije riéndome.

—Bueno, puedes probarlo y ahí decidir qué tan comestible es. —Me cerró un ojo y ambas sonreímos. Tal vez tenía razón.



Uno de esos días que me dio por ver las noticias, me encontré con una sorpresa: Matthew en temas legales

Y cada vez se ponían las cosas más complicadas para él. Se hablaba de lavado de dinero y no solo de una estafa. Era uno de los chicos de la élite de Nueva York, de esos que eran el mundo para varias chicas; muchas solo querrían terminar casadas con ellos y vivir en un palacio a las afueras con sus hijos. Las noticias y las acusaciones eran dignas de una serie de Netflix.

¿En qué momento se convirtió en eso? ¿Habría estado metido en estos negocios sucios desde que estábamos juntos? Solo de pensarlo, me recorría un miedo por todo el cuerpo que me paralizaba. Al menos, salí a tiempo de ahí. Pero me dolía pensar que podría haber sido capaz de todo eso.

El miedo siempre estaba presente y lo sentía sobre todo con Brandon, que era un chico encantador, guapo, delgado, no muy alto, pero con cara de niño bueno; era auténtico. Lo que me gustaba es que juntos lo pasábamos bien. Volví a reírme.

No sé si te ha pasado, pero hay distintos niveles de risa y con él eran risotadas, esa emoción genuina que explotaba desde dentro y que nos hacía pasarlo bien con cosas simples y mundanas.

Sabía que, para estar mejor con él, debía entregar más y liberarme del miedo, pero no me lo permitía; seguía con ese sentimiento y, a pesar de conocernos desde hacía unos meses, no podía.

Con Brandon tenía varios temas en común. Ambos disfrutábamos del arte, por lo que nos fuimos a recorrer algunos museos. Estábamos en invierno y en Nueva York, el frío llegaba hasta los huesos, calaba hondo y era terrible, por lo que no podíamos ir a caminar o hacer salidas al aire libre. Fuimos al MOMA —*Museum of Modern Art* - Museo de Arte Moderno—. Había ido en mi *tour* inicial por la ciudad junto a Adri, cuando iniciamos la universidad, pero ahora miraba todo de una manera diferente. Éramos dos artistas, al menos de alma, en el museo de arte contemporáneo más importante del mundo.

Comenzamos desde arriba, desde el piso cinco, dedicado a Picasso y Salvador Dalí, pero también encontramos cuadros de artistas tan importantes como Cezanne, Van Gogh, Matisse, Dalí y Miró.

Pasamos horas en el piso cuatro, mirando las obras que correspondían a la colección de Jackson Pollock, la que se considera como una de las muestras de referencia del expresionismo abstracto norteamericano.

Lo pasaba bien con Brandon, empezábamos a salir y nos ayudaba que tuviésemos mundos tan similares. Se hacía fácil que nos movieran los mismos intereses y no había presiones ni ahogos. Llegué a pensar que podríamos tener algo más formal en un futuro.

Era cariñoso, encantador, preocupado por mí, era como esos chicos dulces que dan ganas de comérselos a besos porque son como un osito de peluche. En él no se veía maldad y daban ganas de abrazarlo todo el tiempo. Ese día, por primera vez, me dejé llevar, traté de liberar el pasado para poder concentrarme en el presente.

No dejábamos de reír porque nos pasaron varias cosas durante la visita al museo, cosas anecdóticas y divertidas de la vida, de lo simple y de lo que te deja ser y reírte de ti misma. Al

salir del museo, el suelo estaba resbaladizo —producto de la nieve derretida— y me di un tremendo porrazo. Aún recuerdo la cara divertida de Brandon al verme tirada con mi gorro de lana puesto. De tanto reír, ni siquiera llegaba a ayudarme a levantar.

—Brandon. ¿Y si me he roto algo y tú estás ahí parado sin hacer nada?

—Perdona, Ashley, no puedo evitarlo. —Se reía y se apretaba el estómago por la situación.

—Dame la mano —dije enfadada.

—Perdóname, linda Ashley… pero es que fue una caída como en cámara lenta. Volaste y luego el medio golpazo. —Seguía risueño.

—¿Me estás diciendo que volé como un cóndor y caí como un cerdo? —No pude contener una carcajada.

—No he dicho eso.

—Pero, ¿parecía eso?

—Más o menos. —Puso carita de peluche amoroso para luego sacar otra carcajada a la que me uní con todas las ganas.

Había una parte dentro de mí que tenía miedo, ya que el amor era una zona de riesgo y estaba segura de que no tenía las herramientas indicadas para salir adelante. A veces, era mejor no seguir en el pasado y dar una oportunidad al futuro. Y fue así como me dejé llevar por ese beso.

Seguimos entre risas y muertos de frío. Las calles de Nueva York eran dignas de una postal, de esas que muestran la maravilla y lo especial del inverno.

Brandon era un tipo cariñoso, pero no tuvimos mayores avances al de ese día que fuimos al museo, solo un par de besos locos. Era como si nos diéramos cuenta de que la estábamos cagando y nos causó risa el darnos cuenta de eso. Forzábamos lo nuestro. Sabíamos que ambos éramos buenos compañeros, que lo pasábamos genial juntos, pero pisábamos el acelerador más fuerte de lo necesario, como si fuese un acto desesperado por encontrar una vía de escape, un camino paralelo o un atajo para un nuevo comienzo.

—Dicen que no existe la amistad entre un hombre y una mujer. ¿Qué opinas, Brandon?

Detuvo la marcha, nos miramos un momento que me asustó, pensando que no estábamos en el mismo camino, pero cuando me tira hacia él y me abrazaba, sé que pensamos igual. Correspondo el abrazo y nos reímos al mirarnos.

—Está claro que existe la amistad entre un hombre y una mujer —responde con una sonrisa —, y nosotros somos el ejemplo de ello.

—¿Te cabe alguna duda?

—¡Ninguna! —contestamos los dos al mismo tiempo, muertos de risa.



Ashley

En la universidad me fue muy bien y se me hizo más fácil que otros semestres, ya que estaba más conectada con mis compañeros de clase. La pintura cada vez cobraba más protagonismo en mi vida y eso me gustaba, me hacía feliz.

Ahora tenía más tiempo. El estar liberada de los compromisos sociales que había tenido hacía unos meses, me daba la oportunidad de trabajar más y disponer de mi horario como se me antojara. Era simplemente liberador. Me sentía dueña de mi tiempo, responsabilidades y decisiones. Aun así, me daba pena ver cómo había terminado mi exnovio, quien ya estaba preso, cosa que nunca pude haber imaginado.

Fue triste ver que Matthew no tenía vuelta atrás. Apelaciones y juicios, pero ya estaba claro que tenía algún problema grave y delicado. Traté de ponerme en contacto con él para decirle... ¿Qué? Ese era el tema, que no sentía que lo apoyaba. ¿Apoyarlo por lo que había hecho? ¡No!

En algunos momentos, me echaba las manos a la cabeza; era como un desconocido. ¿Qué habría sido de mi si siguiera con él? ¿Qué hubiera cambiado si esa noche le hiciese caso? ¿Seguiríamos juntos? Una vez más, como siempre, caía en el análisis inexplicable, en ese teorema de amor o, más bien, de desamor, que nunca fui capaz de resolver.

Mi casa se transformó en una especie de vivero. Estaba llena de cuadros de flores. No sé por qué me cerré y solo pinté flores. Mi pequeño apartamento estaba lleno de acuarelas por todos lados. Cada una de ellas llevaba una historia, un momento determinado, los colores eran distintos, algunos más intensos, otros menos y eso era algo mágico; daba vida.

Era algo mío, sagrado para mí. De noche, antes de apagar la luz de mi pequeño hogar, miraba mi lamparita que me traía tantos recuerdos. Estaba orgullosa de lo que había logrado. Miraba mis avances y me percaté de que lo que más había pintado eran orquídeas; esa flor tan linda la tenía en todos los colores.

Se acercaba la Navidad. Lo que más quería era que llegaran las vacaciones de fin de semestre para poder hacer un poco de desconexión de las clases. Lo único que deseaba era

terminar la carrera; ya estaba cansada y necesitaba un alivio.

A menudo, llegué a pensar que Mauro era un ángel encarnado que vino a salvarme. Pero los ángeles —si es que existían y vivían entre nosotros— no creo que tuviesen deseos carnales y estaba segura de que los tenía, aún recordaba sus manos acariciando mi cuerpo.

Estuve a punto de volverme loca. Por una parte, el no hablarlo con nadie era asfixiante y por otra, el no entender era una mierda. Seguro que se fue con su exnovia, eso era lo más probable y pidió a los amigos que, si llegaba por su casa, me dijeran que se había ido. ¿Sería eso posible? Seguro que la chica supo lo que pasó y se lo llevó para cuidarlo ella misma de su convalecencia.

En Navidad, Matthew ya era todo un escándalo en Nueva York. Él y sus compañeros estaban metidos hasta el fondo. Me habían interrogado también a mí; ya estaba sobrepasada de todo.

No lo dudé, me subí a un avión y me fui. Estaba cansada, del frío, de la ciudad, ¡de todo!

Fui a casa de mis padres. Solo estuve con ellos dos días porque fueron a pasar el Año Nuevo a otro crucero y mi madre estaba tan ilusionada con la experiencia, que llegaba a perder el juicio solo por unos días de crucero en el Caribe o donde fuese. Viajaban tanto que ya no tenía claro en qué parte del mundo estaban. Se daban la vida que ellos querían, la que como pareja les había funcionado por un cerro de años.

Mi padre, durante mi corta estancia, se sentó a conversar conmigo una tarde mientras mi madre estaba con el chófer ultimando compras para su viaje.

—Ashley, ¿has estado bien? —Con esa pregunta me di cuenta de que mis padres no estaban conectados conmigo, no tenían idea de nada de lo que vivía, de mi mundo.

—No han sido meses fáciles, pero estoy...

—Me imagino. Todo lo de Matthew debe de ser muy fuerte.

—Lo es, pero no es solo eso, papá. También hay otras cosas. —Me dolía ver que estábamos tan distanciados, pero también era mi culpa, yo no hablaba y guardaba mis cosas bajo llave.

—Crecer es así, Ashley, un continuo cambio que puede ser doloroso.

—¿Te dolieron muchas cosas, papá?

—Claro. Me preocupa porque no te veo del todo bien. ¿Qué te pasa? Podemos hablar tranquilos ahora que no está tu madre. —Se veía aliviado, mi mamá definitivamente en ocasiones lo estresaba.

—Papá, es muy complicado pasar de no hablar nada contigo a hablarlo todo. A veces, siento como si no nos conociéramos, somos muy diferentes.

—Cuando eras pequeña, hablábamos mucho.

—Sí, papá, teníamos a la mejor intermediaria: la abuela. En su casa, siempre hablábamos de los sueños y de las cosas esenciales de la vida, pero aquí no es así.

—Sí, sé que tu madre es mucho más fría, pero no significa que no te quiera —contestó con tranquilidad.

—No he dicho eso. Sé que me quiere, pero también sé que no tiene ni idea de lo que me pasa y tampoco es su prioridad —sentencié; mi padre negó.

—No la juzgues.

—No lo hago, papá. Aprendí que las cosas son como son y algunas situaciones no cambiarán nunca. Lo mejor que puedo hacer es adaptarme a ellas.

—Quiero saber si de verdad quieres trabajar en la empresa, Ashley. Te voy a pedir que seas sincera conmigo. No te veo interesada y a mí no me molesta si quieres dedicar tu vida a otra cosa, mientras seas feliz.

No me esperaba tener esta conversación con mi padre. Hacía demasiado tiempo que no hablábamos. Esta vez no medité nada antes de que mis palabras salieran de mi boca.

—Papá, no quiero seguir tus pasos. Me dedicaré a otra cosa. Sé que lo complicado no eres tú —dije tranquila, pero algo enfadada por dentro porque mi papá era tan bueno que no era capaz de ir en contra de mi mamá.

—Ashley, prefiero ver a mi hija realizada con lo que hace y no frustrada e infeliz a los cuarenta años.

—Gracias, papá.

—Yo me encargaré de tu madre. Una vez termines la carrera, ¡viaja, Ashley! Descubre el mundo, descubre lo que quieres de ti, de tu vida, lo que te apasiona y déjate llevar. ¡Vuela! Eres joven y tienes el mundo en tus manos. Cuando seas mayor, entenderás muy bien por qué te lo digo. Los años no se devuelven.

Mi padre siempre fue más comprensivo que mamá, más sensible y cercano. De alguna forma, nos comenzamos a distanciar cuando murió mi abuela. Me alegré de ver que, a pesar del tiempo, hay cosas que no cambian. Hacía mucho tiempo que no sentía a mi padre cerca y ahora segura de que no estaba obligada a seguir sus pasos, con su ayuda, estaría perfecto. Mi madre tendría que aguantarse.

Brandon, Liam y Adri llegaron a mi casa. Decidimos pasar el Año Nuevo juntos y querían conocer mi casa de la infancia desde hacía tiempo. Adri una vez vio una fotografía del jardín y no lo podía creer. Siempre fue un sueño conocer esa casa, aunque estaba siempre vacía, al menos para mí, a pesar de pasar gente, tener fiestas, brindis..., siempre era solitaria.

La llegada de los chicos estuvo llena de risas. No podían creer lo lujosa que era la casa de mis padres, era como un palacio de Versalles, bien cargado al dorado, con un piano de cola en la entrada, piscinas y estatuas en el jardín. A mi madre le gustaba la decoración recargada y rococó.

Terminamos en el yate de mis papás en Miami pasando el Año Nuevo. Sabía que era lo que más querían y el patrón nos organizó todo; teníamos hasta música, todo relajado y maravilloso. Los canales de Fort Lauderdale son geniales.

Disfruté al mirar las casas, los patios con todas las decoraciones para las festividades, cotillones, mesas decoradas, niños revoloteando en los patios... Todo. A pesar de lo bien que lo pasaba en esa noche estrellada al mirar hacia los cielos de la víspera del nuevo año, era como si faltara en el firmamento una estrella, como si estuviese hibernando.

Era demasiado difícil de olvidar. En algún momento existió el amor, el de verdad, el que te entrega energía, sabiduría y que jamás se olvida, aunque llegue otro después.

Había sido un fin de semana, aunque puede que el tiempo no sea la variable más importante, lo es, al fin y al cabo. Al final, es uno de los mecanismos importantes para que puedas conocer al otro, a ti mismo y al equipo que forman juntos. Que tan preparados están para sortear las vueltas de la vida.

Terminamos más ebrios que nunca y no sé cómo ninguno de los cuatro se cayó al agua. Bailamos mucho y el cotillón fue genial. Salimos desde Miami Beach a Fort Lauderdale, donde nos metimos por los canales, que llegan a formar una especie de Venecia americana. Un lugar que me trae grandes recuerdos, ya que, de niña junto a mis abuelos, íbamos a navegar a ese lugar.

Adri y yo llevábamos vestidos blancos para recibir al nuevo año llenas de energía positiva, la que esperábamos para uno lleno de nuevos desafíos. Me sentí liberada, debido a lo que había hablado con mi padre. No sería una esclava de la empresa y eso era espectacular. Sabía que, cuando mi madre se enterara, habría gritos y enfados, pero ese sería su problema y no el mío.

—Feliz año, querida Ashley.

—Feliz año, querida Adri.

—Este será tu año, estoy segura que lograremos ver más sonrisas en esa carita. —Sus palabras eran muy sinceras.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté sorprendida mientras bebía más champagne.

—Porque soy observadora y sé que algo te pasa.

—Estoy bien, no es nada. —No sé por qué le mentí, pero no podía hablar.

Muchas veces sabes que sería bueno hacer algo, confiar en mi amiga, pero no siempre se puede hablar. No podía, traté en varias ocasiones, pero las palabras morían en mi garganta.

—Bueno, porque estés mejor entonces —respondió con una sonrisa y alzando su copa.

—Salud.

Esos días lo pasamos genial. En ocasiones, Brandon y yo nos acercábamos, tratando de que lo nuestro resultara, pero no pasó de unos cuantos besos. Tal vez más adelante sería buena idea. No lo descartábamos.

Decidí que, al terminar la universidad, viajaría unos meses. Era libre, al menos, de la empresa de mi padre. Estaba decidida a tomarme las cosas con calma y ver qué podría hacer. Asumí que no estaría disponible para que mi madre viviera sus sueños no cumplidos a través de mí.

Mis pinturas iban cada vez mejor, cuanto más sentimiento le ponía a la obra, quedaba mucho mejor. La conexión entre el corazón, las manos y el pincel hacía magia. Cuando estaba más enfadada era cuando los trazos estaban más perfectos y los sentimientos me llevaban a hacer movimientos más inestables, pero no menos bellos. ¡Los misterios de la vida y de los pinceles!



Ashley

No fue fácil hablar con mi madre. Fue duro, como una pequeña guerra, pero no me podía dejar vencer por ella. Esta vez no. Era algo que había decidido que no tendría marcha atrás. Tenía veintitrés años y lo que más quería era sentirme dueña de mi mundo.

Ya había pasado un año. Nunca más supe de él. El tiempo fue el mejor remedio para todo y ya era parte del pasado.

El último semestre de la universidad fue apoteósico, fueron los únicos meses en los que me dejé llevar por completo. Salí muchísimo, fuimos a fiestas con Adri y mis compañeros de universidad y viví varias cosas que estaban en el hito de pendientes. Lo pasamos tan bien…

Y fue un poco angustioso entender que las etapas en la vida se iban quemando y que pronto comenzaríamos cada uno un rumbo, una experiencia y solo nos unirían recuerdos. Dependería de nosotros mismos el mantener esos recuerdos vivos y presentes. Con el tiempo todo se va desinflando y, en nuestro fuero interno, sabíamos que armaríamos nuevas vidas, historias y solo quedarían recuerdos del pasado. Pasaría a ser como escuchaba a mi madre hablar de sus mejores amigas del colegio, esas que fueron tan importantes y que, al final, no se veían nunca. Esto sería lo mismo.

Ahora miro para atrás y siento que debí hacer más cosas aún, me quedaron cosas pendientes por vivir en aquellos tiempos universitarios. Sobre todo, ese último año, que fue excepcional.

Decidí ir de viaje con Adri, Liam y Brandon. Teníamos tanta confianza y conexión entre los cuatro que resultó perfecto. Mi relación con Brandon era una de amistad y a veces algo más. Cuando nos pasábamos un poco con las bebidas, incursionábamos más allá, aunque nunca logramos una complicidad perfecta. Lo que más me gustaba era que teníamos ideales parecidos: viajar por el mundo, visitar cada rincón donde hubiese arte.

Mi madre casi sufre un soponcio cuando supo que cerraría mi apartamento de Nueva York para irme con mis amigos a recorrer mundo sin saber qué lugares, porque no teníamos nada claro.

—Pero, Ashley, no te eduqué para esto. —Estaba furiosa.

—Mamá, tú no eliges para qué me educas; tú me diste las herramientas. Las decisiones las tomo yo.

—Te irás con esos chicos a perder el tiempo.

—Hace algunos meses que supe que el tiempo no es matemático, que no es exacto y que para unos tiene un significado y para otros, no —justifiqué con tranquilidad, como llevaba haciéndolo desde la primera discusión por mi cambio de futuro.

—¡Cómo te han lavado la cabeza!

—Al contrario, mamá, ya no me la dejo lavar. ¿Querías que hubiese terminado con Matthew metida en a saber qué rollo con la justicia?

—Eso todavía no está claro, Ashley. Aún están en investigaciones —dijo sin mirarme, sabiendo que no era verdad.

—Mamá, si fuese inocente o una blanca paloma, ya estaría resuelto y no es así. Aunque da lo mismo. Muero de pena por él. Me encantaría que estuviese bien, pero ahora me largo a las playas del Mediterráneo o a donde sea. Me lo merezco y papá me apoya con lo del viaje.

—Yo no estoy de acuerdo.

—Hace tiempo que tus acuerdos y los míos no concuerdan, mamá. Ahora me toca vivir a mí, tú ya pasaste esta etapa y si no la aprovechaste, lo siento mucho. Somos totalmente diferentes.

—Ya lo sé, no te gusta Gucci, eres más *hippie* y…

—Sí, mamá, pero te quiero igual ¿lo sabes?

—Claro que lo sé y espero que puedas ser feliz, Ashley. Como me ha dicho tu padre, hay que dejarte volar y si aterrizas de golpe...

—Aprenderé a levantarme, mamá. No sé qué me depara la vida y, en estos momentos, no es lo que más me interesa. Solo quiero descansar y celebrar que terminé la universidad.

Y así, sin pensarlo, comenzamos la travesía.

Solo una parte del viaje la haríamos los cuatro. Luego, Adri y Liam seguirían por su cuenta y Brandon debía volver para trabajar. A mí, eso no me importaba, ya que quería seguir sola. No estaba asustada pero sí completamente segura de que podría hacerlo. Esos meses me habían venido bien. Quizá había madurado y tomado decisiones en semanas cuando debí hacerlo en años. A veces, las cosas llegan de golpe, sin que se planifique.

Me sentía grande y empoderada por tomar las riendas de mi vida. ¡Por fin! ¿Por qué me había costado tanto? ¿Por qué, a veces, uno se postergaba tanto? Todos los aprendizajes de los últimos meses me habían dado las alas para crecer y evolucionar. También comprendí que hay temas que no son entendibles y que había que dejarlos atrás para seguir adelante. Como en una casa, que hay que hacer limpieza de cosas viejas, regalar lo que uno no usa, así hice, dejé atrás algunas cosas para llegar a otras más adelante.

Quería tener esa certeza, la de avanzar, creer que era posible y que me lo merecía. Así que me enfoqué en ese viaje, mi viaje, uno para mí.

Pensaba que sería una estupenda oportunidad para aprovechar y, si me gustaba, no descartaba irme al Himalaya a encontrarme conmigo misma, para conectarme con mi yo interno y tomar decisiones respecto a mi vida.

Así pues, partí sola de viaje, ya que mis amigos estaban con otras responsabilidades, pero nos juntaríamos en España, dos semanas después de comenzar. Solo soñaba con tumbarme boca arriba en la arena y disfrutar de las bondades el Mediterráneo. Tomar el sol, nadar, chapotear en

el mar, sentir el sabor de la sal en mi boca, bailar en el agua y sentirme dueña del mundo. ¿Qué más se le podía pedir a la vida? Vacaciones y desconexión. Solo quería estar preocupada de vivir el día a día.

Llegué a París, donde solo estuve en el aeropuerto para tomar una combinación e irme a Florencia. Miré los posibles transbordos; esa era la forma más económica.

Tras lo que casi ocurrió en Nueva York aquella noche de un año atrás, fui más cautelosa. Nunca más tentaría al destino. No me movería por lugares solitarios y, menos aún, de noche. Era lo que más había aprendido y de esa lección que me dio la vida.

Me quedé en la casa de una de las mejores amigas de mi profesora de Arte. Ella vivía en Florencia y se había quedado en la cuna del arte europeo. Amablemente, se ofreció a recibirme por unos días, lo que me venía perfecto. No la conocía, pero era mejor opción estar con una conocida que alquilaba habitaciones de su casa que estar sola en una pensión.

Cuando llegué, fue como si hubiese sido una parte de mi historia. Tal vez, en mi vida pasada, estuve aquí; lo sentía familiar y maravilloso. Era una ciudad completamente opuesta a Nueva York.

¡Mi primer día en Florencia! Era tan preciosa la ciudad que, con lo poco que había visto, ya alucinaba. Tenía presupuestado quedarme allí solo cuatro días, para luego ir a Venecia y después pasar unos días en Roma. Todo lo había hecho en relación a la obtención de los billetes más baratos y así poder ahorrar lo máximo posible. No quería abusar de la buena voluntad de mis padres. Una cosa era que tuviesen medios y otra muy distinta era que me costearan todo.

Cada vez tomó más fuerza la opción de avanzar sola por el viaje y dejarme caer por los lugares que quisiera sin mucha planificación del destino. Así fue como alargué más mi estancia en Italia. Por suerte, Brandon llegó y disfrutamos varios días por esa preciosa ciudad.

Paseamos por Florencia, subimos al Duomo, a la cúpula de Brunelleschi —la atracción más emblemática de Florencia—. Fueron las vistas más bonitas que he visto, una panorámica magnífica del horizonte de la ciudad. La recuerdo en una tarde con una puesta de sol, junto a Brandon. Lo más bonito fue que siempre nos hicimos compañía y disfrutábamos juntos, como amigos, sin forzar las cosas entre nosotros.

De hecho, alargó su estancia para quedarse conmigo más tiempo. Juntos, fuimos a Venecia por unos días, subimos a una góndola mientras cantaban *'O Sole Mio*, lo que podía llegar a convertirse en lo más romántico del mundo, y, aunque estábamos los dos abrazados, juntos, no sentimos esa química que quema por dentro. Nos respetábamos, admirábamos y nos queríamos, pero no era suficiente.

Sin darme cuenta, me enamoré de ese bello país y cada vez me entusiasmé más con que todos los días aprendía algo nuevo. Estaba esperanzada de comenzar a entender un poco más de italiano, ese idioma romántico que puede volver locas a las mujeres.

El tiempo seguía siendo sanador. A veces, pensaba que me había sentido tan a gusto ese mes en Florencia que era como si la vida entera la hubiese pasado en esa ciudad. La cultura, los museos… Todo era, simplemente, perfecto.

Francesca, la amiga de mi profesora de Arte en Nueva York, pasó a ser muy cercana y una buena consejera, una persona solitaria y misteriosa pero amable, mucho más de lo que imaginé de la mujer que me arrendaría un lugar para vivir.

—Pienso que deberías aprender un poco más. Tienes muchas aptitudes. Acá es el lugar para hacerlo.

—Cada vez me gusta más esta ciudad —contesté con entusiasmo.

—Es que deberías quedarte y hacer ese programa del que te he hablado ya varias veces. Además, acá tienes tu casa.

—Gracias, Francesca. De verdad agradezco todo tu apoyo.

—Es que si fuese joven haría algunas cosas de otra manera, por eso te digo que aproveches esta oportunidad —dijo con una mirada nostálgica que no me pasó desapercibida.

—¿De verdad harías algunas cosas de otra forma? —La miré extrañada, me parecía una mujer muy segura y sonriente.

—Sí. Algún día hablaremos de eso, ya que ahora debo salir a mi clase. —Me miró, tiró un beso al aire y salió rumbo a sus amadas clases.

Me quedé pensando en lo que dijo y respecto al programa. No era un curso en una universidad rimbombante, ni mucho menos, eran solo unos meses para aprender una técnica nueva y no lo dudé. Tres meses en mi calendario de ese momento no marcarían ninguna diferencia.

Esa estancia me recordó a ese chico misterioso con ascendencia italiana que había conocido hacía ya más de un año. A veces, trataba de encontrarlo entre la multitud, como si de mí dependiera esa investigación. Buscaba a alguien que tuviese su parecido. Pero nunca lo hallé, durante esos hermosos tres meses que estuve en Florencia. Recorrí Roma, Venecia y algunos cuantos pueblos, como Asís, que fue una maravilla.

Volví a Nueva York con un vacío. Esos meses en Italia fueron espectaculares. Ya pensaba en regresar antes de tomar el vuelo, aunque debía ordenar un poco mi vida, pero no tenía muy claro por dónde comenzar.

Lo bueno era comenzar. Hacía ya unos meses que no me ponía barreras ni planificaciones en mi día a día. Afloraba esa parte bohemia que tenía guardada en mi interior y, de esa manera, todo fluiría para lograr las cosas.

Al llegar a casa, tenía muchos avisos acumulados en mi buzón. Lo abrí para sacarlos todos. Había pagado todas las cuentas por internet, por lo que estaba al día con los pagos. Había un envoltorio azul con estrellas blancas. Decía: Para Ashley.

No entendía qué podía ser. No era una letra que reconociera. Entré a mi pequeño apartamento y, llena de curiosidad, lo abrí. Era el libro de *Alicia en el País de las Maravillas*. Lo miré, lo tuve en mis manos por mucho rato, no sé con exactitud si fueron minutos o tal vez horas. Comencé hasta a sentir el olor de él, de ese chico que había estado a mi lado aquel fin de semana y que después había desaparecido de la faz de la Tierra.

Se me vino cada detalle de esos días, esas horas; lo abrí con miedo, con ilusión y con ansiedad. ¿Qué pasaba? Movía sus páginas con delicadeza, como si fuese lo único que me quedase de aquel chico misterioso que había pasado por mi vida. No tenía ningún recuerdo de él, aparte de esos momentos, las conversaciones, bailes y música que nunca más volví a escuchar.

> *Ashley:*
>
> *No creas que me he olvidado de ti. Tampoco creas que ese día me fui de tu vida por miedo o cobardía. Las cosas no son lo que parecen y me gustaría explicarte lo sucedido. Un abrazo más grande que los de esa noche en el Puente de Brooklyn.*

¿Qué pasaba? ¿Qué derecho tenía a aparecer así, de golpe y porrazo, después de tanto tiempo? ¡Un año después! *Alicia en el País de las Maravillas*, la chica que sin miedo aterrizaba en una nueva realidad y que seguía adelante y yo, con solo leer la dedicatoria del libro, ya comenzaba a caerme en un hoyo, al igual que esa chica, pero no por seguir a un conejo, sino por

seguir a mis pensamientos, que me dejarían atascada entre un lado y el otro.

Cerré los ojos para tratar que las lágrimas no cayeran, pero no era posible controlarlas. Ese regalo, ese detalle y el libro me había dejado descolocada. El chico misterioso había resucitado de la nada.

Estaba solo de paso por Nueva York para partir de nuevo de viaje. Estaba convencida de que ese año, lo único que haría sería dar vueltas por el mundo descubriendo nuevas culturas y nuevas experiencias.

¿Qué derecho tenía Mauro a venir a dar señales de vida después de tantos meses? Los hombres, muchas veces, son para matarlos a pedacitos. Se había ido… ¿qué quería ahora?

No lo dudé, le contesté al e-mail que me había dejado escrito junto a su teléfono en el final de la dedicatoria.

De: Ashley
Para: Mauro

Mauro, mañana me voy de viaje por unos meses; me marcho a primera hora. Solo vine un día a mi casa. Estuve en casa de mis padres firmando unos poderes notariales y pasé por aquí a pasar una noche. Creo que, si quieres explicarme lo que es imposible de explicar, deberías hacerlo, ya que para mí valen los hechos y no las palabras.

Un año es demasiado tiempo. Si hubieses dado señales de vida antes, tal vez todo sería diferente.

En fin, ya pasó y, a pesar de cualquier cosa, siempre estaré agradecida de tu gran apoyo esa noche. Gracias.

Te deseo suerte. Yo ya tengo mi vida armada en otra parte y no quiero retroceder.

De: Mauro
Para: Ashley

Las cosas no salen siempre como se plantean. ¿A dónde te vas, Ashley? Necesitamos hablar. Es urgente.

De: Ashley
Para: Mauro

Salgo en dos horas al aeropuerto; me voy a Florencia. He decidido estudiar unos cursos relacionados con el arte. Estaré, al menos, tres meses fuera. ¿Por qué apareces ahora? Estuve mucho tiempo pensando a dónde te habías ido.

¿Por qué nunca me explicaste nada?

Perdona que sea así, pero no tienes derecho a aparecer de esta forma para hablar algo que debimos haber conversado meses antes. Las cosas no son así.

De: Mauro
Para: Ashley
No arranqué. Tuve que hacerlo. Por favor, tenemos que hablar.

De: Ashley
Para: Mauro
Si no lo quieres hacer por esta vía, tendrá que ser dentro de tres meses.
Un abrazo, Mauro, te deseo lo mejor.
Tus tiempos, claramente, son discordantes de los míos.



Ashley

Italia 2018

Florencia fue un oasis en mi vida. Irme de Nueva York tras todo lo que pasó con Matthew, el accidente y esa visión de Mauro fue la mejor decisión.

Seguí en contacto con Brandon y prometió visitarme en junio. Tomé la decisión de quedarme un año. Aprendía a pintar y esculpir en un estudio privado en Florencia, con una señora que era una eminencia en esos temas. De hecho, impartía clases en la universidad. Me planteé la posibilidad de estudiar Arte y comenzar desde cero.

Me encantó todo lo que aprendí. Alquilé una pequeña habitación a la amiga de mi profesora de Arte de Nueva York, a quien le debía mucho, ya que, gracias a ella, llegué a esa casa y me trataron tan bien.

Jamás pensé que viviría en una ciudad tan hermosa como esa y mucho más tranquila que Nueva York, aunque con algo en común: los miles de turistas que la visitaban cada año. El idioma lo aprendí, y debo reconocer que cada vez que alguien me llamaba *bambina*, me acordaba de Mauro, ese chico que entró en mi vida para salir en menos de cuarenta y ocho horas. Me sorprendí con su regalo, el libro y los e-mail*s* que intercambiamos, pero no podía dejarme engañar.

Siempre existe la opción de estar cerca de una persona si uno se lo propone, si es algo que se quiere de verdad. Es muy probable que hubiese temas que desconocía por completo.

Me enfoqué en mis estudios y en otro placer: conocer y viajar todo lo que pude y más. Estuve por Venecia, la plaza de San Marcos, comí pizza hasta decir basta y miré todo el ambiente maravilloso del lugar y de sus visitantes. La alegría que irradiaban las parejas de la mano o abrazadas, mientras caminaban por los pequeños puentes que unen las más de ciento veinte islas que forman la maravillosa ciudad, me llenaba de inspiración a pesar que esta vez iba sola y sin tener que hacer el esfuerzo por que funcionara con alguien.

No negaré que me llevé el libro conmigo entre mis cosas personales pensando que, si se me

llegase a perder la maleta, no se perdería el libro con ella. De noche, lo hojeaba y, en ocasiones, me perdía en los recuerdos. Yo también me había caído a un agujero, tan vasto como en el que cayó Alicia.

Tal y como le pasaba a Alicia en el libro, la búsqueda de identidad estaba presente en algunas partes; ella se planteaba si era la misma y diferentes hechos la conducen a replantearse quién es. Durante esos meses, también había cambiado y no era la misma Ashley de hacía un año. Por fin hacía lo que quería y había cortado todo vínculo con la empresa de mi padre.

También había cosas que no me cuadraron nunca, por ejemplo, creer que lo imposible podría llegar a ser posible alguna vez. En ese sentido, ya era mucho más madura, sabía que no tendría el control de nada y que había imposibles que nunca dejarían de serlo. La madurez hizo que se pierdan los sueños y algunas esperanzas. Los acontecimientos del pasado nos marcan en el presente y cuando han sido dolorosos y difíciles de llevar, nos marcan en los pasos futuros también. Eso me había sucedido a mí.

Había perdonado y eso me hizo soltar el rencor y dejar esa mochila pesada que cargaba de lado. Mi corazón estaba más liviano y, de alguna forma, alcancé una especie de paz. En ese perdón estaban mis padres —en especial, mi mamá—, Matthew, Mauro y alguien más importante también, yo misma, porque hubo muchas veces que me culpé por esa noche, por haberlo dejado entrar a mi vida sin conocerlo, haberme guardado todo lo sucedido y no hablarlo con nadie. Por no haber pedido ayuda profesional y tantas cosas más.

Todo lo que viví en esos meses me hizo conocerme, aceptarme y quererme con mis cosas buenas y malas. Me arriesgué y dejé el miedo de lado para comenzar esos estudios con la idea de verme como artista en un futuro, así poder estudiar Arte en Florencia.

Cambié las acciones y la bolsa, por los pinceles y los colores. Estaba claro que ya no era la misma, era una nueva Ashley. Todo lo que había vivido, todas esas experiencias me habían hecho crecer, trascender y evolucionar, celebraba mis logros, por pequeños que fuesen: una obra bien realizada, una técnica nueva aprendida, todo era un logro. Lo sentía y me enorgullecía sin importar el tamaño del mismo. Total, no existía una escala de medición de logros en la vida. Solo aprender a vivir y valorarlos cuando llegasen.

Nunca más supe de Mauro. Su e-mail se quedó en la carpeta de *spam* y nunca lo revisé. Hubo momentos en los que estuve a punto de ver si había noticias, pero no lo hice; era parte del pasado y, a veces, es mejor dejarlo tranquilo y no removerlo.

Me quedé en Italia abrazada al arte y a las aventuras que me brindaba ese país. Seguí solitaria. Es la vida del artista, supongo. Los tiempos de inspiración hay que tomarlos, porque no se dan siempre y me angustiaba saber que esa magia que sentía en mis manos y en mis procesos de creación se pudiese desvanecer en algún momento.

Expuse en algunas galerías de arte y me sentí orgullosa de ver cómo me podía mantener haciendo lo que más me gustaba; eso ya era ser exitosa. Entendí que ahí estaba el éxito, en hacer lo que de verdad me apasionaba, lo que me hacía feliz.

Una de mis actividades favoritas era caminar por la ciudad. Sentarme a contemplar el Ponte Vecchio sobre el río Arno, escuchar algo de música y pasar la tarde mirando a los turistas, enamorados y a padres con sus hijos.

Me gustaba mirar e imaginar las películas que creaba mi mente con los distintos protagonistas que paseaban entre fotografías que sellarían momentos mágicos. Ese puente era tan distinto a otros que había visto: no pasaban automóviles ni tampoco tenía cadenas. Era un puente habitado, de los pocos que se conservan en el mundo. También tenía su gracia, como el de

Brooklyn, pero con otra mirada.

Era domingo y estaba sentada a orillas del río, mirando el maravilloso colorido de la arquitectura en tonos amarillos y tierra que hacían contraste con el agua. Agradecía estar ahí. Saqué una chocolatina de mi bolso —mi placer culpable—, dispuesta a disfrutar cada cuadradito en ese lugar precioso y tranquilo.

Siempre me acordaba de Mauro, como si se hubiese llevado un trozo de mi corazón para no devolverlo nunca más. Ya no dolía y no buscaba saber qué pasó. Ya no podía hacer nada. Quizás su recuerdo me acompañase toda la vida.

Tomé mi libro para tratar de desconectar de esos pensamientos y seguí con la lectura de la historia de Margot y David en *Un cuento perfecto*, de Elísabet Benavent. Me sumergí en sus páginas por las islas griegas y en el amor que ya sentían, pero no se habían dado cuenta. Me los imaginaba y sonreía con sus aventuras y su sexo desenfrenado y placentero. Me reía con ellos. Estaba tan concentrada que me sentía en la playa del mar Egeo. Me haría bien irme unos días a Grecia, debía ser mi siguiente destino.

Sentí que tocaron mi hombro por la espalda y salté por no esperarlo. No podía creer lo que veían mis ojos: era él… ¡Mauro!, a pesar que en segundos anteriores sentí que estaba ahí, pero no podría ser real.

—Hola, Ashley.

—Hola —le contesté, aunque mi voz pendía de un hilo. Apenas podía creerlo.

Se sentó a mi lado, pegado a mí. No me dio la mano, ni siquiera nos saludamos con un beso en la cara, pero sentí como si no hubiese pasado el tiempo.

—¿Qué película imaginas? —me preguntó con sus ojos entrando a mi cuerpo y consiguió que mi piel se erizase por completo sin ni siquiera tocarme.

—No lo sé. No pensaba en ninguna película. —contesté confusa y agradecida.

—Entonces te contaré la mía. —Antes de comenzar a hablar, me miró a los ojos profundamente y me acarició la mano en círculos, tal y como lo había hecho aquella noche en Nueva York, hacía más de un año—. Aún no sé los detalles de la película, pero comienza con una pareja llena de ilusiones.



UN AÑO ANTES

Mauro

Si me hubiesen contado esta historia, no la creería. Que justo la chica a la que conocí una noche en Nueva York, en unas circunstancias tan extrañas, fuese la exnovia de Matthew Clark, el primo de mi jefe. A veces, el mundo de las probabilidades y las estadísticas no puede con el destino, con las coincidencias y casualidades. El mundo es un pañuelo.

Brian Clark, el hijo del dueño y primo del exnovio de Ashley, era un hijo de puta con su novia, una chica muy guapa, pequeñita, delgada, rubia y de ojos marrones intensos, dulce y educada. Varias veces fue a la oficina y siempre había sido muy amable conmigo. Me saludaba por mi nombre, siempre cortés y acogedora, con una sonrisa en su cara. Pero su novio era un desgraciado, mi «querido» jefe, el hijo del dueño del estudio, quien iba cada vez menos, ya que se había retirado por la edad.

El señor Paul Clark fue quien me contrató a los dieciocho años, cuando salí del colegio, ya que un contacto de mi madre, del Consulado de Italia, muy amable, le pasó mis datos. Mi madre era muy querida y a mí me conocían bien en su trabajo, ya que un par de veces fui a ayudarla con la limpieza.

Con el señor Paul comencé como *junior* y fue él quien me dio la oportunidad de seguir con un poco más de responsabilidades. Siempre le estaría más que agradecido por ello.

Brian era el hijo menor de seis hermanos y era el único que siguió los pasos de su padre en la abogacía. Se convirtió en mi jefe y solo sería cuestión de tiempo que asumiera todo. Como he dicho, era un hijo de puta. Vi a chicas llegar a la oficina de noche, cuando me quedaba a trabajar hasta tarde; y no solo él, su primo, en varias ocasiones, lo acompañaba. No era solo una pobre chica, en realidad eran dos. Qué lástima me daba Ashley cuando me comentaba que lo sentía

tanto por la novia de Brian. Qué imbécil era Matthew al no valorar a una chica como ella. La mujer que había conocido era transparente y buena, de alma limpia.

Cuando me enteré de que ella había sido novia del primo de mi jefe, supe que explotaría la bomba. Matthew Clark era una persona sumamente arrogante y, por lo que había visto en la oficina, se notaba que era orgulloso y quería mantener el control de todo, incluso de las personas también.

Me vio en la casa de Ashley y le sonaba mi cara de antes, pero no me logró reconocer del todo o, al menos, eso pensé. Así podría tener un par de días para poder estar tranquilo.

Ponía en riesgo varias variables importantes en mi vida, pero estaba dispuesto a jugármela. Lo que había pasado ese fin de semana fue distinto. Incluso supe que, si no la volvía a ver en la vida, una parte de mí siempre la recordaría y la razón era todo lo que habíamos vivido.

Siempre quedaría grabado en mi mente. Los recuerdos, muchas veces, no se mueren y cobran vida cuando te acercas a los lugares en los que los viviste, lo escuchas en una música o hay un nexo con ellos y había sido uno de los momentos más extraños, de emociones contrapuestas en solo horas, pasando del miedo y la ansiedad a la sorpresa, la alegría y la profundidad del alma humana.

Ella no entendió nada de lo sucedido y seguro que se quedó con la peor impresión de mí cuando ocurrió. A mí también se me rompió el corazón y estoy seguro de que a ella le sucedió lo mismo. Solo esperaba poder explicárselo en algún momento.

Esa mañana de domingo, salí de su apartamento con la idea de ir a comprarle un *carrot cake* para el desayuno y un *latte* de almendras con espuma; sabía que le gustaba. Mi idea era ir a por todo eso cuando ella estuviera en la ducha y así volvería al rato con el desayuno.

No fue fácil tomar la decisión, ya que la alternativa de tomar esa ducha con ella era bastante más tentadora que el mejor desayuno bufet que se pudiese encontrar en un hotel de cinco estrellas, pero me contuve porque no quería abrumarla y pensé que tendríamos tiempo para estar juntos. Si tan solo le hubiese dicho «duchémonos juntos» o aparecido en el baño en bolas y listo para masajearla bajo la ducha..., pero no. ¡Todo cambió!

Había sido una situación injusta. Así como había aparecido de la nada, me había ido de la misma forma.

Salí esa mañana con la idea de sorprenderla con un desayuno, cortarle la flor que encontrara en el jardín de debajo de su edificio y, si no encontraba ninguna, no importaba, sería una planta verde. Lo principal era el gesto.

Tenía la intención de que, tras el desayuno, saliéramos y fuésemos a mi casa, a Queens, para que me pudiese cambiar de ropa. Además, quería mostrarle un poco de mi vida, enseñarle la estación de bomberos y, poco a poco, poder contarle sobre mi mundo, por más sencillo que fuese. Todo quedó en intenciones. La llamada de Martha, ebria, solo podría complicar las cosas. Seguro que pensó que ella había tenido algo que ver en la historia.

La tranquilidad y la paz con las que había salido se fueron a la mierda cuando lo vi en la esquina del edificio. El tipo se tiró sobre mí; no sabía quién era, jamás lo había visto. Pensé que se habría confundido de persona, que no era a quien buscaba. Pero el tipo sabía perfectamente quién era yo, lo comprobé cuando me llamó por mi nombre:

—Mauro De Michellis, ven aquí y sin escándalos. —Me mostró la pistola que llevaba en el bolsillo—. Camina o la saco y no querrás que tengamos un juego de balas.

Miré la calle, era domingo por la mañana, con gente caminando y haciendo deporte, perros, niños... No pude oponerme. Subí a un coche con cristales tintados. Conducía un tipo y el otro me

apuntaba con la pistola. Además, había un copiloto.

Estaba asustado. No entendía qué querían y al entrar al coche ya no pude hablar, puesto que amarraron un pañuelo negro en mi cara y me esposaron.

Nunca fui miedoso, pero esto era más que intimidante. Lo que más me preocupaba era ella, Ashley, ¿cómo avisarle que estaba secuestrado por los tipos de la noche del viernes? ¿Serían ellos? ¿Cómo podría advertirle de que no saliera y que no abriera la puerta a nadie? ¿Cómo avisar a la policía? Solo de pensar que algo malo pudiera ocurrirle, me mataba. Sentí pavor. Además, vivía sola.

Nos detuvimos. Mi corazón no paraba de latir, mi respiración se descontrolaba. Pensé en cada uno de los cursos de gestión de conflictos que tantas veces habíamos hecho en el cuartel de bomberos. Mis manos estaban atrapadas y mi vista anulada. Me bajaron con brusquedad y solo podía escuchar el eco de nuestros pasos y sus murmullos. No sabía dónde estaba.

Me dejaron ver, pero no me soltaron las esposas. Los tipos del coche, junto a tres más, me dieron la paliza de mi vida. Me pegaron con asco, vehemencia y odio... El dolor era punzante. Sangré por la nariz, me partieron el labio, me pegaron contra el suelo, sentí el sabor a tierra y algo de cemento en conjunto con la sangre caliente. Ya podían matarme y no importaba, no por mí, pero ¿ella?

Uno de los tipos habló. Yo ya estaba casi inconsciente y no podía ver bien, me dieron en un ojo, fue un encuentro brutal, de animales.

—No te metas con mi jefe. No lo hagas nunca más o las consecuencias serán mayores. —¿El jefe? ¿Serían hijos del jefe? ¿Cómo habían llegado hasta mí? — No te metas donde no te llaman. ¿Lo entiendes? ¡No te metas con esa chica!

Estos hijos de puta buscaban a Ashley por alguna razón. ¿Habría sido buscada para agredirla? No contestaba, solo cerraba los ojos, como si el hecho de quedar en negro fuese un efecto sanador. No pude volver a abrirlos más, estaba todo negro, con algunos destellos blancos, como si estuviese en estado de coma o entrando a un túnel para ver la salida al final y, tal vez, encontrarme con San Pedro. Me quedé en posición fetal, me dieron en todos lados; ya ni sentía el dolor.

Escuché que hablaban y se reían entre ellos. Seguía sin entender quiénes eran esos tipos, no estaba seguro, hasta que hice el clic cuando uno le dijo al otro:

—Yo hubiese matado a este estúpido malnacido.

—No podemos hacer eso, recuerda lo que nos dijo el jefe.

—¡Pero si lo encontró con su novia! ¿Qué menos? Y no sería la primera.

—Calla, imbécil, no reveles nada.

—Este tipo está inconsciente, no escucha nada. —Se reían y se burlaban. Hacían el ruido de una máquina de hospital de signos vitales—. Así está su corazón, vivo, pero a medias.

Estaba con un pie ahí y con otro a saber dónde. Después solo oí murmullos, nada más, no era capaz de procesar información. Escuchaba, pero era solo un chiflido constante y no era capaz de hacer nada, no podía ni mover un dedo, apenas podía respirar.

No recuerdo nada más hasta que desperté en el hospital lleno de cables. No sabía dónde estaba, qué hospital era, ni quién me había llevado allí. No tenía ni idea de qué día era, hora, si era de día o de noche, si estaba en este mundo o en uno paralelo.

Cuando logré entender que estaba en un hospital, entró una enfermera.

—¿Cómo se siente, señor De Michellis? Menos mal que tenía su identificación en uno de

sus bolsillos del pantalón. No encontramos nada más.

—¿Quién me trajo?

—No me va a creer, pero lo dejaron en la puerta de urgencias. Estaba muy mal, señor, por poco lo matan —comentó la chica mientras miraba mis niveles de medicación—. Tendrá que tener paciencia, será una recuperación lenta. ¿No sabe quién podría haberle hecho algo así? —No contesté, solo moví la cabeza.

Algo había escuchado, pero no estaba seguro de nada, podrían también haber sido alucinaciones.

Agradecí a la vida por estar vivo, por tener mi cabeza completa, la capacidad de seguir pensando. El resto se podría solucionar, los huesos rotos tendrían solución y, si no había pasado mucho tiempo, podría explicarle a Ashley lo sucedido. ¿Podría contactar con ella?

—Tuvo mucha suerte, alguien se apiadó de usted.

—Sí, estaré siempre agradecido —dije antes de quejarme de un dolor agudo en mi costado al tratar de moverme.

—Tenga cuidado. Lo que le hicieron es dramático y cómo llegó aquí, la forma…

—¿Alguien ha preguntado por mí?

—Señor De Michellis, no puedo darle más información. Por la tarde vendrán a hablar con usted.

—Pero, dígame, ¿quién me trajo?

—No lo sé, yo no tengo esa información.

Me quedé pasmado con miles de posibles teorías en mi cabeza. Seguro que me tiraron por ahí y alguien me recogió y me trajo amablemente. Aún quedaba gente buena en el mundo.

Qué impactante fue darme cuenta de que las cosas cambiaban drásticamente; pasar de estar caminando por la calle, a una cama de hospital, conectado con suero y… ¿medicamentos? ¿Antibióticos? ¿Analgésicos? Todas las combinaciones eran posibles. Mis brazos estaban llenos de hematomas.

Por fin entró el doctor. Se presentó y fue lo mismo que me dijo la enfermera. Me contaron que me habían operado, ya que me rompieron la clavícula y estaba con una escayola en el pecho.

—Mauro, estarás bien. Llegaste en muy malas condiciones, pero deberás tener paciencia, vas estar aquí unos días más. Perdiste mucha sangre. Ahora solo queda esperar. Ha venido un amigo tuyo para saber de ti; ha estado muy pendiente.

—¿Quién?

—Espera, está anotado en tu expediente. —El doctor andaba con una carpeta—. Aquí está: es Peter Brown.

—¿Cómo supo que estoy aquí?

—No lo sé, pero también ha venido un chico con él, James Parker.

—James es un amigo al que le alquilo una habitación y Peter es uno de mis compañeros del cuartel de bomberos. ¿Cómo se enteraron?

—No tengo esa información, solo sé que han estado pendientes, pero no han podido entrar.

Llegó un policía a verme, se presentó amablemente y me preguntó demasiadas cosas. Me confirmó cómo había llegado a urgencias y era muy curioso.

El hospital había dejado en antecedentes el estado en el que me habían dejado tirado en la entrada del recinto, ya que nadie entró conmigo.

Pensaron que podría haber sido un delincuente y, al ver el coche pasar y dejarme ahí tirado, en la entrada, para luego huir con las matrículas tapadas y los tipos encapuchados, pensaron que

yo podría ser de su banda.

Al hablar con los policías, se dieron cuenta de que no tenía ningún tipo de antecedente y que, recientemente, había hecho una denuncia con una chica que casi había sido abusada. Eso les causó curiosidad y, como no dejan las cosas al azar, vinieron a hablar conmigo el viernes de esa semana.

Estuve medicado varios días, fue como si hubiese tenido el sueño más reparador de mi vida, como si hubiese pasado una vida a mi alrededor y yo no estuviese en ninguna parte. Fue de las cosas más extrañas que viví. Me dolía el cuerpo como si me hubiesen apaleado y eso era lo que habían hecho.

—Señor De Michellis, estuvo la noche del viernes en la comisaría para dejar constancia, junto a Ashley McKay, de un intento de violación.

Indicó un nuevo policía que se había presentado en el hospital, asegurando que necesitaban más información para dar con el culpable de mi estado. Yo estaba dispuesto a contestar todo lo que fuera necesario, no era culpable y parte de alguna banda.

—Así es —contesté.

—¿De dónde conoce a esa chica?

—No la conocía. Vi que la atacaban y reaccioné. Ella logró escapar y justo pasó un coche de policía.

—¿Me confirma, entonces, que la conoció esa noche?

—Así es.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo con ella? —Su pregunta me dio una punzada en el pecho. Necesito verla.

—El domingo por la mañana. Al salir de su apartamento, me atraparon estos tipos, que no sé quiénes son.

—¿Lo atraparon fuera de su apartamento?

—Así es.

—¿Qué hacía con ella?

—Desde que la conocí el día del asalto, la acompañé —declaré sin dar mayor detalle, ellos no necesitaban el tipo de intimidad al que llegamos.

—¿Estuvo con ella desde el asalto?

—Correcto, pero ¿qué relación tiene que haya estado con ella con lo que me pasó?

—Es eso lo que queremos averiguar. Qué bien que me pueda dar algo más de luz para saber por dónde podemos seguir la investigación —contestó mientras escribía en una libreta—. ¿Se acuerda del tipo que lo llevó al coche? ¿Cómo era?

—Sí, alto, de metro ochenta aproximadamente, musculoso, moreno oscuro, ojos marrones y pelo largo medio rizado.

—¿Si le mostráramos a algunas personas cree que podría identificarlo?

—Me imagino que sí. Estuve descubierto y lo vi; ya en el coche me taparon los ojos —respondí, recibiendo un asentimiento de su parte.

—Gracias, le informaremos de cualquier cosa.

—Por favor, les pido que cuiden a Ashley hasta que sepan qué fue lo que pasó. Creo que puede estar en peligro y me preocupa.

—No se preocupe, está vigilada. Ella no lo sabe, pero hay un guardia tras ella y se queda fuera de su apartamento por si aparece cualquier sospechoso. De hecho, ha pasado a estar en el foco de la investigación.

—¿Por qué? ¡Por favor! Necesito saber de ella.

—No puedo revelarle detalles. No insista.

—Se lo suplico.

—Lo siento. —Esto si era sentir frustración, esa que te deja con el alma desesperada dentro de una botella pequeña sin salida—. Si me disculpa, señor De Michellis, tengo que retirarme y seguir con mi trabajo.



El policía confirmó que el comisario a cargo vendría a hablar conmigo y que estuviese preparado. No entendía nada de lo que pasaba.

No llegué a darle más vueltas cuando se abrió la puerta de la habitación dejando paso a personas que conocía muy bien: mi amigo Peter con su novia, Rose… y Martha.

—Menudo susto nos has dado. —Peter fue el único que se acercó.

—Pero ya estoy bien, algo roto pero vivo. ¿Quién te avisó de que estaba aquí?

—La policía revisó tus antecedentes al llegar. Tenías tu carnet y supieron que eras bombero, así que llamaron al cuartel para avisar. Desde ese momento, he tomado la representación por parte de todos. Estábamos muy preocupados. ¿Quién te ha hecho esto?

No logré contestar porque no tenía ni puta idea de quiénes eran, solo sabía que casi me mandan a otra vida. Martha se aproximó.

—Mi amor, menos mal que no te ha pasado nada. —Se acercó y me besó los labios. Yo me aparté, dándose cuenta de mi incomodidad.

—Martha, no confundas las cosas. Agradezco que hayas venido a verme, que estés preocupada por mí, pero nosotros no estamos juntos. —Fui tajante. Peter y su novia salieron de la habitación.

—Es que me he dado cuenta de que te quiero —hablaba cortando las palabras, llorosa.

—Yo ya no siento lo mismo.

—¿Ya no me quieres, Mauro? —Parecía sorprendida y yo estaba muy seguro.

—Martha, por favor, entiéndelo. No me siento bien y no quiero ser duro o maleducado, pero te pido que entiendas que ya no hay nada entre nosotros.

—¿Es por la chica que conociste? Me lo contó todo Rose, por eso te llamé esa noche, no lo pude resistir.

—Eso da igual, no es lo importante. Te ha dado un ataque de celos porque has perdido protagonismo en mi vida, pero dudo que me quieras de verdad. —Fui sincero. No era una chica mala, solo un poco perdida por tenerlo todo y conseguir lo que quisiera por sus dotes físicas y por su dinero.

—Me ofendes, Mauro. —Sus ojos se pusieron cristalinos.

—No es una ofensa, Martha, es la verdad. Puede que ahora no lo notes, pero creo estar seguro de que no me quieres. Solo estás confundida porque sabías que, en cualquier momento, yo era una pieza segura en tu vida, pero ahora no es así y estoy seguro de que yo no soy el tipo que te haría feliz.

No me sentí bien por lo que dije, aunque traté de decirlo con la mayor diplomacia posible, con delicadeza, pero, a veces, no se pueden ocultar las verdades y, a pesar de decirlas de forma suave, no siempre son bienvenidas. Notó que algo de lo que le dije tenía sentido. Me sentí una persona miserable.

Retrocedió unos pasos antes de girarse y salir rápidamente de la habitación. Poco después, Peter entró solo, su novia se quedó fuera, posiblemente con Martha.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó apuntando a la puerta.

—¿Con Martha?

—Con Martha y con esta paliza. Todo es muy extraño. ¿Tienes alguna idea de lo que pudo haber pasado?

—Con Martha no pasa nada. Respecto a lo otro, no tengo ni la más remota idea de la causa de la paliza. —No quise decir nada.

—Martha ha llorado mucho desde que supo lo que te sucedió. Está arrepentida. ¿Estás seguro de que no quieres nada con ella? ¡Aún recuerdo lo mal que te quedaste cuando te dejó! Hasta me aseguraste que con ella todo iba...

—En la cama iba bien, el sexo es sexo, pero no soy para ella. Y lo más importante es que ella no es para mí.

—¿Quién es esa chica por la que me mandaste el mensaje? ¿De dónde la has sacado? ¿Dónde la has conocido? ¿Estás seguro de que es una buena mujer? —Eran muchas preguntas y mi cabeza empezaba a doler, pero recordar a Ashley me hizo sonreír.

—Es una mujer perfecta, no puedo contarte nada más, por ahora. No quiero hablar de aquello, me canso de hablar tanto, con la paliza me duele todo.

—Me tendrás que explicar. Estamos preocupados. Hemos avisado a tu trabajo de lo sucedido, ¿te han llamado? —Solo moví la cabeza con un gesto negativo—. ¿Necesitas que haga algo por ti?

—Necesito un móvil, el mío me lo han robado.

—Menos mal que tenías de esos de prepago, así todo es más fácil. Te traeré uno y te guardaré algunos números que vas a necesitar —dijo Peter con una sonrisa, posado una mano en mi hombro.

Entró el doctor y pidió que se marcharan, ya que necesitaba que fueran visitas cortas; aún estaba en recuperación.

Esa noche no dormí bien, se pasaba el efecto de los analgésicos y me sentía dolorido física y emocionalmente. Estaba mal. Comencé a sentirme un poco mejor, hasta que, sobre las cuatro de la madrugada, conseguí dormir.

El sábado aparecieron James y Peter con un móvil nuevo. Eran buenos amigos.

—Estás con mejor cara que ayer. Te ves mejor —comentó Peter, más alegre que ayer.

—Me siento mejor, por fortuna.

—Te echamos de menos en casa —replicó James—. Cuando vuelvas, Greta te hará tu plato favorito: arroz con huevo.

—¡Qué rico comer algo que no sea comida de hospital!

—¿En qué estás metido, Mauro? —me preguntó, serio, James.

—Te prometo que en nada malo. Te doy mi palabra.

—Todo es muy extraño. Te dejaron tirado como a un delincuente en la puerta del hospital. Perdona que desconfíe, pero es muy raro —insiste James.

—Si has hecho algo malo, creo que es mejor que lo digas antes de que te pillen mintiendo.

Ese es mi consejo —dijo Peter. Ambos me miraban como si estuviese loco.

—¿Qué creen? Les digo que no he hecho nada malo, lo prometo.

—Vas a tener que contarnos, entonces —pidió Peter y ambos tomaron asiento.

—Somos todo oídos —informó James.

Suspiré entrecortadamente por el dolor, no deseaba contar, pero tenían razón, alguien debía tener constancia de lo que viví y ellos eran mis amigos. Hice un resumen desde que me pidieron cambiar de turno, hasta que la encontré en ese callejón.

—¿Te la follaste? —preguntó Peter. Su cabeza funcionaba solo para el sexo.

—Cállate, idiota —exclamó James con un gesto de desprecio.

—Estuve con ella hasta el domingo, que salí a comprar el desayuno y fue cuando me llevaron y me dieron la paliza.

—¿Nunca los habías visto? —preguntó James.

—No. Esa es la historia, no hay nada más. Prometo que no he asaltado a nadie, no he robado un banco, nada de nada. Créanme, por favor.

Estaban incrédulos, lo podía ver en su forma de mirarme. Una parte de ellos confiaba en lo que les decía, pero la otra hacía que les pareciera una historia muy poco real. Lo de Ashley, quedarme con ella todo el fin de semana, la paliza, el que me dejasen tirado en el hospital... Era todo demasiado extraño.

Entró uno de los investigadores, se presentó y comenzó a hablar:

—Hemos estado en plena investigación y ya sabemos por dónde va el tema. Puede estar tranquilo, señor De Michellis. Les pido, por favor, a sus amistades, si nos pueden dejar solos unos segundos para poder comentarle los avances de la investigación.

Mis amigos se levantaron con cara interrogante, aunque no dijeron nada; salieron. A esas alturas, solo quería entender qué había pasado y luego intentar buscarla con el móvil que me habían traído. Comenzaría por las redes, tenía que asegurarme de que estuviese bien.

—Usted dirá. Esto es demasiado extraño, me dieron la paliza de mi vida y no entiendo por qué. Estoy seguro de no haber hecho nada indebido —dije tranquilamente, recibiendo un asentimiento.

—¿Qué recuerda de lo sucedido?

—Lo mismo que ya he dicho: salí y me cogieron. Me llevaron al coche, me vendaron; al tipo le vi la cara por completo. Llegó un momento que no sentí más los golpes quedando anestesiado. Me hablaban de su jefe. La voz de uno de los tipos me era familiar, pero seguro que eran los efectos de los golpes. Estaba ido y las voces me azotaban la cabeza. No le desearía algo así a nadie. Fue tremendo.

—Debe ser muy claro, señor De Michellis, cualquier cosa que recuerde nos puede servir. Tenemos algunas teorías, pero aún no son contundentes. Debemos seguir la inspección. Por favor, haga un esfuerzo y díganos todo lo que recuerda de esa noche. No deje ningún recuerdo, por mínimo que sea, sin contarnos. Muchas veces, son detalles que pueden parecer poco relevantes, sin embargo, le pedimos que nos deje a nosotros tomar esa decisión.

—Gracias, comisario. La verdad es que fue todo tan rápido y tan extraño que parecía digno de una película. Me decían que no me metiera con su jefe. Luego, quedé tan atontado que no sé bien lo que sucedió. La paliza fue tan severa que pensé que pasaba a mejor vida.

—¿Había visto a ese tipo antes? —Volvió a pregunta y yo negué.

—Tal como ya he declarado, no.

—¿Usted había estado antes en el apartamento de la señorita Ashley McKay?

—No, solo este fin de semana.

—¿Cuándo la conoció? —Me estaba cansando de las reiteradas preguntas.

—Tal como le he dicho al policía, no había visto a esa chica antes, hasta que vi a ese tipo tirándose sobre ella y yo no pude dejar de defenderla.

—Agradecemos su valentía, señor De Michellis. Entonces, usted la conoció ese viernes. ¿Qué hacía el domingo por la mañana en su casa?

—Estuvimos juntos todo el fin de semana.

—¿Tienen una relación?

—Nos estábamos conociendo, hasta que me secuestraron. ¿Usted me podría indicar cómo está ella? —pregunto.

—Está vigilada. Ella no lo sabe, pero estamos muy pendientes. Le repetimos esto. Por favor, entiéndalo.

—¿La paliza tiene que ver con ella?

—Sí, pero aún no lo tenemos todo claro. Seguiremos investigando. Es probable que lo de la noche del viernes también pueda tener relación, pero no estamos seguros.

—¿Qué relación pueden tener? —pregunté, el hombre me miró un segundo, como si confirmara que puede confiar en mí.

—Estamos en plena investigación. ¿Usted sabe qué relación tiene la señorita Ashley McKay con el señor Matthew Clark?

—Sé que eran novios, pero lo dejaron hace poco.

—Revisando su expediente, veo que usted trabaja en el bufete de abogados liderado por el señor Brian Clark, ¿qué me puede decir de su trabajo? —Bien, esa pregunta era nueva y aportaría con todo lo que fuera necesario.

—Llevo muchos años ahí. Comencé a trabajar con su padre, fue quien me contrató y me dio la oportunidad de crecer y pasar de *junior* a estar a cargo de las chicas de la limpieza.

—¿Usted había visto al señor Matthew Clark? ¿Lo conoce?

—Sí, lo he visto varias veces en la oficina donde trabajo. Pero no más que eso —respondí sin titubear.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —Recordé nuestro encuentro en el departamento de Ashley.

—La última vez fue la madrugada del sábado, que llegó a casa de Ashley McKay cuando yo estaba.

—¿Por qué fue?

—Quería retomar su relación. Ella le pidió que se fuera. No quería su compañía.

—¿Lo reconoció a usted?

—Me dijo que le sonaba mi cara de algún sitio, pero creo que no me reconoció.

—¿Ha sabido algo de su jefe? Tengo un informe que dice que su compañero ha avisado de su accidente.

—Avisó porque mi amigo lo llamó para contarle de mi estado —dije tal cual me informó Peter.

—¿Ha tenido alguna retroalimentación de su trabajo?

—Hasta ahora, nada. No he sabido de ellos, de mis jefes, al menos.

—Cuando estuvo Matthew Clark esa madrugada del sábado pasado, ¿qué reacción tuvo con la señorita Ashley McKay? ¿Fue violento?

—Estaba muy molesto. No pensó que Ashley se encontraría acompañada. De hecho, pensó

que se abalanzaría en sus brazos. Fue muy extraño.

—Disculpe, pero ¿usted tuvo algún tipo de relación con la señorita Ashley? Sé que son preguntas un tanto íntimas, pero necesitamos saber, se trata de una investigación y tenemos que tener en cuenta todas las posibles aristas del caso.

—Sí, la verdad es que desde el sábado por la tarde tuvimos cierta intimidad, me gustaría dejarlo ahí.

—Con eso nos basta. Solo a modo de confirmación, ¿usted jamás había visto a la señorita Ashley antes? ¿Recuerda haberla visto en las oficinas donde trabaja?

—No, no recuerdo haberla visto.

—¿No hay nada más que recuerde?

—No, por el momento.

—Me retiro, entonces, señor De Michellis. Espero que se recupere pronto y...

—¡Espere, comisario! Hay algo —interrumpí.

—¿Qué es?

—Cuando Matthew fue a ver a Ashley el sábado, en tono despectivo, le preguntó si le había hecho falta la noche anterior. Ahora me he acordado de eso y… no sé.

—Gracias, señor De Michellis, todos los datos sirven —aseguró el policía.

—¿Usted me podría dar el teléfono de ella?

—Señor De Michellis, por el momento, ella no puede saber lo que le ha sucedido hasta que tengamos más claros los acontecimientos.

—¿Cómo? Ella estará imaginando cualquier cosa. Yo iba a comprar el desayuno cuando salí… ni siquiera sabe que saldría —dije disminuyendo el tono de voz y darme cuenta de lo preocupada que debía estar.

—Señor De Michellis, esto es más delicado de lo que se puede imaginar. Tiene mi palabra de que hablaremos con ella cuando sea el momento. Ahora está custodiada y su integridad no está en peligro.

—Necesito que esté bien —insistí con súplica.

—Lo estará, pero parte de la investigación depende de que, por el momento, no la vea. Estamos evaluando qué pasa a su alrededor. —Entendía que me consideraran un sospechoso, a pesar de mi secuestro, pero necesitaba saber que estuviera bien.

—¿Quién me asegura que la cuidan como corresponde?

—Yo mismo le informaré de sus pasos.

—¿En qué está metida Ashley? Le puedo asegurar que es una buena chica.

—No es ella, señor De Michellis, es su entorno. Por ahora, no puedo decirle nada.

Tuve que quedarme con las palabras del comisario y con una inmensa duda: ¿cuál sería el entorno de Ashley? ¿A qué se refería exactamente?

La prohibición de poder hablar con ella me mataba; seguro que ella pensaría lo peor de mí y yo atado de pies y manos sin entender nada.



Pasaron los días hasta que lograron hacer la conexión: su exnovio había sido el culpable de mi secuestro y de la paliza. Esa voz conocida era de uno de los mensajeros de la oficina donde trabajaba Matthew, por eso la reconocí y la sentí familiar. Fue él quien me dejó en el hospital.

La policía hizo su trabajo y el chico declaró que con todo detalle lo ocurrido. Cuando Matthew me vio, supo quién era, a pesar de preguntar y no era que le sonara mi cara de algún sitio, más bien, sabía a la perfección quién era.

Perdí mi trabajo. A pesar de que mi amigo avisó a Brian Clark de mi gravedad, lo hizo tarde. Cuando dieron con él, ya habían dado aviso de abandono de mis funciones sin justificación. No volvería a poner un pie allí, aunque, legalmente, podría apelar, pero tenía dignidad y no me iba a permitir volver a esa oficina. No quería estar cerca del terrorista de Matthew Clark.

El conocer a Ashley me había entregado tanto… Pero había durado tan poco… Por otra parte, las coincidencias, buenas y malas, se habían entrelazado entre sí y con ello quedándome en la calle. No era digno de una mujer como ella, de esa chica que había conocido ese fin de semana que cambió mi vida y me llevó a tomar la decisión más difícil de mi existencia.

Comenzaron a investigar y me pidieron que me alejara, que había llegado información al cuartel de policía de que Matthew Clark estaba metido en temas de narcotráfico y lavado de dinero. Como seguirían investigando, estaría en riesgo; no solo yo, sino Ashley, porque ya había hablado uno de sus tipos de confianza, infiltrado. Él seguía todo el tiempo a Ashley y se estudiaba que lo del intento de violación fuese también manejado por él para darle un susto.

Era una situación mucho más complicada de lo que se pensaba, así que no me quedó otra.

Estuve fuera de Nueva York unos meses y con una contribución por parte del Estado por lo sucedido. Era una red de narcotráfico más grande de lo que imaginaban. En un comienzo, pensaron que sería solo un tiempo, pero se puso cada vez más complicado. Poco a poco, comenzaron a salir más cosas de Matthew Clark. No había nada bueno en él. Estaba muy protegido, como si tuviese una red que velaba por él, como si varios círculos de coraza lo protegieran.

Me llegaron amenazas de muerte desde que estaba en el hospital, por eso la policía decidió sacarme de allí. El riesgo era para mí y para Ashley. Estaba furioso porque estuve con ella ese fin de semana, ese que parecía haber sido hacía años, como si hubiese pasado una eternidad. Además, todo se le había ido de las manos, ya que, al haberme dejado en el hospital, el que hubiesen comenzado a investigar cada detalle, hizo que llegaran hasta él y ya no tuviese salida.

Las casualidades de la vida hicieron que lo descubrieran, pero, a la vez, con mi cabeza en sus manos. Increíble, pero cierto. Era la presa de ellos. De alguna forma, había destapado todo, aunque yo no lo hubiese querido.



Mauro

La vida, era más loca de lo que nos imaginamos. No podía llegar y decirle que estaba escondido por orden policial, ya que mi cabeza tenía precio, por mí habían llegado hasta esa red de narcotráfico.

Sufrí mucho, fue horrible, pasé noches y días completos sin entender nada. Era como si hubiese encontrado a mi alma gemela, a la futura madre de mis hijos, a quien quería hacerle el amor una y otra vez, a la que salvé en las condiciones más extrañas. Era mágica, como si hubiese estado reservada para mí desde el día que nació y, de un segundo a otro, tuve que dejarla para protegernos.

Al exnovio de Ashley no lo salvó ni el bufete de abogados más prestigioso del planeta. Lo delataron unos vídeos en una plantación y laboratorio de cocaína en la selva de Colombia. Uno de sus hombres también lo delató y las pruebas fueron contundentes. Todos cayeron, fue una operación que debió de costar millones y en la que me vi metido sin quererlo y me trajo fatales consecuencias.

Nunca podría remediarlo.

No siempre se puede tener todo lo que uno quiere. No siempre somos los ganadores ni los mejores. No sé cuántas veces escuché esto de parte de mi madre. ¡Millones! Ahora trataba de darme ánimos y entender que la vida no se puede controlar.

¿Cómo era posible que, por temas inesperados, hubiera conocido a Ashley y hubiera tenido que alejarme de ella? Era injusto.

Un día, cuando creí que todo podría mejorar, me llegaron los mensajes con letras pegadas en un papel de periódico. Decían que, si contaba algo a la policía acerca de esos mensajes, cumplirían su palabra.

De algún modo, llegué a un camino sin salida. Me acorralaron y me tuve que alejar como un delincuente que huye porque no puede estar en un lugar para no ir a la cárcel, privado de libertad, aunque eso se puede dar sin tener rejas y sin estar en una celda pequeña y maloliente.

Lo mío era diferente, podía sentir el viento en mi cara, contemplar la naturaleza, mirar las estrellas por la noche y, a la vez, estar preso. Estuve así por meses.

No pude hacer lo que más me gustaba. Tuve que dejar a la poca gente que tenía a mi lado y dejar la pasión que me movía desde niño: la estación de bomberos.

Me tenían controlado y no sabía las razones. En un principio, no entendía nada, pero, a las semanas, fui encajando el complejo puzle para entender lo que pasaba y dónde estaba metido; en el centro del huracán y ni siquiera lo sabía. ¿Justicia o injusticia? Una soberana mierda con todas y cada una de sus letras, eso era.

Las indicaciones fueron claras: salir de la ciudad y no mantener contacto. Me vigilaban.

Llegué a Boston y una niña pequeña de unos diez años me pasó un papel que decía con letra de ordenador: «Ni se te ocurra dar un paso en falso. No puedes volver o ya sabes: James, Greta y *ella* no quedarán impunes por tu culpa». Aún recuerdo la cara de esa niñita pequeña e indefensa con aquella mirada. El que estaba tras esto no tenía escrúpulos. Lo tenía comprobado. Cada pequeño acto me confirmaba la mierda de persona que estaba detrás.

La policía, al ver el mensaje, optó por seguir el juego y así tener la posibilidad de dar con ellos, si creían que todo iba bajo el plan.

No tuve contacto con nadie para poder proteger a mi gente. No eran familiares directos, pero era lo único que tenía. Era la familia que había elegido y me importaban, incluso pensé en lo preocupada que estaría la señora Jackson; nadie le habría dicho dónde me encontraba.

Recuerdo estar con la cabeza loca y desconcertada, con una sensación punzante de rabia y angustia en mi pecho. Todo era demasiado raro y terrible. No tenía claridad de nada. A veces, culpaba al mundo y en otras, llegué a pegar patadas de rabia a una pobre silla destartalada que había en la habitación que me hospedaba.

Terminé en el pueblo de Salem. Alquilé una habitación por la mitad de lo que pagaba en Nueva York, pero no tenía trabajo. Empecé en una cafetería. Al principio, estuve en el área de la limpieza, hacía el aseo completo del local. Era una cafetería pequeña pero muy acogedora, cerca del museo de Salem.

Primero, hacía la limpieza, luego ayudaba a Ingrid, la dueña, a servir y hasta a quedarme a cargo del local. Por suerte, siempre había gente dispuesta a ayudar a salir adelante. Al final, en medio del caos, había algunas luces de paz en el horizonte, como un arcoíris que se presenta.

Ingrid fue de crucial ayuda. Era una chica unos años mayor que yo, rubia, de ojos color miel y pelo corto lacio. Teníamos algo en común, ambos llegamos por razones inesperadas a Salem, a labrar un nuevo destino. Ella llegó huyendo de una desilusión amorosa cuando acabó la universidad y, con el dinero que había heredado por la muerte de su padre, se lanzó con la cafetería. Conoció a George, quien hacía turismo por la ciudad un fin de semana; mantuvieron una relación a distancia hasta que él se mudó con ella. Una bonita historia de cuento.

Tenían una pequeña llamada Emma, una niña encantadora de dos años. Durante esos meses, los ayudé bastante con Emma y me habitué a estar cerca de los niños. Muchas veces la cuidé para que ellos pudieran tener un poco de libertad para salir, aunque fuese a tomar una copa. Se notaba que tenían una vida muy ajetreada.

Viéndolos de cerca, comenzaba a entender cómo era tener hijos. Impresionante y bonito. Ellos vibraban de alegría. Me gustaba ver cómo formaban un equipo excepcional; con amor, comprensión y apoyo, todo era posible. Emma era afortunada de tener esos padres trabajadores y dedicados, que remaban juntos por su bienestar y le daban todo el cariño posible.

Esos meses aprendí sobre la vida familiar; entendí que era preciosa. Me hizo admirar a mi

madre más que nunca y, a la vez, extrañarla hasta las entrañas; querer tenerla a mi lado. La necesitaba. Me sentía solo, perdido y asustado.

Las instrucciones de la policía eran que siguiera ahí y mandara cualquier cosa que me llegara. Me tenían en el radar, ambos, la policía y los malos. A veces, el recordar a Ashley y no poder acercarme me daba una rabia enorme; otras, recordarla me animaba a seguir y a no perder la esperanza de algún día volver a verla.

La policía estuvo en contacto conmigo a través de supuestos turistas que compraban café y dejaban mensajes en el baño dentro del tanque del inodoro, en el interior de una bolsa sellada. Así me avisaban. Los malos no sé cómo lo hacían, pero encontraron mi móvil, dónde trabajaba, incluso, un par de veces, fueron a comprar café y me dijeron: «Vemos que estás obedeciendo».

Matthew Clark era un hombre que, cuando se le metía algo entre ceja y ceja, podía ser un demonio. Lo vi en las fiestas con Brian, con esas chicas que, a veces, había visto en la oficina y a las que, en ocasiones, me tocó movilizar. Sabía que no era una buena persona, pero jamás pensé que podría estar metido en todo aquello de lo que se le acusó: lavado de dinero, estafa y narcotráfico.

Tal vez fueron los meses más complicados de mi vida, pero aprendí a valorar los mínimos momentos, los detalles, las pequeñeces que pensamos que no son importantes, solo porque les hemos perdido el sentido.

Cuando todo acabó, volví a Nueva York. Dejé un regalo a Ashley tras haber ido a su casa varias veces y no encontrarla. Le dejé mi *e-mail* y esperaba que volviera alguna vez. No conocía a sus amigas, a su familia ni su mundo... Nada de ella más que lo que compartimos.

Sabía que era sensible, que tenía una sonrisa preciosa y que amaba el arte. Tuve suerte, ya que hice un gran amigo dentro de la policía y averigüé dónde estaba. Se había ido a Italia. Cuando me lo contó, pensé que, quizá, en algún sueño, habría ido a buscarme al país de mi madre, pero no era así. La cabeza engañosa apoderada por emociones es capaz de conectarse con los sueños y nos lleva a pensar en aquello que queremos que se pueda lograr.

Visité a mi amiga, la señora Jackson. Esa amistad también nació en condiciones extrañas y tétricas, producto de un incendio. Esa señora marcó parte de mi vida, a pesar de que ella siempre aseguraba que fui yo quien le dio la oportunidad de seguir aquí. Era una persona tan agradecida que llenaba de luz y brillo todo a su alrededor. Verla de nuevo fue fantástico, más cuando agradeció tener noticias mías.

Recibí un mensaje suyo: estaba a punto de irse a Florencia. Haría un curso, algo en su camino cambió y decidió regresar a una de las cunas del arte. Podría ser por el arte o, ya había iniciado una vida allí.

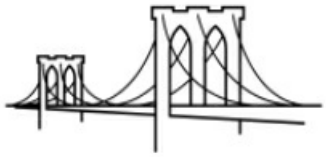
Me fui a buscarla y ver qué pasaría, cómo sería verla después de tantos meses. Era un mundo desconocido al que me arriesgaba, pero era lo mínimo que podía hacer, lo que necesitaba, ya que no estaba dispuesto a pasar la vida con la curiosidad de qué hubiese podido suceder si nos volviéramos a encontrar. No estaba dispuesto a pasar el resto de mi vida dejando situaciones en manos del destino. No me permitiría jamás abandonar esa opción de intentarlo. Tenía claro que también podría estar idealizando esa noche, incluso a ella. No podía quedarme con la duda.

Sin pensarlo, estaba en un avión. No era millonario, pero durante la estancia en Salem, a pesar de no ganar mucho, apenas había gastado, ya que no había mucho para hacer y no estaba con el ánimo como para buscar nuevas e inolvidables aventuras.

Llegué a la maravillosa ciudad de Florencia, tras todas las escalas y horas de espera por los transbordos. Si alguna vez ganase el premio de la lotería, tendría una vida sencilla, pero no

podría prometer volver a viajar en vuelos con escala. Las horas de aeropuerto son agotadoras y a mí se me hicieron interminables. Estaba con la ansiedad a flor de piel y solo quería llegar. Había pasado mucho tiempo y tendría que explicarle tantas cosas... Tuviese o no pareja, era posible que no me quisiera ver y no accediera a escucharme.

Me quedé en una pequeña residencia, modesta y sencilla. No necesitaba más. Busqué un trabajo en una cafetería, donde ya tenía experiencia, lo que me ayudaría a mantenerme mientras buscaba a Ashley.



Estuve mucho rato mirándola mientras estaba sentada con un libro en la mano. Llevaba unos *jeans* azules, camiseta verde y un jersey atado en su cintura. Su pelo recogido en una coleta alta y desordenada. Estaba preciosa. Tenía puestos los auriculares y se notaba que disfrutaba de su lectura, ya que veía cómo respiraba.

Estaba en completa conexión. No lo podía creer. Había esperado tanto tiempo este momento, tantos meses, semanas y días... Sin duda, fue el año más largo de mi vida, el más jodidamente inesperado y el más incierto.

Me acerqué y la toqué por la espalda. Sentí su piel suave y su olor a vainilla, que tanto me gustaba y que tantas veces recordé. Ella se sobresaltó.

—Hola, Ashley.

—Hola —me contestó. Su voz estaba en un hilo y sentí como si no hubiese pasado el tiempo.

—¿Qué película imaginas? —le pregunté con mi mirada clavada en la de ella.

—No lo sé, no pensaba en una película —contestó sin entender lo que sucedía.

—Entonces te contaré la mía. —Antes de continuar, la miré a los ojos y le acaricié la mano en círculos, tal como lo había hecho aquella noche en Nueva York hacía más de un año.

Nos abrazamos. Era el abrazo que esperaba hacía tanto tiempo. Toqué su cabello y lo puse tras su oreja para poder contemplarla mejor, poder mirar al detalle cada marca de su cara, de sus facciones, esas que jamás pude olvidar en tanto tiempo.

—¿Dónde has estado, Mauro? ¿A dónde fuiste? ¿Por qué no diste señales de vida? —Al hacer la última pregunta, dio un paso atrás y me soltó la mano que hasta ese momento estaba junto a la mía.

—Tuve que hacerlo, Ashley.

—¿Tuviste que hacerlo? ¿Tuviste que estar todos estos meses sin dar señales hasta dejar un libro de *Alicia en el País de las Maravillas* en mi apartamento? —Su tono de voz se volvió intenso, estaba enojada.

—No pude hacer otra cosa.

—¿No pudiste? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has decidido reconectar ahora, después de tanto tiempo sin saber nada de ti?

—Ashley, me lo pidió la policía. Investigaban una red completa y necesitaban llegar hasta el fondo, conocer la dinámica de la operación. No me podía acercar, me tuve que ir. —Intentaba

aclararle, pero sentía que cada vez se alejaba más y eso me dolía.

—No tuviste ni la mínima delicadeza para decirme, al menos, que estabas bien. No hay excusa para eso, Mauro.

—No sabes las veces que me quedaba en un estado de dolor absoluto, Ashley. Las cosas no son como las ves. Son muchísimo más complejas.

—Cuando alguien quiere, nada es complejo, Mauro —sentenció con el ceño fruncido.

—No puedo explicarte todo en cinco minutos y pedirte que me des la oportunidad de poder acercarme a ti. Es lo que quiero, estoy seguro.

—Pero es imposible.

—¿Por qué lo dices? ¿No me crees? —Tuve miedo, no sabía si quería oír la respuesta.

—Sabes que te creo. Estoy enfadada con todo, no solo contigo. Perdón por ser tan dura, Mauro. Es que…

—Ha sido complicado, lo sé. Pero dame la oportunidad de que hablemos.

—¿Qué has hecho todo este tiempo? —preguntó. Dejé escapar una sonrisa al saber que me escucharía.

—Me fui a Salem. Tuve que alejarme de todo. Al principio, no entendía nada. Fue muy difícil. Los días se me hacían eternos.

—¿Por qué no me mandaste ni una postal? ¿Sabías que te fui a buscar donde tus amigos? Tuve que rogar a un policía que me diera la dirección. ¡No sabes todo lo que pasé! No sabes lo que es salir de la ducha y no encontrar ni un rastro de la persona con la que... —se calló, dejando caer los hombros de decepción. Pero vi algo más.

—¿Con la que qué? —insistí.

—De la persona que me ilusionaba conocer.

—Ese día salí a comprarte el desayuno y me atraparon. No entendía qué pasaba. Me subieron a un coche y me dieron la paliza de mi vida.

—Lo sé, me lo contaron y no entiendo por qué.

—Menos entendía yo. Era como si estuviese en otro mundo y sin entender por qué mierda me estaban reventando en el suelo.

En ese momento, nuestras manos se volvieron a juntar y sentí el rocé de sus dedos con los míos. Los dos estábamos igual de emocionales. Hacía más de un año que no la veía, que no la miraba. Ambos estábamos asustados, descolocados, nerviosos y ansiosos. Me hubiese tirado encima de ella para darle a entender todo lo que me pasaba a través de besos, abrazos y caricias, pero sabía que no era posible hacerlo. Mientras me mostraba su disgusto, yo solo quería tenerla en mis brazos, como esa mañana de domingo.

Tenía miedo, la miré mucho tiempo. Estábamos cerca y podía mirarla a los ojos de nuevo, entrar en su mirada y en su mundo; establecer un nuevo camino, una nueva aventura, como Alicia, la protagonista de su libro favorito y que, además, le recordaba a su abuela.

¿A qué mundo llegaríamos? ¿Cuántos caminos tendríamos por delante? ¿Tomaríamos una buena decisión? Muchas veces, tomar una acción concreta puede hacer que los caminos se pierdan, no se conecten entre sí. Pensar que un paso en falso podría alejarnos otra vez me estremecía, me dolía y me asustaba demasiado. Ese miedo que se produce porque no somos capaces de hacer frente a una situación con los recursos de que disponemos.

No podía dejar de pensar en aquella calurosa noche en Nueva York. Tenía miedo. Cualquier paso en falso podría llevarnos a estar lejos. Al menos, quería intentarlo, tratar de que funcionase, aunque ella estuviese en Florencia y yo en Nueva York.

—No es tan fácil, Mauro. Llegas y apareces de la nada. ¿Cuándo vas a desaparecer otra vez? Sigo sin entender que no hubieses tratado de contactar conmigo en todo este tiempo. Siempre hay una forma. —Su voz pasaba de la desilusión a la rabia. Me soltó la mano como si fuese una espina y se hiciera daño.

—Por favor, Ashley, escúchame.

—Mauro, esto es muy complicado para mí, necesito tiempo, por favor. —Su mirada estaba llorosa.

Mi esperanza era que fuera un reencuentro romántico lleno de pasión, locura y de esa necesidad que se había acumulado en ese tiempo que lo sentí en instantes como una década. Estábamos en uno de los lugares más bonitos del mundo y algo me decía que sí era posible ese reencuentro, que podría volver a besarla una y otra vez, que tendríamos una oportunidad y que el tiempo jugaría esta vez a nuestro favor. Pensaba que podríamos dejarnos llevar por el viento y volar juntos, que con ella todo podría ser posible, pero las cosas no siempre son como uno quiere, sobre todo cuando hay temas inconclusos y partes de una historia sin contar.

—¿Cuánto tiempo necesitas, Ashley?

—No lo sé, estoy... —En ese momento, se tomó su cabeza en un gesto de desesperación—. ¡Estoy confundida!

—Te daré el tiempo que necesites. Pero antes de irme, quiero que tengas esto.

No reaccionaba, seguía ahí de pie frente a mí. No movía ningún músculo para tomar aquello que le tendía. Eso me puso nervioso.

—Toma, Ashley. —Se lo puse en las manos y uní las mías sobre el cuaderno—. Aquí puedes ver lo que pasó. Revísalo tantas veces como quieras y cuando estés lista, llámame. Tienes tiempo, pero no la vida entera, porque es una y no podemos desperdiciarla pensando.

—Dices eso porque fuiste el que desapareció y no esperaste durante meses un mensaje, una señal o algo. —Estaba furiosa, podía verlo.

—Entiendo tu enfado, Ashley. Solo te pido que leas esto.

Me di la vuelta. Pensando que sería mejor dejar la conversación hasta ahí, dejar que procesara todo y, si tenía suerte, que leyera lo que estaba ahí escrito. Sin embargo, me detuve, girando la cabeza para verla por última vez… esperaba que no fuera así.

—Prométeme que lo leerás, Ashley.

—No prometo nada. —Ahora estaba siendo hiriente.

—Te pido por favor que lo hagas. Estaré esperándote. Que tengas un buen día, *bambina*.

Capítulo 24

Ashley

A veces, sentía que quería vivir en esas memorias, lograr avanzar, como si nada hubiese pasado.

Llegué a mi casa. Me había sentido tan cómoda en ese lugar, era una ciudad menos movida que Nueva York, más tranquila, de una belleza intensa y diferente. Cada ciudad se adaptaba a cada etapa de mi vida y en esos momentos solo quería tranquilidad.

Entré a mi habitación y miré todo lo que tenía entre esas cuatro paredes. Desde ese momento, todo era diferente. Dejé el cuaderno en mi mesa y lo miré mucho tiempo. Seguía teniendo miedo a abrirlo, ese mismo miedo que me producía el abrirme con mis amigos: con Adri, Liam y Brandon. Había secretos que pensaba que me llevaría a la tumba.

Comencé a recordar, una vez más, aquel fin de semana. Me ericé, mis hombros se vinieron hacia delante y mis piernas temblaban; podría caerme ahí mismo. Aún podía revivir aquel atraco, el hombre encima de mí, cómo se contrajo mi pecho cuando me cerró la boca y cómo me sentí cuando me levantó la falda que llevaba, su olor, ese olor asqueroso a transpiración, la conversación con el otro tipo, el «hazlo tú y después voy yo», como si fuese un objeto. Nunca olvidaría eso.

Estaba confundida. Tanto dolor había aflorado y, a la vez, tanto agradecimiento. Lloré con el alma desgarrada. El sollozo salía con una potencia que no se podía parar. Me lo había guardado todo y ahora estaba ahogada con los recuerdos y con él en Florencia.

—Ashley, ¿qué ha pasado? —decían detrás de la puerta. Tocaban cada vez con más fuerza y yo no podía dejar de llorar, estaba consumida por un mar de lágrimas y sollozos—. Vamos, Ashley, ábreme la puerta. Ábreme o la echaré abajo.

Era Francesca. Tras su tercera insistencia abrí cayendo entre sus brazos, como si mis piernas no aguantasen el peso de todos esos meses. Todo se me vino encima.

—¡No puedo más! —exclamé. Ni yo sabía a qué me refería.

—Tranquila, Ashley, respira. Sea lo que sea, vas a poder salir de esas profundidades. —Me

abrazaba y yo solo lloraba, tanto que dejé su jersey mojado.

—Perdona, te he dejado mojada. —Quise disculparme, me sentía pésimo.

—Vamos, tranquila, no pasa nada. ¿Qué te pasa? Puedes confiar en mí. No es bueno guardarse la pena dentro. ¿Qué ha pasado?

—Es demasiado. Lo he acumulado por tanto tiempo. Duele mucho. No es tan simple —dije entrecortadamente, entre sollozos.

—Nada es simple mientras no intentemos simplificarlo. Es como un gran nudo ciego, mientras lo veas de lejos y no hagas nada por desenredarlo, siempre estará ahí.

—Tomará bastante tiempo contarte todo.

—No hay problema, son las seis de la tarde y tenemos hasta las seis de la mañana. Voy a buscar algo para beber y hablaremos, ¿vale? —Bajó y en dos segundos estaba arriba con un vaso de agua y una botella de vino tinto con dos copas—. Vamos, Ashley, ¿quién es él?

—¿Cómo sabes que se trata de un chico?

—Esas lágrimas no sé si son de amor o de desamor, ¿es del primero o segundo?

—Ni lo uno ni lo otro.

Estaba tan confundida, me transpiraban las manos y me paseaba por la habitación sin saber que hacer.

—Vamos, Ashley, explícate bien. O es uno o lo otro, ¿no? —Me miraba sin entender, como si cada respuesta tuviese solo dos opciones.

—Es inconcluso. Ni amor ni desamor —suspiré—. Todo comenzó una noche de verano en Nueva York, cuando decidí salir para celebrar el fin del semestre de la universidad. Mi novio no quería que asistiera con mis compañeros de universidad.

Le conté todo y mientras lo hacía, lloré, saqué todo lo que estaba enterrado. Francesca fue más empática de lo que nunca pensé que alguien podría ser. Lloró conmigo entre abrazos, sentí que se puso en mi lugar y, cuando le detallaba lo de los tipos, era como si a ella le hubiesen levantado la falda; lloraba como si fuese la protagonista de lo que esa noche le confesaba.

—No puede ser que no hayas hablado de este tema con nadie.

Estaba impresionada y al hablarme me hacía cariño en el cabello con un amor especial, como si fuese una hermana chica o tal vez, una hija. Fue muy contenedora.

—Con nadie. Perdóname por tirártelo a ti como un balde de hielo.

—Nada que perdonar, Ashley. No es sano guardarse las cosas, siempre reviven y salen. Somos humanos y, a veces, no somos capaces de avanzar solos; por eso vivimos en sociedad, porque nos necesitamos.

—Te prometo que no planeé no hablarlo, es que no pude.

—Lo bueno es que ya has sacado lo que tenías dentro. ¿Lo quieres?

—No sé si se puede querer a alguien que no vi nunca más.

—Deberías comenzar por leer ese cuaderno. A medida que avances las páginas, tal vez puedas llegar a entender lo que te está pasando. Tienes que darte la oportunidad y dársela a él.

—Pero él en un año no hizo nada. No entiendo —exclamé.

—A veces, hay cosas que no entendemos porque no manejamos todas las miradas de un mismo tema. Siento que Mauro se merece que leas ese cuaderno que ha venido a entregarte. Ha cruzado el océano Atlántico por algo, Ashley. Si no, hubiese sido más simple que junto al libro que te regaló, hubiese dejado este cuaderno. —Me miraba con cariño.

—No lo entiendo… aparece así, como de la nada, y luego se va de la misma forma. —Estaba tan confundida.

—Por lo que me has contado, está aquí, aún no ha desaparecido. ¿Vas a leerlo?

—No lo sé.

Francesca no lo dudó. Tomó el cuaderno y comenzó a leer la primera hoja en voz alta. Me vio tan dudosa que prefirió tomar el toro por los cuernos. Narraba sobre su vida en el cuartel de Bomberos, una visita a la señora Jackson una tarde de invierno, una conversación con su amiga Greta, pero lo que más llamó mi atención fue lo siguiente que leyó:

> Hoy tengo mucho que contar. He conocido a una chica, su nombre es Martha, es amiga de la novia de Peter, una preciosura, me vuelve loco. No podría describir todo lo que hemos hecho desde que nos conocemos…

Mientras más avanzaba la narración, más me dolía el corazón, sin poder creer lo que ahí decía. Definitivamente no estaba dispuesta a conocer los detalles de esa relación, menos si luego podía decir que se había ido con ella, dejándome sola esa mañana.

—Para, Francesca —pedí hecha un mar de lágrimas.

—¿No quieres que siga?

—Me falta vino para poder seguir escuchando esto. No puedo creerlo. —Me tomaba la cara con las manos como si ese gesto me permitiese cambiar la realidad.

Francesca bajó y, en segundos y volvió con otra botella de vino abierta lista para seguir leyendo.

—¿Quieres que siga?

—Sí, lo necesito. Necesito entender.

—Vamos. —Me abrazó y siguió con el cuaderno.

Me sorprendió lo rápido que terminó esa relación y la crueldad que narraba Mauro de la reacción de Martha. Deseaba darle una buena bofetada por tratar de esa manera a tan buen chico. Sin embargo, todo quedó olvidado cuando la narración cambió bruscamente, como si hubiera dejado de escribir por mucho tiempo… justo hasta el día en que desapareció.

> Estoy muy confundido. Salí del apartamento para ir a comprar el desayuno, y, sin entender, me subieron a un coche con los ojos cubiertos. Me dieron la paliza de mi vida, y ahora estoy en el hospital. No sé cómo he llegado, no me acuerdo de nada. Es como si una parte de mi vida estuviese en blanco. Solo recuerdo que, entre los golpes, me decían: «No te metas con mi jefe».

Entonces, ¿no se había ido? ¿No me dejó por otra o porque se dio cuenta que no era lo suficientemente buena? Cerré los ojos con fuerza.

> El comisario habló conmigo: hay una investigación en curso. Necesitan llegar al fondo. Esto va a durar meses y yo no sé cómo, pero estoy en el ojo del huracán. Yo no he hecho nada, qué mierda tener que alejarme por orden policial, por una investigación donde mi deber como ciudadano es apoyar y no poner obstrucciones a la justicia. Ashley pensará que soy una basura, que la he dejado tirada sin avisarla. A veces, quiero no seguir aquí, ¿por qué es tan complicada la vida? ¿Podré explicarle algún día?

—¿Quieres que pare, Ashley? No te veo bien. ¿Sabes por dónde puede ir esto? Pobre chico. Perdóname, pero, sin conocerlo, no puedo dejar de empatizar con él. Se nota que es sincero. —Me hablaba con una voz suave intentando que entendiese cada palabra que decía.

—¿Lo crees de verdad? ¿Crees que también quedó marcado por ese fin de semana?

—Vamos, no has oído lo que he leído. Déjame seguir. —Se bajó las gafas que tenía en la cabeza y siguió.

> ¿Podré salir de esta mierda alguna vez? ¿Qué había sucedido? Perdí mi trabajo, me tuve que ir de la ciudad. ¿Era un

delincuente? Solo había estado en el lugar equivocado con la gente incorrecta. No, Ashley no era gente equivocada, era demasiado buena y «enamorable».

Las indicaciones estaban claras, ponía en riesgo a mi gente, me había llegado una amenaza al hospital y debía irme, estar lejos, o mis allegados estarían en peligro, mis amigos y ella. ¿Por qué me habían secuestrado al salir de su casa?

—Ashley, este chico es bueno, estoy segura. Ya no es intuición. Además, dice que eres *enamorable*. Da a entender que se podría enamorar de ti o se enamoró.

—No creo. ¿No te parece que es imposible querer en horas? —Ella me regaló una sonrisa y tomó mi mano.

—Creo que todo es posible. Dame más vino, Ashley. Esto es demasiado romántico. Ahora está en Florencia.

Nos bebimos, casi por completo, la segunda botella de vino y, mientras leía la historia, se emocionaba como si leyese un libro de amor.

—Ashley, si decides salir a buscarlo, no puede ser en estas condiciones. ¿Cómo es él?

—Está para comérselo, es demasiado guapo.

Al decirlo, me transporté a ese lugar: mi cama, en mi pequeño *loft* de Nueva York, ese olor, las risas, su bóxer del revés, el viaje en el carruaje de Central Park, la foto con Alicia, la música de los Beatles, el puente, la azotea... ¿Tanto había pasado en tan pocas horas?

—Deberías hablar con una especialista sobre lo que pasó. Seguro que no eres la misma mujer que antes de ese acontecimiento —me insistió.

—No soy la misma, eso es verdad —confesé mientras miraba la caligrafía en el cuaderno.

—Tengo una amiga que te puede ayudar. Es de confianza y muy profesional. No es de la escuela tradicional, pero te ayudará con terapias alternativas. No pierdes nada.

La miré unos segundos, sus ojos transmitían esa confianza que necesitaba para tomar la decisión. Tenía razón, necesitaba sacar aquello de mi interior y así, tomar el mejor camino para mí y lo que fuera que existía entre Mauro y yo.

—Creo que lo necesito. Hoy le quería pegar y, a la vez, besar sin parar. Estoy destrozada.

—Y borracha. Vamos, saca todo afuera —dijo Francesca, riendo entre dientes.

—Imaginé tantas veces un reencuentro..., pero ha sido distinto. Y este cuaderno... —Lo tomé en la mano, me lo llevé a la nariz, como si pudiese olerlo y cerré los ojos.

—Pásamelo, quiero saber que sigue. —Dejé me lo quitara. También deseaba saber.

Salem, la ciudad turística de las brujas, ese precioso pueblo ubicado a unos minutos al norte de Boston...

Narró toda la instancia en esa ciudad, lo que fue trabajar en la cafetería, la visita de la policía y de aquellos que lo amenazaban. Pero aquella última frase, fue lo que más me marcó.

En algunos momentos, era espantoso, rogaba que me dejaran llamarla, necesitaba saber de ella.

—Mira, Ashley, aquí están algunos de esos mensajes. —Me mostró unos papeles pegados en el cuaderno.

—No lo puedo creer —dije llorando.

—Necesitamos seguir. Ashley, tienes que llegar al final para entenderlo todo.

«Por favor, necesito saber de ella, déjenme llamarla».

«Si lo haces, estaremos perdidos. Está todo vigilado. Su teléfono está interceptado. Esto no es un juego, hay vidas en riesgo. No puedes».

La respuesta siempre era negativa. Aún no habían llegado al detalle de cómo funcionaba la trama y no querían que

estuviese en riesgo. Me decían que, si quería que ella estuviese bien, no podría acercarme ¿Qué haces cuándo quieres a una persona, pero no puedes decírselo? ¿Cuándo no la puedes mirar a los ojos para contemplarla más allá de esta vida? ¿Cuándo por su propia seguridad no puedes aparecerte por su puerta? ¿Por qué? ¿Qué se hace ante algo así?

Tu eres el que día a día me ayuda a liberar… diario querido y odiado a la vez… no me queda más que quererte, ya que es aquí donde deposito mis turbulencias y mis dolores, no puedo dejarlos dentro si no soy capaz de seguir… por eso te quiero porque eres una especie de compañero, pero te odio porque te escribo, porque curiosamente solo me has acompañado en momentos de oscuridad, ya que en la alegría se escriben maravillas que van talladas directamente en el alma, las que no requieren líneas y líneas en las que solo una palabra lo detalla todo a la perfección.

—Necesito más vino, Ashley. Jamás pensé leer algo así. ¿Entiendes un poco más?

—Sí, qué mono él.

—Mucho más que eso. Dejó todo por cuidarte, deberías agarrarlo y darle todo el amor que no ha salido. Iré a por más vino.

Francesca parecía una lectora fanática del romance, imposibilitada de dejar de leer. Llegó con la tercera botella y algo para picar.

—Galletas, queso, vino, jamón serrano y bebida *light* o nos dará un coma etílico. ¡Sigamos!

—¿Por qué has bajado con el cuaderno?

—Quiero ir leyendo y que no te adelantes. No imaginaba que habría hombres así en la vida real. —Suspiró y continuó:

Veía los meses pasar y la sentía más y más lejos. No quería olvidarla, pero sabía que me estaría odiando. Seguro que pensó que me fui con Martha por esa llamada, pero no. Hasta fue a verme al hospital, dispuesta a todo conmigo, pero no, ya era muy tarde. ¿Por qué todo era así de complicado? Era tan ingenua que seguro que no sabía nada de los pasos de Matthew Clark.

—¿Qué pasó con Matthew? —preguntó luego de leer sobre el laboratorio de cocaína que dirigía Matthew.

—Está preso. Estaba metido en esa mafia. Cuando estuve en Nueva York, fue terrible, estaba en medio de la investigación.

—¿Nunca sospechaste nada? —preguntó interesada.

—En el momento, no. Ahora, mirando hacia atrás, sí. Algunas llamadas que recibía en otro móvil, cosas extrañas..., pero en mi mente no había lugar para algo así. Solo pensé que era un empresario muy exitoso. Al parecer, yo era de las pocas personas que no sabían en qué estaba metido. Es doloroso.

—Me imagino, igual estuviste con él por algo. ¿Lo quisiste mucho?

—No lo sé, solo sé que me presionaba mucho y que no era del todo feliz. Lo dejé y ya sabes todo lo que ha pasado desde entonces.

—Y no has sido feliz tampoco, ¿cierto? —Me miraba por encima de sus gafas cuando no se las había subido a la cabeza para hablarme. Su actitud denotaba mucho cariño y preocupación.

—No, no he sido feliz, me ha faltado algo. Pero he estado contenta con el arte y con mi llegada aquí. Y ahora no logro digerir todo esto. Lo juzgué tantas veces...

—¿Quién es Martha? Dice que pensarías que se había ido con ella. ¿Lo pensaste? ¿Logró adivinar tus pensamientos?

—Era su exnovia —expliqué—, la noche después de estar juntos, lo llamó con un ataque de celos. Se enteró porque ese amigo suyo, Peter, de la estación de bomberos, era novio de la amiga

de esta chica y él le había contado algo por mensaje. Y sí, lo adivinó. Muchas veces pensé que se había ido con ella y que estaba enamorado.

—¿Es bombero?

—Sí, ¿no te lo dije? Creo, incluso que lo leímos.

—Sí, ahora que lo recuerdo. Eso ya habla bien de él. Seguro que es bueno.

—Sí, desde niño quiso ser bombero…

Mientras hablaba mi mente y mi corazón lo buscaban y se daban cuenta del gran tipo que era y de que, con todo lo sucedido, no solo yo había sufrido, sino él también. Lloraba mientras mi amiga hacía el análisis de sus palabras y ya no podía abrir más los ojos de la impresión.

—Respecto a la chica esa, aquí dice que lo fue a ver al hospital y él no quiso nada con ella. Llegaste hasta el fondo de su corazón. —Hablaba segura, como si pudiese comprobarlo, como si lo conociera.

—Me da mucha pena, no lo puedo creer. Además, se quedó sin trabajo, se tuvo que ir a otra ciudad, todo ha sido más complicado para él que para mí.

—Yo que tú ya estaría en la calle buscándolo —comentó con tanto entusiasmo, que pudo transmitirme algo a mí.

—Francesca, son las cinco de la mañana.

—¿Tienes su número? —me preguntó ansiosa.

—Sí y su *e-mail*, es que me había escrito y yo…

—¿Tú qué?

—Mandé todos sus *e-mails* al spam. —Me dolió decirlo, había sido una mierda.

—¡Escríbele! —Me habló como si esa fuese la única opción posible.

—Ya veremos, ahora quiero que sigas leyendo, por favor. —Estaba tan intrigada.

—Nos hemos comido todo de puros nervios. Es bonito, a pesar de todo.

La policía me contaba de ella, de sus pasos. Supe que le fue bien en la universidad, que terminó su carrera, que Matthew Clark la molestó mucho tiempo… que salía con un chico; nunca me confirmaron si eran pareja o no, pero que sí estaban mucho tiempo juntos y que solían salir con su amiga. No me dieron más información, y siempre me quedé con la duda. Pensé que me omitían cosas para que no me saliera de mis casillas y para que no saliese a buscarla como un loco y mandase la investigación a la mierda.

—¿Tuviste algo con ese chico?

—Sí, algo, pero no resultó. Lo intentamos.

—¿Es el chico que estuvo unos días y con el que te fuiste a Venecia?

—Sí, Brandon. Lo intentamos, pero no funcionó. Una parte de mí quería que funcionase para olvidar y dejar atrás todo, pero somos más amigos que nada y los dos tenemos temas pendientes. Ya no sé qué pensar, Francesca.

Lloré más, fue como una nueva crisis de llanto, una más de las varias que tuve esa noche, donde estuvimos muchas horas con ese cuaderno abriendo temas dolorosos.

—Tranquila, Ashley, es normal que estés así. Es demasiada información para digerirla en una sola noche. Es mucho. ¿Lo dejamos para mañana? Aunque me muero por seguir.

—No, sigue hasta el final.

—Hasta el final, entonces.

Ambas estábamos muy atentas al relato. En ocasiones dejaba que las lágrimas corrieran por mis mejillas, como en otras las quitaba con rabia. No por lo que él escribía, sino por la situación que vivió, que vivimos por culpa de otros.

En un momento, Francesca se quedó en silencio; me miró un segundo, antes de continuar con la lectura. Esta vez las palabras estaban dirigidas a mí.

> Ashley, si estás leyendo esto es porque no me has dejado que te explique, tal vez porque me odias o porque ya sea parte de un pasado que no quieras volver a abrir nunca más, no lo sé.
>
> Tengo la certeza de que, si estás con este cuaderno en tus manos es que no me fue como esperaba. Sé que te quiero, no sé cuánto, ni tampoco si esto es mutuo. Tampoco sé si lo que siento es para siempre, solo sé que, por más de un año, me ha dado vueltas todo lo que vivimos esas horas sin dejarme salir a flote o permitirme conocer a otra persona. No sé si es así el amor, pensé haber estado enamorado una vez, pero después me di cuenta de que no.
>
> No sé lo que siento en concreto, porque no te he visto en meses, pero sé que has sido la última persona en la que pienso por las noches, que ha sido desesperante que no sepas la verdad, que me ha dolido el alma de que pensases que me fui así, de la nada.
>
> No sabes cuántas veces me he arrepentido de abrir esa puerta sin avisarte para comprar tu desayuno favorito. No habértelo dicho, no haberme metido contigo a la ducha. No sé si las cosas hubiesen sido distintas, pero, al menos, hubiese estado más tiempo contigo. Me he acordado de cada detalle de ese fin de semana, de cada marca de tu cuerpo, de tu respiración, de tu quitamiedos, de tus pinceles y de ti.

—Ashley, esto es demasiado. ¿Vas a buscarlo? —Estaba tan ansiosa como yo, esa noche la vi comer como nunca.

—Estoy tan confundida, siento estas emociones tan fuertes en mi interior, si bien no sé si es amor o rencor. Tampoco sé qué es el amor y no sé qué riesgos tiene. Solo pensar en él hace que mi corazón lata fuerte y al mismo tiempo no quiero volver a arriesgarme por algo que puede ser solo una ilusión, algo que desaparecerá de la misma forma que hace un año… no, no estoy preparada para eso.

—Tienes que abrirte a esto. No es bueno dejar capítulos inconclusos, te lo digo porque lo sé.

Aquella fue una de esas noches fuertes, llenas de sentimientos, de enseñanzas y de dolor.

Si por mí fuese, en ese mismo momento hubiese salido a buscarlo a la calle como una loca, pero no podía hacerlo, llevaba más copas de las que necesitaba en el cuerpo y no sabía cómo reaccionaría si las cosas se salían de contexto, sería capaz de reprocharle cada minuto que me dejó sola y no estaba segura si se lo merecía. ¡Ay, todo es tan complicado en el amor!

Por la mañana, desperté deshidratada.

Me duché y bajo el agua me sentí distinta, más tranquila, con algo de paz, sin saber qué pasaría.

Me senté frente a la computadora, busqué en el spam. Había miles de correos de su parte, me era imposible leerlos todos después de haber escuchado lo escrito en el diario, así que solo abrí unos cuantos en donde pedía desesperadamente contactar conmigo. Estaba muy confundida, desesperada, insegura, perdiendo todo lo que había construido en esa hermosa tierra de Florencia. Eso no podía pasar.

Finalmente me decidí y escribí:

De: Ashley

Para: Mauro

He leído el diario… bueno, en realidad lo ha hecho Francesca y yo he escuchado cada palabra. Pero necesito tiempo, necesito entender todo lo que ha pasado, el que volvieras y

no perder quien soy ahora que estoy haciendo lo que me gusta.

Lo siento, seguramente deseabas una respuesta rápida, pero no soy capaz de darla. Necesito tiempo.

De: Mauro

Para: Ashley

Toma todo el tiempo que necesites, siempre estaré esperándote.

He venido por ti y esperaré lo que sea necesario, solo no olvides aquellas horas juntos, cada segundo que vivimos en esos pocos días. Tienes todo mi cariño.



Ashley

La perfección no existía y tal vez lo mismo pasaba con la felicidad. Dicen que en ocasiones puede venir a visitarte y uno no le abre la puerta. Creo que eso mismo fue lo que hice con Mauro. Los instantes imperfectos habitan más en nuestras vidas de lo que los necesitamos. Me sentía mal y me dolía ver que el bombero que salvaba vidas y que me había salvado de tener una completamente diferente y dolorosa estuviese sufriendo y, peor aún, por mi culpa.

Estaba justo pintando una Flor de la esperanza, esas que germinan y florecen en lugares casi imposibles y, al mismo tiempo, buscan cualquier posibilidad para demostrar que siempre hay fe y sucesos que nos hacen ir hacia adelante.

No me encontraba en ese momento, sabía que había logrado lo imposible para mí, ahora no sabía si deseaba hacerlo en compañía o en solitario.

—Que preciosa Ashley. —Miré sobre mi hombro a Francesca. Le sonreí.

—¿Sabías que es la flor que simboliza la esperanza? —pregunté volviendo a mirar mi trabajo.

—Hablando de aquello, ¿crees que tenga esperanza ese chico guapo que veo en las mañanas en la cafetería de mi amiga Inés?

—Francesca, no sigas, por favor —le supliqué.

—Lo veo todos los días, pero dicen que se va a Padua. —Dejé de pintar o lo que fuera que estuviera haciendo para girarme.

—¿Estaba tomando café?

—No, Ashley, lo está sirviendo a la gente. Dice Inés que es su mejor empleado.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja con ella? —pregunté sorprendida.

—Al menos dos meses.

Eso me sorprendió, significaba que llevaba tiempo buscándome la primera vez y aún seguía aquí esperando… sin darse por vencido. Mi corazón latía fuerte.

—No lo sabía.

—¿No te parece que ya es suficiente tiempo? —preguntó Francesca. Habían pasado casi tres semanas desde que me entregó el diario.

—Francesca, por favor.

—Ashley, con todo el cariño… no te vaya a pasar lo que me sucedió a mí.

Ver a Francesca me conmovió, sus ojos estaban inyectados en lágrimas, como si el tiempo se hubiese detenido y con ello no pudiese perdonarse.

Silencio.

—¿Sabías que dicen que hay almas que se conectan para siempre? —Francesca parecía convencida.

Silencio.

—La buscarás por los vientos, mares o nubes. Donde sea que estés o con quien estés. No puedes dejar de recordarla y no puedes olvidarla… porque siempre está presente.

Silencio.

—En las tempestades se hablan a través del viento…—Francesca lloraba de dolor…y mis lágrimas también comenzaron a caer sobre el óleo sin darme cuenta.

Silencio.

—En la calma a través de las estrellas… pero nunca se abrazan, Ashley, nunca.

Justo ahí tomé la decisión que llevaba días buscando. Ya no podía engañar a mi mente o a mi corazón, siempre supe cuál era la respuesta desde que escuché las primeras palabras en el diario.



No sé si les ha pasado que, en el fondo del corazón, saben lo que quieren, pero el miedo es tan grande que es capaz de paralizar los sueños… Eso fue lo que me pasó cuando volví a ver a Mauro en Florencia luego de esas semanas que parecieron mucho más que eso.

Ver a una mujer arrepentida de no haber hecho lo imposible por la persona que había amado, me llevó a romper ese círculo tóxico en el que estaba metida. No era una toxicidad producto de una relación, era yo misma la que me estaba envenenando y, tal vez, el paso del tiempo solo iba a hacer que las cosas se pusieran peor y nunca avanzaran.

El mover mis ojos en distintas direcciones no hacía que olvidara su carita, por más que me concentraba en mi respiración no lograba sacarlo de mi corazón, y por más que intentaba sonreír no lograba alejar la pena y el anhelo de volver a abrazarlo.

Ahí lo supe con claridad, el fantasma tenía nombre y apellido, era yo misma, Ashley McKay.

Intentando que no me viera, pedí un café bajo otro nombre, mostrándole a la dependienta donde iba a sentarme: en el lugar más escondido del local. Rogaba que fuera Mauro quien me lo llevara.

Lo vi tomar mi pedido, observar el nombre y quedarse quieto unos segundos; esa mirada que iba más allá de su físico. Sentí mi corazón como un loco, desesperado como si quisiese saltar alocado y expectante.

Observé cada uno de sus pasos, aún atento en el nombre de la dueña de ese café. Sabía que eso llamaría su atención hasta que me viera.

—Café *latte* para Alicia. —Aún no me miraba, atento en la bandeja para no dar vuelta la bebida.

Yo no pude decir nada, estaba tan concentrada en mirarlo que una función más no sería compatible con mi cuerpo.

—Aquí tie… —Nos miramos—. ¿Ashley? —Volvió a mirar el papel con el nombre—. Perdón, acá dice Alicia.

—Hola, Mauro. —Recibí el café, dándole un sorbo, aunque quemara mis labios.

—Hola, Ash.

—Sé que no es el momen…

No lo dejé terminar, levantándome para abrazarlo y besarlo con todas las ganas. Ese beso que no fue planificado porque sabía que junto a él no habría planificaciones posibles y mi reacción no podría ser mérito de una obra de teatro.

Nos separamos lentamente, olvidando que Mauro estaba trabajando y yo no me comportaba como una clienta discreta. Sin embargo, no nos importaba, nuestras sonrisas eran inmensas y cualquiera podría saber que ocurría.

—¿Lo intentaremos? No soy dueño del futuro, no tengo fortuna ni nada parecido para ofrecerte —dijo Mauro mirándome directamente a los ojos—. En estos momentos no tengo ni casa, pero te prometo que lo intentaré. Te haré feliz, si es que aún quieres bailar conmigo sobre el Puente de Brooklyn, si es que aún quieres ser mi protagonista, sí aún quieres sentarte en la terraza a agradecer a la vida lo que tenemos, aunque sean solo momentos, cortos o eternos. Me encantaría que fuera un para siempre y no sé cuánto tiempo es eso, pero, si es, aunque sea un segundo, quiero vivirlo contigo. ¡Intentémoslo!

—Contigo para siempre, aunque sea para nosotros un segundo, pero uno bien vivido, bien disfrutado y bien intentado. No me quedaré sin saber qué es lo que me pasa contigo —dije sincera.

—Yo lo tengo claro, Ashley.

Lo más lindo es que comprobé que siguen existiendo besos que lo dejan todo, que se dan con el corazón y que traspasan cada hueso, aunque para él haya sido una completa sorpresa. Eran esos besos llenos de nosotros, de él y de mí, una receta imposible de copiar, completamente dulces y musicalmente seductores y posibles gracias a nuestra magia y solo nuestra.



Desde el primer beso hasta el último habían sido perfectos, desde el primer tacto hasta el más íntimo lo sentí por completo, en cada una de las terminaciones nerviosas. Mauro era especial y si había algo de él que ese fin de semana tampoco cambió, a pesar de los meses que habían pasado, fue que no quiso impresionar con nada más allá de lo sencillo y cotidiano; esa era su esencia.

Resulta complicado y confuso reconocerla en los seres humanos, es lo que muchas veces

está guardado bajo llave y códigos de seguridad cómo una caja fuerte… así puede ser el corazón de muchos, cómo el mío. Asustados o precavidos, da lo mismo como lo justifiquemos o las razones que tengamos para llevar una caja de seguridad inyectada en el cuerpo… simplemente Mauro no era así, era la transparencia completa.

Esperé a que terminara su turno en la cafetería, luego me tomó de la mano, sin perder la sonrisa más bella de mundo.

—¡Vamos a mi hostal! Sabes que no tengo donde más llevarte. Espero que no te importe, *bambina*.

Y así mismo llegamos al hostal pequeño barato y de poco lujo, la puerta estaba pintada de color azul y la madera estaba rascada como si un perro con sus garras la hubiese rasguñado. Abrió la puerta que llevaba un candado puesto.

—No pienses que lo he decidido yo. Es que me lo pidió la dueña …

—Lo sé— reí y lo abracé por la espalda besándolo en la mejilla con muchas ganas—. Sé que para ti los candados son para ponerlos en un puente y tirarlos a un río.

—Algún día lo pondremos y tiraremos la llave lo más lejos posible. —Ambos reímos recordando aquella conversación de meses atrás.

Debo reconocer que, además, sentí nostalgia por esos segundos de mi vida, los que tanto habían cambiado mi forma de pararme frente al mundo.

—Tal vez —contesté en un murmullo, sin dejar de sonreír.

—Los tal vez también se cumplen, Ashley. —Se giró para tomarme del rostro y besarme—. Te prometo que jamás nos olvidaremos de esta noche, al igual que aquel fin de semana en Nueva York. —Sus palabras me llegaron al corazón. Además, sonó tan seguro de sí mismo. Me alzó en brazos avanzando.

—No puedes controlar mis recuerdos —repliqué risueña y sin saber que, a pesar del pasar del tiempo, tampoco había logrado tener el control sobre ellos y no pude olvidarlos o dejarlos pausados para siempre.

—Ya lo veremos más adelante —me desafió mientras me comenzaba a sacar la ropa, prenda por prenda, primero la básica, luego el sujetador y así sucesivamente. Tenía razón. Nunca lo olvidé.

—¿Sabes del futuro?

—Del nuestro, sí.

Su mirada rompió las barreras y mis ojos cosquilleaban por las lágrimas que estaba reteniendo y no solo eso, logró llegar hasta el alma y más allá de mis huesos. Fue la primera vez que sentí con exactitud que hay miradas que todo lo pueden, que se llegan a sentir sin tocarse y son una especie de beso perfecto.

Me sentí completa cuándo estaba por fin dentro de mí, era esa otra mitad que había estado volando en alguna parte del mundo, lejos de mí, que me hacía falta; lo había extrañado.

Hicimos el amor con los ojos muy abiertos, comunicándonos entre pestañeos y gemidos de placer. La impresión del momento hace maravillas que no son planificadas y por eso mismo son las mejores de la vida… sentí que su mirada no solo hacía contacto con la mía, sino más bien, disfrutábamos de vernos, sentirnos, mirarnos. Yo bajo él, apoyada en su almohada, que dejaba salir ese olor tan particular que le era propio… porque nadie lo llevaría como Mauro y sintiendo mi cuerpo despertar, renacer. No era sobrevivir a lo que me tocase, eso sí era vivir el momento.

No fue hasta que estábamos tranquilos acostados en esas sábanas de buen olor, pero no sedosas que vi las velas prendidas en su mesa de luz, acompañada de dos copas y una botella de

champaña, esa pequeña habitación antigua de madera crujiente en Florencia marcó una parte importante de mi historia, de mi camino, ese reencuentro con Mauro el que tantas veces había soñado despierta o con los ojos cerrados.

Movió uno de sus brazos hacia la mesa para sacar algo del cajón. Volvió a su posición y pude ver algo que escondía en su mano empuñada.

—Te tenía esto. —Puso en mis manos la bolsita de terciopelo.

Sorprendida, la abrí. Era una pulsera de plata que estaba grabada con la frase: «Intentémoslo. Ojalá sea para siempre, aunque, a veces, sea solo un segundo». La pulsera comenzaba y terminaba con la misma palabra: Intentémoslo.

Me la leyó completa. Puso la pulsera en mi mano, la besó y me miró a los ojos.

—Gracias —contesté. Me faltaba el aire y no paraba de mirarla.

Algunas ocasiones hay momentos que me trasladan a esos recuerdos, esas imágenes tan nítidas, su cuerpo esbelto y torneado, tal vez imperfecto para algunas mujeres demasiado exigentes, pero para mí el físico ideal, bien formado por su trabajo como Bombero. Tan fuerte que me sentí protegida entre sus brazos, infinitamente cómoda, tanto como si cada una de las células de mi cuerpo pudiese agradecer por lo que vivía, por las caricias, gestos, toqueteos y miradas. En un momento pensé que el mundo se acababa en ese instante, que nada podría llegar a ser mejor que esas horas vividas con él.

Estaba sumergida completamente entre la locura y el deseo. No fui capaz de dimensionar los efectos que esa noche tendría en mi vida. La palabra consecuencia desapareció de mi diccionario mental, como si una especie de ángel o demonio la hubiese borrado, cómo si se hubiese hecho humo. Ya había comprobado que nada había tenido el perfume ni la melodía de ese día, esa noche, de esas horas vividas en Nueva York. El impulso de mi cuerpo solo me hizo seguir, avanzar por ese camino que se me estaba haciendo tan grato sin saber dónde terminaría, cuál sería el destino final.

Fue una química que jamás la imaginé ni en el mejor de mis sueños, fue mejor aún que aquella vez. Sus manos eran poderosas, sabias, perfectas, como si hubiesen tenido una especie de conocimiento especial. Era como si hubiese sabido a la perfección que movimientos eran los certeros y que sería lo que me volvería completamente loca.

Dicen que el tiempo es el mejor remedio para el olvido, cura la mayoría de las heridas, que nada es para siempre y que nadie se muere de amor. En este último punto sí que estoy de acuerdo, total y absolutamente, porque seguía viva y llena de recuerdos del pasado; había seguido viviendo a pesar de todo.



Ashley

No podía decir que no fue bonito todo lo que vivimos juntos luego de la reconciliación en Italia.

Lo intentamos, nos embarcamos y nos dejamos llevar. Juntos descubrimos que el amor se entrena, se aprende y se enseña y yo no había tenido conciencia de eso hasta conocer a Mauro. No fue un tema que tocáramos a penas comenzamos una relación formal, fue algo que se dio en el tiempo y que él, de una forma muy inteligente y delicada, me fue mostrando. La felicidad podría encontrarse en cualquier momento y recuerdo como si fuese hoy mismo sus palabras.

—Ash, es como cuando estás con los animales, es porque te desborda la necesidad de hacerle cariño y de hablarle. Esto es lo mismo, es tanto para abrazar como para que te abracen.

Tenía tanta razón, no sabía recibir amor físico, no estaba acostumbrada a ello. Mi mundo de niña de lujos, de colegio privado, de pocas caricias y de más soledad, me había hecho ser la persona que era a esas alturas de mi vida.

Uno no elije como lo crían y tampoco se puede poner toda la responsabilidad en los padres. Mauro ha sido mi maestro, mi pequeño gran salvador. Había sido la persona que llegó a mi vida esa noche con ese propósito sin ni siquiera entenderlo.

Mauro se quedó conmigo en Florencia y vivimos las noches muy intensas. Estuvimos más que juntos, éramos uno solo. Nos amamos hasta las células, hasta lo más profundo.

Fueron casi cuatro meses de ensueño. Dormíamos en una cama de una plaza en mi habitación, en casa de Francesca. Ella nos apoyó en todo, tal vez porque se reflejó en nosotros o simplemente porque no quería que me quedara sin probar el estar juntos, ya que esas decisiones pesan mucho más que el haber tratado algo que no haya dado el resultado esperado.

Mauro hacía magia en mi cuerpo, me llevaba a perder la cabeza solo cuando me acercaba a su pecho. Hacía darme cuenta de que la vida tenía sentido, que era posible llegar al orgasmo con una mirada o con una caricia. No era necesario, muchas veces, hacer el amor para sentir cuánto lo amaba y cuánto sentía por él, lograba sentir cosquillas en el corazón lo que hacía que latiera

tan fuerte y tan constante que solo me llevaba a agradecer por eso, por tener la suerte de sentir ese bombeo que me permitía estar al lado de Mauro, de su mundo y de escala de valoración frente a la vida. Entender que el presente es un regalo y que decidimos amar más allá *de ese presente en el que estamos*, sin saber cuánto tiempo nuestro para siempre.

Cuando estábamos juntos, podía sentir que tenía el control de mi vida. Me enseñó a darme cuenta de que era una mujer fuerte y que podía avanzar, porque lo hice. Salí adelante de su mano. A medida que pasó el tiempo, lo sucedido con Matthew y los tipos que me quisieron agredir pasó a ser superado. Los perdoné de corazón y la más aliviada de haber perdonado fui yo misma.

Fue sanador y me llevó a sentir gratitud de que no me pasara nada. Mauro me enseñó a agradecer, a enfocarme en lo que no había pasado y, de esa manera, me enseñó a avanzar.



Dicen que volver al lugar de origen luego de vivir muchos años fuera de tu país no es fácil. Así mismo lo comprobé por varias razones. Por suerte siempre estuvieron Adri y su familia para apoyarnos en todo el proceso de repatriamento. La vuelta a Nueva York fue complicada, en muchas ocasiones, pensé que nuestro «para siempre» había acabado.

Nos quedamos en mi apartamento, Mauro volvió a la estación de bomberos y eso me hacía feliz, pero sabía que necesitaba hacer algo más, lo podía ver en su rostro. Lo había escuchado algunas veces hablar con sus amigos, diciendo que no era bueno para nada, que era un tipo sin estudios y que, aunque fuese o tratase de ser buena persona, las cosas no avanzaban.

Caímos, poco a poco, al abismo. Él se frustraba consigo mismo, lo que produjo que yo sintiera que no era de mucha ayuda en apoyarlo. Eso produjo que comenzáramos a alejarnos. Aunque estuviésemos juntos en un mismo apartamento, estábamos lejos. Muchas veces, no hacen falta kilómetros para estar lejos, puedes tener a la persona a tu lado, pero estar más lejos que nunca, como si fuese de un continente a otro y en horarios distintos, porque no hay conexión alguna. Así estuvimos más de un mes.

—Mauro, ¿quieres que solucionemos esto? Es demasiado doloroso, no podemos estar así —dije una tarde cuando ya no daba más.

—Quizá nuestro «para siempre» se esté acabando, Ashley. —Esas palabras me dolieron hasta lo más hondo de mi corazón.

—Qué pocas ganas de intentarlo tienes.

Me quité la pulsera y se la tiré.

Yo trabajaba, había expuesto en varias galerías de arte y me iba bien. Sabía que nunca sería famosa, pero era feliz con lo que hacía y con eso era más que suficiente. El éxito se debería medir por lo que nos hace felices, por dedicarle tantas horas al día a un trabajo que nos gusta.

Nadie nos preguntaba si nos gustaba lo que hacemos, solo pensamos que el más exitoso es el que más dinero gana o el que más bienes tiene. Como sociedad, somos una mierda.

Ganaba lo necesario para que ambos estuviésemos bien y el apartamento era mío, pero Mauro estaba mal y, aunque yo quería pensar que no lo hacía de manera consciente, su rabia la dejaba caer sobre mí.

—Ashley, he pedido ayuda. Sé que no estoy bien y que no he sido justo contigo. Por favor, perdóname.

—Mauro, sabes que te quiero y creo que todo tiene solución cuando de verdad queremos avanzar y estamos convencidos de que es la mejor opción. Si crees que lo mejor es que estemos juntos, los dos saldremos de esto.

—Lo sé, perdóname, por favor. Me siento poca cosa al no poder darte una estabilidad económica. No tengo nada y me gustaría poder darte más, y con lo que gano en el café de abajo, solo sirve para pagar algunas cosas.

—Mauro, no estoy contigo por lo que ganas o tienes, es por miles de cosas diferentes, por cómo eres por dentro. Esto será pasajero y lo solucionaremos. Además, no será la única dificultad que tendremos en la vida. Y me conformo con ver una película con palomitas, con caminar de la mano, con bailar en el Puente de Brooklyn o en Central Park, da igual donde, lo importante es que estemos juntos.

Agradecí, luego de ese incidente, que se diera cuenta que necesitaba ayuda para superar inseguridades y acontecimientos del pasado, que debía eliminar de su vida esa sensación de fracasado, de poca cosa, de ser alguien... Ese día lo apoyé, no solo como su pareja, sino que ambos iríamos a terapia, cada uno por sus problemas personales, que nos ayudaran a superar cualquier mal.



—Sí, con él… ¿Cómo dice? No puede ser… ¿Cuándo pasó eso? ¿Qué?

Era un llamado telefónico y por su cara, lo decía todo: algo malo había pasado. Mauro no pudo contener las lágrimas y comenzó a llorar como un niño. ¿Qué habría sucedido para que estuviese así? Tenía miedo de preguntar, tenía miedo de la respuesta.

—Amor, ¿qué ha pasado? —le hablé mientras tocaba su pelo con cariño. Sabía que era algo grave.

—Se ha muerto la señora Jackson. —Su voz era un hilo y se tocaba la frente, cabizbajo, triste.

—No lo puedo creer, ¿qué le ha sucedido? —Estaba impactada. Ella estaba bien de salud. Hacía poco habíamos estado con ella.

—Un infarto.

Era tan amable y lo habíamos pasado tan bien con ella hacía solo unos días. Nos había invitado a almorzar y habíamos pasado juntos el domingo. Estaba tan bien... No podía ser, ¡cómo cambiaba la vida!

Mauro estaba destrozado. La quería mucho y tenían una relación de amistad férrea, a pesar de los años de diferencia.

Lo apoyé y ambos entendimos que la vida no la manejamos, que no es necesario perder el tiempo, ya que no sabemos hasta cuándo estamos aquí.

—Y yo peleando contigo, Ashley. Perdóname. No tenemos la certeza de nada, solo del

presente. Era tan especial, tan buena amiga… la voy a extrañar mucho.

A Mauro le dolía el alma. Muchas veces sentí que, en esa señora encantadora, tal vez, vería a su madre, ya que tenían muchos temas en común. Ambas de mundos muy diferentes, pero con varias cosas parecidas.

—Amor, no importa, seguro que no será la única vez que peleemos. Lo importante es que nos acerquemos y volvamos.

—Te amo, Ashley.

Fuimos a su funeral. La señora Jackson había muerto el día anterior. Llegamos al lugar con una pena inmensa. Mauro estaba totalmente destrozado y comprobé que la quería más de lo que había imaginado.

La ceremonia fue triste, dolorosa y hablaron sus hijos y nietos. Fue emocionante, nos dejaba una gran mujer y Mauro lo sentía hasta el fondo de su alma.

Cuando nos despedíamos para irnos, uno de sus hijos se acercó a Mauro y hablaron un buen rato. Yo esperé a que terminaran, con paciencia, sin entender muy bien qué pasaba. La expresión de mi novio me preocupó.

—¿Qué ha sucedido?

—Es que... ha dejado un testamento. Me ha dejado dos propiedades: el apartamento a donde fuimos esa noche juntos y otro más, también en Nueva York.

—¿Qué?

—Yo no quiero aceptarlo, pero el hijo mayor insiste en que ellos quieren cumplir al pie de la letra las intenciones de su madre y que ellos han heredado lo suficiente. Siento que no lo merezco, Ashley.

—Mauro, creo que no te corresponde a ti hacer esos análisis. Si quieres que se respete su voluntad y el testamento es legal, ella lo decidió así. Deberías aceptarlo.

—¿Qué hago?

—Parece que tu amiga te ha tendido una mano desde el cielo y eso no es gratis, es porque te quería y debes entender que para ella era importante que recibieras esos tremendos regalos. Es más que el dinero, deberías sentirte honrado. Me siento orgullosa de quién eres y te amo por eso.

—Yo también te amo, Ashley. Y yo te admiro más…

Creo que Mauro entendió que valía la pena y lo que recibió de parte de la señora Jackson era una prueba de que era una persona más buena de lo que él mismo se imaginaba. Logró zafarse de sus demonios, esos que él mismo fue creando en su mente a raíz de un comentario de una mujer que no supo valorarlo.

Es que, simplemente, sacó lo mejor de mí. Con él me he sentido, durante este tiempo una especie de mejor versión. No saben cómo agradezco al monstruo de cemento que nos unió de esa forma tan poco usual… ¿La vida? ¿El destino? Sea lo que sea, o cómo sea, ha sido lo mejor que me ha pasado.



La vida de Mauro, de su infancia y de su vida como bombero.

Así fue mi vida: un sube y baja constante, una especie de montaña rusa; a veces, genial, demasiado espectacular para ser verdad y, de repente, sin previo aviso, una caída libre, un bajón al vacío.

En ocasiones, me toca subir al camión para ir al rescate de vidas, familias, amores de padres, hijos, parejas, amistades, todos a la vez y de nadie en particular. Todos son igual de importantes, todas son vidas humanas con sueños, metas, con un corazón palpitante por seguir en este mundo, para explorarlo, disfrutarlo y quererlo.

Corríamos siempre a contrarreloj sin tener claro dónde llegaría, qué pasaría y cómo actuaría en cada una de las situaciones. Solo sabes cómo comienzan las salidas para ayudar a otros, pero nunca sabes cómo van a terminar. Siempre hay que estar alerta, ya que puede que no estés de guardia en la estación, pero si te necesitan, debes acudir. Y es tal el nivel de compromiso que lo haces con gusto, dedicación y cariño.

Cada salida pasa a ser una especie de salto al vacío, como si estuviésemos con los ojos vendados, ya que no sabemos qué es lo que puede suceder al llegar a destino. Es una gran responsabilidad que tienes sobre tus hombros, y nunca estás lo suficientemente preparado, porque siempre dejas algo atrás y no sabes cómo puede terminar una jornada de emergencias. Confías en la experiencia, la intuición, el trabajo en equipo y también en el destino, en que, si no es el momento, no pasará nada.

A pesar de eso, siempre queda un ápice de inseguridad, nada es predecible, nada es seguro y nada es para siempre; todo es un soberano misterio. En teoría, daba lo mismo, ya que, para mí, el orden de los factores no iba a cambiar el resultado final, resultado que no conocíamos y que cada experiencia podría escoger un camino completamente diferente.

El amor por los bomberos lo tuve desde niño, desde que tengo uso de razón, como si hubiese sido parte de mi ADN.

No tengo recuerdos de niño sin querer tener un coche de bomberos para jugar en pistas

armadas en el suelo de mi habitación. Es como si hubiese nacido con ese amor por este oficio, siendo parte de mi vida, mi cerebro o de una parte de mi cuerpo.

Mi madre me contaba que siempre me habían llamado la atención sus trajes, cascos y, por supuesto, el camión, con sus mangueras y escaleras. De pequeño, siempre pedía un coche de bomberos para mi cumpleaños y para Navidad; tenía una colección en distintos tamaños. Eran mis objetos más preciados.

Por más que trataba de convencerme de que pidiera algo distinto cada año, siempre era lo mismo. Es que fui un puto obsesivo desde siempre y eso nunca cambió. Jugaba con figuras que, en mi mundo, peleaban contra el fuego intenso y desolador, pero siempre salían victoriosas, alegres y con una sonrisa por haber rescatado a alguien, por haber devuelto la esperanza a quienes, por algún momento, la vieron bloqueada, cerrada, pensando que ya sería su hora de partir.

A medida que iba creciendo, ya era capaz de distinguir claramente las sirenas: sabía cuándo era un camión de bomberos, una ambulancia o la policía. A pesar de que, para muchos, el sonido es el mismo y pueden estar toda la vida sin saber reconocerlos ni diferenciarlos. Mi madre me decía que a los cuatro años ya lo tenía demasiado claro y que, muchas veces, ni ella lograba distinguirlos.

Pasaba horas mirando por la ventana, sobre todo por las noches, para ver si lograba distinguir bomberos en la ciudad. Nueva York, a altas horas, siempre ha tenido esas sirenas que suenan una y otra vez, al menos esos son mis recuerdos de niño.

Así como salían las estrellas, salían también las sirenas que se detectaban, ya que el ruido punzante de la ciudad bajaba por la escasez de actividad de noche, si es que la comparamos con el día.

Yo creo que todo este amor por los Bomberos se dio debido a que vivíamos a una manzana del cuartel y cuando era un poco más grande, pasaba tardes enteras allí, compartiendo con sus trabajadores un pedazo de sus vidas.

Ya me conocían los voluntarios, conversaba con ellos, me contaban sus aventuras y para mí, lo más entretenido, era ir a verlos pasar algunas horas con ellos mientras hacían guardia, subir al camión y tantas otras cosas más que viví en los suelos de esa estación que me vio crecer. Eran especialmente buenos con los chicos del barrio. A veces, jugábamos al fútbol en la calle y hasta nos daban comida, veíamos la televisión y demás actividades para entretenernos.

Varias veces me ayudaron con las tareas del colegio, sobre todo con las de matemáticas, que nunca fueron mi fortaleza. Recuerdo en especial a Austin, un bombero mayor que ya no trabaja porque se jubiló, con una paciencia increíble, me enseñaba, paso a paso, cómo solucionar un problema con peras y manzanas y, más que eso, con la amabilidad de poder enseñarme cuanto fuera necesario.

Me aclaraba que todos los problemas tenían solución, podía ser que el camino fuese un poco más largo, que incluso era mejor detallar las operaciones matemáticas renglón por renglón y así uno no se confundiría. El camino más corto nos podía llevar a cometer errores.

Me aseguraba que lo mismo pasaba en la vida, todo se podía resolver. Muchas veces, cuando me siento ahogado, recuerdo al viejo Austin y sus palabras que me recuerda que siempre hay caminos, que no es bueno tomar atajos. Sabias palabras de uno de los que más me hizo aprender.

Así eran los tipos del cuartel de bomberos de mi barrio cuando llegué a vivir a Nueva York; incluso, con el tiempo, comenzó a hacerse más común que las chicas entraran al cuartel. Me

gustaba la diversidad, pero no es algo que fuese muy común. También hice buenas amigas y tuve algunos encuentros, pero nada importante o que haya trascendido. No lo he pasado mal, pero muy pocas veces me volví loco por una mujer, tampoco me enamoré tanto como para perder el norte o para estar dispuesto a hacer cualquier tipo de sacrificio por la persona que quieres.

Aquellos bomberos que recuerdo de mi niñez con tanta admiración no solo se preocupaban de los incendios, también de nosotros que estábamos muy solos. Cuando llegábamos del colegio, no había nadie en casa porque nuestras madres trabajaban y se tenían que partir el lomo para darnos de comer. Esto me ayudó mucho, ya que, de alguna forma, me llevó a no meterme por malos caminos ni en grandes líos. De algún modo, nos ayudaron a ir por el mejor camino posible, sin caer en esos desvíos peligrosos que nos pueden llevar a perdernos sin antes llegar a ningún lado.

Siempre estaré agradecido por las vivencias que tuve con ellos. Nos enseñaron primeros auxilios en pequeños talleres que hacían para la comunidad y así, a través de pequeños gestos, me enamoré de ese oficio, la dedicación y tantas cosas que no caben en un par de líneas. Eran una familia, al menos yo lo sentía así.

Era una vocación que iba en el alma, algo que no se puede definir en pocas palabras, es un amor y lealtad a la patria antes que a todo. Es un compromiso social y una gran responsabilidad y no está exento de situaciones que son, simplemente, imprevisibles.

Nunca conocí a mi padre y mi familia materna vivía en Italia, en un pueblo pequeño cerca de Milán. Mi madre trabajó hasta el último día de su vida. Siempre vi en ella una actitud positiva, una fuerza interior y una postura frente a la vida y sus desafíos con alegría que no era digna de este mundo. Nunca la escuché quejarse y es que lograba dar la vuelta a situaciones difíciles y sacar un aprendizaje de ellas. Lo único que no me gustó de esto es que, después de que mi padre la dejase, no volvió a rehacer su vida como me hubiese gustado que hiciera.

Me hubiese encantado verla alguna vez de la mano de una persona que realmente la quisiera, que la hubiese cuidado, protegido y mimado como tanto se merecía. Mi madre nunca se abrió a experimentar el amor de nuevo. Las veces que se lo planteé fue tan honesta y transparente que me afirmó que jamás podría amar de la misma manera que lo había hecho con mi padre. No quiso abrirse a la oportunidad de volver a enamorarse.

Llevaba casi mi edad trabajando ahí en el Consulado de Italia, algo menos de treinta años. Fue muy feliz donde trabajaba, la trataban bien y querían. Lo mejor de todo es que disfrutaba de lo que hacía, se dedicaba con pasión a sus tareas y no solo a la limpieza, sino también a la cocina, pues sus lasañas eran las mejores. En muchas ocasiones, se las encargaban por privado.

Su especialidad era la vegetariana, que quizá no era tan italiana como la tradicional, pero era, simplemente, una maravilla. Mi madre aprendió de mi abuela a preparar con amor y dedicación la masa con esa mezcla especial y equilibrio entre la fuerza para amasar y la delicadeza para que quede perfecto.

El cuerpo diplomático italiano se portó de maravilla cuando mi madre falleció. Me ayudaron con todos los trámites, estuvieron muy preocupados por todo; creo que fue la forma de devolverle lo que hizo por ellos. Hasta me ayudaron a llevar las cenizas a su pueblo y así dejarla junto a su familia; un sueño que tenía y que, gracias a su ayuda prestada, pude cumplir. Me ayudaron en todo y les estaré siempre agradecido.

Lo más importante de todo y una de las claves en el camino por la búsqueda de la felicidad, es poder conversar con quienes amamos nuestros altos y bajos… eso es lo que he tratado de

hacer con mi amada Ashley y mi hija quien siempre y por siempre será mi bebé.

Ashley creo que en estos años ha sido mi relleno. No lo veas a mal, por el contrario, ha sido esa pieza fundamental que se encargó de completar y de hacerme una mejor persona.

Ella, mi mujer silenciosa, la que guardaba las cosas incluso el daño que no se podía ver. Mi batalla constante, hacer que dijera lo que le ocurría en momentos difíciles, ayudarla a entender que podría hablarme y que siempre estaría para ella y, por su parte, me enseñó que la confianza no era saberlo todo el otro, sino más bien, no necesitar saberlo. Lo mejor de todo es que ambos sabíamos que el amor solo puede existir cuando somos realmente libres, incluso *de nosotros mismos.*

Agradecimientos

Debo reconocer que, a medida que uno más va a aprendiendo, el miedo también va en incremento.

Esto es lo que me ha sucedido cada vez que me siento a escribir. Los ojos de niños son puros y no miran con susto o temor. Esta es la diferencia que experimento entre mi primer libro y este.

Agradezco a mi familia por su apoyo incondicional, a mis lectoras por darme la fuerza para sobrepasar el miedo y a los lugares que no me dejan de impresionar y que son mi capital de trabajo para armar estas historias llenas de emociones.

Especial agradecimiento a mis queridas correctoras Camilla y Kari de Creativas correcciones. Gracias, por tanto.

Gracias a José de La Rosa, a Jimena Fernández y a todos los que me quieren y apoyan mis proyectos.

Gracias, mil veces gracias desde el Alma.

Sobre la autora

María José Aguayo Bassi es Ingeniero comercial y mamá de tres niños. Nacida en 1976 en Valparaíso – Chile, pero ha vivido en otras partes del mundo como Israel, Paraguay y actualmente en Colombia.

Durante el año 2021 autopublicó sus primeras novelas románticas contemporáneas: *El destino del corazón sabe amar* y *Un camino, varias vidas*.

Su afición por la escritura ha pasado a ser una de las prioridades en su vida y este año 2022 ha autopublicado *Sincronía en verano* y *Coloreando momentos*. Pero también ha tenido la oportunidad de incursionar en la publicación con una editorial gracias a Colección Mil Amores, quienes han publicado su novela: *La vida es un baile*.

La autora espera lograr invitar a los lectores, soñar y recorrer distintos caminos a través de las huellas que dejan las combinaciones de sus letras, especialmente con esta, su sexta novela romántica: *Un segundo lo es todo*.

También cabe destacar que es alumna de José de la Rosa, formando parte del primer grupo de Master de escritor profesional, siendo la única alumna latinoamericana.

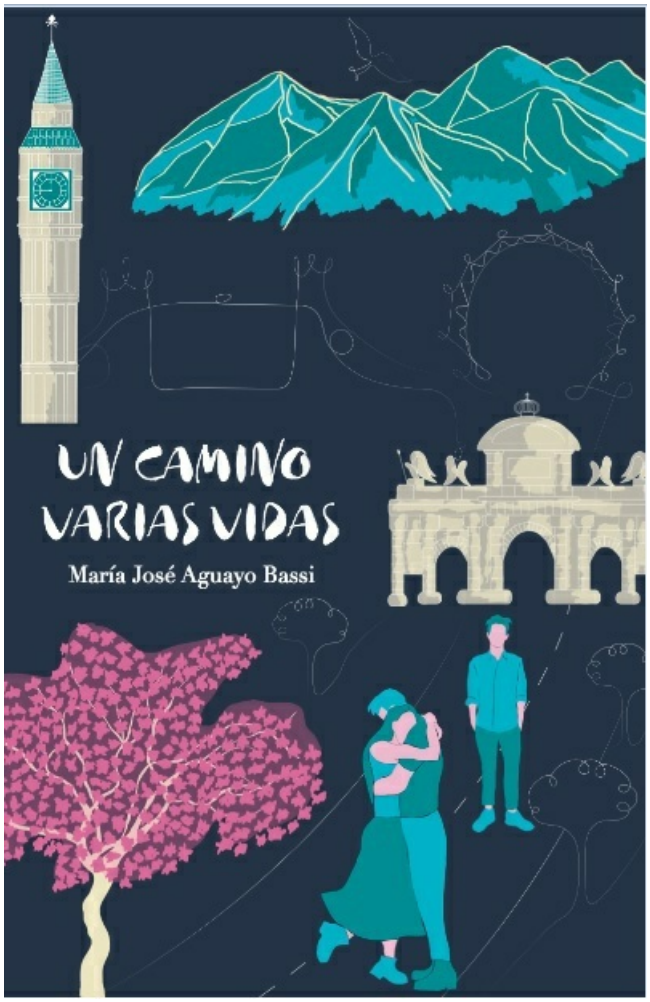
Otros títulos de la autora

Colección Mil Amores:



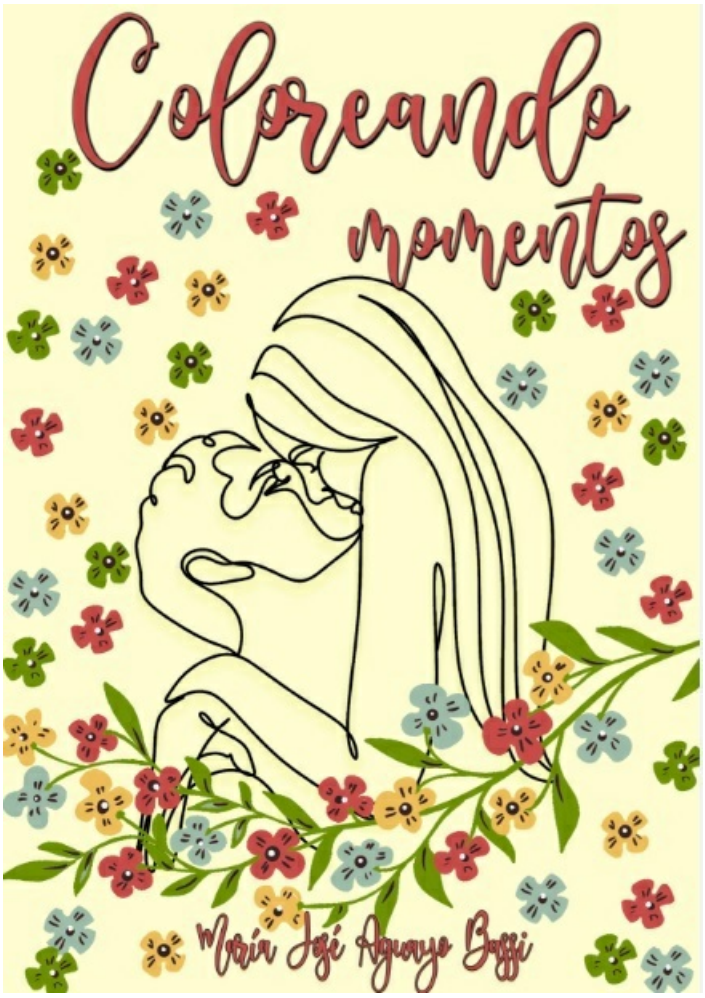
Autopublicados Kindle Direct Publishing 2021:


El Destino del Corazón
Saber Amar
María José Aguayo Bassi


UN CAMINO
VARIAS VIDAS
María José Aguayo Bassi

Autopublicados Kindle Direct Publishing 2022:




Coloreando
momentos
Maria José Aguayo Bassi

Texto corregido por Creativas Correcciones.

Agradecemos a la autora participar en nuestros servicios.



Esperamos hayas disfrutado de la lectura y te invitamos a visitarnos o escribirnos a:

Instagram @creativas.correcciones

Correo: creativas.adm@gmail.com